

ANDREA LONGARELA

*Um céu sem
Luna*

· NEÏRA ·



Un cielo sin Luna

Escrita por Andrea Longarela

-Neira-

Título original: Un cielo sin Luna

Neïra, 2018

© Andrea Longarela Gómez

1ª edición: octubre 2018

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Todos los escenarios y personajes han sido inventados, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Índice

Dedicatorias

La última noche del año, cinco inviernos antes

Un día de verano, cinco inviernos después

El tren

El camino

El destino

Finalmente... Luna

Un amanecer en Formentera, unos cuantos inviernos después

En un aeropuerto, un año más tarde

Agradecimientos

Sobre la autora

Dedicatorias

*A todas aquellas que se atrevieron a coger ese tren que daba tanto miedo.
Vivir consiste en eso.*

*Y, de nuevo, a mis lectoras, que habéis hecho que esta serie se convierta en
especial.
Ya es vuestra.*

«And there's no one else
That knows me
Like you do
What I've done
You've done too
The walls I
Hide behind
You walk through
You just walk through»

Our Song, The xx

La última noche del año, cinco inviernos antes

Luna

Metí las manos en los bolsillos y, aun así, seguía sintiendo el frío. Me parecía posible empezar el año con un par de dedos menos, porque ni siquiera notaba la sangre circulando. Me asomé de nuevo al letrero luminoso que avisaba de las llegadas y comprobé que aún quedaban diez minutos para mi tren. Y eso sin contar la media hora de retraso con el que ya llegaba.

Tenía ganas de gritar.

Volví a mirar la pantalla de mi teléfono móvil y me encontré con otros tres mensajes amenazantes de Didier y dos más con fotografías de mi padre poniendo pucheros por no pasar las Navidades en España. Jimena, su mujer, salía a su lado en una de ellas con expresión neutra, aunque era su modo de disimular lo que me echaba de menos. Yo también a ellos. Era la primera vez que pasaba fuera de casa tanto tiempo, más de seis meses desde la última visita, y sabía que estaba histérico pensando en las mil formas diferentes en las que podría acabar muerta de no verme en breve. O en las que podría morir él. Se ponía muy dramático cuando se trataba de mis ausencias.

Sin embargo, aquel año me parecía una idea alucinante pasar esas fechas tan especiales en la ciudad del amor, acompañada por un chico del que hacía tres días creía estar enamorada, pero que aquella tarde me gruñía mediante mensajes de texto y pensar en él solo me provocaba desidia.

Jodido Didier... Si no hubiese follado tan bien, yo no hubiera acabado encandilada por sus malas artes y no hubiera estado en medio de una estación, helada de frío y sola, a unas horas de comenzar un nuevo año.

Cerraba los ojos y me imaginaba lo bien que estaría metida en mi pijama de franela con estampado de ositos, brindando con el ponche casero que Jimena hacía cada año, mientras, como siempre, esquivaba las miradas de desaprobación de mi madre por haberme teñido el pelo de nuevo con mechas azules y compartía sonrisas cargadas de significado con mi padre.

Hogar, dulce hogar.

Pensar en ellos siempre me dibujaba una sonrisa en el rostro, sobre todo al recordar la estampa tan extraña que formábamos y, pese a ello, lo bien que encajábamos. Nos había costado un poco, pero, al final, habíamos conseguido darle nuestra propia forma y sentido al concepto de familia.

Mi padre, Bruno, no es mi padre biológico, pero lo es a todos los demás efectos posibles. Conoció a mi madre siendo ambos muy jóvenes y yo solo un bebé, así que asumió ser esa figura paterna sin pensarlo, pese a la locura

que todo el mundo consideraba que era. Mi madre, Iris, no es la madre más perfecta del mundo, pero desde que se casó con Antonio, un hombre que podría ser mi abuelo, y aceptó ir a terapia, ha mejorado mucho y nos llevamos bien, incluso con nuestros constantes altibajos. Jimena, la mujer de mi padre, siempre ha sido más hermana mayor que madrastra; de hecho, llamarla madrastra es sinónimo de suicidio. Y después está mi tío Oliver, el mejor amigo de Jimena, que forma parte de mi familia como si siempre hubiese estado en ella y que, por aquella época, me habían llegado rumores de que se había vuelto un tanto loco por una chica que olía a flores y que yo aún no conocía.

Y, si tanto los echaba de menos, ¿qué demonios hacía esperando un tren el último día del año que me llevase de Lyon a París? Pues porque llevaba casi dos años recorriendo Europa con una mochila y una cámara de fotos. ¿Buscando el qué? No lo sabía con exactitud. Viviendo. Descubriendo mundo. Personas. Sensaciones. Vivencias. Y a mí misma. No había dejado de hacerlo desde que cumplí los dieciocho años. Y estaba a poco de soplar veinte velas, así que tampoco es que hubiera pasado tanto tiempo, pero dos años sin pisar apenas por casa dan para mucho. Además, estaba realizando un sueño que tuve con mi padre desde niña. Él es fotógrafo y me enseñó a viajar a lugares solo con cerrar los ojos e imaginármolos; yo lo estaba haciendo realidad y después lo compartía con él, enviándole instantáneas de lo que iba aprendiendo por el camino.

El caso es que llevaba seis meses asentada en París, la ciudad que se convertiría en mi favorita del mundo, pero no vivía del aire, así que había pasado cinco días en Lyon cubriendo unas cuantas fiestas navideñas. Y, después de eso, me había visto encerrada en una estación, maldiciendo porque el tren que tenía que trasladarme hasta la capital llevaba media hora de retraso.

Era la primera vez que iba a salir con Didier como pareja delante de sus amigos y conocidos, y lo iba a hacer llegando tarde. Eso sin contar que llevaba unas pintas de espanto, porque no me quedaba ropa limpia y había tenido que decantarme por unos vaqueros cortados por mí misma, unas medias negras debajo con un par de carreras, el jersey de lana más grueso que tenía y las botas militares. Ah, y sin poder mover los dedos de las manos; de los de los pies ni hablamos, hacía un rato que habían pasado a mejor vida.

Bien, Luna, bien.

Dios... odiaba el invierno. Odiaba la nieve. Y odiaba la Navidad por

encima de todas las cosas. Eso pensaba y me decía mientras temblaba, pero era mentira. Soy un tanto extremista la mayor parte del tiempo y, en realidad, adoro el frío, la nieve y todo lo que tenga que ver con celebrar cosas y hacer regalos.

Un señor me empujó al pasar y le gruñí. Me di cuenta de que odiaba a la gente en días como aquel, y eso sí que es cierto. Todos tan contentos, tan ilusionados, tan deseosos de compartir momentos con los suyos cuando el resto del año ni siquiera llaman a sus seres queridos. Odio esa falsedad; eso lo odio por encima de todo y de verdad. Yo, si quiero a alguien, se lo digo cada día, aunque esté lejos o no me quiera escuchar.

Ahora que lo pienso, quizá ese fue el principal inconveniente de toda esta historia...

Mi teléfono vibró y maldije por tener que sacar las manos del bolsillo para poder contestar.

—¿Didier?

—¿Dónde diablos estás?

Hablábamos en francés, aunque el mío fuera algo rudimentario. Pese a ello, nos entendíamos, porque existe otro idioma más universal que se cuele antes que cualquier palabra; hablo de eso que se percibe enseguida cuando dos personas interactúan; en ese caso, se trataba de enfado y decepción.

—Hola, cariño. Feliz Año a ti también. —No contestó a mi sarcasmo y suspiré resignada; comprendía que estuviera nervioso, pero no que me hiciera sentir culpable a mí después de la odisea que estaba suponiendo llegar a tiempo a su maldita fiesta—. Estoy en la estación.

—¿Todavía? ¿Pero no salías en el de las ocho? ¿Cómo me haces esto? Vas a llegar casi a las once...

—Claro, como soy yo la que he decidido retrasar el tren con uno de mis poderes mentales... —Puse los ojos en blanco y me imaginé su mandíbula tensa por el enfado.

—En serio, Luna. No estoy para tonterías. Sabes que es una fiesta importante para mí...

En ese instante, no comprendía por qué tenía tantas ganas de que me presentara como su novia, cuando me estaba demostrando lo imbécil y egocéntrico que podía llegar a ser; más aun teniendo en cuenta que mi ausencia se debía a un trabajo, lo que significaba dinero para seguir sobreviviendo a su lado sin que tuviera que mantenerme.

Suspiré y me llamé idiota mentalmente, al recordar que esa vena egoísta

era parte indiscutible de su atractivo.

Ay, Didier... qué buenos recuerdos me trae pensar en él, pese a cómo acabó todo.

Didier era un artista callejero que se estaba haciendo bastante famoso pintando algunas de sus obras en cuerpos desnudos. Cómo lo conocí... supongo que es bastante obvio. Apenas tenía veintitrés años y ya se codeaba con personas destacables de la cultura francesa; además, su físico y su innegable encanto también ayudaban. Tenía un cuerpo desgarrado, pero irradiaba esa belleza bohemia y un tanto andrógina que tanto gustaba a las cámaras. Y a mí. A mí me gustaba demasiado. Me gustaba tanto que nos habíamos cruzado por primera vez un año antes y yo había vuelto a París hacía seis meses básicamente porque él me había llamado.

—Yo tampoco estoy para tonterías, así que controla ese tono, ¿vale? Llevo todo el jodido día trabajando. Doce horas seguidas, sin apenas comer, y ahora estoy al borde de la congelación en una estación plagada de gente feliz. Y solo porque quería pasar esta noche contigo. —Omití decirle la verdad, que no era otra que ya era tarde para volver a mi casa con los míos y que me apetecía acudir a su fiesta lo mismo que leer a Dostoyevski en su lengua materna—. Así que no me vengas con esas.

—Tienes razón, sé lo que odias a la gente feliz. —Me eché a reír por su comentario sin poder evitarlo y sentí su perfecta sonrisa al otro lado del teléfono; quizá no todo fuese tan grave; quizá, incluso, podía ser divertido. Porque Didier lo era. A veces. Sobre todo cuando bebía demasiado vino, y aquella noche prometía—. Lo siento.

—Estoy agotada. Creo que, si no estuviera tan nerviosa y enfadada, podría dormirme de pie.

—No debes estar nerviosa. Les vas a encantar.

Ojalá mis nervios se hubieran debido a eso, pero no. ¿Conocer a los amigos de Didier, una panda de artistas superficiales y frívolos que seguramente pensasen que era una niñata enamoradiza que, por mi juventud, no tenía ni idea de la vida? Un poco, pero, en general, me la soplaba lo que la gente opinase de mí. Era joven, pero siempre he pensado que la edad es solo un número y que esta se debería medir por las experiencias vividas. ¿Por qué lo estaba, entonces? Porque lo notaba. Percibía eso en mí que crecía de nuevo ante la perspectiva de pasar mucho más tiempo al lado de Didier, en una ciudad que me encantaba, pero a la que no me ataba nada; noté cómo crecía la certeza de que aquello que juré sentir por él a mi familia hacía apenas unas

semanas empezaba a evaporarse y que, por mucho que intentase agarrarlo, se me escapaba.

El amor. Se me escapaba cada vez que lo probaba, por mucho que yo lo persiguiese de forma incansable.

—Gracias. Llevo las medias rotas, Didi.

Observé los agujeros, que me daban una imagen de chica *punk* que no sabía si iba mucho conmigo, porque odiaba las etiquetas, y me mordí el labio, furiosa por la situación.

—Cuando estés en casa, podrás cambiarte de ropa, ¿de acuerdo? Si no tienes nada, Céline te prestará algo. Prometo que lo pasarás bien.

Quizá estuviera en lo cierto. Didier era divertido, al menos cuando se quitaba la máscara de bohemio un tanto altivo y gilipollas que permanentemente vestía como parte de esa imagen frívola que vendía al mundo. Daba unos besos increíbles, vivía la sexualidad de un modo que me producía escalofríos de los buenos y era capaz de llevar pañuelos de seda al cuello a la vez que unas chanclas romanas. Tenía encanto; personalidad; tenía alma. Y decía que me quería por lo que era. Y yo a él.

—Te tomo la palabra. Te llamo cuando llegue. No hace falta que me recojas si es tarde, cogeré un taxi e iré hasta la fiesta.

—Te esperaré con impaciencia. Descansa un poco en el trayecto. Te quiero.

—Yo también.

Guardé el teléfono y me coloqué las manos en la boca para calentarlas con el vaho.

Miré de nuevo el marcador de los tiempos y vi que no había descendido ni un solo minuto desde que lo había observado la vez anterior.

Joder... la noche se complicaba por momentos.

Me dirigí al interior de la estación y me acerqué, con la mochila al hombro, a los lavabos. El calor me calentó las mejillas en el acto. Me estudié en el espejo y fruncí el ceño. No era algo que me importase habitualmente, pero aquel día sí que estaba hecha un verdadero desastre. El rostro pálido, ojeroso y con la piel seca, pese al sonrojo repentino por el cambio de temperatura. Restos de rímel debajo de mis ojos que me daban más el aspecto de alguien que llevaba horas de fiesta que por el resultado de un agotador día de trabajo. El pelo largo y castaño oscuro hasta la mitad de la melena, desde donde nacían unas mechuras de color azul cuyo tono se iba degradando hasta parecer casi blanco en las puntas. Me dije que, en algún momento, debería

pensar en cortármelo, porque ya me llegaba casi por la cintura. Los ojos azules, clavados a los de mi madre, sin vida; los labios, agrietados.

Me lavé la cara. Me peiné con los dedos. Saqué el cepillo de dientes de la mochila y aproveché para asearme todo lo que pude. Después salí del baño, sintiéndome algo más decente, y volví a mezclarme con los viajeros ansiosos por que sus trenes llegasen ya.

Había hombres de negocios con la corbata floja, deseando regresar a sus casas después de una interminable jornada laboral. Grupos de jóvenes que viajaban de vuelta a su hogar o con la intención de pasar juntos su primera noche de Fin de Año en una ciudad tan especial como París. Parejas acarameladas a punto de separarse por el motivo que fuera, aprovechando el retraso para darse todos esos arrumacos que no podrían compartir en unos días.

Y, luego, estaba yo, que debería saltar de alegría por ir a una fiesta con mi flamante novio medio famoso a uno de los locales más *chic* de la noche parisina, en el cual conocería a algún que otro modelo del momento, *it-girl* o incluso actor, pero que, en cambio, solo podía pensar en quitarme la ropa, ponerme un pijama de franela de los que guardaba en mi dormitorio adolescente y comer caldo casero mientras veía un capítulo de alguna de las series a las que estaba enganchada. Sola. O con mi familia. O incluso con el Didier que conocí los primeros días; ese que se quitaba el traje de artista incomprendido, se ponía un chándal viejo y dejaba de ser el gran Didier Lebrun para ser mi Didier, el que bebía cerveza en lata y eructaba al terminar, no se peinaba en días y me hacía el amor como un salvaje sobre la alfombra del salón sin quitarse los calcetines.

Fruncí el ceño al recordar que, por mucho que me esforzara por buscarlo, ese Didier no existía; solo se trataba de una fantasía de mi inagotable imaginación.

Por fin, el tren llegó y, después de subir arrastrada por el resto del rebaño que me llevaba casi en volandas, encontré mi asiento y me tiré sobre él con un suspiro profundo.

Ya estaba. Lo había conseguido. Solo tenía que intentar descansar durante poco más de dos horas, bajar en otra estación, buscar un taxi en una de las noches más complicadas del año para hacerlo, encontrar la fiesta, sonreír a Didier y ponerle buena cara, como si me hiciera la ilusión de mi vida estar allí con él, cambiarme de ropa sin ducharme y ponerme las prendas prestadas de Céline, su agente, que era una de esas ex que tenía desperdigadas por toda

Francia y con la que seguía follando a menudo —porque sí, también teníamos una relación abierta— y disfrutar de la felicidad que me embargaría cuando nos besáramos, brindáramos con champán y acabáramos la noche en su cama desnudos y satisfechos.

Dios... no podía dejar de pensar en mi pijama de franela...

—Perdona, ¿me permites?

Una voz masculina rompió el encanto de ese sueño, que para mí tenía toques de pesadilla, y me incorporé levemente. Me di cuenta de que el desconocido estaba fijo en mi pie, colocado sobre el borde de su asiento y embutido en una bota Dr. Martens de color negro.

—Sí, claro. Lo siento.

Bajé la pierna, que había apoyado sin ser consciente, y dejé pasar al dueño de esa voz. Había tenido la suerte de que me tocase en uno de esos asientos colocados de cuatro en cuatro, en los que no solo tienes que compartir espacio con tu compañero de al lado, sino también evitar fijar la mirada o que la fijen en ti dos personas más enfrente. Esperaba que no fuese el típico perturbado que se tira todo el trayecto mirándome las piernas, el pecho o, peor, los pies, mientras el bulto de su bragueta se tensa. Y no es que fuera una paranoica, es que llevaba muchos trenes a mis espaldas como para haber tenido experiencias de todo tipo.

El hombre se sentó y sacó un libro de una bandolera. Se trataba del último *thriller* de moda que ocupaba los escaparates de todas las librerías. Llevaba la cazadora llena de nieve y el pelo castaño húmedo con copos blancos. Cuando yo había subido no caía tan densa, lo cual me asustaba, porque solo faltaba que cayera la nevada del siglo, retrasase mi viaje y empeorase aún más ese día de mierda.

Me giré y miré por la ventana, comprobando que la nieve había aumentado y que las calles que dejábamos atrás según el tren avanzaba estaban cubiertas por un manto blanco.

Nunca había visto tanta nieve. En Barcelona no suele nevar, y mucho menos hacerlo de aquel modo, con tanta densidad como caía aquella noche, y evitaba viajar a destinos muy fríos en época de invierno, así que era algo nuevo para mí. Por otra parte, odiaba la nieve, pero era precioso verlo todo tan pulcro, tan... limpio, sí.

¿Que odiaba la nieve? No, eso no es cierto. En realidad, me encanta. Es acojonantemente bonita. Me aporta una serenidad especial; como si el hielo tapara lo feo, lo gris, las preocupaciones y todo eso que nos hace mal. Y, en

aquel instante, con la mirada pegada al cristal de aquel tren que cambiaría mi vida, lo sentí también, calentándome un poco por dentro, pese al frío.

Noté un codazo en el brazo y la disculpa de la señora que estaba sentada a mi lado después. Llevaba una estola de piel sintética al cuello y el pelo anaranjado cardado por lo que parecían tres kilos de laca, ya que el aroma había impregnado todo el compartimento desde que había entrado en él. Pensé que era perfecto, a lo mejor me colocaba un poco y hacía el viaje un poco más llevadero. Incluso podía lograr que la fiesta adoptase un cariz más divertido.

—No pasa nada —le dije con educación y una sonrisa.

—Estos asientos son demasiado prietos para alguien de mi tamaño —me explicó, con guasa, y se echó a reír de su propia gracia. Yo cerré los ojos, intentando descansar, porque de verdad que estaba agotada, pero ella volvió a hablar—. ¿Vas a reunirte con tu familia?

—No, voy a una fiesta con unos amigos.

El cuarto en discordia, un adolescente sentado al lado del hombre del libro, levantó la cabeza y me observó fijamente, como si acabara de ser consciente de mi existencia. Llevaba el pelo, algo largo, recogido en una pequeña coleta y enredado en algunas rastas sueltas, un montón de pendientes por toda la cara y unos cascos gigantescos en las orejas. He dicho adolescente, pero medité la posibilidad de que fuera de mi edad o incluso un par de años mayor; aun así, me parecía estar a años luz de él. Era algo que me pasaba continuamente, me sentía mayor que la gente de mi edad y muy joven para los que se distanciaban, como si no cuadrara con la gente de mi generación y desentonase con la de otras. Un pensamiento un tanto loco, pero que ahí estaba.

Tras su leve escrutinio, volvió a clavar sus ojos castaños en su reproductor de última generación.

—Oh, eso está muy bien. Yo voy a ver a mi hijo, si este cacharro no se retrasa más, claro. Vive en una urbanización de esas de lujo, con gimnasio y piscina y, aun así, está más gordo que yo. ¿Te lo puedes creer?

Sonreí y me recosté de lado, dándole a entender que no me apetecía nada entablar conversación con una extraña, y menos sobre la obesidad de su hijo. Normalmente me encantaba hacerlo, porque hay algo único y especial en conversar con desconocidos, de verdad, debería ser una experiencia que todo el mundo se permitiese vivir en alguna ocasión, pero aquel día no podía dejar de pensar en las señales que me decían que algo iba mal; en la nieve, en el

deseo recurrente de estar en mi casa, en el retraso del tren, y no deseaba seguir viéndolas por todos los lados. Solo quería dormir. Desaparecer. Tener un ratito para mí.

Cerré los ojos de nuevo y la sensación de vacío volvió a aparecer por una rendija. No podía evitarlo. Intentaba dormirme, pero no era capaz. Sentía incluso un regusto amargo subiendo por mi garganta.

La charla de la mujer de mi lado, que había logrado enredar con sus historias familiares a la chica que se sentaba al otro lado del pasillo, me taladraba los oídos. Eso y la imagen de Didier pidiéndome ser un ente libre a su lado, mientras se follaba con los ojos a Céline, cuando no era a otras, a la vez que a mí me lo hacía en su cama; o cuando intercambiamos los papeles y era yo la que miraba mientras ella se arqueaba sobre las sábanas. Y la voz de mi madre repitiéndome que como siguiese así iba a acabar como ella, embarazada demasiado joven y sin nadie que me quisiera de verdad a mi lado. Además, me dolían los pies, la espalda y un poco la cabeza, porque dejar de pensar nunca es algo que pueda hacer con facilidad una vez que empiezo. Siempre estoy pensando, inquieta, buscando algo que me llene y, a esa edad, me daba la sensación de que no lo encontraría nunca, de que todo era temporal, efímero. De que todo pasaba y, después, solo quedaba yo.

Dios... quería meterme en la cama y empezar el año con la seguridad de los míos, rodeada de turrón y dulces. Viendo nevar desde la comodidad de mi sofá, bajo una montaña de mantas y observando la cara de Didier en alguna revista cultural francesa que no podría leer del todo, porque mis conocimientos del idioma se basaban en hablarlo, y no del todo bien, y en decir palabrotas.

Sin embargo, allí estaba, viendo nevar desde la ventana de un tren que, de repente, me hacía ser consciente de que no iba a la velocidad que debería.

Me incorporé asustada y el movimiento repentino captó la atención del hombre que se sentaba frente a mí; el de los copos de nieve en el cogote y una afición literaria que no comprendía.

—¿Por qué vamos tan despacio? —solté la pregunta al aire, deseando que me contestara cualquiera y que me tranquilizara, pero solo lo hizo él, y no del modo en que me habría gustado.

—La nieve.

—¿Qué pasa con la nieve? Es bonita —confesé, sin saber por qué; él sonrió—. Reconforta.

—Pues la cosa se está poniendo fea —contestó, respondiendo a mi

pregunta como si fuera un juego de palabras.

—¿Qué significa eso?

Se encogió de hombros y a mí se me encogió el estómago en el acto, porque sabía lo que quería decir perfectamente, pero no podía creérmelo. Aquello era aún peor de lo que parecía. Si las cosas pueden ir a peor, siempre lo hacen, no sé por qué me empeñaba en creer lo contrario.

—Pues que es probable que el trayecto se multiplique por dos.

—No, no, no... joder —exclamé con pesar.

Cerré los puños y me dejé caer en mi asiento de una forma muy poco elegante. Me mordí el labio y comencé a tirar del hilo del agujero de mi media, porque estaba nerviosa y, cuando me pongo nerviosa, hago cosas como esa.

«Abro agujeros», supongo que puede ser una perfecta metáfora para muchos otros aspectos de mi vida.

De pronto, la puerta del vagón se abrió y entró el revisor con cara de pocos amigos.

—¿Qué ocurre? —le preguntó la laca que compartía asiento conmigo, o quizá la señora que iba con ella. Y no soy cruel, es que juro que iba un poco colocada a su costa.

—Lamento comunicarles que ha habido un problema en las vías. Nunca había visto algo parecido, pero el viento ha derribado un tendido eléctrico y, entre eso y la tormenta de nieve, nos vemos obligados a parar el viaje a un par de kilómetros.

Como si lo hubiesen ensayado, en ese instante el tren redujo su velocidad considerablemente y al final se paró, mientras los murmullos de indignación de los pasajeros nos rodeaban. El pobre revisor se disculpó como pudo y aguantó el tipo, pero a pesar de ello no pudo evitar un par de palabras malsonantes dirigidas a su persona.

«Pobre hombre, ni que él tuviera algún poder sobre el clima», pensé.

Tragué saliva y, cuando por fin reaccioné, hablé con la voz un poco tomada por una emoción desconocida para mí, y es que estaba tan agotada que tenía hasta ganas de llorar. Y no era algo que me ocurriese a menudo, pero a veces una se siente un poco perdida y aquel día resultó ser uno de esos.

—Pero... no puede ser. Tengo que llegar a París, tienen que darnos una solución.

Una mano rechoncha palmeó la mía con cariño. Me sentí incomprensiblemente apoyada por una desconocida a la que hacía minutos

quería ver desaparecer.

—¿Y no pueden darnos más opciones? ¿Mandarnos un autobús? — planteó el adolescente melencólico. Yo alcé la cabeza y le sonreí agradecida por su sabia aportación.

Sin embargo, el revisor negó con la cabeza y nuestras esperanzas se esfumaron.

—Mantengan la calma. Es Fin de Año, no es un día fácil para encontrar otras alternativas así como así. Y estamos en mitad de la nada. Lamento decirles que es posible que pasemos horas aquí. —Los gritos se hicieron más fuertes, aunque la gente hablaba tan rápido que me costaba traducir lo que decían, por mucho que hubiera llegado a tener un nivel experto en eso de los insultos en su idioma—. Yo también quiero pasar esta velada en mi casa, no se piensen que son los únicos que están atrapados con desconocidos. —Sus palabras calmaron un poco el ambiente, que pasó de ser furioso a triste—. En breve les traeremos algo para beber. La compañía se hace cargo de cualquier imprevisto que les haya ocasionado.

Entonces me levanté como un resorte y supliqué.

—¿Cualquier imprevisto? No, no... por favor, tengo que llegar a esa fiesta.

¿Por qué dije eso? No lo sé. Porque me estaba agobiando.

Varias caras me miraron y me juzgaron. Siempre es demasiado fácil hacerlo.

El adolescente movió la cabeza y chasqueó la lengua; una chica embarazada un poco más allá habló de niñas que pierden la entrada de un cotillón; otro señor me recriminó que no ver a su nieto después de diez meses era mucho más importante que una fiesta; yo me sentí idiota, pero no tenían ni idea de lo que me agobiaban los sitios cerrados. No me conocían. Por mí, la fiesta podía irse al carajo.

—¿Una fiesta? ¿Eso es lo que es tan importante?

Su voz de nuevo me hizo bajar la vista y clavar los ojos en los suyos por primera vez. Eran de un color raro. Como gris, o azul oscuro. Siempre me ha gustado mirar a la gente a los ojos, porque, según cómo te respondan, si apartando la vista, incomodándose o manteniéndola, te puedes hacer una idea de la clase de persona que tienes delante. Y aquel tío me miraba con una media sonrisa y sin dudar; seguía con el libro que había sacado para pasar las horas entretenido en las manos, aunque en una de ellas sujetaba unas gafas de pasta que se había quitado para prestar atención a la situación cuando el

revisor había llegado. Ni siquiera me había dado cuenta de que las llevaba, no había captado mi atención para nada, pero de pronto sí lo hacía, porque seguía observándome, igual que yo lo estaba haciendo con él.

Era joven, aunque mayor que yo, quizá rondaba la treintena. Tenía el pelo castaño algo largo hacia arriba, las cejas gruesas, una sombra de barba. Y mantenía esa serenidad propia de las personas seguras de sí mismas. Si no hubiera sido porque daba por hecho que era una niña lloriqueando por perderse una fiesta y esa actitud me ofendía, mi primera impresión de él habría sido la que da una persona interesante. Una persona con algo que contar.

—No me juzgue. Usted no lo entiende.

—No me llames de usted, no creo que sea tan mayor.

Lo hice aposta, obviamente. Si creía que era una jovencita ofendida, decidí comportarme como tal. Odio los prejuicios y estaba acostumbrada a vivir con ellos.

—No es cuestión de edad, sino de educación.

—¿Me estás insultando educadamente?

Abrí los ojos sorprendida por que hubiese dado la vuelta a la conversación con esa soltura, mi compañera de asiento ahogó un gemido de incredulidad y el *greñas* de las rastas soltó una risita, lo que me confirmaba que, aunque escuchase música, no era ajeno a lo que lo rodeaba.

—No. Si quisiera insultarte, no lo haría llamándote viejo, porque no es un insulto, aunque la gente lo use como tal. Ser viejo o joven es un dato objetivo.

—¿Cómo lo harías? —me preguntó; parecía divertido por la situación.

—No quieras saberlo, pero, créeme, si te hubiera insultado, lo sabrías. —Él siguió leyendo, pero afloró en sus labios una leve sonrisa que me enfadó en el acto, porque no estaba para esos juegos, al menos no en un día como el que llevaba—. Imbécil... —susurré para mí en español, dando por finalizada la conversación en mi idioma, lo que me hacía colgarme una medalla interiormente, aunque fuese una medalla a la más inmadura.

Después me dediqué a meter el dedo en mi media, aumentando el tamaño del agujero por dos y sintiéndome con esa contestación la cría que él había intuido que era.

Cerré los ojos, apoyé la cabeza en el respaldo y me preparé para empezar el año rodeada de desconocidos, en un tren parado en mitad de la nada entre Lyon y París, y bajo la nieve incesante que caía de un cielo encapotado en el

que no brillaba la luna.

Un día de verano, cinco inviernos después

Étienne

—Ángela. Ángela...

Sus ojos se abren un poco, lo justo para saber que estoy tan cerca de ella que mi nariz casi roza la suya. Odia madrugar, pero a mí me gusta la forma en la que su rostro se arruga cuando sabe que no puede posponer más el levantarse. Como ahora. Es perezosa de un modo adorable.

—Mmm...

Gime, agarra la almohada y se tapa la cara con ella. Su respiración se ralentiza en el acto y sé que se ha dejado llevar de nuevo por el sueño.

—Ángela, despierta.

Le paso la mano por la cintura y la pellizco con fuerza hasta que se queja, refunfuñando por lo bajo.

—¿Qué hora es?

—La hora de preparar una boda.

Saca la cabeza de repente y me observa tapándose la boca y con los ojos muy abiertos. Tengo que hacer esfuerzos por no reírme.

—Dios... no me acordaba.

Se levanta de un salto y desaparece en el cuarto de baño. Al instante, oigo el ruido del agua cayendo de la ducha; ella silba una canción que no reconozco. Podría ir y acompañarla, enjabonarla y empezar los dos el día con una sonrisa aún más amplia, pero sé que está nerviosa y que no va a dejarme perder ni un minuto. Hoy es un día importante. Hoy comienza la verdadera cuenta atrás.

—¡Treinta y seis horas, mi amor! ¡Treinta y seis y lo habremos hecho!

Suelto una carcajada y me la imagino sonriendo y soñando con el gran día.

Me levanto, desnudo, y me asomo a la ventana del hotel.

El jardín está precioso con la playa al fondo, hace un día estupendo y me siento bien. No hay nervios. Ni dudas. Solo una sensación de calma a la que es fácil acostumbrarse.

Ángela sale al rato, me abraza por la cintura y me moja la espalda con su pelo y con su piel aún húmeda bajo el albornoz.

Sonrío.

Solo treinta y seis horas.

Luna

Me he perdido. No sé cómo ha podido pasar, porque me conozco esta isla como la palma de mi mano, pero me he perdido.

Joder. Si cuando me dicen que soy un desastre es por algo.

Paro el coche a un lado del camino y saco el móvil para activar el navegador, pero, obviamente, no hay cobertura, porque yo tengo muy mala suerte y esto es Formentera, y no siempre la hay. En ocasiones, es como si hubiera un agujero negro que separase este lugar del resto de la humanidad. Es lo que tienen los ricos, que pueden hasta elegir desaparecer el día de su boda solo con alquilar un *resort* de lujo en una isla mediterránea. También es la razón de que me haya enamorado sin remedio de este escondite de sal.

Después de dos vueltas más, consigo ver una carpa blanca a lo lejos montada dentro del hotel, que tiene su propio acceso a la playa.

Mis labios forman una «O» según me acerco y veo lo que me espera. Es imponente. Todo es blanco, siguiendo el estilo ibicenco de la zona, y con jardines acondicionados con ese estilo *chill out* que tanto está de moda. Cañas de bambú decoran jarrones de rafia natural en cada esquina y huele a jazmín y a lima. De hecho, dan ganas de pedirse una caipiriña y liarse un porro solo de pensar en poner un pie allí. Dios... espero no hacerlo, porque soy propensa a no pensar en las decisiones que tomo antes de estar haciéndolas.

Al llegar a la verja, un hombre vestido con un uniforme de seguridad se acerca a mi coche y bajo la ventanilla con mi mejor sonrisa.

—Buenos días, soy Luna Dávila. La fotógrafa de la boda.

Comprueba en una planilla si estoy en la lista de las personas autorizadas y asiente.

—Pase. La están esperando.

La puerta se abre y conduzco por un sendero de pequeñas piedritas, hasta llegar al aparcamiento. Apenas hay media docena de coches. Miro el reloj. Solo llego siete minutos tarde. Bien. No es tan grave.

Bajo y respiro; el día ha amanecido con una pequeña brisa que hace que la sal se te pegue a la piel, pero a mí me encanta, por eso ya llevo aquí viviendo un año.

Al entrar en la recepción del complejo, me encuentro con una mujer rubia de bonitos ojos verdes que transmite nerviosismo, pero también una profunda felicidad. Es pequeña, delgada y enérgica.

—Hola, soy Ángela. ¡Encantada de conocerte por fin! He visto todo tu

trabajo y es sensacional. —Me da dos besos eufórica y yo le respondo con una sonrisa.

Hemos hablado por teléfono unas cuantas veces, pero nunca nos habíamos citado en persona, ya que no vive en la isla.

—Gracias. Siento el retraso, pero me he pasado la entrada.

—No te preocupes. Mi prometido aún está en la ducha. —Entrelaza las manos delante de su boca y se echa a reír; parece una adolescente impresionada—. Qué contenta estoy de trabajar contigo. Admiro tanto lo que haces... desde aquella sesión de fotos que le hiciste a Evan Bradley, me convertí en fan total.

Asiento con una sonrisa. Gracias a Evan, un actor reconocido a nivel mundial con el que tuve la suerte de colaborar hace un tiempo, he logrado tener un nombre en el mundillo con el que consigo contratos con personas de alto nivel adquisitivo. Así conocí a Ángela. Digamos que soy una fotógrafa de capricho para personas de su círculo, ya que la movilidad no es un problema para mí, lo que me permite tener unos ingresos aceptables para vivir a mi aire y sin presiones de ningún tipo.

—Enhorabuena, por cierto. Va a ser una boda preciosa. Este sitio es espectacular.

—Eso espero. Ven, ponte cómoda mientras voy a buscar al novio y me peinan. La estilista tiene que estar al caer. Haremos las primeras fotos en la piscina del hotel.

La sigo, mientras pienso en lo ridículo que me parece querer tener fotos en una piscina estando en una isla, pero me callo, porque yo no estoy aquí para opinar sobre nada.

«Tú oír, ver y callar, Luna»; esa es la voz de mi padre, del que he aprendido todo lo que sé de esta profesión sin necesidad de estudiar para ello. Él lo aprendió a base de acierto y error, como todo en esta vida. Soy afortunada, lo sé, pero también me lo he currado dando tumbos por el mundo y esforzándome como nadie desde los dieciocho años.

Obedezco a Ángela y aprovecho para pedir un refresco en el bar del hotel y echar un vistazo buscando posible fondos para la sesión de fotos. Conozco casi todos los hoteles de la zona, pero es mi primera vez en este, así que aprovecho para familiarizarme un poco con las estancias, con la luz que entra por los ventanales, con los detalles.

Va a ser un trabajo fácil, ya que todo es precioso; también está muy bien pagado, porque con esta moda de ampliar las fotografías al antes y al después

de la boda, últimamente, mi economía va viento en popa. En este caso, además, Ángela ha contratado el *pack* completo: sesión antes del enlace, durante el mismo y una mini escapada con los novios de dos días hasta su hogar para immortalizar los primeros instantes de su nueva vida según regresen de la luna de miel.

Es de locos. Es bonito, sí, y me da de comer, pero me resulta demasiado fingido.

Casi una hora después, Ángela regresa perfectamente maquillada y peinada con sus sandalias de tacón haciendo ruido por los pasillos del hotel. Es una mujer muy bonita. Su pelo rubio forma ondas por encima de sus hombros, que se mueven a cada paso, y sus labios brillan en color frambuesa. Lleva puesto un bikini blanco y un pareo abierto de gasa en tonos turquesa que hace que parezca un hada alada, y con el que tapa por completo al futuro marido, al que sin querer compadezco por tener que soportar tanta parafernalia.

—Deberías haberte puesto el bañador azul. Este era para la playa —le riñe ella; yo no puedo evitar reírme y esconder mi gesto para que ellos no lo noten—. Tú ocúpate de que tu familia llegue sana y salva hasta aquí, que yo ya me ocupo de todo lo demás, incluida la ropa que tienes que ponerte para las fotos. Mira, ¡es ella!

Me vuelvo, con la cámara en la mano, y sonrío.

Veo a Ángela parlotear nerviosa, mientras agarra la mano de su prometido y tira de él para que camine más rápido.

El ambiente huele a mar y a cloro. A verano y a relax. A vacaciones. A serenidad.

Entonces él gira la cara y me dedica una sonrisa educada.

Yo me quedo sin aliento.

—Étienne, ella es la señorita Dávila, la fotógrafa que va a estar con nosotros estos días. Ya te he hablado de su trabajo. Es la mejor.

Su sonrisa se desdibuja hasta quedarse en el aire, flotando como si se llevara consigo muchas otras cosas. Sensaciones. Recuerdos. Un abrazo inesperado que no tenía razón de ser. Como si trajera de repente el frío de una noche en París de hace unos años y ocultase el calor de un amanecer en Formentera.

—Encantado. Étienne Leclair.

Tiende su mano hacia mí y yo la cojo. Nuestros dedos se tocan y se reconocen.

Es extraño sentir algo como aquello después de tanto tiempo.

Sus ojos, de un color azul oscuro tan intenso como el de entonces, atravesándome, llenos de culpa, de sentimientos guardados, enterrados, de lo que pudo ser y no fue, de decisiones tomadas, de arrepentimiento condensado bajo su mirada. Contándome una historia que yo ya conozco, porque la viví con él hace casi cinco años.

—Luna. Solo Luna.

—Luna —repite mi nombre con ese acento francés que he recordado a veces, en sueños, y lo hace con estudiada lentitud, como si nunca hubiese pronunciado esa palabra antes.

Como si la echase de menos.

Yo suelto su mano de repente, porque me quema, me doy la vuelta y comienzo a trabajar, dejando que todo siga su curso, mientras mi mente vuela hasta un tren.

Hasta un comienzo de año.

Hasta una noche que lo cambió todo.

El tren

Medio de transporte que conduce personas o cosas de un lugar a otro.

Luna

Me encontraba encerrada en un tren en mitad de la nada y fuera nevaba de un modo que no había visto en mis casi veinte años de vida. En el vagón no hacía frío, pero tampoco calor, ya que parecía que con el parón habían decidido que la calefacción también nos sobraba. Seguía estando rodeada de personas que no conocía, pero que me observaban de reojo de vez en cuando y eso me incomodaba, me asfixiaba un poco.

«No me gustan los lugares cerrados».

Me repetía eso una y otra vez en mi cabeza.

«Odio con todas mis fuerzas los lugares cerrados».

Al menos me sucedía aquello cuando sabía que no tenía ninguna posibilidad de salir de ellos.

Yo soy un tanto salvaje, como me describe mi madre, un pájaro que tiene que vivir libre, como dice mi padre, una niña un poco loca, como lo explica Jimena. Y las tres cosas necesitan eso, aire, sensación de libertad y no de encierro.

Y allí estaba, en un vagón que comenzaba a oler a humanidad, a perfumes entremezclados, a aliento humano y a la comida que algunos habían sacado de sus equipajes; al otro lado de la ventana solo veía un paisaje oscuro que ni era ciudad ni campo, y que ni una luz alumbraba, pero eso no evitaba que lo único que pudiese observar con claridad fuese la blancura de la nieve que lo cubría todo.

Pensé en si sería posible que no dejase de nevar nunca y acabáramos allí enterrados, bajo un manto blanco que hiciese al tren desaparecer; que me hiciese a mí desaparecer para siempre.

Tenía cada vez más calor.

Saqué el móvil de nuevo e intenté lo que todos los que me rodeaban ya habían intentado de un modo u otro, pero seguía siendo imposible, porque no había ni un mínimo indicio de cobertura. Era perfecto. Horriblemente perfecto como comienzo del argumento de película de terror que se estaba formando en mi cabeza.

Aun así, escribí un mensaje con la esperanza de que, antes o después, llegase a su destinatario.

Lo siento, Didi. Estoy atrapada en el tren. Suena a película mala o a excusa para no conocer a tus amigos, pero te juro que es verdad. Es posible que salgamos en las noticias, así a lo mejor hasta me hago famosa y son ellos los que se mueren por conocerme a mí la próxima vez.

Cuando sepa cómo van a solucionar esto, te cuento. Disfruta de la fiesta.

Esperé impaciente una respuesta que no llegó, porque ¿cómo iba a llegar si marcaba «no enviado»? Me seguía agobiando por momentos.

Guardé el teléfono en la mochila. Suspiré. Las voces a mi alrededor me llegaban como un cuchicheo insistente que cada vez subía más de volumen dentro de mi cabeza. El calor se me pegaba a la piel y me costaba coger aire, como si por mucho esfuerzo que pusiera en respirar no fuera suficiente y a mis pulmones les llegara diluido.

Vale, estaba sufriendo un pequeño ataque de ansiedad.

«Soy especialista en esto», me dije. Y era mentira, porque normalmente no me exponía a situaciones que me los provocaran y, por lo tanto, los evitaba a conciencia, pero estaba nerviosa y cuando los nervios me comen no sé ni quién soy, ni lo que digo, ni lo que hago. No sé absolutamente nada y eso me agobia más aún.

Me quité el jersey, quedándome con una camiseta de tirantes, me recosté en mi asiento y cerré los ojos acordándome de esos consejos que el terapeuta le da a mi madre cuando alguna situación la desborda.

Pensé en una cabaña. La rodeaba un frondoso bosque y la calma del silencio. Era de noche y las estrellas brillaban en el cielo entre las ramas. Olía a café y a leña quemada.

Me relajé...

Mis dedos se deslizaron por mi pierna y me quité las botas, dejándolas caer sobre el suelo.

Espiré, inspiré...

Y, de pronto, todo desapareció en una nube de polvo por culpa de una voz que me despertó de mi pequeño trance. Más o menos.

—¿Te encuentras bien?

Abrí solo un ojo y vi su rostro más cerca que antes; había apoyado los brazos en sus rodillas y me observaba fijamente, con aparente preocupación. Era el chico de los ojos grises, al que yo había llamado imbécil. Asentí por inercia y abrí el otro ojo. Él sonrió como única respuesta y me ofreció una botella de agua que sacó de su bandolera. Negué con la cabeza y, a la vez, una mano apareció a la derecha de mi campo de visión, ofreciéndome un caramelo de fresa.

—Toma, cielo. Chupa, verás como te sientes mejor.

El adolescente se echó a reír por el comentario de la mujer sacado de

contexto, el hombre del libro sonrió de nuevo entre dientes e, inexplicablemente, yo solté una carcajada que al instante me hizo sentir mejor, como si todo ese malestar escapara con mi risotada.

Decidí aceptar el caramelo de mi compañera de asiento y todo pareció entonces tener algo de sentido de nuevo, aunque solo fuese como consecuencia de un chiste un tanto verde que acababa de compartir con dos desconocidos y una tercera que, por su cara de desconcierto, no lo había comprendido.

Unos minutos después, esa voz masculina volvió a sorprenderme, pero lo hizo mucho más, porque se dirigió a mí en un casi perfecto español que provocó que me incorporase un poco en mi asiento y que me colocara recta y a la defensiva.

—¿Desde cuándo los tienes?

—¿Perdona?

—Los ataques.

—¿Cómo sabes que soy española? —pregunté, ignorando su primera pregunta y frunciendo el ceño.

Él sonrió. Parecía que no sabía hacer otra cosa y que aquel gesto le salía solo, porque no había dejado de hacerlo desde que se había sentado frente a mí. Tenía una sonrisa bonita, de esas que normalmente provocan una de vuelta, educada y sencilla, pero en mi caso me resistía, porque su presencia me incomodaba un poco.

—Podría decir que por tu acento, pero voy a intentar abochornarte y confesarte que no me ha gustado que me llamas imbécil.

Si hubiera sido una persona de las que se sonrojan con facilidad, mi rostro hubiera adquirido el color rojo de los tomates y estaría buscando una forma de escapar de su escrutinio y de su expresión de suficiencia, pero aquel tío no me conocía y, por lo tanto, no sabía que yo no me avergonzaba por casi nada. Pese a ello, sí que era una persona que sabía disculparse cuando asumía que le había faltado al respeto a otra, así que lo hice entre dientes, pero sin agachar la cabeza ni un instante.

—Perdona por haberte insultado, pero un poco lo eres para hablar en un idioma que las personas que nos acompañan no comprenden.

El chico de ojos grises alzó las cejas asombrado por mi respuesta y después volvió a hacerlo. Me sonrió, como si mis palabras lo hubieran sorprendido de verdad, y asintió. Entonces no pude evitar hacerlo: le devolví el gesto. Nos sonreímos con complicidad unos segundos, disfrutando de eso

que nos estábamos diciendo con la mirada, hasta que él repitió la pregunta en francés, incluyendo así a las dos personas que nos acompañaban y que no dejaban de observarnos con incredulidad. Quizá porque desconocían si estábamos teniendo una conversación cordial o estábamos a punto de lanzarnos uno encima del otro para un combate a muerte.

—¿Desde cuándo tienes ataques de pánico?

—No tengo ataques. Al menos, no había tenido nunca uno.

—¿Miedo a los lugares cerrados?

Dudé, pero no era exactamente eso.

Me pasaba la vida viajando, subiendo a aviones y a cualquier medio de transporte plagado de gente y nunca había sido un problema. Era otra cosa. Era el agujero de mi media y los otros agujeros que empezaban a abrirse dentro de mí. Más la nieve. Más el deseo de querer irme de allí y no poder hacerlo.

Intenté explicarlo, aunque ni yo lo entendía demasiado bien.

—No es eso. El problema es que desde que era pequeña no me ha gustado nunca la sensación de no poder salir de un sitio si me apetece, de verme obligada a algo o de no tener el control de la situación, así que tiendo a evitarlo, pero ante este parón poco puedo hacer. —Dejé escapar un suspiro y confesé—. Me resulta un poco demasiado agobiante.

—¿Desde pequeña? Eso son muchos años.

—¿Vuelves a insinuar algo sobre mi edad? —le repliqué, de nuevo retándolo, aunque no tuviera mucho sentido, ya que con ese comentario me decía justo lo opuesto, que no era la niña que había parecido en un principio—. ¿Es un problema para ti?

Levantó las manos con inocencia y el adolescente greñudo se rio. No solía ser tan contestona, pero es que parecía que me estaba provocando. O quizá sí lo era, vale, llevaban toda la vida castigándome por ello, pero en ese caso había un motivo para serlo, y ese era su sonrisilla ladeada, que hacía que las palabras brotaran solas.

—No, no era mi intención. Pero siendo tan joven y viajando habitualmente... no será fácil sobrellevarlo.

—¿Cómo sabes que viajo? —pregunté, con el ceño fruncido y mirándolo con suspicacia.

—Tu mochila.

Señaló uno de mis objetos más preciados, mi mochila negra llena de parches de tela comprados en cada sitio que iba visitando. Berlín. Florencia.

Budapest. Copenhague. Praga. Cracovia. Un montón de rincones que había ido descubriendo. En todos ellos había dejado algo de mí y también descubierto otro tanto. Viajar funciona un poco así, te llena y te vacía.

—Ah. ¿Y tú cómo has sabido tan rápido que era un ataque de pánico?

—Mi hermana.

—Ah —repetí, sintiéndome un tanto idiota. Después nos quedamos en silencio.

Yo miraba por la ventana, pero era consciente de que él seguía observando mi pequeño tesoro de correas negras. No me gustaba que lo hiciera, porque aquel pequeño objeto algo viejo expresaba demasiado de mí.

La señora de mi derecha rompió esa tensión rara que lo envolvía todo.

—A mi marido le recetaron Diazepam.

—¿Disculpe? —pregunté, y me giré lo justo para encontrarme con su sonrisa serena.

No me había fijado apenas en ella y me recordó en el acto a mi abuela, aunque mi abuela me mataría si se lo dijera, porque aquella señora llevaba el pelo cardado y de un tono anaranjado que resultaba hasta cómico. Parecía un personaje de Tim Burton en *Eduardo Manostijeras*.

—Para la ansiedad. Una pastillita y a soñar. Dormía como un lirón. Y está mal que yo lo diga, pero así me dejaba tranquila por un rato. Qué hombre más insoportable.

Se me escapó la risa por su naturalidad y no pude contenerme, tuve que preguntárselo, porque me encantaba conocer a la gente. Saber más de sus vidas. Descubrir cómo de diferentes son nuestros mundos, incluso cuando vivimos dentro del mismo. Es fascinante.

—¿Siguen casados?

—Soy viuda, hija.

—Oh, lo siento.

Puse la mano sobre la suya y ella la apretó con complicidad antes de acercarse y susurrarnos para que solo lo oyéramos nosotros tres:

—Entre nosotros, y que Dios me perdone, yo no.

Compartimos una risa que hizo que las personas de otros asientos nos mirasen, porque no resulta habitual ver interactuar de ese modo a personas que no se conocen, aunque pude comprobar que algunos también habían empezado a hacerlo.

Las situaciones un poco fuera de lugar siempre consiguen lo que no logra la rutina del día a día. Es como si, al ser algo inusual que no va a repetirse,

nos diéramos una tregua y nos olvidáramos por un momento de las convenciones sociales que nos han enseñado como correctas. Y aquello ya lo era, una situación excepcional.

Lo que desconocíamos era que lo sería mucho más para dos personas que acababan de conocerse; que supondría un cambio de rumbo, decisiones, fantasías, deseos por cumplir y una promesa.

—A mí me relaja la hierba —confesó el más joven de los cuatro.

Yo le sonreí y asentí con complicidad; fumar de vez en cuando era algo que a mí también había conseguido relajarme.

Sin embargo, una nueva aportación de la señora provocó que los tres rompiéramos de nuevo en carcajadas.

—¿Andar sobre ella? Bueno, confieso que sí, que el césped fresquito es muy relajante.

—Fumarla, señora —respondió él, secándose las lágrimas de los ojos.

—¿Fumar césped? —Su rostro se arrugó, hasta que por fin comprendió a qué se estaba refiriendo el joven y abrió los ojos como platos por la sorpresa; nosotros no fuimos capaces de controlar una nueva risa conjunta que me hizo pensar que aquel momento estaba siendo el mejor que vivía en todo el día—. ¡Oh! ¿Te refieres a...? ¡Oh!

Los minutos pasaron. En el vagón la temperatura había descendido ligeramente, así que yo me puse de nuevo el jersey. Un rato después, observamos pasar al revisor con un carrito con bebidas del cual yo acepté un zumo de naranja. Siempre he odiado el zumo de bote. También nos dieron unas bolsas con frutos secos.

Y, así, pasamos la primera hora allí dentro; mirándonos de vez en cuando; compartiendo comentarios triviales; aguardando cada minuto que el tren volviera a moverse; comprobando cada poco que la cobertura seguía siendo la misma y que ningún teléfono nos permitía comunicarnos con el exterior; dejándonos envolver por un sentimiento algo triste, el de la desilusión por empezar el nuevo año de un modo que ninguno de nosotros imaginó que comenzaría.

Étienne

Estaba cansado. Había pasado horas de aquí para allá, bajo el frío de aquellos días, recorriendo las calles de Lyon buscando información sobre un posible futuro cliente que mi jefe quería absorber, y había sido una jornada caótica con escasos resultados.

Y, para colmo, estaba atrapado en un tren.

El año no comenzaba exactamente como esperaba.

Volví a ponerme las gafas y a enfocar la vista en la página del libro, pero tuve que retroceder un par de ellas para pillar el hilo. No me estaba resultando fácil centrar la atención. Primero, porque no dejaba de pensar en la bronca que iban a echarme mis padres por no llegar a la cena familiar, y de nuevo por culpa del trabajo; un trabajo que, según ellos, me quitaba demasiado tiempo y que, siendo honesto, odiaba. Segundo, porque la música que salía de los altavoces del chaval que se sentaba a mi lado me resultaba conocida y no podía evitar agudizar el oído para ver si era capaz de descubrir de qué canción se trataba. Y, tercero, porque la chica que estaba frente a mí parecía a punto de desmayarse o de algo peor. Llevaba el pelo medio teñido de azul y vestía de negro, como si perteneciera a una de esas tribus urbanas que yo no comprendía. Y no solo no podía dejar de pensar en lo que me rodeaba, sino también en que la muy descarada me había insultado en español como si nada.

Recordaba su expresión al devolverle el ataque en su idioma y se me escapaba una sonrisa. Nunca me había alegrado tanto de saber idiomas. Aun así, ella no se había achantado, ni siquiera parecía avergonzada.

No dejaba de mover las manos con inquietud; se notaba que la situación la incomodaba. También acariciaba esa mochila que cargaba con cariño, como si tuviera miedo de que alguien pudiera arrancársela de las manos y robársela; como si fuese un tesoro. Me había sorprendido ver en ella tantos destinos para ser tan joven. Un montón de ciudades europeas para una chica que no pasaría de los veinte años. Tenía en sus ojos azules ese brillo que solo aporta la juventud y las ganas de comerse el mundo. Un brillo que a mí ya me resultaba muy lejano.

A su lado, la señora de sonrisa dulce tarareaba una canción. Sacó de nuevo su bolsa de caramelos y comenzó a ofrecer a todo el mundo. Yo cogí uno porque sabía que hacerlo a ella le agradaría. Supongo que el hecho de que los tres aceptáramos fue el gesto que necesitó para reducir la distancia

que aún nos separaba.

—Por cierto, soy Alice. Si vamos a empezar el año juntos, creo que sería más divertido si nos conociéramos un poco, ¿no os parece? Para hacerlo más llevadero. —La chica apartó la mirada, el chaval de los *piercings* puso los ojos en blanco y yo cogí aire y asentí con la cabeza, porque era incapaz de decirle que no a una señora que me recordaba tanto a mi madre—. Venga, empiezo yo. Alice, sesenta y dos años, viuda, ama de casa y sagitario. Iba a pasar unos días a casa de mi único hijo; es abogado de familia, está casado con una arquitecta y me han dado dos preciosos nietos que van camino de convertirse en otros dos desgraciados si no dejan de jugar con los videojuegos esos del diablo. ¿Sigues tú, cielo?

La chica de pelo azul negó con la cabeza, aparentemente incómoda.

—No, yo no...

Entonces, no sé por qué, la interrumpí. Creo que fue algo que vi en sus ojos, esa reticencia a hablar de sí misma, como si algo la frenase. Y quise ayudarla.

—Me llamo Étienne. Cumplo treinta el mes que viene.

Ella se giró y clavó su mirada en la mía, sorprendiéndome con una gratitud inesperada en su expresión.

—¿Capricornio? —me preguntó Alice, que ya había dejado claro con dos frases que era una de esas mujeres obsesionadas con los horóscopos.

—No, acuario. Soy economista. Trabajo como analista de inversiones para un grupo empresarial.

—Qué divertido suena eso. —Fue un susurro en su lengua materna, pero la ignoré, aunque sonreí sin remedio por su insolencia.

—Surgió una reunión importante y por eso tuve que coger el último tren. Mi familia va a matarme.

—¿Tienes novia? ¿Mujer? ¿Marido? ¿Divorciado? Dime que no eres viudo. Eres tan joven... —Sonreí ante su curiosa efusividad y negué con la cabeza.

—Estoy conociendo a alguien.

—Oh, qué interesante —exclamó Alice, con las manos entrelazadas sobre su regazo.

Casi pude ver todo lo que su mente se estaba imaginando; las semillas de un romance de novela, aunque nada más lejos de la realidad. Solo se trataba de un puñado de citas con una chica que había conocido unos meses atrás, pero nada que me hubiera hecho pensar en el futuro.

Su compañera de asiento puso los ojos en blanco. No sé por qué, pero esa juventud un tanto efervescente que le hacía no poder morderse la lengua ni ocultar sus opiniones y juicios en cada gesto y mirada me gustaba. Debería haberme sentido ofendido, pero en realidad me divertía. Era una novedad para mí, acostumbrado a tratar en un ambiente demasiado serio a diario, demasiado maduro, demasiado adulto.

Después la mujer clavó sus ojos vivarachos en el más joven de los cuatro y este habló con dejadez, aunque solo lo hizo tras mostrar su hastío con un encogimiento de hombros.

—Julien. Dieciocho. Voy a casa de mi padre y de su nueva familia. Paso de relaciones serias. Dibujo.

—¿Qué dibujas? —Fue la primera vez que la chica se metió en la conversación y vi que Alice sonreía ante ese hecho, como si estuviera satisfecha de haber conseguido un acercamiento entre nosotros.

—Lo que me sale. Estoy preparándome para ser tatuador.

—No entiendo esas cosas de jóvenes, qué manera de estropearos la piel, ¿verdad, cielo? —le preguntó a la chica, como si buscara apoyo a su poca comprensión sobre el asunto. Pero ella no se lo dio, sino que miró a Julien con determinación y yo miré sus ojos. Eran azules, de un azul que me recordaba al hielo. Un tanto fríos, pero que no transmitían eso exactamente.

—¿Tienes muchos tatuajes? Eres joven —le preguntó.

Sentí que Julien se tensaba un poco a mi lado; yo lo entendí. Supongo que no dejaba de ser una chica guapa que parecía tener más experiencias a sus espaldas que él y que, además, lo estaba estudiando con descaro. Y él podía dar una imagen un poco rebelde, con su pelo, sus pendientes y su ropa, pero se veía a la legua que esa desgana que transmitía y esa presencia un tanto dura no eran más que una defensa.

—Sí. Los tatuajes son... como una droga. ¿Tú tienes? ¿Algún tatuaje escondido del que te hayas arrepentido? ¿Una mariposa? ¿La inicial de algún exnovio? —Se sonrojó un poco al decir esto último y ella se rio. Su risa era ruidosa, de esas contagiosas. Muy viva.

—No. Me encantan, pero aún no he encontrado eso tan importante como para marcármelo de por vida. —Percibí que su rostro se oscurecía un poco al decir aquello—. Me llamo Luna, por cierto.

Luna. Pensé que tenía sentido. Aunque no sabría decir por qué. Quizá por el color de sus ojos, que recordaba demasiado al cielo. O por el contraste de tonos en su pelo, del negro noche, al azul, hasta llegar al blanco que

dominaba sus puntas. O porque era bonito y ella era guapa. Y yo no debía estar pensando ese tipo de cosas, pero lo hice. Pensé en que tenía algo, una fuerza que se veía enseguida. Una dureza un tanto única que poca gente transmitía.

—Qué bonito. Eres española. —Alice parecía realmente encantada, como si saber ese tipo de información sobre nosotros le dijera mucho más de lo que era, simples datos objetivos.

—De Barcelona. Cumpló veinte en abril. Fotógrafa. E iba a una fiesta con mi novio, como ya sabíais. No hay mucho más que contar.

—Siempre hay cosas que contar —le dije, un poco empujado por esa curiosidad que me provocaba deseos de que siguiera hablando, ganas de saber más.

Ella no me miró. Al menos no inmediatamente, pero después sí. Ladeó el rostro y clavó sus ojos en los míos, recalcando las palabras.

—Nada que pueda interesaros.

Aunque en realidad supe que la respuesta era otra: «Nada que quiera que sepáis de mí».

Luna no hablaba demasiado bien en francés, pero se defendía. Tenía un acento muy marcado, hacía gestos extraños para enfatizar lo que decía y su voz se alzaba un poco por encima de los demás, como siempre les sucede a los españoles. Aun así, no era como Ángela, la chica con la que salía, que casualmente también era de su país; en el caso de Luna me pareció descubrir un acento propio. Eso también la hacía diferente a mis ojos.

—¿Qué signo eres, cielo?

—Tauro.

—Mmm... es lógico. ¿Estás enamorada de él, Luna?

Julien y yo contuvimos una risa, porque Alice preguntaba las cosas como el que pregunta por el clima, yendo al grano y sin inmutarse, aunque no fuera muy apropiado.

No obstante, Luna me sorprendió cuando no se negó a responder sobre algo tan íntimo. Ahí me di cuenta de que no era tan reservada como me había parecido, sino todo lo contrario. Luna no escondía nada, solo que ella decidía lo que le apetecía o no responder. O a quién enseñárselo.

—Creo que sí, pero aún es pronto. Soy joven, estoy intentando conocerme.

Nos quedamos en silencio, meditando sus palabras. Y, no sé por qué motivo, yo pensé en una historia. Una que me habían contado hacía muchos

años. Una historia sobre un amor que llegó en un momento que no se creía adecuado y cuyos protagonistas dejaron marchar. Una historia que aún no lo sabía, pero que llegaría a contarle más tarde a Luna. Y le di un consejo que no esperaba y que, sin saberlo, marcaría el inicio de algo para lo que no estaba preparado.

—Una vez alguien me dijo que nunca es pronto cuando se trata de amor. Normalmente, siempre es al revés, siempre es tarde.

Ella me contestó sin parpadear siquiera, con los ojos muy abiertos y con una seguridad que me confirmó que sí, que sabía bien lo que decía.

—Es pronto, estoy bastante segura.

Los relojes dieron las once en aquel vagón. Al hacerlo, compartimos una expresión de tristeza con algunas de esas personas desconocidas que ya iban asumiendo que no empezaría el año con sus seres queridos, sino con quien el destino hubiera decidido que se sentara a su lado en aquel trayecto. Casi como una lotería de desconocidos con los que el azar decidió jugar aquella noche.

Parecía increíble que solo separasen unas dos horas en tren a Lyon y París y, de repente, allí perdidos en mitad de la nada, diese la sensación de que fueran miles de kilómetros.

Julien había apagado su música hacía poco, Alice picoteaba de su bolsa de cacahuets y Luna seguía haciendo más grande el agujero de su media en una especie de tic nervioso que yo no podía dejar de mirar.

—¿Tus padres están divorciados, entonces?

—Sí. Él se largó con otra. Se casaron y tuvieron un bebé. Yo me quedé con mi madre.

Julien estaba contándonos su historia. No sabíamos muy bien cómo ni por qué, pero hablar de nosotros en algunos términos resultaba mucho más fácil al ser desconocidos que hacerlo con nuestra propia familia. Era hasta reconfortante, porque podías decir cosas inapropiadas sin temor a dañar a nadie.

—¿Ella te gusta? —preguntó Luna, refiriéndose a la novia del padre de Julien.

—Le tiene que gustar a él, y me consta que lo hace.

—¿Te cae bien?

—Me es indiferente. Es muy joven, apenas me saca siete años. Y está buena. Es raro.

Nos reímos al arrugarse su rostro, incómodo por pensar eso de una persona que era la madre de su hermana pequeña, y Alice lo recriminó.

—¿Qué manera es esa de hablar de una mujer, jovencito?

—Es un halago —se defendió—. Luna, ¿a ti te molestaría que te dijera que estás buena?

—Depende del contexto, supongo. ¿Aquí y ahora? Quizá te metería un tortazo.

Mi risa sonó más alta de lo debido, ya que su frescura me resultaba agradable; casi chispeante. Alice asintió, cómplice de esas palabras. El chico se envalentonó un poco; creo que su ego comenzaba a mandar en él, pero lo que Julien desconocía era que aún le quedaba mucho camino por recorrer en la vida, mucho aprendizaje.

—¿Dónde sí te gustaría? Te refieres a en la cama, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros. Ni siquiera se inmutó por el giro de la conversación. Julien estaba buscándola y ella ni se incomodó ni se sonrojó. Y yo supe que el chico estaba totalmente perdido en cualquier intercambio con una chica como Luna.

—Es posible. En el sexo todo lo es.

—¿Todo?

—Todo lo que se quiera.

—Los jóvenes siempre acabáis hablando de sexo a la mínima posibilidad —aportó Alice, que no se perdía detalle.

—¿Le molesta?

—No. Mi Ernest, que en paz descansa, siempre decía que yo era una florecilla caliente.

Luna soltó una carcajada incontrolable y yo la acompañé. Después me miró. Creo que esa fue la primera vez que nos reímos juntos, los dos solos, aunque hubiera más gente. O así lo percibí yo. Como si estuviéramos solos en el vagón. Fue la primera vez que ocurrió. Y ese efecto me dejó totalmente fuera de juego.

—Señora, no debería decir eso a desconocidos —dijo Julien, mortalmente incómodo por el hecho de hablar de sexo con una señora que podría ser su abuela.

—¿No estamos compartiendo secretos? Pues yo también. No soy tan anticuada para no hablar de asuntos de cama.

Y las conversaciones siguieron saliendo solas. De estudios, de trabajo, de viajes, de arte corporal, de la afición por la jardinería de Alice y de su

adicción a una telenovela venezolana que veía cada tarde. De todo un poco. De nada en particular. De la vida.

Hasta que las agujas del reloj comenzaron a acercarse demasiado a las doce y el ambiente se cargó con la emoción de la gente que, aunque no estuviera en su casa, decidió contar en alto los segundos que quedaban para el año nuevo. Eso nos mostraba la capacidad de adaptación de los seres humanos, pero Luna no parecía cómoda. De hecho, volvió a arrancarse el jersey cuando un grupo de jóvenes detrás de nosotros comenzó a cantar una canción típica navideña. Su frente estaba húmeda y sus manos temblaban un poco. Yo también notaba el calor, es lo que pasa cuando el ambiente se revuelve y toman el mando sensaciones nuevas, pero en ella era malo. Estaba a punto de perder el control.

—¡Diez, nueve, ocho...!

Alice parecía nerviosa, pero eran esos nervios buenos que te hacen reír sin poder evitarlo; hasta Julien parecía algo más despierto, como si aquella situación un tanto surrealista le gustara más que lo que lo esperaba al llegar a París.

—¡... siete, seis, cinco...!

No obstante, Luna no. Luna miraba ansiosa por la ventana, pero el vaho del interior había cubierto los cristales y el cielo estaba tan cerrado que apenas se veía más que el blancor de la nieve. Yo la observaba a ella, intentando averiguar cómo calmarla, qué hacer para que su atención se centrara en otra cosa.

Sus pupilas estaban dilatadas y respiraba de forma entrecortada. Se puso las botas a trompicones, casi costándole hacerlo de modo correcto; casi preparada para salir corriendo a donde fuera que la sacara de allí.

—¡... cuatro, tres, dos...!

Se levantó de un salto y yo lo hice con ella. A la vez. Frenando su cuerpo con el mío, obligándola a mirarme y obstaculizando su huida, mientras a nuestro alrededor la gente estallaba en una algarabía de felicitaciones, gritos y muestras de afecto un tanto extrañas pero naturales.

—Uno... —susurré.

Ella cogió aire con fuerza y, solo entonces, la abracé. Pasé mis brazos por su espalda y la apreté todo lo que mis manos me permitieron sin hacerle daño, pero esforzándome por que notase mi agarre. Su rostro se escondió en mi cuello, ahogando un jadeo ronco, como si no pudiera respirar apenas. Sus manos temblorosas se agarraron a mi jersey. Yo le hablé bajito, al oído,

mientras con mi mano le acariciaba la espalda, intentando que sintiera esa calma, ese consuelo que intentaba transmitirle.

—Tranquila. Pasará. Ya está pasando. Respira. Cierra los ojos y hazlo; yo te sujeto.

Y lo hizo. Y yo seguí abrazándola, mientras nos daba igual si alguien nos miraba o no. Mientras el aroma de su pelo se colaba por mi nariz por primera vez y el calor de su cuerpo me llegaba a través de la ropa. Mientras fuera de ese contacto las personas charlaban y reían, pero dentro de él solo había espacio para el silencio.

Nos abrazamos como nunca se abrazarían dos desconocidos.

Luna

Cuando fui capaz de reaccionar, me di cuenta de dónde estaba. Su ropa olía a jabón y a algo más fuerte, el recuerdo de algún perfume amaderado. La lana de su jersey era suave bajo mis dedos. Su aliento chocaba contra mi pelo. Suspiré y pasé la nariz por su cuello una última vez, antes de separarme de su cuerpo y romper ese abrazo que no comprendía, que había sido espontáneo y desconcertante, pero justo lo que necesitaba en aquel instante.

Un abrazo inesperado que no tenía razón de ser.

Alcé la mirada y me encontré con la suya. Parecía igual de sorprendido que yo, pero no estaba incómodo. Solo eso, asombrado por lo que había sucedido. Su expresión era cauta, delicada y amable. Intenté que la mía le transmitiera lo mismo que estaba sintiendo, esa calma instantánea que me había provocado, gratitud y cierta confusión también por lo que habíamos compartido. No había espacio allí para la vergüenza o la molestia.

A su lado, Julien me observaba un poco asustado, como un niño grande que no comprende lo que está sucediendo y por eso lo teme. Al final, fue la voz cantarina de Alice la que rompió el primer silencio del año, mientras los ojos de Étienne se enredaban con los míos y no se soltaban.

—¿Estás mejor, niña?

Yo asentí y tragué el nudo que se había formado en mi garganta. Un nudo que él había sujetado entre sus brazos. Luego cogí mi mochila y me disculpé, antes de dirigirme a la salida del vagón.

Necesitaba estar sola.

Cerré la puerta y me quedé en el espacio entre vagones. Allí hacía más frío, ya que el aire gélido de la noche se colaba por las rendijas de las puertas. Quise romper el pequeño cuadrado de cristal que ocultaba el botón de emergencias, tirar de la palanca y saltar al exterior, aunque estuviésemos en mitad de la nada, pero no lo hice. Supongo que aún había una parte de mí consciente de la locura que supondría hacerlo.

Me senté en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes y cerré los ojos.

¿Qué me había ocurrido? ¿Por qué mi cuerpo había reaccionado de ese modo?

Recordé a papá contándome el ataque de pánico que había tenido el tío Oliver apenas unos meses atrás en el trabajo y me dije que no podía haberme ocurrido aquello. Al menos, yo no tenía motivos. Él acababa de divorciarse y

su vida estaba un poco a la deriva. ¿Pero yo? Yo no encontraba razones de peso. Solo se debía a que encerrarme nunca me había sentado bien. Las jaulas no eran para mí y creo que ya no estaba pensando en el tren, sino en algo más que siempre me superaba. Que estuviera exhausta tampoco había ayudado.

¿Y qué era lo que había sucedido después? ¿Por qué había acabado entre unos brazos que me habían proporcionado una familiaridad desconcertante sin conocerlos?

La puerta se abrió y lo vi. No lo esperaba, pero apareció y tampoco me importó. Casi lo agradecí. Ya lo había oído hablar en español antes, pero entonces me sonó distinto, como si las palabras cargaran más significado del que albergaban. Como si su acento las hiciera más importantes.

—¿Estás bien, Luna? ¿Necesitas algo?

Fui a hablar, pero no me salió la voz. Tenía la garganta seca y volví a notar el temblor de mis manos. Lo sentía imparable, incontrolable; eso era lo peor de todo y lo que más miedo me daba. Él se agachó a mi lado y comenzó a susurrarme con lentitud, como si por hacerlo más lento consiguiese que mi cuerpo se acompasara con él. Y lo hacía. Mis latidos enseguida se ralentizaron. Su mano presionó mi rodilla y su tacto fue sosiego inmediato.

¿Qué era lo que tenía Étienne? No lo sabía, pero lo percibía, y eso parecía suficiente. Era una sensación parecida a la que te proporciona una manta cálida en una noche de invierno; como un trago de agua bajo el sol del verano; como cerrar los ojos tumbada en un campo de hierba y no sentir miedo.

—Vale... Vale... Así está mejor. Mira por el cristal. ¿Ves la nieve? Es relajante. Reconfortante. Tú lo dijiste antes.

Lo hice; abrí los ojos y la nieve lo inundó todo, el blanco, el gris formado en algunas zonas, la negrura del cielo. Era como un cuadro en tonos neutros y extremos; pero yo no solo veía blanco y negro, sino un millar de matices distintos según caía cada copo de nieve.

Me centré en eso, en ver los copos caer. Fue la primera vez que pensé en cuánto me gustaba la nieve, con una intensidad de la que nunca antes había sido consciente. No me gustaba un poco. No me gustaba lo normal, como a todo el mundo cuando no ve algo todos los días, sino solo en ocasiones, y ese es el motivo de que se convierta en especial. Me gustaba mucho; demasiado. Tiempo después asumiría que lo había sentido así por tener a Étienne a mi lado.

Cuando conseguí relajarme, me fijé en él y le sonreí con sinceridad, en un

intento por demostrarle mi gratitud. Después alcé una ceja.

—¿Qué llevas ahí?

Señalé una caja de madera que llevaba en la mano y se rio.

—*Whisky*. Julien ha creído que sería una buena idea. Para relajarte. Parecía asustado.

Lo cogí sin pensar, abrí la caja y desenrosqué la botella. No era muy amiga del *whisky*, pero asumo que en aquel momento me pareció una idea excelente. Él apenas tuvo tiempo de reaccionar.

—Bien por Julien.

Me puse la botella en los labios y le di un trago largo.

Caliente, áspero, punzante.

—No creo que debas, oh, vale. Bebe, ¿qué hay más relajante que un lingotazo de buen *whisky*? —Yo bebí y después tosí, cerrando los ojos y pensando que iba a morirme del todo después de eso; era asqueroso, pero enseguida noté el calor en mi cuerpo, la pesadez en mi estómago y un dulzor nuevo en mi boca que no estaba tan mal. Sonreí—. Así está mejor.

—Gracias. ¿De dónde lo habéis sacado?

—Era un regalo para el padre de Julien. Ha decidido sacrificarlo por la causa con la única condición de que, si nos pasamos aquí meses encerrados y él muere, nos lo comamos el último. —Me reí.

—Una gran idea. Aunque odio el *whisky*.

—Yo también.

Sin embargo, al decirlo, me imitó, se acercó la botella y bebió, cerrando los ojos y poniendo una expresión ridícula. Yo me reí más fuerte y sí, asumí que ya estaba mejor.

Después nos quedamos allí, los dos solos, sentados contra el muro de aquel vagón, compartiendo una botella de *whisky* escocés que debía de costar un buen pellizco. Como si fuera una situación normal, cuando no lo era en absoluto. No obstante, no importa, porque a veces esa normalidad está impresa a algunos momentos, como si no pudiese ser de otra manera. Hasta que no pude callármelo más y lo solté de sopetón.

—Gracias.

—*De rien*.

Sonreí. Omití decirle que no se las daba solo por haberme ayudado al perder el control, sino también por haberme regalado uno de los abrazos más sentidos de mi vida, lo cual me hacía cuestionarme demasiadas cosas en las que prefería no pensar.

—¿Quieres que hablemos sobre por qué te has puesto así?

—No. En realidad no estoy muy segura. Ya te he dicho que nunca me había pasado.

—Algún motivo habrá. —Fruncí el ceño y aparté la mirada; él me dio un codazo e insistió—. Vamos, Luna, ¿quién mejor para escucharte que un completo desconocido que no puede juzgarte?

Nadie. En aquel instante no se me ocurría nadie mejor a quien confesarle mis miedos que a una persona que me había abrazado sin pensar. Casi sentía que se lo debía.

Sin embargo, no quería hablar de eso, necesitaba... necesitaba otra cosa que no dudé en pedirle. Porque estaba triste. Y yo misma no me gustaba mucho cuando me ponía así de triste. Me pasaba de vez en cuando, me sentía inestable, moviéndome de un lado a otro de un medidor emocional y sin ser capaz de encontrar un equilibrio. Supongo que era demasiado joven, demasiado visceral, demasiado inquieta, demasiado tantas cosas...

Eso me llevaba a pensar en los problemas emocionales que cargaba mi madre y no quería parecerme a ella. La quería con todo mi corazón, pero eso no significaba que tuviera que gustarme.

—Solo necesito... Cuéntame algo. Algo bonito. Por favor, Étienne. Algo con final feliz.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo me siento demasiado tonta y necesito pensar en cosas buenas.

Giré el rostro y me encontré con el suyo. Su hombro rozaba el mío, así que estábamos lo suficientemente cerca como para no tener que levantar mucho la voz, lo que hacía que nos saliera en susurros. Descubrí que sus ojos no eran grises, sino de ese color azul oscuro que me recordaba a las tormentas de verano. Tenía el pelo castaño claro de punta y las facciones del rostro muy marcadas. La mandíbula cuadrada, la nariz un poco ancha, las cejas pobladas. Vestía de forma seria y algo clásica, con pantalones de vestir negros, camisa azul clara y jersey gris. Atisé de nuevo los restos de algún perfume sobre su ropa y su piel.

Suspiré. Era atractivo. Étienne era un hombre muy atractivo, y me estaba mirando, y me había abrazado, y estaba a punto de contarme la historia más bonita que yo había escuchado hasta el momento.

Sonrió y asintió.

—Vale. Entonces te contaré una historia de amor, ¿te parece bien?

—Me gustan las historias de amor. Dan esperanza.

—Eres muy joven para necesitar esperanza, Luna.

Digerí sus palabras y negué con la cabeza. Era joven, sí, y tenía toda la vida por delante para enamorarme, cagarla y volver a empezar, pero no era eso. Era otra cosa. Un anhelo que llevaba dentro de mí desde que me alcanzaba la memoria. ¿Y cómo se puede frenar eso? Es imparable, por mucho que no guarde ningún sentido. Solo existe.

—No me malinterpretes, nunca me han roto el corazón ni nada de eso, pero creo tanto en el amor que llevo ya mucho buscándolo. Me da miedo dejar de buscar y que, cuando llegue por sí solo, sea demasiado tarde.

Él hizo un gesto de comprensión con la cabeza y después comenzó a hablar. Me gustó que lo hiciera con la voz suave, de forma lenta, como si le estuviera contando un cuento a una niña, y que lo hiciese en mi idioma, como si fuese exclusivamente para mí.

Y es que lo era. Lo fue. Y, cuando bajé de ese tren, me lo llevé conmigo.

—Empieza como todas, con un chico que conoce a una chica. En este caso, en una oficina de correos. Ella trabaja allí y él va a recoger un paquete. Se miran a los ojos y se gustan. —Étienne hizo una pausa y me miró a mí. Yo cerré los míos e intenté imaginar la escena, el escenario, los personajes, centrando mi atención en eso que él me estaba regalando y olvidándome de todo lo demás; su mano se apoyó en mi rodilla, como había hecho antes para consolarme, y la colocó allí de modo un tanto casual, natural, aunque no lo era en absoluto; resultaba reconfortante; él parecía provocar ese efecto en mí; como mirar la nieve—. Ella es guapa. Él es elegante, de esos hombres que parece que han nacido con una corbata al cuello. Comparten una mirada intensa que les muestra todo lo que podría ocurrir entre ellos si se dejaran llevar. Ella le entrega su paquete. «Aquí tiene, señor Colville». «Gracias, señorita...», deja caer él para averiguar su nombre. «Gaudet», responde ella con las mejillas sonrosadas. Vuelven a verse un día a la semana durante seis meses en los que él siempre recibe un paquete misterioso, hasta que, al fin, se atreve a pedirle una cita. Sin embargo, no es fácil, porque ella lleva tiempo prometida con un banquero. Le dice que no y, automáticamente, igual que él aparece en su vida, con esa negativa desaparece y los paquetes dejan de llegar. Ella lo busca cada vez que se abre la puerta y siente que esa desilusión al no encontrarlo se va transformando en tristeza. Una absoluta tristeza que no debería estar ahí, pero que lo inunda todo. Intenta descubrir algo de él, una dirección, algo que la ayude a encontrarlo, pero no sabe más que un nombre

demasiado común en todo el país escrito en una nota de entrega, así que lo olvida, porque, además, ¿qué sentido tendría? Va a casarse con otro, no tiene motivos para buscarlo. Al menos lo intenta, porque olvidar nunca es sencillo. Se casa con el banquero, tiene dos hijos y es feliz. Ella quiere al banquero, de verdad que lo hace, pero de vez en cuando su mente se pierde en un futuro ficticio en el que ella y el señor Colville se ven de nuevo y hacen todas esas cosas que hace la gente que se quiere.

Étienne se quedó en silencio, con su mirada clavada al frente, y yo lo observé expectante, con los ojos muy abiertos y ese deseo de escuchar de sus labios un final feliz latiéndome con fuerza en el pecho.

—Dime que no acaba así... Dime que hay algo más. Tiene que haber algo más, Étienne.

Él asintió, me miró y movió los dedos sobre mi rodilla. Yo contuve el aliento.

—Un día de invierno, llueve a raudales en París y ella corre calle abajo en busca de un taxi que la lleve al restaurante donde ha quedado con su familia para celebrar el dieciocho cumpleaños de su hijo. Es un día importante. Lleva un vestido rojo y gabardina, y el tacón de sus zapatos golpea el suelo con fuerza haciendo que pequeñas gotas le mojen las medias. Se ha olvidado el paraguas, así que intenta taparse el cabello con el bolso. Cuando ve un taxi parar, se dirige corriendo hacia él lo más rápido que sus pies alcanzan, pero, justo a un par de metros de la puerta, un hombre sale corriendo y se agarra con determinación al tirador. Ella grita «¡oiga!, este taxi es mío». Él se gira y... *voilà*. El mundo desaparece. El señor Colville y la señora Gaudet se encuentran veinte años después bajo la lluvia. Él tiene el pelo entrecanoso y una incipiente barriga que luce con bastante dignidad. Ella el pelo más corto y unas arrugas alrededor de los ojos que le dan una bella madurez. Se miran como lo hacían años atrás y como ambos han recordado sin cesar, incluso a través del paso del tiempo. El taxi desiste y se marcha en busca de otro cliente, y ellos se quedan ahí plantados, empapados, pero sintiéndose sorprendentemente felices. «¿Te casaste con el banquero?», son sus primeras palabras. «Sí. Tengo dos hijos maravillosos», responde ella con el orgullo en sus ojos. «¿Por qué dejaron de llegar los paquetes?», añade aún con dolor porque él nunca regresara. «Porque seguir enviándome paquetes a mí mismo a la oficina de correos como excusa para verte no tenía mucho sentido si ibas a casarte con otro». La señora Gaudet abre los ojos asombrada y deja caer la pregunta que nunca se hubiera imaginado que llegaría a hacer: «¿Los

enviabas tú?». «Todos menos el primero», confiesa él, un poco avergonzado por sus actos pasados. «¿Por qué no me lo dijiste?», le devuelve ella la pregunta, con lágrimas mojando sus mejillas. «¿Qué hubiera cambiado?», replica Colville. Y es cierto, ambos piensan que no hubiera cambiado nada, o quizá lo hubiese hecho todo, pero que ya nunca lo sabrán. Hablan de cosas sin importancia, de trabajo, de cómo son sus vidas y, a pesar de que nunca antes lo habían hecho, porque en la oficina de correos solo se miraban y fantaseaban, se dan cuenta de que aquello es mejor que su imaginación y que lo que habían sentido en su momento era real. Que existía. Que lo sigue haciendo de forma inexplicable. Ella se marcha al cumpleaños de su hijo, aunque no es capaz de aclarar con sensatez en ese momento a su familia por qué llega más de media hora tarde y empapada. Eso sí, lo hace exultantemente feliz. Una semana después, en el trabajo, un paquete en las manos con una letra y un nombre familiar la inquieta. Horas más tarde, la puerta se abre y ella levanta la cabeza con el corazón a mil por hora. Es él. Se observan cautos, sonríen y repiten ese ritual tonto que él había creado para ella veinte años atrás. Lo retoman. Durante un mes. No hace falta más. Esa última vez, ella le coge la mano entre las suyas al entregarle el paquete. «He dejado a mi marido», le confiesa. Y es suficiente. «¿Cenas conmigo mañana?», pregunta él. «Mejor hoy», es su respuesta. Han esperado veinte años, son incapaces de esperar ni un día más.

Étienne me sonrió, extrañamente contento, como si los sentimientos de su historia hubieran traspasado sus palabras y lo hubiesen llenado por dentro. Yo apenas podía respirar. Necesitaba que continuase; necesitaba saber que salió bien, por muy tonto que pudiera parecer. Necesitaba que él me dijera que algo así era posible y no solo un cuento.

—¿Qué pasó? Dime que no se equivocaron, Étienne.

—Se casaron dos años después en una ceremonia íntima preciosa y, desde entonces, no se han separado.

Y sentí el alivio embargándome. También el peso de una lágrima deslizándose por mi mejilla. Su mirada se concentró en ella, hasta que me la limpié con los dedos.

—Qué historia tan bonita. ¿Quién te la ha contado?

—Mi madre. Nunca le perdonaré que llegara tarde a mi cumpleaños.

Abrí la boca por la sorpresa y él me respondió con una sonrisa preciosa.

—Étienne... ¿y tu padre?

—Él es feliz ahora saliendo cada mes con una mujer nueva. Al principio

fue difícil, pero parece ser que el matrimonio no estaba siendo lo que ninguno de los dos esperaba. El amor no siempre es un matrimonio sólido y sereno, Luna. Ellos aprendieron eso. El amor es lo que mi madre y Colville dejaron escapar cuando lo tuvieron al alcance de sus manos.

Sentí un escalofrío.

Él apartó la mano de mi rodilla.

La nieve siguió cayendo incesante al otro lado de la ventana.

—Tuvieron suerte de encontrarlo de nuevo.

—Sí, la vida les dio una segunda oportunidad, pero no siempre sucede. A veces no coger un tren... implica perderlo para siempre.

Sonreímos sin mirarnos. En aquel tren, con la emoción de la historia de amor de la madre de Étienne todavía envolviéndonos y pasándonos aquella botella, como si fuéramos dos viejos amigos, compartimos un momento demasiado bonito. Puede que ya fuésemos amigos, pero que, simplemente, no lo supiéramos.

—Gracias.

—¿Te encuentras mejor?

—Lo cierto es que no me sentía tan bien desde hacía meses. Gracias por contarme su historia.

Étienne

El *whisky* se nos empezaba a subir a la cabeza. Al menos a mí, que no estaba muy acostumbrado a beber nada tan fuerte. Luna también parecía algo achispada; sus mejillas tenían color y sus ojos brillaban. Sin embargo, se había olvidado de esa tensión que la había hecho perder los papeles, así que nuestra pequeña fiesta improvisada lo compensaba. Y mi historia. Aquella historia que pertenecía a mi madre le había devuelto el brillo a su mirada.

También me di cuenta, allí sentado con una chica a la que le sacaba diez años, de que me estaba divirtiendo y de que yo necesitaba ese paréntesis de la realidad quizá más que ella, porque no quería llegar a casa.

Miré la botella y después a Luna, que se había quitado las botas y movía un pie al ritmo de la música que alguien había conectado en algún dispositivo electrónico dentro del vagón del que habíamos escapado.

—¿Te apetece jugar a un juego? —le dije.

Se giró y me observó con una sonrisilla pintada en los labios. Tan cerca que podía ver las pecas que poblaban su nariz.

—No sé si debería tener miedo.

—Hagamos como que somos dos desconocidos.

—Es que lo somos.

Asentí, porque era cierto, pero después negué con la cabeza, confundiéndola.

—No, me refiero a otros. No quiero que me hables de ese novio tuyo que te está esperando y del que no sabes si estás enamorada, si no te apetece hacerlo. Tampoco quiero yo hablarte de mi trabajo. Ni de todo eso que intentamos aparentar constantemente de cara a los demás. Vamos a aprovechar para ser nosotros sin más, Luna. Durante estas horas, después no volveremos a vernos. Quiero que digas todo aquello que en otras circunstancias no dirías, como que me huele el aliento a ajo o que te cabrea enormemente algo socialmente bien visto. —Soltó una risa e hizo como si fuera verdad que yo oliese mal—. Seamos políticamente incorrectos. Divirtámonos. Créeme, yo también lo necesito.

—¿Lo necesitas?

Reflexioné de nuevo sobre ello. Y llegué a la misma conclusión, una que no me agradaba especialmente, pero que debía aceptar. No entendía por qué, pero prefería pasar aquel primer día del año allí metido, fuera de mi vida, que dentro de ella. Así que sí, necesitaba demasiado soltarme de todo lo que era y

ser yo sin pensar en nada.

—No lo sabía, pero sí. Acabo de darme cuenta de que estoy agotado. Quizá este parón ha sido una especie de regalo de Navidad para ambos.

—¿Por qué das por hecho que lo necesito yo?

Señalé con la cabeza la botella que sujetaba entre sus manos y luego el agujero de su media.

—A las pruebas me remito. —Puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué lo necesitas tú?

—Porque odio la Navidad.

—Nadie odia la Navidad.

—Yo sí. —Se rio. No me creía; pensé que en aquel momento sí que parecía una niña. Como si no le cupiera en la cabeza que a alguien no pudiesen gustarle esas fechas.

—Bien. ¿Puedo preguntar por qué no te gusta la Navidad sin entrar en tu vida?

—Porque no me gusta demasiado fingir que soy feliz, cuando no estoy muy seguro. No me gusta tener que esforzarme por complacer a mis padres, ni defender un trabajo que me quita tiempo y sueño sin saber si me encanta o lo odio, ni dudar sobre si presentar a mi pareja a mi familia en estos días o si aún es demasiado pronto. Es agotador.

Sus ojos estaban abiertos de par en par y su boca siguió el mismo camino. No podía juzgarla, la verdad es que mi confesión me sorprendió hasta a mí.

—Uau. ¡Empezamos fuerte!

—La crisis de los treinta, supongo.

—A mí nunca me gustan los regalos que me hacen. Una vez incluso regalé un par de ellos a otra persona en un cumpleaños.

—¿De verdad?

—Sí. Hablo de los regalos que no son nada, como ropa o perfumes. Los importantes los conservo aunque sean feos. No soy tan mala persona. —Sonreí. Era inevitable.

—No pareces una mala persona.

—Tú tampoco. ¿Odias tu trabajo? —Me tensé y ella se dio cuenta enseguida—. Perdona, hemos dicho que nada de trabajo.

No obstante, fue fácil admitirlo. Hasta ese momento no lo había sido y, con Luna en aquel tren, lo fue.

—El caso es que... creo que me apetece decirlo en alto. Nunca me lo permito, pero tú no eres... —dudé.

—No soy nadie. Dilo. Es cierto. No soy nadie para ti.

Asentí, y las palabras salieron solas. Unas palabras que llevaban tiempo sobrevolando mi vida, pero que, al no liberarlas, no me obligaban a tomar una decisión al respecto.

—Pues sí. Creo que odio mi trabajo.

—Repítelo.

—¿Por qué?

—Porque sienta bien. Cuanto más te lo digas en alto, más real será.

—Odio mi trabajo. Dios, cómo lo odio.

Luna soltó una risa y yo la imité. El aire se escapó de mis pulmones con aquella confesión. Me sentía repentinamente más ligero.

—Ni siquiera entiendo lo que haces ni lo entendería por mucho que me lo explicaras. Solo sé que, si algo no te gusta, puedes moverte. No somos árboles, Étienne. Podemos caminar.

Tenía razón. Sus diecinueve años la tenían.

La observé de reojo y me recordó a mí hacía tiempo, pero ya no estaba en esa etapa. Las personas cambiamos. La vida se va moldeando y yo ya estaba en otra fase en la que soñar sin barreras no se me permitía. Yo ya había anclado mis pies a la tierra y vivía en consecuencia.

—El problema es que ya no soy tan joven como para hacerlo.

—¡Venga ya! —Se rio de forma explosiva—. ¿Qué tienes? ¿Ochenta y siete?

—No, pero ya no estoy en ese punto.

Entonces vi algo en ella que no me gustó; vi decepción en sus ojos al mirarme. Desilusión.

—Ah. Entiendo. Estabilidad. Una hipoteca. Boda. Niños. Vacaciones dos veces al año en un hotel familiar. Todo el *pack*.

—No quiero casarme.

—¿Han sido imaginaciones mías o te has estremecido? —Alcé la cabeza hacia el techo y contuve una sonrisa que ella descubrió—. Así que eres de esos. Un alérgico al compromiso.

—No, no soy de esos. Pero no me veo pasando por el altar. Tampoco siendo padre, si te soy sincero.

—¿Ella lo sabe?

Pensé en ella. Suspiré. Ni siquiera sabía qué era lo que estábamos haciendo. Ni siquiera tenía muy claro que aquello tuviese un futuro común. Solo... solo nos veíamos; salíamos; nos acostábamos de vez en cuando. No

encontraba mucho más al pensar en ella.

—No. Aún no estamos en ese punto. Llevamos solo tres meses viéndonos.

—El tiempo no importa. ¿Nunca te lo han dicho? ¿No has aprendido nada de la historia de tu madre?

Su sonrisa se amplió y se volvió más... íntima. Más traviesa. Más bonita.

—Así que una romántica...

—Culpable.

—¿Algún otro vicio aparte de robar buen *whisky* y los finales felices?

Una sonrisa más... intensa. Más peligrosa. Más inolvidable.

—¿Eso ha sonado sucio o también eres demasiado viejo para entenderlo?

—Creo que es muy pronto para hablar de sexo.

—Cuando se trata de sexo, siempre es tarde —me susurró con una picardía añadida que me descolocó un poco, repitiendo las palabras que yo le había dedicado antes al hablar del amor. Nos reímos con una extraña complicidad.

—¿Bebiendo alcohol a escondidas y hablando de guarradas? Me apunto.

—La voz adormilada de Julien rompió nuestro contacto visual, demasiado largo para lo socialmente bien visto. Pero estábamos jugando. En eso consistía.

Solo era un juego, no había nada de malo en ello. Era sano. Inocente. O eso me dije.

—¿Y si interrumpes algo? —preguntó Luna, pero a la vez se movió un poco para hacerle un hueco a su lado. Con su movimiento provocó que nuestros cuerpos quedaran pegados.

—¿Ibais a follar?

—¡No! —Luna se rio como loca antes de darle un codazo que él aceptó con una sonrisa tímida.

—Has acabado con todas mis esperanzas, Julien —refunfuñé con guasa, siguiendo su broma e intentando sentirme tan joven como ellos y no fuera de lugar.

—Entonces no interrumpo.

—Puedes quedarte, pero estamos siendo políticamente incorrectos. Nada de remilgos. Ni de máscaras. Solo desconocidos compartiendo lo que normalmente no nos atrevemos. Después de esto no volveremos a vernos, así que no importa lo que contemos. ¿Verdad, Étienne? —Asentí.

—¿Por qué me parece que ambos necesitáis esto como respirar?

La pregunta de Julien nos hizo girarnos en el acto. Los ojos de Luna

brillaban con fuerza, sus labios estaban húmedos por el último trago y olía a *whisky*. Ella también lo hizo. También desvió su mirada un segundo a mi boca y después, simplemente, asumió lo que ambos sabíamos.

—Porque quizá sea cierto.

—Vale. —Julien le quitó la botella—. Yo suelo serlo siempre. Será fácil. —Dio un trago y luego habló sin más, aceptando aquel juego extraño—. Hace dos meses me follé a una tía en este mismo trayecto. Era mayor que mi madrastra, ¿os lo podéis creer? Madrastra... parece una broma.

—¿Te pone?

—¿Quién?

—La mujer de tu padre. Que si te pone.

Me pilló tan desprevenido esa pregunta por parte de Luna que tosí al reírme con fuerza.

—¿En serio acabas de preguntarle eso?

—Sí. En esto consiste, ¿no? En no callar lo que pensamos.

Me fascinaba. Luna me resultaba chispeante, un soplo de aire fresco.

—Está buena, pero es pensar en mi padre y en ella.... y no, gracias. Me pones tú, si tanto interés tienes.

—Qué tierno. ¿Alguna vez te funciona?

—Te sorprendería.

Sacudí la cabeza.

—Eh, eh, que esto se empieza a calentar. —Me incorporé y le arrebaté la botella a un Julien que se estaba animando demasiado.

—¿Estás celoso? Ah, así que a él también le pones —soltó, señalándome con un movimiento del mentón—. Es obvio.

No pensaba contestar, era una conversación que me resultaba inmadura y fuera de lugar, pero fue Luna la que provocó que aquello cambiara. Fue como estar delante de una sala con dos puertas sin saber lo que hay al otro lado. Y solo puedes elegir una. Yo iba a coger la de la derecha, pero, de repente, Luna se giró para mirarme y me preguntó, como si aquello le interesase o cambiara las cosas.

—¿Es eso verdad, Étienne?

Y elegí la izquierda.

Nos miramos, y entonces mi rostro se oscureció lo suficiente como para que las dudas lo llenasen todo. Las suyas, con la pregunta y el anhelo de saber la respuesta en sus ojos. Las mías, con ella tan cerca que se activaban. Porque Luna tenía algo, algo que mi cuerpo había visto desde el primer

momento. Pese a que no tuviese nada que ver conmigo; pese a que le sacara diez años; pese a que a ambos nos esperase otra persona en algún lugar de París. Pese a todo ello, la respuesta era un rotundo *sí* que no se dijo, pero que sentí retumbar contra las paredes. Me atraía de un modo fuerte e inexplicable.

—Niños, ¿qué hacéis aquí? Me teníais preocupada. ¿Eso es *whisky*?

Alice apareció por la puerta de nuestro vagón y Julien recuperó la botella para ofrecerle. Aquel instante extraño se rompió y Luna volvió a centrarse en nuestros acompañantes.

—¿Quiere, Alice?

—Huy, no. Acabo de tomarme la pastilla del colesterol. —Nos observó a los tres y aplaudió emocionada—. Me alegro de que hayáis hecho buenas migas. Nadie se merece empezar el año solo.

Comenzaron a charlar. No recuerdo qué dijeron. No recuerdo nada.

Solo puedo recordar con exactitud el rostro de Luna; las pecas de su nariz que formaban una constelación propia; el lunar de su labio superior; su forma de mirarme, intensa y única; el deseo que bailaba en sus ojos de que respondiera que sí.

Luna

Una vez vi un vídeo de un estudio sociológico en internet en el que animaban a parejas de desconocidos a besarse. Al principio se estudiaban con desconcierto, con duda, con miedo, con vergüenza e, incluso, con un leve rechazo instantáneo. Pero solo al principio. En algún momento de esos pocos minutos, algo cambiaba. Un clic. Un segundo distinto que los hacía despertar. Que no solo los hacía mirarse, sino verse. Verse de verdad y desde un prisma distinto. Y, entonces, salían las sonrisas, ese brillo en los ojos que parece especial, las mordidas de labios por los nervios buenos, las ganas.

Siempre pensé que si era tan bonito verlo como espectadora, vivirlo sería precioso a tantos niveles que era incapaz de imaginármelo.

Sin embargo, allí estaba. Sintiendo mis propias ganas de notar sus labios sobre los míos en la punta de la lengua. Con el deseo corriendo fugaz e intenso por mis brazos, mis piernas, mi piel, hasta asentarse en la base del estómago. Con un latir nuevo que percibía marcando el ritmo de mi corazón.

Unos segundos. Unos míseros segundos y había entendido aquel vídeo. Lo había vivido.

Había desaparecido todo, Alice y Julien, el tren, la nieve, Lyon, París y todo lo que no fuera el rostro de Étienne unido al mío. Sus ojos de color azul oscuro diciéndome que sí, que él también lo notaba crecer bajo su piel.

Un beso deseado entre dos desconocidos que no existió.

Me levanté y me encerré en el baño. Me lavé la cara y después apoyé la espalda en la puerta. Me hormigueaban los dedos. Esa sensación que te acompaña cuando quieres tocar algo y no puedes; o no debes. Me miré en el espejo y me estremecí. Era el reflejo de siempre, pero había algo que nunca antes había visto en mí. Tenía las mejillas sonrojadas y la respiración me salía entrecortada. Los ojos velados. Un brillo nuevo. Era yo y a la vez no me conocía. Algo había cambiado.

¿Qué era aquello que había sucedido? No dejaba de preguntármelo. Y no tenía respuesta. O quizá sí. Quizá se trataba de la antesala de un beso no dado. Quizá se trataba de ese instante que tantas veces había estudiado en el vídeo, el momento antes de que las bocas se probaran por primera vez, la contención de aliento antes de dejarlo libre, el anhelo empujando desde dentro.

Eso era lo que había vivido con Étienne. Algo que me resultaba sorprendente y mágico. Algo que había buscado con ansia, sin darme cuenta

de que no consistía en eso, sino en, simplemente, saber verlo cuando me lo cruzara.

Oí su risa al otro lado de la pared y sonreí.

—¿Todo bien? —me preguntó al verme aparecer de nuevo.

—Sí.

Seguían sentados en el espacio entre vagones; Alice ya no estaba con ellos. Yo recuperé mi sitio anterior. Podía haberme dejado caer al lado de Julien, ya que había más hueco, pero no quise. Quise volver a percibir el tacto del jersey de Étienne sobre mi brazo. El de su pantalón presionando mi media. El de su aliento cerca cuando me hablaba solo a mí, aunque Julien nos hiciera compañía.

—Así que eres fotógrafa —dijo el más joven. Yo asentí.

—Sí. Mi padre lo es y desde pequeña quise ver el mundo como lo hacía él.

—¿Lo has conseguido?

—No, pero he encontrado mi propio modo. Todo se ve distinto a través de un objetivo.

Entonces se me ocurrió algo. Abrí la mochila que descansaba a mis pies y saqué la cámara que llevaba dentro. Necesitaba hacerlo. Dejar constancia para siempre de aquel viaje cuyo destino me daba la sensación de que aún desconocíamos.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees?

Los enfoqué a los dos y disparé el objetivo. Una vez. Dos. Tres veces.

Julien se reía y ponía caras feas, pero Étienne evitaba mirarme.

—¿Te da vergüenza?

Sacudió la cabeza. Su sonrisa se dibujó de nuevo en sus labios. Yo la atrapé con un flashazo.

—No, pero siempre me han incomodado las fotos. Nunca sé qué hacer.

—No tienes que hacer nada. Ese es el secreto. Solo ser tú.

Por la expresión que puso pensé que quizá ese era el problema, que ser él no le resultaba sencillo del todo. Que, quizá, escondía más de él mismo de lo que quería que los demás supieran.

Dejé de incomodarlo y guardé la cámara en la mochila.

—¿Quieres dedicarte a esto? —preguntó Julien.

—Ya lo hago. Es lo único que sé hacer. Y me encanta. Además, me

permite viajar. No me obliga a asentarme en algún sitio y no dependo de nadie.

—Asentarse no es malo —aportó Étienne.

—No, si es lo que quieres.

Sonrió. Pero lo hizo de un modo un tanto paternalista que no me gustó; esos gestos siempre me hacían sentirme pequeña y débil. Sabía qué era lo que estaba pasando por su cabeza; Étienne creía que era demasiado niña para saber cómo funcionaba de verdad la vida. Seguro que él en algún momento había tenido deseos que cumplir, como yo, pero al madurar había abierto los ojos y aceptado que no eran posibles. Lo que él no sabía era que tachábamos de imposibles demasiados sueños por simple miedo, o por el esfuerzo que supone conseguirlos.

—¿Qué quieres ser de mayor, Étienne?

—¿Perdona?

Se giró con incredulidad, Julien sonrió y yo no aparté la mirada, ni siquiera aunque me mostrara un poco enfadada, porque su actitud tan derrotista me decepcionaba un poco.

—Es una pregunta sencilla.

—No... —Se rio, una de esas risas un tanto despectivas, y su tono de voz se endureció—. Sé por dónde vas, pero las cosas no funcionan así, Luna.

—No estoy juzgando tu vida, no te conozco, solo te he preguntado. ¿En qué te gustaría trabajar, si pudieras elegir?

Apoyó los brazos en sus rodillas y se quedó fijo en la pared que teníamos enfrente. Pensando. Analizando su vida. Puede que recordando deseos olvidados. Yo pensé que quizá necesitaba tiempo para encontrar la respuesta, así que me centré en Julien y en su sonrisa aniñada. Él no tuvo ningún problema en contestar y me habló, con una ilusión desmedida y otro poquito de vergüenza, sobre sus propios sueños.

Me caía bien Julien. Con su sonrisa descarada, su pelo enredado e incontrolable y sus uñas mordidas. Era un poco contestón, un tanto altivo, pero solo era su modo de parecer decidido y esconder esa timidez que de vez en cuando se hacía visible en su sonrojo, su tartamudeo o desviando la mirada.

—Son buenos.

Me mostró una serie de diseños que guardaba en su teléfono móvil. Eran dibujos abstractos llenos de color, de formas cubistas y con frases entremezcladas. Eran bonitos y, lo que era mejor y que me hacía creer que

tenía un futuro prometedor por delante, poseían un estilo muy propio, personal y único.

—Gracias. El año que viene comienzo un curso con un tatuador reconocido en Francia. Llevo ahorrando todo el año.

—Es genial. Lo lograrás.

—¿De verdad lo crees? —Su expresión fue tan infantil que me dieron ganas de abrazarlo.

—Claro que sí. Algún día me tatuarás y disfrutaré contando por ahí que llevo en el cuerpo un tatuaje del gran Julien...

—Ardant.

—... del gran Julien Ardant.

Él sonrió y su piel se encendió. Luego levantó la vista y la clavó en mí con determinación. Con una seguridad que, cuando me había mostrado sus dibujos, no existía. Como si, al igual que yo, lo hubiese creído posible.

—Te lo regalaré. Cuando encuentres eso que buscas, acuérdate de mí y yo te lo haré.

—Hecho.

Estrechamos las manos y supe que sucedería. Que un día Julien y yo nos reencontraríamos, porque nos habíamos hecho una promesa y ambos éramos de los que las cumplían.

No fue la única promesa que se hizo aquella noche.

Sí fue la única que se cumplió.

Étienne

Sus palabras me retumbaban por dentro.

«¿Qué quieres ser de mayor?».

Era ridículo. No éramos niños. Al menos, yo no lo era. Yo era un tío a punto de cumplir los treinta; un tío con una estabilidad, con un trabajo serio y unas inquietudes que se centraban en disfrutar de las pequeñas cosas y sentirme bien conmigo mismo al levantarme por las mañanas. Poco más. Ganar el suficiente dinero para mantenerme y darme algún capricho de vez en cuando. Ver a mi familia a menudo. Viajar en vacaciones. Conocer a alguien especial. Y, si no lo hacía, salir con alguna mujer bonita que me aportase algo bueno. Un buen rato. Una buena conversación. Un puñado de sensaciones.

No parecía un plan muy complicado. Quizá tampoco nada fuera de lo normal, ni muy atrevido o sorprendente, pero es que yo estaba en ese punto. Ya había vivido aventuras y coleccionado experiencias años atrás.

Observaba a Julien y a Luna, allí sentados, riéndose y confiando el uno en el otro sin conocerse, creyendo en ellos y en sus posibilidades, y me sentía viejo. También recordaba al Étienne de veinte años. Seguía siendo él, pero no tenía muy claro si nos parecíamos en algo; si había conseguido aquellos sueños que un día me habían acechado.

Puede que no. Puede que aquella noche una chica a la que no conocía me hiciera abrir los ojos de golpe y no me gustase lo que veía. O puede que sí y aquel parón solo se tratase de un espejismo que, con el tiempo, se convertiría en anécdota.

Luna se reía y Julien le estrechaba la mano entre la suya con fuerza. Yo también quería hacerlo. Quería parecerme un poco más a ellos y ver en aquel imprevisto una oportunidad de vivir algo igual de inesperado. De repente, deseaba tener su energía, su ilusión, o recordar lo que era tenerla enfocada solo en uno mismo sin límites que me impidieran hacerlo.

—Enseñaría.

—¿Qué?

—Si no tuviera este trabajo, enseñaría.

Alcé la cabeza y lo que vi me gustó. Ambos sonreían con aprobación, como si hubiera entrado en su juego. También me gustó lo que sentí.

—¿De verdad? —dijo Julien, riéndose por lo bajo—. ¿Tenemos un profesor frustrado? Eso tiene mucho éxito con las tías.

Lo ignoré, dejando que se recreara en esa fantasía absurda que se estaba

montando en la cabeza, mientras seguía revisando su teléfono y yo me fijaba en la reacción de Luna. Tan diferente su sonrisa a la del chico que daba la sensación de que hubiera un abismo entre ellos. Porque Luna... Luna me miró como si lo viese posible. Como si creyese en mí.

—¿Qué enseñarías?

—No lo sé. Supongo que finanzas. Es lo mío.

—Podrías hacerlo.

La observé bien. Pasó la lengua por sus labios. Y sonrió más aún. Una sonrisa de esperanza, como si me estuviera preparando el terreno para meditar en serio sobre aquella conversación. Como si estuviese viendo algo en mí distinto y eso le gustara. Como si yo le gustara.

—O idiomas. Hablas muy bien español —me dijo; su sonrisa entonces fue cómplice, como si aquello solo lo pudiéramos entender nosotros.

—Lo peor es que creo que lo piensas de verdad.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque no me conoces.

—A veces no hace falta para saber ciertas cosas.

Se giró de nuevo hacia Julien y conversaron sobre tatuajes, fotografía y profesores que habían odiado en sus años de escuela. Alice se unió y nos trajo a todos unas galletas. Yo no dejé de escuchar en ningún momento las palabras de Luna en mi cabeza. Porque tenía razón. No me hacía falta conocerla para saber que sería capaz de conseguir todo lo que se propusiera. No me hacía falta conocer mejor a Alice para saber que era bondad y ternura. No me hacía falta conocer más a Julien para descubrir que le gustaba Luna. Y no, no me hacía falta conocerme bien yo para aceptar que... a mí también. A mí también me gustaba.

Alice era una mujer encantadora. Solo había necesitado unas horas para tratarnos y cuidarnos como si fuéramos hijos suyos. Sonreía sin parar, nos escuchaba con atención y nos cogía de las manos con cariño innato. También nos alimentaba sin cesar, como si pudiésemos morir de hambre en apenas una noche.

—Cariño, no bebas más de esa basura.

Le quitó la botella a Julien de las manos y la escondió en su bolso. A cambio, le ofreció un zumo de piña de los que habían repartido antes. Él no se quejó. No creo que se atreviera a contradecirle nada. Las madres infunden cierto respeto inamovible, aunque no sean la nuestra. Y aquella de pelo

naranja y un bolso sin fondo, como el de Mary Poppins, del que no dejaba de sacar cualquier cosa que necesitáramos, se había ganado el nuestro nada más conocerla.

No estaba cómoda, pero se había sentado frente a nosotros y yo lo agradecía.

No quería estar solo con Luna. No quería que las conversaciones se volvieran intensas, porque me sentía raro. Me desconcertaba esa chica. Más aun, me descolocaba lo que provocaba en mí. Necesitaba que el tren se moviera de una vez y que aquello acabase.

Sí, eso era lo que necesitaba.

—¿Estás bien, Étienne?

—Sí. Solo estoy cansado.

Alice asintió; ella también lo estaba, tenía el rostro pálido y las ojeras marcadas. No obstante, al momento me dedicó una de sus sonrisas inmensas.

—Esto es agotador, pero es bonito. Siempre se puede obtener algo bonito de los desastres.

Sonreía como el que esconde algo. Miraba a su alrededor y parecía extrañamente feliz. Luego sus ojos se desviaron a mi derecha y los clavó en Luna. Yo me tensé. Me sentí cohibido, como si ella hubiera adivinado mis pensamientos.

—Es intensa. Me recuerda a alguien cuando era joven.

—¿A usted? —dije incrédulo. Porque dudaba mucho que Alice hubiera sido en alguna etapa de su vida alguien como Luna. No es que fuera ni mejor ni peor, solo que no encajaba con lo que se veía en ella.

—¡No! Qué cosas tienes... a mi hermana. Murió hace dos años.

—Lo siento, Alice.

—Era tan visceral, tan extrema... un tanto bipolar, no voy a engañarte. Pero las personas como ella tienen tanto dentro que arrasan. Y no pueden evitarlo.

—No suena muy bien.

No lo hacía, pero, a la vez, sonaba fascinante, interesante, un tanto único. Hacía que deseases más.

—¿Qué? No, Étienne, no me estás entendiendo. Tienen tanto que arrasan, pero también te lo ofrecen. Dan más que nadie. Precisamente, porque viven como si no tuvieran nada que perder, aunque por el camino lo hagan.

Miré a Luna. Gesticulaba, mientras le explicaba a un Julien perplejo una de sus aventuras recorriendo Europa con su mochila antes de acabar en París.

Era cierto eso que decía Alice. Rebosaba intensidad por cada poro de su piel. Casi era como si las emociones le resbalaran por encima; se le escapaban porque le sobraban. Agotaba. Te dejaba exhausto. Arrasaba con todo. Con los demás. Conmigo. Con ella misma.

Y daba igual. Si se iba, estaba convencido de que querría más.

—No sé si ser así merece la pena. —Alice sonrió de nuevo.

—Ten por seguro que a mí no me gustaría serlo, pero tenerlo a tu lado... tenerlo es maravilloso.

Después palmeó mi rodilla e intentó levantarse. Julien dejó de prestar atención a lo que Luna le contaba y se incorporó rápido para ayudarla. Era un buen chico. Tuve suerte de cruzarme aquella noche con tres personas que lo eran.

—Jóvenes, estoy cansada y tengo migraña. Este cuerpo ya no aguanta fiestas a estas horas de la noche. —Nos reímos y se despidió de nosotros para volver al vagón.

Luna hizo amago de seguirla, pero la mano de Julien la frenó. Y, aunque sabía que no debía, tuve que cerrar la mía en un puño para no hacer lo mismo y mantenerla a mi lado. Ellos intercambiaron una mirada y Luna se dejó caer de nuevo contra la pared.

—Ya voy yo con ella. Creo que también voy a intentar dormir un rato.

Y ocurrió. Sucedió lo que intuía. Lo que quería. Lo que no debía.

No lo hizo todo. Solo lo que dejamos ser. Solo lo que nos atrevimos a vivir antes de que aquel viaje llegara a su fin.

Luna

Eran las dos de la mañana y París aún nos parecía muy lejano.

Comenzábamos un nuevo año en el interior de un tren y fuera seguía nevando, aunque ya no lo hacía con tanta intensidad. Debía desear que dejaran de caer copos, pero en mi interior el anhelo de hacer esa noche eterna era más fuerte. Quizá para no enfrentarme a lo que me esperaba en París. Quizá porque, allí dentro, percibía eso que llevaba sintiendo durante todo el día mucho más firme; esa incomodidad, la misma que me decía que lo mío con Didier se perdía sin poder controlarlo, se asentaba y crecía. Quizá por las posibilidades que había atisbado entre las paredes de esos vagones...

Alice se quejaba de un leve dolor de cabeza y Julien se ofreció a acompañarla a su asiento e intentar ambos dormir un rato. Me gustaba su compañía, pero sentí una euforia mayor al saber que Étienne se quedaría a mi lado.

Julien lo sabía. En aquel momento, cuando evitó que siguiera a Alice y por la mirada que compartimos, supe que aquello que sobrevolaba sobre nosotros era más grande como para que él también lo hubiera visto. Un flechazo, una atracción, lo que fuera, pero algo que existía, y que era aún más real porque era visible para un tercero.

Así fue como nos quedamos solos.

Podíamos haber decidido hacer lo mismo, descansar para que al llegar a nuestro destino no pareciéramos muertos vivientes, pero había algo que podía más. La sorpresa. La incertidumbre. La novedad. Me gusta pensar que lo hicimos también porque cuando suceden cosas fuera de lo normal, como quedarse atrapada bajo una tormenta de nieve en un tren, intentamos siempre buscarles algún sentido. Casi como si ante esos hechos inesperados e improbables dejáramos de lado los límites, las normas, lo *normal*, y nos dejáramos llevar por el poder de lo que se convierte en especial. Y Étienne y yo lo hicimos; nos dejamos guiar por todo eso.

—Portaos bien.

La voz de Julien fue lo último que oímos antes de que desapareciera con un guiño y cerrase la puerta. Yo encogí las piernas y me las abracé. No tenía frío, pero sí que sentí un estremecimiento al vernos de nuevo solos y tan juntos como antes, sin movernos para exigir nuestro propio espacio. No queríamos. Eso se nota rápido. Hay personas que se dejan llevar por sus modales y enseguida se separan, aunque no lo deseen. Pero Étienne y yo

estábamos jugando a ser otros, y esos otros se parecían más a los que éramos que nosotros mismos.

Hablé yo primero, con la intención de romper ese hielo que nos separaba.

—Me gusta estar aquí.

—¿Atrapada en un tren en mitad de la nada la primera madrugada del año y rodeada de desconocidos? —Sonreí. Él me devolvió el gesto. Pero no me refería a eso. Me refería a estar allí, solo con él, con su brazo pegado al mío; con él pegado a mí y rodeada de nieve y silencio.

Estudió la expresión de mi rostro y tuve la certeza de que lo había comprendido. Sus siguientes palabras me transmitieron exactamente eso, que era un sentimiento que no debía estar ahí, pero que era compartido.

—A mí también.

Y solté el aire contenido.

El silencio se hizo música. Si tuviera que escoger una banda sonora para ese recuerdo con Étienne en aquel tren, sería un silencio roto por nuestras respiraciones. Una canción tan inesperada y sorprendente como todo lo demás.

No era incómodo. No era extraño. Era... era reconfortante. Era bonito.

Su mano se movió. Dudó un poco, pero al final la posó encima de mi pierna y su dedo recorrió el contorno del agujero de mi media. Sentí cosquillas.

—Estoy hecha un desastre. No me quedaba ropa limpia. —Él se rio.

—No es eso. Me he fijado en que lo haces tú, el agujero.

—Soy demasiado inquieta para mi bien, así que canalizo esa ansiedad en estupideces como esta.

Metí mi dedo y tiré de la tela. Se encontró con el suyo a medio camino y se rozaron. No un roce casual y fugaz, no. Sino que nuestras yemas jugaron, se conocieron.

—¿También te muerdes las uñas? —preguntó.

Sujetó mi mano y estudió mi esmalte mal pintado en color azul turquesa y los bordes mordisqueados.

—También. Y a veces me hago heridas yo sola. Me rasco la cabeza. O la espalda. ¿Ves esto? —Señalé la marca blanquecina de mi nariz—. Me la hice hace un año.

Paseó sus ojos por esa pequeña cicatriz que me había hecho tiempo atrás, en una época en la que seguía dando tumbos por ahí y en la que se me estaba acabando el dinero. Luego alzó la mano libre y la rozó un segundo tan rápido

que casi pareció que me lo imaginaba, pero no, porque el recuerdo de su tacto se quedó ahí, flotando sobre nosotros.

—Dinamita.

—¿Qué? —Me reí ante su cara de desconcierto por haber dicho algo como eso.

—Que eres como dinamita. No me preguntes. Llevaba un rato buscando la palabra, la he encontrado y lo he dicho.

No pude evitarlo, percibí que la sangre me corría más rápido. Porque sí. No sabía cómo, pero Étienne me había entendido. Me había captado enseguida. Yo era dinamita pura. Como un cóctel que si no soltaba un poco de energía ardía. Así me sentía. Menos con él. Con él me sentía relajada. Con él me sentía...

—Arena.

—¿Qué?

Nos miramos y los dos rompimos a reír. Parecíamos dos locos. Pero me gustaba. Porque, si lo éramos, seríamos dos locos que encajaban en ese aspecto.

—Tú eres arena. Como cuando vas a la playa, te quitas los zapatos y hundes los pies. Esa sensación me transmites.

—La arena es pegajosa. Y se te cuele por sitios que no quieres.

Frunció el ceño y yo pensé que parecía más joven cuando lo hacía, más niño. Y en aquel momento asumí que Étienne me proporcionaba esa sensación tan agradable de descalzarte y hundirte en la arena. Esa serenidad. Esa respiración profunda mirando el mar. O la nieve. Eso que solía faltarme y que me hacía estar siempre a punto de saltar, a punto de estallar, sin dejar de ir y venir, de moverme, de buscar.

—También es agradable cuando está caliente por el sol. Y suave. Y recuerda a las vacaciones.

Su mano no había soltado la mía sobre el agujero de mi media. Tampoco quería que lo hiciera. Pero era inevitable fijarme en ese gesto y recrearme en él.

Con el tiempo y desde la distancia, aprendí la diferencia entre tocar a un desconocido o a alguien familiar. No tiene nada que ver. Aquel día no tuve ocasión de meditar sobre ello, porque estaba centrada en vivirlo, pero después lo hice. En cada viaje en tren. Cada vez que nevaba. En cada mínimo detalle que me recordaba a aquella noche y a él, lo pensaba y rememoraba esa sensación única.

Cuando te cruzas con un desconocido y lo tocas, te descubres conociéndolo como el que abre un regalo que no espera, sin saber nada de lo que habrá detrás. Son sensaciones nuevas que no van asociadas a nada, porque no hay nada que te conecte con él.

O eso piensas. Igual te conecta mucho más de lo que se ve.

Tragué saliva, recorrí con un dedo la palma de su mano y dejé las palabras libres, susurradas y tan fuera de lugar como todo lo demás.

—¿Y qué pasa si juntas arena y dinamita?

La mirada de Étienne se oscureció. Sus ojos, de pronto, parecían negros. Parecían absorberme. Parecía que se imaginaban precisamente eso que yo le estaba preguntando; cómo sería mezclar arena y dinamita; cómo sería mezclarnos.

Su palma se cerró atrapando mi dedo dentro.

Se me cortó la respiración.

—Da igual con qué la juntes. La dinamita siempre acaba explotando.

Entonces, soltó mi mano.

Tenía razón. En ese instante, sentí que algo estallaba dentro de mí. También a nuestro alrededor.

No me enorgullece, pero en esa hora que pasé con Étienne en el suelo de aquel vagón, hablamos de muchas cosas menos de una. Hablamos de por qué me gustaba tanto París, de mis viajes, de los suyos, de su trabajo, de mi manía de enredarme un mechón de pelo con el dedo o de esa otra de pellizcarme los labios, de su ausencia de manías y de lo que odiaba llevar gafas para trabajar o leer, aunque yo opinase que le sentaban muy bien. De un montón de temas triviales y otros que tenían mayor importancia. De todo lo que se nos pasaba por la cabeza, menos de lo único que deberíamos haber hablado. De ellos. En ningún momento hablamos de ellos. Ni de Didier ni de aquella chica con la que Étienne salía. Y puede que suene fatal, pero no lo hicimos porque no quisimos. Las excusas no sirven para estos casos, aunque las gastemos. No es necesario encontrar un momento indicado para decirle a un desconocido que te espera alguien en París para el que sería una falta de respeto lo que nosotros estábamos haciendo.

Aunque no pareciese nada.

Aunque solo fuesen roces de dos manos que se encontraban casi sin querer.

Aunque solo fueran miradas y palabras que escondían otros significados.

Y es que, aunque Didier y yo mantuviéramos una relación abierta en el tema sexual, aquello era otra cosa. Aquello que estaba sucediendo en ese vagón no se trataba de sexo. Era algo distinto para lo que Didier y yo sí que habíamos puesto barreras. Era otra cosa que no comprendía demasiado bien, pero hacia la que me lanzaba, porque yo era así. Me precipitaba contra aquello que me llamaba.

Sin embargo, mientras lo observaba hablar, sí que tuve tiempo para recordar las palabras que Étienne había compartido con Alice, Julien y conmigo casi al comenzar el viaje.

«Estoy conociendo a alguien».

Había sido incapaz de no poner los ojos en blanco al escucharlo, porque a mí siempre me parecía una frase incompleta. En mi cabeza siempre iba acompañada por la coletilla de: «... pero no es tan importante como para afirmar que ya he conocido a alguien que es especial». Porque así era. ¿Por qué la gente no decía: «ya he conocido a alguien»? Como si ya hubiera sucedido, no como si aún faltara tiempo para que sucediera del todo.

Eso pensaba mientras lo observaba y analizaba sus pestañas densas, la curva de su mentón, la forma de sus labios. Pensaba que no era importante. Que aquella chica no significaba tanto para él como para dejar escapar eso que habíamos encontrado.

Pero sí que lo era. Por supuesto que lo era. Pese a que se nos olvidase.

Étienne

No sabía qué estaba haciendo. Bueno, quizá estaba más que claro, pero aceptarlo costaba demasiado por lo que implicaba y lo que suponía asumir sobre mí mismo. Estaba tonteando con una chica que acababa de conocer en un tren. Una chica de solo diecinueve años que provocaba pequeñas explosiones dentro de mí.

Dinamita, le había dicho. Qué tontería... me sentía un verdadero idiota. Y, aun así, lo pensaba de verdad. Estaba seguro.

Me había encerrado en el lavabo y me costaba hasta mirarme al espejo. No me reconocía. Yo no era la clase de persona que salía con una y jugaba con otra. Yo no entendía asumir cierto compromiso con alguien para romperlo a la primera de cambio.

No obstante... había cogido su mano. Había jugueteado con sus dedos. Había rozado la suavidad de su piel a través del agujero de su media. Había disfrutado del olor a fresa que desprendía su cuello. Había analizado las pecas de su nariz y había descubierto en su boca cinco clases de sonrisas distintas. Como un adolescente impresionado.

Y, pese a todo ello, no sentía que hubiese tonteado con ella. Era otra cosa. Algo que nos envolvía. Algo que sucedía, sin más. Algo que nos guiaba y que nosotros solo habíamos dejado ser. Algo que *era*.

Estaba confundido. Todo parecía una gran confusión. El estar allí atrapados nada menos que el primer día del año, el haberme sentado precisamente en el asiento frente al suyo, la conexión que percibía entre nosotros, lo ajena y diferente que era a mi vida... y lo dentro de ella que la sentía.

Unos golpes en la puerta me sobresaltaron.

—Está ocupado.

—¡Étienne! Soy Luna. ¡Sal! —Su voz se agarró a mis tripas.

No debía salir, pero lo haría. Era casi como si no tuviera elección posible. Pero siempre la hay. Y la había.

Eché un último vistazo a mi reflejo y salí. En cuanto abrí la puerta, su mano se encontró con la mía.

—Vamos.

Eché a andar con rapidez entre los vagones tirando de mí. Luna se reía. Yo no tenía ni idea de adónde me llevaba, pero no podía parar. Era la única opción que me parecía imposible.

—¿Vas a decirme adónde me llevas?

—No seas impaciente.

Atravesamos el tren hasta llegar casi al otro extremo. Los dos de la mano y sin parar de reír, como dos niños jugando al escondite con un tercero que no se entera de qué va eso que está sucediendo. Así me sentí en aquel instante.

Llegamos a su destino y sonreí al verlo.

—Vaya.

—Sí, he reservado una mesa.

Me guiñó un ojo con diversión y entramos en la cafetería. Habíamos comprado pasajes en los que no entraba ese servicio, porque para un trayecto tan rápido a mí me parecía un gasto innecesario, pero, teniendo en cuenta las circunstancias, la compañía había accedido a darnos todas las comodidades posibles. Incluso una cena de madrugada.

Luna se sentó en uno de los asientos dobles separados por una mesa y sonrió con ganas, aún con la respiración entrecortada por la improvisada carrera.

—¿No te mueres de hambre?

—Claro.

Pedimos unos bocadillos y un par de refrescos.

Luna comía muy rápido. Me daba la sensación de que todo lo hacía un poco así, con ese nerviosismo que parecía convivir con ella. Observaba todo lo que la rodeaba con excesiva atención y no dejaba de cambiar de postura en su asiento. No me extrañaba que se dedicara a la fotografía, porque daba la sensación de que capturaba instantes en su cabeza con cada parpadeo.

No podía dejar de mirarla. Cuando te cruzas en la vida con algo que nunca has visto antes, es inevitable. La caída de un edificio. Un niño dando sus primeros pasos solo. Una chica como Luna.

—¿Qué miras?

—Nada.

Eché la cabeza hacia atrás tapándose la boca llena de comida y la risa brotó de sus labios. Daba igual que me hubiera pillado, era incapaz de apartar la vista de ella.

—¡Vamos, Étienne! Creía que estábamos jugando.

Un juego. Ser otros. Que en realidad solo era una excusa para ser nosotros mismos sin controlarnos. Así que jugué...

—Te miraba a ti.

—Ya lo sé. Lo que no sé es por qué.

—¿No lo sabes?

Su sonrisa torcida fue una de las más provocativas que había visto en mi vida.

—En realidad, creo que sí, pero prefiero que me lo digas tú.

Me mordí el labio; su respuesta me descolocaba de nuevo, su modo de aceptar lo que ocurría sin pudor, casi con gracia.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Tan... tan...

—¿Tan...?

Apoyó los codos en la mesa y su rostro se acercó al mío. Inquieta. Esperando una respuesta que deseaba más que nada en el mundo en ese momento. Casi sujetándose las manos para no alzarlas y coger ella misma las palabras de la punta de mi lengua.

—Es como si siempre estuvieras a punto de saltar. Eso me parece cuando te miro.

Torció la nariz de un modo muy gracioso y volvió a apoyar la espalda en el respaldo.

—Es una buena manera de verlo. Tú parece estar siempre conteniendo el salto.

Arrugué el rostro y se rio. Me gustaba su risa. No era bonita, ni dulce, ni muy femenina si me apuras, pero era muy viva. Viva de un modo que hacía que cualquier otro sonido lo pareciese menos.

Alargué el dedo en un acto impulsivo y le limpié la comisura del labio.

—Mostaza.

Ella sonrió y se pasó la lengua por ese mismo lugar.

Yo quise hacer lo mismo.

Contuve el aire y después bebí de mi refresco. No debía pensar esas cosas. No estaban bien. No era el momento. No era el lugar. Y, lo más importante, no era la persona. Era otra. Otra que dibujó una sonrisa inquietante en su rostro y que era más valiente que yo. O más atrevida. O temeraria. No lo sé... creo que Luna siempre sería *más*, de lo que fuera.

—Yo también.

—¿Qué?

Sus palabras me descolocaron. Pese a ello, Luna no parecía para nada confusa, sino que en ese instante me parecía más segura que nunca, incluso

más tranquila que el resto del tiempo.

—Eso que estabas pensando al mirarme la boca. Yo también he querido que lo hicieras.

Luego se levantó y volvió a nuestro vagón.

Yo no me incorporé hasta que no la vi desaparecer del todo. Con su melena medio azul. Con sus botas militares. Con su aspecto desenfadado. Con su lengua traviesa y directa. Con su energía desbordante. Con toda la luz de aquel tren entre sus piernas.

Luna

La vida es bonita. Se compone de muchos momentos que guardas a buen recaudo y que atesoras para recordar cuando necesitas una sonrisa. Yo tenía varios de esos.

Una noche con mi padre en la playa cuando ya se había separado de mi madre; era de madrugada, me había escapado de la casa de ella y me habló sobre el amor. Otra de copas en Berlín en la que acabé bailando en la calle y fotografiando un amanecer. Una Navidad especial con mi familia en la que todos parecíamos felices de verdad.

Son fáciles de identificar y, si eres una persona afortunada, puedes llegar a coleccionar muchos de esos instantes.

No obstante, existen otros que te marcan. Que pintan una cruz en el calendario de tu vida y que lo hacen con un rotulador indeleble. Esos son pocos. Puedes contarlos con los dedos de la mano.

Esa noche fue una cruz gigante que tuve que escribir siendo una Luna demasiado joven.

—Lo estás mirando.

—¿Y?

Julien me dio un codazo, divertido por haberme pillado observando a un Étienne que ayudaba a Alice a buscar un paquete de pañuelos en su bolsa y la dejaba después en el compartimento de arriba.

—¿Lo reconoces? —me dijo con asombro. Sonreí.

—No soy la clase de chica que se esconde. No me da miedo la verdad.

—Eso sí da un poco de miedo.

Nos reímos. Él se sonrojó. Lo atraía; lo sabía. Lo había pillado mirándome del mismo modo que yo observaba a Étienne. Quizá por eso se había dado cuenta de lo que mis instintos gritaban. Pese a ello, en su caso era algo diferente, una simple atracción que duraría lo que tardaría en llegar el orgasmo encerrados en el baño de aquel tren, si yo hubiera querido.

—¿Te has enamorado alguna vez, Julien? —Titubeó un poco y mi pregunta lo incomodó—. No contestes si no quieres, perdona. A veces no pienso las cosas antes de decirlas.

Pero respondió. Y lo hizo con otra pregunta y con verdadera curiosidad por conocer mi respuesta.

—No. ¿Tú?

Clavó la vista en mí y yo lo hice en otra persona.

Étienne sonreía a una Alice que le explicaba sus problemas con el colesterol. Como si de verdad le importara. Era atento, y educado, y amable, y muchas otras cosas que se atisbaban en él enseguida, más muchas otras que me activaban a mí las ganas de descubrirlas.

Pensé en las personas que habían pasado por mi vida. Desde mi primer beso, en un patio de colegio, hasta el último, en un piso parisino en el que se respiraba arte.

Pensé en todos esos chicos de los que había creído enamorarme, para después darme cuenta de que no lo había estado de ninguno. Que solo había fingido creerlo porque lo deseaba, pero que desear algo no hace que mágicamente suceda. Eso solo ocurre en los cuentos.

Pensé en Didier. Con él sí que había sido algo distinto; no mejor, ni peor, solo diferente. Solo más intenso, más de dentro. Quizá porque, a su lado, no solo lo había conocido a él, sino también a mí misma mucho mejor de lo que creía que lo hacía.

La primera vez que nos habíamos cruzado, se me estaba acabando el dinero y aún era pronto para volver a casa; sentía el hacerlo casi como una derrota. Así que había aceptado un trabajo como modelo para un artista. El anuncio solo decía que estaba remunerado y que era necesaria una buena higiene personal. No pensé. Llamé, acordé una cita y, dos días después, estaba desnuda sobre una tabla de madera cubierta por una gasa y Didier pintaba sobre mi cuerpo, ambos dentro del escaparate de una sala de exposiciones.

Fue increíble. Una experiencia que no todos entenderían, pero que me ayudó a liberarme de ciertos tabúes y que me permitió quererme más a mí misma y disfrutar de unas sensaciones únicas, mientras el pincel recorría mi piel y la despertaba. Sus ojos eran como estelas de colores según se deslizaban por mi cuerpo.

«¿Cuánto puede tardar una persona en enamorarse?», me pregunté allí tumbada. «Lo que se tarda en pintar un cielo estrellado en mi estómago». Eso fue lo que me respondí en aquel momento, eclipsada por lo que Didier transmitía.

Cuando terminó, los aplausos llegaron y él me cubrió con una manta por encima al terminar su trabajo, todo desapareció. La sala se cerró y allí nos quedamos, charlando, compartiendo eso que ambos habíamos sentido; conectando. No necesitamos más que un par de horas hablando de arte para

acabar en su cama.

Al principio creí que solo sería sexo, pero me sorprendí alargando la velada, conversando con él hasta las tantas, fotografiando los bocetos que llenaban las paredes de su piso y deseando que me descubriera más de ese mundo en el que él se movía y que me resultaba tan embriagador.

Aquello duró un mes. Yo me marché y él me dejó ir. Y solo quedaron un puñado de recuerdos bonitos, restos de pintura en sábanas que hicimos nuestras y algunos sentimientos por el otro no definidos.

Tiempo después, me llamó. Siendo sincera, nunca lo hubiera esperado, pero lo hizo.

—Luna, necesito volver a pintarte.

Quizá aquello no era más que una metáfora para decirme que, en realidad, lo que deseaba era volver a follarme. No obstante, no me importó, porque en ese instante quise hacerlo también. Quise volver a aquella ciudad tan especial, a esas madrugadas de pintura, vino y cigarros fumados en la ventana. Quise volver a sentirme musa de alguien, por muy idílico o estúpido que sonase. Quise sentirme parte de algo.

Hacía seis meses de aquello. Por primera vez, había querido intentarlo. Quedarme en un sitio y buscar un trabajo estable. Había ansiado amar a Didier y llegué a pensar que podría conseguirlo. Pese a ello, sentí que las emociones explotaban dentro de mí al ser consciente de que, una vez más, no se trataba de amor.

¿Cómo podía serlo si, mirando a Étienne, sentía el deseo de encerrarme en ese tren para siempre y no salir nunca más? Y no hablo de que sintiese algo por él y quisiera conocerlo mejor, sino de que aquel parón bajo la nieve me había hecho aceptar de nuevo que no lo sentía por Didier. Que prefería alargar esa conexión especial con Étienne antes que regresar a los brazos de la persona con la que supuestamente ya la tenía.

Me giré y clavé los ojos en Julien. ¿Que si me había enamorado alguna vez? La respuesta era fácil.

—Creía que estaba en ello, pero ahora sé que no.

Étienne

La encontré asomada a una de las ventanas. Se había levantado sin más y había salido del vagón. Como no regresaba, Alice estaba preocupada, así que me había pedido ir a buscarla. A mí, no a Julien. Él dormía con la cabeza en el asiento vacío de Luna, aunque juraría que fingía estarlo y que era plenamente consciente de mis movimientos.

Recorrí unos cuantos vagones hasta que la encontré. Estaba en el último espacio de todos. No había nadie más. Estaba oscuro y la nieve caía fina al otro lado del cristal. El vaho producido por su aliento calentaba la ventana.

Sé que supo que estaba detrás de ella. Sé que supo que era yo. Sé que supo, igual que yo lo sabía, que aquello estaba mal, pero que nos hacía sentir bien. Y lo sé porque habló y provocó que todo cambiara para siempre.

—¿Cuánto puede tardar una persona en enamorarse?

Dejó la pregunta en el aire. Una pregunta que casi me pareció un acertijo lanzado al mundo. Yo no me moví. Solo la observé. Y, de forma inevitable, pensé en ello.

Pensé en la primera chica a la que quise; tenía quince años y me rompió el corazón.

Pensé en mi madre y en su romance eterno.

Pensé en Ángela. No, en ella no pensé.

Luna se abrazó a sí misma. Su pelo de colores brillaba.

Yo di un paso más, hacia su cuerpo, hacia todo aquello que no comprendía, pero que estaba allí, al alcance de los dos.

De repente, dejó de nevar.

Nos miramos a través del cristal.

Sus ojos reflejados clavados en los míos.

Y, entonces, vi caer un último copo sobre la imagen de los dos.

—Lo que tarda en llegar al suelo un copo de nieve.

Luna

Me giré. Étienne estaba detrás y me miraba como si le doliera. Como si aquellas palabras se le hubieran escapado contra su voluntad. Como si aquella confesión tan bonita no tuviera sentido, porque no lo tenía, pero no hubiese podido evitar dejarla libre.

Yo sonreí.

Hubiera sido fácil acercarme a su cuerpo y besarlo. Recorrer su cuello con los dedos, revolver su pelo, probar sus labios. Un error. Un acierto. Una aventura. Una decepción. ¿Quién puede saberlo? Hubiera sido fácil caer, pero elegimos lo difícil. Nos contuvimos.

Sí, a veces lo complicado no es hacer algo que puede acabar mal, sino no hacerlo.

Me acerqué a él y moví la mano hasta rozar la suya. No la apartó, pero tampoco respondió.

—Nunca me había pasado nada como esto —confesó.

—También es mi primer tren paralizado —bromeé.

—No me refiero a eso.

—Ya lo sé.

Porque lo sabía, pero Étienne parecía necesitar explicarlo, argumentar aquello y dejar claro que no era algo habitual para ninguno de los dos; justificarse de algún modo para no culparse.

Su mano desapareció un segundo para enterrarse en su pelo y luego se rozó con una intimidad inusual con la mía, inerte a su lado.

A veces, ocurre. Es solo una mirada. O un guiño. O un roce de manos. Algo que significa mucho más que la mayor de las infidelidades. Algo capaz de arrasarlo todo, si se lo permitiéramos. Yo lo hubiera hecho. Me conozco. La Luna de aquellos años se hubiese tirado de cabeza sin medir las consecuencias. Pese a ello, una parte de mí me decía que aquello era mucho mejor que hacerlo. Era la antesala de un beso que no iba a producirse.

¿Eres capaz de recordar el instante exacto justo antes de besarte por primera vez con esa persona especial? Pues ahora imagínate quedarte en él para siempre. Ahí nos encontrábamos nosotros.

La diferencia radicaba en que yo lo disfrutaba, lo saboreaba, pero Étienne... Étienne sufría.

Entrelacé mis dedos con los suyos.

—No estamos haciendo nada. Lo sabes, ¿verdad?

—Eso no es cierto.

Miró nuestras manos. No eran *nada*. Eran *algo*. Después me miró a mí.

Suspiró. Fue un suspiro que dejó escapar palabras no dichas, caricias que no sucederían, deseos que nacían sin poder controlarlos.

—No va a ocurrir nada que no sea esto —le dije.

—Ya lo sé.

—Aunque queramos.

—Sobre todo, aunque queramos.

Asentí. Porque queríamos... era lo único que sabía y lo único que me importaba.

Nos quedamos quietos. Las manos jugaban a rozarse y nosotros no nos mirábamos, solo respirábamos, y lo hacíamos tan cerca que sentíamos el aliento del otro. Mi piel hormigueaba. Mi boca se secaba. Mis ganas me apremiaban. Pero, pese a todo ello, me sentía tranquila. Demasiado calmada.

Sonreí.

—¿Por qué lo haces? —preguntó, estudiando mi rostro.

—¿El qué?

—Sonríes... como si lo entendieras. —Sacudí la cabeza.

—No sonrío por eso. Sonrío porque lo acepto.

Él dejó escapar el aire contenido y se apartó un poco. Se llevó dos dedos al puente de la nariz y luego me observó de medio lado, hasta que no pudo evitar sonreír a su vez.

Me gustaba. Dios... cómo me gustaba. Y ni siquiera sabía por qué. Me quemaba la piel por las ganas. No sabía qué tenía, solo sabía que lo deseaba para mí.

—Vale. Vamos a hacer una cosa.

Se sentó contra la pared y yo hice lo mismo, pero aquella vez me senté enfrente. Al estirar las piernas, quedaban entre medias de las suyas.

—¿Qué quieres hacer?

—Lo que sea que me haga dejar de comerme la cabeza. Habla, Luna. Yo te he contado una historia cuando caías. Devuélveme a mí el favor.

Recordé el abrazo que me había dado hacía lo que parecían días y no horas, el modo de sujetarme, la manera de salvarme de mis pensamientos. Y lo entendí.

Étienne no era como yo. Estaba hecho de otra pasta, de otras experiencias, de otros principios. Y aquella situación lo sobrepasaba, lo incomodaba y lo confundía, por mucho que a la vez lo fascinara. Así que comprendí que, para

él, aquel sentir extraño se escapaba a su control y no sabía cómo gestionarlo. Lo que él desconocía era que no había ningún modo de hacerlo. La única solución era sentarnos en vagones diferentes y hacer como si nunca nos hubiéramos cruzado, pero no lo haríamos. Esa era la única certeza que teníamos y en la que éramos exactamente iguales.

Dudé. Me mordí el labio. Suspiré. Busqué en mi cabeza y no encontré nada.

Al final, confesé, tapándome los ojos con las manos.

—¡Soy pésima contando historias! —Él se rio y me agarró las dos manos para apartarlas.

—No te pido un cuento, Luna. Háblame de ti. Solo de ti.

Solté el aliento y empecé. Eso parecía fácil.

—De acuerdo. Tú lo has querido... —Su risa me dio el empujón que necesitaba.

Enredé mis piernas con las suyas y comencé a hablarle de mí, de mi padre, Bruno, que no lo era y a la vez lo era más que ninguno, de mi madre, de las parejas de ambos. Le conté cómo, gracias a mí, mi padre se reencontró con la chica de la que estaba enamorado y cómo ella, Jimena, le pidió matrimonio después en una playa del Caribe. También recordé aquella vez en la que los tres nadamos entre tortugas. Le confesé que en mi adolescencia estuve coladita por Gael, su socio del estudio de fotografía, por su aire rebelde y su sonrisa traviesa. Le hablé de mi obsesión por los aviones. De que cuando me estresaba y el mundo se me quedaba pequeño, me iba al aeropuerto y los veía despegar y aterrizar, tumbada en el suelo. Le hablé de muchas cosas a Étienne. Creo que admití algunas que nunca le contaba a nadie. Como que me daba miedo que, de tanta intensidad con que lo sentía siempre todo, llegara un día a sentirme vacía. O que, hacía mucho tiempo, había creído odiar a mi madre.

Hablé. Sin parar. Sin filtro. Sin pensar.

Y él me escuchó. Me estudió. Me memorizó.

Supe que lo estaba haciendo, que estaba convirtiéndome en un recuerdo bonito antes de tiempo. Yo me esforcé porque, si era verdad que iba a convertirme en eso, en un recuerdo, esperaba hacerlo en uno que al regresar a su cabeza le provocara siempre una sonrisa.

—Y, entonces, me monté en un tren y se paró por la nieve. Hemos llegado hasta el día de hoy. —Di una palmada al aire y sentí que me desinflaba del todo.

Eran las cuatro de la mañana. Llevaba demasiado tiempo hablando y llenando su propio silencio. Soplé hacia arriba para retirarme un pelo que me hacía cosquillas y creo que me puse un poco bizca.

Él sonreía, pero cabía tanto en esa sonrisa... que me pareció algo mucho más grande.

—¿Puedo decirte algo sin que suene raro? —susurró.

—Nada suena raro en sí. Depende de la percepción de cada uno.

Étienne cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, mi sonrisa casi permanente se borró.

Lo sabes. Cuando llega un momento de esos claves que lo cambian todo, lo sabes. Lo sientes justo antes, apenas te da tiempo a prepararte, es solo una milésima de segundo, pero lo sabes. Y yo lo supe. Se me cortó la respiración, me hundí en sus ojos y me preparé para la explosión.

—Eres la persona más interesante que he conocido en mi vida.

Y mi espalda se separó de su apoyo, mis piernas se impulsaron y mi cuerpo se imantó hacia el suyo.

Me precipité.

Coloqué las manos sobre sus rodillas. Las suyas encontraron mis dedos al momento. Su respiración se aceleró. La mía se volvió frenética. Se mezclaron con cada bocanada.

—Esto es lo más interesante que ha ocurrido en la mía.

Una sonrisa. Dos.

Una risa inquieta. Otra temblorosa.

El olor de Étienne llegando hasta mí, como un hilo suave que trae el viento.

—Dinamita.

Su susurro en mi oído.

—Arena.

El mío sobre su boca.

Y, de repente, un empujón.

Un tren en movimiento.

Un final.

Y París, mucho más cerca.

Y Étienne, mucho más lejos.

Étienne

Me levanté y me tambaleé hasta recuperar el equilibrio. Esa fue la sensación y no solo porque nos pusiéramos de nuevo en movimiento, sino porque en aquel momento, junto a aquella chica, mi mundo se desestabilizó.

Tardaría mucho en volver a ponerse recto.

El tren se movía. Se oían los aplausos de los pasajeros, ajenos a lo que acababa de ocurrir en aquel último espacio entre vagones. O lo que no había ocurrido.

Luna se metía los mechones de pelo detrás de las orejas. Parecía un tanto confundida y tan... niña. De repente estaba tan descolocada como yo y eso le daba la imagen de alguien mucho más vulnerable, menos madura de lo que me resultaba para su edad. Tan joven, con ese brillo en sus ojos, con esa capacidad de sentir tan pura.

Dios... había estado a punto de besarla. O ella a mí. O los dos.

Ni siquiera lo tenía del todo claro. Solo había sucedido.

—Ya no nieva.

—No.

Y sentí aquella declaración como una aceptación de que lo que acababa de *casi* suceder también se había esfumado.

No volvimos a aquel vagón que nos correspondía hasta ver las luces de París acercándose. Solo nos quedamos allí, en la semioscuridad de ese rincón que estaba siendo testigo de algo especial, en el que se respiraba un aire diferente. Uno al lado del otro. Sin mirarnos. O haciéndolo a ratos.

Cuando vimos las primeras luces de nuestro destino y escuchamos los movimientos de los pasajeros, que se preparaban para bajar por fin de aquel tren que nos había robado las primeras horas del año, Luna alzó la mirada y habló, con la voz tomada por una emoción hasta entonces para mí desconocida.

—Iba a besarte.

Tragué saliva. Sentí las ganas de que lo hubiera hecho. Y las ganas de hacerlo yo.

Si las juntabas, casi me costaba respirar.

—Ya lo sé.

—Pero ahora sé que ya no va a pasar.

Era... era rara, Luna. Diferente. No cumplía los veinte y te contaba la realidad de un modo un tanto apabullante, como si hubiese vivido mil años. Hablaba de besos como el que te habla del tiempo. Te explicaba las cosas sin adornos, con una naturalidad que costaba encontrar. Te exponía la realidad cuando los demás tendíamos a maquillarla para protegernos. Y yo no estaba acostumbrado a ello. Quizá ese era uno de los motivos por los que me parecía tan especial, porque rompía mis esquemas, los giraba y me obligaba a mirar el mundo desde una perspectiva distinta. Y tenía razón. Habíamos provocado una posibilidad y la habíamos perdido. Habíamos estado a punto de hacerlo, pero ya no, porque el poco sentido que tenía se había esfumado y volvíamos a percibir la locura que era que dos desconocidos se besaran en un tren.

Caminó hacia la salida, pero, antes de abrir la puerta, se giró con energía y se enfrentó a mí y a aquella situación.

—¿Querías que lo hiciera?

Lo deseaba más que nada. La sentía en mi boca sin haberla tenido. Me lo imaginaba sin cesar. Me odiaba por hacerlo.

—Sí. —Mi respuesta borró esa inquietud en su rostro y sonrió.

—Yo también.

Qué guapa era... Qué manera de condensar la belleza en una chica tan joven, de ropa oscura y mirada clara. Eso pensaba. Como el niño que contempla un paisaje nevado cuando nunca ha visto la nieve con anterioridad. Y había conocido a muchas mujeres en mi vida, pero ninguna se le asemejaba en nada.

—Luna...

—¿Sí?

Sus ojos se abrieron y era esperanza lo que los llenaba. Leía en ellos las posibilidades. Un nombre completo. Un teléfono. Una dirección. Lo que fuera con lo que poder volver a nosotros si nos atrevíamos. Pese a ello... no debía estar ahí. No tenía sentido. Solo era una ilusión, una fantasía, una atracción como muchas otras que, una vez satisfechas, solo se quedaban en eso y con el sabor del error o del desencanto.

Fruncí el ceño y su expresión se nubló por la tristeza.

—Eh, no estés así. —Me acerqué y sujeté su mano entre la mía; intenté explicárselo—. Esto... esto en realidad no existe.

—¿Qué quieres decir?

—Solo es... solo es esto. Un instante. Una fantasía. —Torció el gesto y se apartó enfadada, soltando mi mano—. Luna... no es real. Las cosas no

funcionan así.

—Cuando no funcionan es cuando no dejamos que lo hagan.

Negué con la cabeza y me pasé los dedos por la cara y el pelo. Era una niña. Le faltaba madurez, experiencia, decepciones que vivir incluso. Ojalá hubiese podido decirle que la vida es como nosotros la soñemos y que dejarse llevar por el momento siempre sale bien, pero no es cierto. Solo era una atracción. Algo puramente instintivo. Muchas personas se cruzaban cada día con otras con las que conectaban, pero se quedaba en eso, en un cruce puntual que no llegaba a más. O sí, pero solía acabar en una equivocación. ¿No era mucho más sensato quedarse con las sensaciones de ese recuerdo único?

Eso fuimos Luna y yo. Y eso le dije.

—Deberíamos volver a por nuestras pertenencias. Ya estamos en París.

Asintió, pero no se dio la vuelta. Solo me miró. Se mordió el labio y dudó, pero se tiró a la piscina, porque eso era lo que hacía Luna con la vida. Se despeñaba. Se precipitaba hacia las cosas.

—¿Crees en el destino? —No contesté—. Yo sí. Y no me importa que tú no lo hagas, ¿sabes? Solo quiero que pienses en algo. Si esto de verdad no es nada, nos despediremos y se quedará en una anécdota que contar. Nada de teléfonos, de direcciones. Nada. Lo dejaremos en sus manos. Pero si, por una remota casualidad, nos volvemos a encontrar, prométeme que nos daremos una oportunidad. Aunque sea un día. O una noche, como la de hoy.

—No quiero prometerte nada que no pueda cumplir, Luna.

—¿Qué más te da si no crees en ello? Posiblemente nunca nos volvamos a ver, Étienne. Tienes razón. Solo soy una niña con demasiada imaginación.

Observé bien sus rasgos. Estábamos a punto de despedirnos y quise guardarla en la memoria al detalle. Sus ojos profundos, azules, tan vivos. La curva de su nariz. Las pecas que la poblaban. Sus labios, que parecían muy suaves. Su expresión dura y dulce a la vez.

Me contuve para no retirar un mechón de pelo pegado a su mejilla y suspiré.

—De acuerdo. Una noche.

Su sonrisa fue inmensa.

—Si volvemos a vernos, me regalarás una noche.

—Te lo prometo.

—Y comprobaremos quién tiene razón.

Me reí. Y después terminamos con aquel juego del mismo modo en el que

había comenzado todo. Con un abrazo. Uno de esos que no tienen sentido entre dos desconocidos.

Di dos pasos hacia ella y pasé el brazo por sus hombros con delicadeza. Luna soltó el aire contenido sobre mi pecho y me abrazó con fuerza. Sus manos se agarraron a mi espalda y respiró con rapidez contra mi jersey. Yo acaricié su pelo. Y nos quedamos así unos segundos. Fue poco tiempo, pero el suficiente para que doliera.

Me di cuenta allí, con ella entre mis brazos, de que nunca había dado un abrazo igual. Tampoco lo había recibido. Y era la razón por la que siempre recordaría aquella noche, a aquella chica, aquella bonita casualidad que nos había cruzado gracias a la mayor nevada de los últimos años.

Miré a mi izquierda y vi las primeras luces de la estación y la nieve. No lo sabía, pero llegaría a asociar ciertos detalles con ella para siempre.

—Hemos llegado.

Luna levantó la cabeza y sonrió. Ya no parecía triste, sino solo resignada. Incluso en ese momento, pensé que era mucho más valiente que yo, más real, mejor.

—El juego se ha terminado.

Volvimos en silencio a nuestro vagón. Allí nos encontramos con Alice y Julien. Nos dedicaron una sonrisa cansada con sus abrigos ya puestos; estaban deseosos de llegar. También nos observaron a los dos, como si fuesen conscientes de que allí, entre Luna y yo, había ocurrido algo.

No quise pensar en ello.

Cogí mi cazadora y busqué el móvil. Tenía un montón de llamadas perdidas de mi familia y algunos mensajes; contesté con rapidez. Habíamos estado tan perdidos esas horas en nosotros que ni siquiera me había acordado de revisarlo al moverse el tren, por si recuperaba la señal en algún momento.

Luna hizo lo mismo. Sacó su teléfono de la mochila, frunció el ceño y, simplemente, lo apagó. Hasta en eso éramos diferentes.

El tren paró. Eran las seis de la mañana del primer día del año. Nos despedimos con un leve abrazo de Alice y Julien. A ambos los esperaba un familiar en la estación. Supe que no volvería a verlos y me sorprendió sentir pena.

Nosotros nos dirigimos a la entrada. El exterior de la Gare du Nord estaba cubierto de blanco. Era una imagen bonita pero también agri dulce.

Luna, a mi lado, miraba al cielo. Pequeños copos de nieve la rodeaban y

cubrían sus hombros y su pelo.

Dejó de salir gente detrás de nosotros y nos quedamos solos. Era el momento de decir adiós y olvidarlo todo. Solo lo estábamos posponiendo unos minutos, unos minutos en los que me dio tiempo a reflexionar sobre las decisiones de la vida y cómo puede ser esta de diferente según los pasos que demos.

Hacia adelante, me esperaba lo que conocía.

Hacia la izquierda, Luna ardía en deseos de que descubriera con ella lo que fuera que nos aguardase de hacerlo.

Decisiones.

Tomé una, pero no fue ninguna de aquellas dos. Fue otra. No supe hasta mucho después lo que esa reacción significaba.

Di un paso hacia atrás.

Ella me miró y dio uno hacia adelante.

Entonces, al verla separarse unos pasos de mí, cogí aire al darme cuenta de que París nos esperaba a ambos y en ese instante solo podía pensar en cogerle de la mano y perderme con ella en sus calles.

Luna

Esperé a que me pidiera que me quedara, que lo acompañase a un hotel, o incluso a su casa, o que nos perdiéramos entre las calles de París y viéramos amanecer desde algún rincón oculto solo descubierto para nosotros. Deseé hacer de aquella locura algo real, que él la creyese posible, pasarme las horas charlando, abrazándonos y que ocurriese lo que ambos deseábamos, pero no lo hizo. Aguardé a que me cogiera la mano y me pidiera en francés o en español o en silencio que no me separase de él, que aún era pronto para decirnos adiós, que hay trenes que solo se cogen una vez, pero observó la nieve que pintaba de blanco el suelo y decidió tomar otro camino que no me incluía a mí.

Étienne, simplemente, se agarró a esa sensación que nos llenaba y que era tan bonita que daba miedo romperla; así que escogió conservarla tal cual estaba.

Supongo que eligió convertirla en recuerdo.

Di dos pasos hacia adelante, tomando la decisión por él, porque no parecía capaz.

—Ojalá la vida nos dé otra posibilidad de volver a coincidir —susurré.

Él solo asintió. Yo me agarré a esa promesa que me había hecho, por mucho que supiera lo débil que era.

Antes de dar un paso más y despedirnos del todo, Étienne habló dirigiendo la vista al cielo oscuro que nos cubría y yo lo miré, confusa.

—Hoy no hay luna.

—¿Qué?

—Nada.

Pero no era nada lo que quería decir, era algo. Algo inmenso. Era lo que yo necesitaba para mantener viva la certeza de que lo que habíamos vivido esa noche existía, aunque le dijéramos adiós. Aunque nos convirtiéramos por un momento en la señora Gaudet y el señor Colville separándose durante veinte años.

—Has dicho que no hay luna.

—En el cielo.

—Ah. Es por la nieve.

—No, es porque se ha colado en mi tren.

Y me miró por última vez; yo sentí tormentas por debajo de mi piel. Me sonrió y lo sentí. Muy dentro. Colándose. Enredándose. Haciendo un nudo

fuerte y profundo que en el acto se convirtió en una raíz arraigada para siempre. Lo supe en el momento y seguí sabiéndolo a lo largo de los años. Esas cosas siempre se saben. Étienne se coló por esa rendija abierta que le había dejado y se quedó con una parte de mí.

Lo vi marchar, con las manos en los bolsillos y copos de nieve en el pelo; casi igual que como había aparecido por ese vagón. Después me abracé a mí misma, aunque no sentía el frío. Era miedo. Miedo ante lo que sabía que estaba perdiendo. Miedo ante la posibilidad de nunca volver a encontrarlo. Miedo ante el deseo de que lo hiciera él de nuevo, que me abrazara y me sujetara para siempre; pero, como no sucedió, fui yo la que me sostuve entre mis brazos.

Entonces me di la vuelta y eché a andar en dirección opuesta, por las calles oscuras del París más triste que recuerdo.

El camino

Dirección que ha de seguirse para llegar a algún lugar.

Luna

Étienne me está mirando. Lo sé.

Trasteo con los diferentes objetivos que saco de mi bolsa, mientras, a mi espalda, su cabeza trabaja a la misma velocidad que la mía. El ambiente está cargado de algo tan denso que casi se puede cortar. Es irrespirable. Al menos, a mí me cuesta hacerlo con normalidad.

Siento que hemos vuelto juntos a aquella noche. A aquel tren. A aquellos abrazos.

Me tiemblan tanto las manos que se me cae una de las tapas de la cámara al suelo y lo veo recogerla antes de que pueda hacerlo yo.

—Gracias.

No dice nada. No lo miro. No soy capaz sin sentir que reviento.

—*De rien.*

Dos palabras. Un susurro. Pero sé que, al igual que yo, lo ha recordado todo, porque no es la primera vez que las dice para mí. La primera vez yo estaba a punto de tener un ataque de pánico y él me sujetó. ¿Volvería a hacerlo en este instante si pierdo el control? No lo creo. Tampoco lo quiero.

Me aparto y me dirijo a Ángela, con los recuerdos aún viajando por mi piel a toda velocidad en forma de sensaciones. Sintiendo casi la nieve al andar, aunque lo haga en sandalias y con el mar de fondo. Con conversaciones flotando a mi alrededor, como un viejo eco de palabras dichas hace demasiado tiempo. Evocando lo que fue mirarlo en silencio, jugar con sus manos, oler su cuello, imaginarme corriendo con él por el barrio de los Pintores y viendo un amanecer de un cielo sin luna, como me dijo en la entrada de aquella estación.

—Podemos empezar cuando queráis —digo; me cuesta encontrarme la voz.

—Sí. Étienne no es muy fotogénico, pero se esfuerza.

Parpadeo. Es como otro flashazo de un recuerdo. Vuelvo al momento en el que le hice aquellas fotografías que aún conservo y que he estudiado tantas veces.

—*No, pero siempre me han incomodado las fotos. Nunca sé qué hacer.*

—*No tienes que hacer nada. Ese es el secreto. Solo ser tú.*

Sonríó a Ángela y le indico que no pasa nada, que estoy acostumbrada, pero que solo estamos nosotros, así que consiste en que se relajen y en ser ellos mismos.

Étienne no dice nada. Es como si no estuviese aquí, en este hotel, en esta isla. Pero lo está. Ese es el maldito problema. Es imposible no sentirlo cerca después de casi cinco años lejos e inalcanzable.

Se colocan en uno de los jardines que rodea la piscina. Hace calor, pero no siento nada. Bueno, quizá siento demasiado. Demasiado de todo; bueno, malo y regular.

Ella se ríe, mientras le coge la mano y le deja besos en las mejillas para que se relaje. Él también lo hace; le sonrío a su prometida, aunque sea a medias. Me pregunto si ella lo notará; si percibirá la tensión que nos envuelve.

Sus ojos no disimulan, me persiguen.

Me escondo tras el objetivo de la cámara y procuro centrar la atención en lo único que se me da bien; disparo sin cesar, fijándome en los detalles, en la mano de ella acariciándolo a él, en el movimiento de su pareo de gasa bajo la brisa, en el brillo en la mirada de Étienne, que no es solo el de un enamorado, sino que parece arder bajo el peso de tantas emociones.

Étienne. Hasta pensar en su nombre me cuesta. Llevo mucho tiempo prohibiéndomelo y ahora lo tengo delante.

No puedo respirar.

Me aparto y saco una botella de agua de mi mochila. Es negra, con correas, y apenas se ve la tela por la cantidad de parches de ciudades que lleva cosidos encima. Es la misma que cargaba hace cinco años y que él estudió con curiosidad.

Hasta mis propios recuerdos se ven manchados por el suyo.

¿Cómo es posible? ¿Cómo ha sucedido? Me siento dentro de una pesadilla de lo más incómoda.

Vuelvo a mi posición y les digo que se sienten en el borde de la piscina, con los pies dentro del agua. Les digo que se sonrían. Que se miren. Que coqueteen. Que se quieran y que la cámara lo vea. Pero soy yo la que lo hago y es un choque de realidad más duro que cualquier otro. Es un sueño, una fantasía, un recuerdo bonito que se hace pedazos.

Puedo parecer una idiota, pero ¿nunca has soñado muy fuerte con algo y, un día, te has dado cuenta de que ese sueño ni siquiera existía? Eso es lo que me ocurre. Y lo peor es que de aquí no puedo huir, porque es mi trabajo. Casi como me sucedió en aquel tren; me veo encerrada y obligada a enfrentarme a algo que me hace daño, y no me gusta.

Quiero gritar.

Soy consciente de que he hecho esto millones de veces, es lo mío, mi espacio, mi vía de escape. Y, pese a ello, no me siento capaz de enfocar la cámara sin temblar, si es él el que está al otro lado. Ya que, si lo miro, sé que es real, que Étienne está aquí, tantos años después y no por mí. Porque, si es verdad que la vida nos ha vuelto a cruzar, solo puedo pensar en que lanzamos al aire una promesa que parecía débil e improbable, pero que se presenta como un regalo que no sabes si odias o te maravilla. Como una posibilidad que creía perdida. Y porque, si es cierto que voy a tener que verlo durante lo que dure este trabajo, no quiero que descubra jamás el tatuaje que luzco en mi brazo.

Étienne

No creo en el destino. Ni en el azar. Ni en nada que no suponga una lógica razonable. Sí lo hago en las leyes de la probabilidad. Esas que me dicen que tenía una oportunidad remota y prácticamente imposible de volver a ver a Luna en toda mi vida. Una entre un millón, quizá. Ni siquiera pensar en ella tenía ningún sentido.

Y, sin embargo, la tengo delante. En carne y hueso.

Lleva unos pantalones vaqueros cortados por la mitad de sus muslos muy parecidos a los que vestía el día que la conocí, una camiseta blanca de tirantes y chanclas. El pelo oscuro le llega por la cintura. No hay rastro de azul en él. Está mayor, más mujer, pero su rostro sigue siendo el mismo. Su mirada dura y suave a la vez, sus ojos inquisidores, sus pecas. Todo. Al menos, todo lo que era visible sigue ahí.

No puedo dejar de mirarla. Es como cruzarse con un sueño, con una fantasía, con un personaje de una película que sale de la pantalla y se sienta a tu lado. Eso siento. Pero es real. Tan real que está hablando y yo siento su voz como si me arañara.

No está cómoda, aunque disimule, y lo entiendo. Yo tampoco lo estoy. ¿Cómo podríamos estarlo?

—Gira la cabeza. Pon tu mano sobre la de ella y acércate a su rostro.

No es capaz de pronunciar mi nombre. Ni siquiera parece mirarme cuando me ordena.

Su voz es neutra, casi fría, casi la de otra persona y no la de la Luna que yo conocí. Quizá ni siquiera sea la misma. ¿Acaso yo lo soy? No lo creo. Somos los mismos y a la vez otros.

Ángela me abraza por la cintura. Sus manos me tranquilizan cuando lo hace, ya que me tenso a cada segundo. Es instantáneo. Más aún cuando Luna aparta la mirada ante ese gesto.

—Poneos de espaldas mirando los dos al mar. —La obedecemos y pienso si no será un truco para no tener que vernos las caras—. Así, muy bien. Ahora... tú, abraza a Ángela por detrás.

Tú. No *Étienne*. Solo *tú*. Como si no fuera nadie. Como si fuera menos que nadie. Como si no quisiera que fuese yo.

Lo hago. Apoyo la barbilla en el hombro de mi futura mujer y aspiro su perfume. Me gusta. Me relaja. Hace que todo desaparezca. Cierro los ojos y ella se apoya en mi pecho y me susurra:

—Es bonito, ¿verdad? No podíamos haber elegido un mejor lugar para casarnos.

Los abro y veo el mar que nos rodea. Su agua casi cristalina. La arena blanca y fina. El olor a sal y el sonido de las olas que rompen en la orilla. No hay nada más. Eso y nosotros.

Palpo su estómago, acaricio su piel con cariño y pienso que no; supongo que es una imagen perfecta y lo que ella deseaba con todas sus fuerzas. Siempre ha soñado con una boda bonita en una isla y yo no podía hacer menos que aceptarlo.

«Esto está bien», me digo. «Todo está bien».

Luego me giro para continuar la sesión en la playa y la veo. Está agachada sobre su bolsa y su ceño está fruncido. El pelo le cae por delante de los hombros y sus uñas pintadas de azul y mordidas me trasladan de nuevo a esos recuerdos que no deberían haber vuelto.

Quizá Ángela no tenga razón; quizá esté equivocada. Quizá hemos elegido el peor lugar del mundo para hacer esto.

Luna

Cuando bajé de aquel tren, mi vida cambió. Creo que lo hubiese hecho de todas las maneras, pero aquello precipitó una serie de decisiones que ya comenzaban a tomar forma.

No aparecí por la fiesta, aunque teniendo en cuenta las horas tampoco pensé que quedara mucho más que los restos de ella. Solo paseé. Necesitaba pensar y estar sola, y París siempre me ha parecido la ciudad perfecta para ambas cosas. Fui hasta el Sacre Coeur y observé la preciosa estampa de su escalinata nevada y los jardines blancos. Imponía. No pude evitar sacar la cámara e inmortalizar aquella imagen. La nieve tiene un encanto especial que se agarra a las fotografías, a los instantes, a los recuerdos.

A ratos yo también quería quedarme así, blanca, por dentro y por fuera, como un cuaderno sin estrenar, conseguir olvidarme de todo y dejar de revivir esas sensaciones que Étienne me había dejado antes de irse. Pero no funcionaba. Siendo honesta, tampoco lo deseaba de verdad. Prefería guardármelas para mí.

Yo siempre prefiero sentir a no sentir nada.

Hacía un frío de mil demonios, pero no me importaba. Era mejor sentir las mejillas cortadas que meterme en la cama de una persona que, aunque quería, no amaba. Había una gran diferencia y no le encontraba sentido a seguir fingiendo que no la veía. Una persona buena que me había abierto su vida y que yo sentía haber traicionado. Y es que, por muchos defectos que tuviera Didier, siempre había sido generoso conmigo y, sobre todo, un buen amigo.

Al amanecer, me presenté en su piso y recogí todas mis cosas. Me sorprendió comprobar que no había nadie más en su cama.

—¿Cómo estás? Estaba preocupado.

Se levantó medio dormido. Tenía su pelo largo enmarañado, le tapaba la frente, y los ojos entrecerrados. Se estiró levemente y me dejó un beso en la mejilla. Yo no me aparté, pero lo notó. Supongo que hay sentimientos que se palpan rápido. Decisiones. Consecuencias.

—Didier...

—¿Dónde vas a ir?

—No lo sé. Creo que iré a casa de Charlotte un par de días, hasta que encuentre algo por mi cuenta.

—Te quedas en París.

Asentí. Y fue entonces cuando me di cuenta de que no había barajado la

posibilidad de viajar de nuevo, como yo había funcionado siempre, sino que algo dentro de mí tenía la esperanza de cruzarse con Étienne en sus calles y cumplir una promesa. Por primera vez, no cogía otro avión con la idea de volver a empezar.

Él no pareció sorprendido. Ni siquiera enfadado. Solo un poco triste.

Levantó la mano y acarició mi mejilla. Yo la apoyé en ella. Pese a todo, iba a echarlo mucho de menos.

—Puedes quedarte aquí.

—No, no puedo.

—¿Estás segura, Luna?

—Sí.

No fue difícil, aunque tampoco fácil. Porque irme de aquel piso suponía dar un nuevo giro a mi vida, uno que no sabía lo que me traería. También despedirme de Didier, de su sonrisa dulce, sus rasgos de niño, sus aires bohemios y su creatividad e inteligencia deslumbrantes.

—Algún día tendrás que frenar.

—Pero no es hoy, Didier. No... no creo que esto sea lo que busco.

Él asintió, apoyó el cigarrillo que se había encendido nada más levantarse en el cenicero y se acercó a mí con los brazos abiertos. Yo me colgué de su cuello. No llevaba camisa, así que al sentirlo tan él, solo su piel y el latido de su corazón, me sentí agradecida por llevarme ese último instante como recuerdo.

—Espero que algún día lo encuentres.

—Gracias.

Agarró mi barbilla para alzar la cabeza y me besó con suavidad. Sabía a sueño, a tabaco y a él. A todo eso que me había dado durante esos meses.

—Si no lo consigues, siempre puedes llamar a la puerta otra vez.

Asentí. Aunque creí firmemente que no volvería a verlo nunca.

Entro en casa y me desplomo sobre la cama. Cierro los ojos. Estoy agotada.

Los abro de nuevo, porque las imágenes de hoy me vienen una detrás de otra y me va a explotar la cabeza. Ojalá lo hiciera; ojalá mi cerebro estallara y manchase las paredes blancas de la casa; así no tendría que acudir mañana a la boda.

Veo al gato en la ventana tumbado al sol. Lleva tres días viniendo, el picor de mi nariz da fe de ello. Me dan un poco de alergia, aunque soy

incapaz de echarlo. ¿Quién soy yo para hacerlo? Quizá él ya vivía en esa ventana antes de que alquilara la casa y la intrusa soy yo. Pienso en lo fácil que sería ser un gato. Dormir. Pasear. Descubrir rincones. Colarse en alguna ventana y hacerla suya. Pero no soy un gato. Soy una chica que acaba de reencontrarse con la única piedra de su pasado que duele dentro de un zapato imaginario. Así me siento. Como si Étienne fuera una piedrita que se cuele en mis sandalias y que se clava a cada paso. Hoy la piedra se ha hecho enorme, visible, cuando ya me había acostumbrado a vivir con ella.

Cojo el teléfono y marco sin pensar.

—Hogar de fotógrafos desnudos y tortugas con sombrero. ¿Dígame?

Me río y me tapo los ojos, casi como si pudiera ver a mi padre y a Jimena haciendo guarradas delante de mí y no en el salón de su casa. Porque no podía haber sido más gráfico, pese a que cualquier otra persona no tendría ni idea de a qué se refiere.

No es muy difícil, él es fotógrafo y tiene una alergia importante a la ropa interior. A ella la llama *tortuga* y vende sombreros. Y ojalá parte de esa información me fuese desconocida, pero no es el caso.

—Ponte los calzoncillos para hablar conmigo. Soy tu hija. Creo que me merezco un respeto.

—¡Qué sorpresa, cariño! Y ni que te fueras a asustar a estas alturas.

Jimena lo riñe por detrás, lo que me confirma que están ambos ligeros de ropa, y él se ríe. Echaba de menos ese sonido. Echaba de menos sus riñas tontas, su manera de picarse continuamente y de hablar entre ellos cuando yo estoy al teléfono. Los echo de menos siempre, pero más aún cuando me siento triste. Y hoy lo hago; estoy triste y ni siquiera comprendo muy bien por qué. No debería suceder.

—¿Cómo estáis?

—Bien. Acabamos de llegar de casa de tus tíos. Hemos pasado cinco días de vacaciones. Ese lugar es el paraíso. ¡Nadie me obliga a usar zapatos ni a peinarme, Luna!

—Ni que hicieras algún caso sobre eso el resto del tiempo...

Pienso en mis tíos, Oliver y Julia, y en lo que están construyendo en aquella casa apartada de todo y sonrío. Mi tío había sido un chico pijo de ciudad, hasta que su vida perfecta se desmoronó y acabó bajo el techo de un refugio entre montañas regentado por Julia, una *hippy* adorable que había acabado adorándolo a él. Hace un par de años, consiguieron comprar parte del bosque que lo rodeaba y, desde entonces, están creando una especie de

santuario para animales que necesitan un hogar. Oliver sigue dedicándose a la publicidad y llevando camisa de vez en cuando, pero ella vive por y para sus niños de cuatro patas, plumas o lo que se tercié. Son felices. Tanto que a ratos los envidio de un modo que me hace odiarme por tener esa clase de sentimientos hacia personas que quiero. Pero es que tienen algo que siempre he deseado con fuerza, casi con rabia.

A veces sueño con cerrar los ojos y aparecer allí, en medio de aquel bosque en el que se respira paz y perderme del todo. Qué pena que la magia no exista.

—¿Cómo va el trabajo? ¿Has empezado con la preboda de los franceses?

Me muerdo el labio y noto que me falla la voz al contestar.

—Ella es española. Pero sí. Es un trabajo fácil. Ya sabes.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Me aprieto los ojos con las yemas de los dedos, pero sé que lo ha notado. Siempre lo hace.

—Ese *nada* suena tan triste que estoy a punto de subirme a un barco. ¡Jimena, prepárame una bolsa con unas aletas y el bañador ese que decís que es tan pequeño!

Se me escapa la risa en el acto. Sus tonterías son el mejor de los calmantes.

Lo peor es que es capaz. Nunca lo ha hecho. Siempre que me pasa algo, o que me nota floja de ánimos, amenaza con cogerse el primer transporte posible, llegar hasta mí y abrazarme. Solo eso. Y a mí con saber que lo haría me vale. Por eso nunca ha sido necesario. Es como un juego entre los dos. Sabe que yo necesito libertad y él comprobar de vez en cuando que aún soy esa niña que lo necesita.

—Estoy bien. Solo que... he visto a alguien que no me esperaba.

—¿Vas a explicármelo?

—No. Te he dicho que no es nada.

Compartimos un silencio largo antes de seguir hablando un par de minutos más de trivialidades y colgar. Supongo que en ese silencio él pretende dejarme tiempo para cambiar de opinión, pero no lo hago. Y yo me quedo meditando sobre ese *nada* que ha sonado tan falso, porque da igual que sea verdad que Étienne y yo seamos un *nada* gigante, porque yo siento algo.

Y ese algo late. Está vivo. Y dentro de mí.

Étienne

Podría decir que nunca he pensado en ella, pero sería mentira. Que nunca me he imaginado cómo sería encontrármela un día paseando por París con sus medias rotas y sus botas, como me pasaba cada invierno cuando caía la nieve. Que nunca se me pasó por la cabeza que coincidiéramos en otro tren, cada vez que cogía uno. Que escuchar algunas palabras en boca de Ángela me llevaban en el acto a pensar en la voz de Luna y en su acento marcado. Que había alguna remota posibilidad de tener que cumplir una promesa que hice solo porque sabía que era imposible que sucediera.

A lo largo de estos cinco años, he hecho todas esas cosas. Al principio sin cesar, como un fantasma que me perseguía sin descanso y que me mantuvo un tanto obsesionado. Más tarde como un reflejo aprendido a ciertos estímulos que me hacían volver a ella cuando los veía. A ratos olvidaba aquella noche durante meses, pero a otros regresaba con fuerza gritándome que había ocurrido.

Cuando me bajé de aquel tren y me despedí de Luna, no miré atrás. No lo sé con exactitud, pero de algún modo supe que ella no se habría movido, que aún se agarraría a la esperanza de que yo reaccionase y me diera la vuelta.

No lo hice. ¿Cómo iba a hacerlo? No tenía ningún sentido.

Me fui a casa, dormí un par de horas y al día siguiente me levanté como si nada hubiese ocurrido. Pero lo había hecho. Vaya si lo hizo...

Miro a Ángela. Duerme a mi lado. Parece tranquila y sus labios dibujan una sonrisa leve.

Yo no puedo dormir. Me levanto sin hacer ruido, salgo a la terraza de la habitación y me enciendo un cigarrillo de la cajetilla que he escondido debajo del macetero al llegar.

Le prometí que lo dejaría, pero hoy... hoy lo necesito. Hoy no puedo dejar de pensar en lo que ocurrió cuando me bajé de aquel tren y elegí, de las dos que se alzaban frente a mí, la otra puerta por un tiempo, la que no debía, aunque lo hiciera lejos de Luna.

Y es que, aunque ella no estuviese cerca y se pareciera bastante a un imposible, la escogí.

—Ángela, tenemos que hablar.

Lo hicimos. No fue fácil ver la decepción en sus ojos, el dolor y algo que no esperaba y que, hasta aquel instante, no había visto entre nosotros con

claridad, quizá porque yo no estaba prestándole la atención que merecía; vi amor. Un amor que no le era correspondido en aquel momento. Un amor por su parte que yo no esperaba y que hizo que romper con ella fuera complicado.

—Necesito tiempo.

—Eso siempre es un eufemismo para cortar con alguien, Étienne. Sé claro conmigo.

—Tienes razón. Ahora mismo no quiero seguir con esto.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—Simplemente... no estoy en ese punto. Lo siento.

—¿Has conocido a alguien?

Dudé. Porque la respuesta no la tenía muy clara. Era *sí*, pero a la vez *no*. Era ambas cosas. Yo no conocía a Luna, y ni siquiera estaba muy seguro de que ella tuviera que ver con esa decisión, pero, a la vez, había sido el detonante de que mi vida se desestabilizara. De que me hubiese obligado a abrir los ojos y ver aquello que hasta entonces había pasado por alto. Dinamita. Eso sentía. Como si conocerla lo hubiera volado todo en pedazos y entonces me tocase buscarlos e ir recomponiéndola.

En aquel momento, Ángela fue uno de esos pedazos que no encajaban.

—No.

—Estás mintiendo.

Cerré los ojos y me sinceré con ella; al fin y al cabo, se lo merecía más que nadie. Y podría decirse que, ante todo, era mi amiga.

—Es que... ni siquiera sé lo que ha pasado, Ángela.

—Cuéntamelo. Quizá hacerlo te ayude a entenderlo. Y a mí también.

Pensé en cómo exponerlo y no encontré ninguna manera que pareciera más razonable que el ser crudamente sincero. Pese a que le fuera a hacer daño. Clavé los ojos en los suyos verdes, tan bonitos, tan familiares... aunque tampoco lo suficiente para que a mí me doliese algo más que el hecho de decepcionarla.

—He conocido a una chica. En el tren. —Su rostro se rompió; solo fue un fruncido, pero lo percibí; casi pude oír un chasquido—. No ha pasado nada, te lo prometo, pero siento que sí que ha ocurrido. No puedo explicarlo mejor sin parecer un cretino.

Ella sonrió. Recuerdo esa sonrisa. Fue tan triste que supe que lo entendía, que sabía de lo que hablaba perfectamente, y eso me hizo sentirme a mí un cabrón infiel.

Desde que Luna se cruzó en mi camino, pienso que hay infidelidades

mucho más duras que otras; son las que suceden por dentro; más inevitables que las puramente físicas.

—¿Vas a volver a verla?

—No. Solo sé su nombre, Ángela. No ha sido nada.

—Y, aun así, me dejas.

Sí. Aun así, la alejaba de mí. Supongo que ese detalle decía más de lo que yo creía. Porque no había sido nada, pero para mí cargaba el peso de un todo.

—Lo siento. Ni siquiera sé por qué estoy haciendo esto. Solo intento ser sincero contigo. Con ambos.

—Y, aunque me duela, te lo agradezco.

Eso le dije, «solo intento ser sincero contigo».

Lo había sido y, con el paso del tiempo, supe que había sido lo correcto; ambos lo confirmamos cuando nos reencontramos dos años después y retomamos una historia que nos pedía un segundo capítulo. No obstante, ahora... ahora me giro, la veo enredada en las sábanas de esta cama de lujo y me odio. Me odio por mi actual silencio. No lo merece. No después de haberme dado el tiempo y el espacio que le pedí, no después de entenderme, no después de volver a mi lado y olvidar todo lo malo que le había dado yo a ella en el pasado.

¿Por qué nos hemos comportado Luna y yo como dos desconocidos? ¿No hubiera sido mucho más fácil y lógico saludarnos al reconocernos?

Ángela, ¿te acuerdas de aquella chica de la que te hablé? Sí, la del tren que hizo que mi vida se perdiera durante un tiempo y que te abandonara. Pues es ella.

No, no podía hacerle eso en su boda. Debía decírselo, pero no así. No lo merecía. No podía ensuciar aquel comienzo con el recuerdo del que viví con otra mujer.

Luna

Todo es precioso. He sido testigo de muchas bodas desde la seguridad que me aporta el objetivo de una cámara, pero esta es de las más bonitas que he tenido el honor de inmortalizar. Todo es blanco, casi etéreo. Edith Piaf canta de fondo *La valse de l'amour*. Los novios bailan mirándose a los ojos como si fueran las únicas personas de la sala. Sus seres queridos los rodean y sonríen. Se percibe felicidad, alegría, emociones bonitas. Yo lo recojo todo, cada detalle, cada mínima muestra de que lo que se respira es real, cada segundo que merece no ser olvidado.

La luna brilla sobre el agua cálida de esta isla que tanta tranquilidad me ha dado. El cielo está plagado de estrellas y huele a flores y a mar. Supongo que, si algún día llego a casarme, este ambiente me resultaría más que perfecto.

Sin embargo, no es mi boda. Es la de otros. La de *él*.

Miro a Étienne. Está saludando a un hombre mayor y sonrío con agradecimiento y cariño. No lo conozco. Y no me refiero al señor, sino a ese chico que un día se cruzó en mi vida y me abrazó; no lo conozco. Eso me digo. Eso pienso. Me intento convencer de que así es.

Sin embargo, cuando pulso el disparador, me llena el pecho una sensación de familiaridad que no debería existir entre nosotros. No es posible. No es lógico ni sensato. Pero está. Y cuando algo está es muy difícil ignorarlo.

De repente, él gira la cabeza y me ve. Solo soy una persona entre un tumulto de gente envuelta en seda, riendo y bailando, y me ve. A mí, a la chica escondida tras una cámara, la de vestido negro playero y sandalias, la que debería pasar desapercibida. Pero me ve. Sus ojos parpadean antes de quedarse fijos en los míos. No se mueve. Yo tampoco. La música sigue y la gente se desplaza por la sala a una velocidad que me parece más rápida de lo normal. Acelerada. Pero nosotros, no. Nosotros nos quedamos atados a esa mirada un tiempo que me resulta indefinido. Puede que haya durado una hora o solo un parpadeo.

En un momento dado, alzo la cámara y pulso, sin más. Casi por la necesidad de guardar eso que está sucediendo, y que no tiene explicación, en algún lugar al que acceder cuando dude de si ocurrió. Sus ojos me dicen esas palabras que aún no nos hemos dedicado. Ni una sola. Solo un pequeño intercambio al reencontrarnos, pero nada más. Como si fuéramos de verdad esos desconocidos que fingimos ser. Esos que ambos sabemos que no somos.

Ahora me gritan cosas. Me cuestionan.

¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué apareces justo en este momento de mi vida? ¿Por qué me miras como si escondiéramos algo tan grande que apenas pudiéramos sujetarlo?

Hasta que la sonrisa de una novia preciosa se cuele en el medio y rompa ese contacto.

Las preguntas se hacen pedazos ante mis ojos.

Étienne reacciona y le sonrío a su vez; después agarra su mano y se mezclan con el resto del mundo en la pista de baile. Desaparecen. Y yo me quedo aquí plantada, sintiéndome idiota, una intrusa y percibiendo el cosquilleo incesante e intenso que ha invadido mi piel.

—Hola.

Me giro y se me cae el cigarro al suelo del susto. Se ríe. No debería estar fumando a escondidas, pero he necesitado un paréntesis para poder volver a enfrentarme a su mirada sin sentir pinchazos en mi interior. Eso siento, punzadas que no sé lo que significan.

—Perdona. Ya lo apago.

—No, tranquila. No me chivaré.

Me guiña un ojo, se saca un paquete del bolsillo y me ofrece uno nuevo. Yo lo cojo y lo enciendo con su encendedor. Qué diablos. Todo el mundo se merece unos minutos si son para poder respirar mejor, aunque sean con un desconocido.

Pienso en lo curioso de repetir la situación de nuevo y sonrío a medias. Es como si estar cerca de Étienne las produjera.

—Soy Gabriel, por cierto.

—Yo, Luna. La fotógrafa.

Asiente con la cabeza y me mira con los ojos entrecerrados por el humo del cigarrillo. Tiene el pelo rubio y los ojos claros. Es atractivo. También lo sabe. Me gusta la gente segura de sí misma. No se esconde, y eso siempre es bueno.

—Una boda bonita.

—Mucho. Es perfecta —le digo.

—Nada es perfecto.

Por supuesto que no lo es. Étienne se ha casado y yo he tenido que verlo.

Observo bien al chico que está a mi lado. Estoy sentada en la arena por la bajada lateral de acceso a la playa que tiene el hotel. Él está de pie apoyado

en el muro, con una pierna cruzada sobre la otra y dos de los botones de su camisa abiertos. No lleva corbata, casi da la sensación de que ponérsela a alguien como él sería un delito. Es uno de los invitados, pero, por alguna razón que no entiendo, no parece cuadrar demasiado con el ambiente elegante y un tanto estirado de la celebración. Parece más... parece más como yo.

Habla en español, lo que me ayuda a descubrir que será uno de los invitados por parte de Ángela y eso, no sé por qué, me tranquiliza un poco. No quiero pensar en Étienne, ni en nada que pueda relacionar directamente con él.

—¿Vives en la isla?

—Ahora, sí.

—¿Antes no?

—No. Digamos que no soy muy estable.

Abre mucho los ojos y finge estar impresionado por mi sinceridad. Yo me río.

—Me encanta la gente inestable.

—Algo me dice que porque tú también lo eres.

—Y, además, intuitiva.

Sonreímos. Gabriel fuma en silencio y yo también. Debería dejarlo, pero me gusta demasiado, lo que es un asco. Nos hacemos compañía y no es raro, lo cual me hace pensar si los raros no seremos nosotros.

—¿Tú? —le pregunto.

—Madrid.

—¿Y tú?, cuando no estás dando tumbos por ahí... —Sonrío. Es un buen modo de explicarlo.

—Barcelona.

Pienso en casa y siento de nuevo esa nostalgia que siempre aparece cuando lo hago. Los echo de menos. Todo. A ellos, la sensación de sentirme segura aunque un poco atrapada, el olor de la ciudad, perderme entre sus calles y salir de noche con mi padre a cazar instantes con las cámaras.

Asiente y apaga el cigarro en la arena. Después lo guarda en el plástico que envuelve la cajetilla y me la pasa. Yo hago lo mismo.

Miramos el mar. Está calmado e iluminado por la luna. Es bonito.

—Creo que debería volver. Le he prometido un baile al novio.

Alza las cejas un par de veces con picardía.

—Quizá debería volver contigo. Para capturar ese momento.

Me ofrece su mano y la acepto. Me ayuda a levantarme, pero, cuando lo

hago, no me suelta, sino que la estrecha entre la suya, como si nos estuviéramos saludando al final de nuestro encuentro y no al inicio. Dejando constancia de que, sí, quizá seamos los raros dentro de este mundo de gente cuerda que nos rodea.

—Encantado de conocerte, Luna.

—Igualmente, Gabriel.

Volvemos a mezclarnos entre la gente y recupero mi equipo. Cuando me giro para volver a ponerme a trabajar después de ese pequeño paréntesis, los ojos de Étienne me escrutan duros, mientras se mueven entre los míos y los de Gabriel. Como si hubiera visto algo que no le encajara. Es probable que sea yo la que no encajo aquí, directamente.

Gabriel tira de él y le palmea el cuello, antes de agarrarlo y mecerse al ritmo de una canción latina, provocando las risas de todos.

Yo no me río. No sé qué me ocurre, pero soy incapaz de hacerlo en la misma sala que él.

Siempre he querido casarme. No como algo superficial ni material, sino por el simple placer de desear hacerlo con alguien que es especial. Esa idea romántica que lo envuelve todo. Quizá no sea una imagen que parezca ir mucho conmigo, teniendo en cuenta la libertad que me acompaña en los demás aspectos de mi vida, pero ahí está.

No se pueden ignorar los deseos.

Cuando veo a Ángela con la cabeza apoyada en el hombro de Étienne, sonriendo, agotada y un poco despeinada por las horas, me doy cuenta de que lo sigo anhelando, esa felicidad somnolienta que ahora mismo la invade.

—Eh, Luna. —Reparan en mí y finjo estar entretenida recogiendo el equipo.

—Dime.

—Gracias por todo, has estado en cada momento. —Sonrío y asiento.

Él no se acerca. No tendría por qué, pero que no lo haga me cabrea. Hace que piense que tiene motivos para no hacerlo. Hace que no lo crea agradecido por haber immortalizado su boda. Me resulta hasta maleducado. Me hace creer que ensucia lo que sea que compartimos.

—Gracias a vosotros, Ángela. Ha sido una boda preciosa. Hablaremos cuando regreséis del viaje, ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto. ¡Estoy deseando aterrizar en Tailandia! —Bosteza al terminar la frase.

—Quizá mejor descansar un poco antes, ¿no te parece?

—Tienes razón, aunque aún nos queda cumplir como marido y mujer.

Me guiña un ojo, se ríe y yo siento un pinchazo en las tripas más fuerte aún que los anteriores. Es solo un toque. Una punzada. Un: «eh, aquí estoy, ¿no lo entiendes? ¿No entiendes por qué aparezco?».

Y se marchan.

La punzada se queda conmigo.

Cuando llego a casa, son las seis de la mañana y estoy tan cansada que soy incapaz de conciliar el sueño. El gato duerme en la ventana. El mar está calmado. El silencio es abrumador. Pero, en mi cabeza, todo es caos y ruido.

Étienne

Nunca quise casarme. Es increíble que esté pensando esto cuando acabo de hacerlo y mi esposa duerme a mi lado. Observo su espalda desnuda bajo la sábana y le acaricio la piel que se ve con dos dedos. Se eriza.

Ha sido un gran día. Me siento feliz. Soy feliz.

Me doy la vuelta y miro el techo. Debería estar durmiendo, porque mañana pasamos el último día aquí antes de meternos en un avión un montón de horas para irnos de viaje de novios. No obstante, no puedo. Me noto inquieto.

Sé por qué es, no soy idiota. Se debe a que la culpa me pesa demasiado. Siempre me sucede. Para bien o para mal, tengo una conciencia demasiado puntillosa.

Me levanto y salgo a la terraza. Vuelvo a sacar mi alijo escondido y enciendo un cigarro.

—Voy a dejarlo.

Lo digo en alto, como para convencerme, mientras miro el cigarrillo entre mis dedos. Me lo prometo. Casi siento como si ese último pitillo marcara un antes y un después en mi vida, una etapa cerrada.

Antes de dar una última calada honda, con los ojos cerrados y disfrutándola, y de apagarlo, asumo que para empezar de verdad esa nueva etapa debo hacer algo mañana. Algo que nunca pensé que haría, pero que necesito para cerrar por fin un capítulo y empezar otro sin arrastrar ningún lastre absurdo del pasado en forma de chica de ojos azules.

Pasamos la mañana dormitando. Después de comer y de despedirnos de algunos invitados, Ángela quiere ir a la playa antes de dedicarnos a recoger el equipaje, pero yo me excuso diciéndole que me apetece dar una vuelta por la isla con una de las motocicletas que el hotel ofrece. No me hace sentir muy bien el comenzar mi matrimonio con una mentira, pero es necesario. Para ambos. Creo que, de saberlo, ella lo entendería.

No estoy dispuesto a hacer nada malo, solo poner una solución a un cabo suelto.

No me resulta difícil encontrarla. Me da por pensar que Luna es de esas personas que nunca pasan desapercibidas. Basta con preguntar por ella en el primer bar que paro y después en una tienda, para que me guíen hasta una casa ligeramente apartada de la carretera. Blanca, pequeña, con ventanas y

puerta azules y mirando al mar. Hay un coche verde destartalado aparcado en un lateral y veo un gato de mil colores tumbado al sol en un lateral.

Al momento, pienso que le pega vivir en una casa así. Perdida. Sola. A su manera. Como me daba la impresión que hacía todo Luna cuando la conocí.

Cojo aire y golpeo la puerta con los nudillos. Dos veces.

Cuando la abre, trago saliva y aparto rápido la mirada de sus piernas desnudas. Lleva solo una camiseta negra de algodón enorme de hombre. Su pelo está demasiado largo, enmarañado y parte le cubre la cara.

—Hola.

Su gesto asombrado se descompone en uno crispado, tenso, combativo.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Ha sido demasiado fácil localizarte. —Sonrío, intentando encontrar un modo amable de comenzar una conversación que llevo horas ensayando en mi cabeza y que ahora he olvidado por completo.

—Soy la única fotógrafa sin estudio que vive permanentemente aquí. No era muy complicado. Te lo repito, ¿qué haces en mi casa?

—Quería hablar contigo.

—No debes estar aquí. Vete. —Niega con la cabeza y hace el amago de cerrar, pero yo sujeto la puerta.

—Espera, Luna.

Cierra los ojos al oírme pronunciar su nombre. No le gusta. Lo noto. No lo oculta. Lo que no entiendo es por qué. Han pasado cinco años, ha pasado toda una vida para ambos y no le encuentro sentido a la expresión de dureza de su rostro y a su enfado; tampoco a lo que siento yo al verla, esa culpabilidad, casi como si le debiese algo. Una explicación. Una disculpa. Casi como si fuéramos algo que no somos. Como si alguna vez lo hubiéramos sido.

Deja de ejercer fuerza contra la madera y esta cede, rechinando hasta abrirse del todo y dándome acceso a su casa. Observo el espacio que me rodea y compruebo que es un lugar con encanto. No hay mucho dentro. De hecho, es diminuto. Solo una cama, una mesa bajo la ventana con un par de sillas, una cocina americana minúscula y una puerta que intuyo que es el baño. Nada más. Tampoco se echa nada en falta.

—¿Qué quieres?

Me giro y la encuentro con los brazos cruzados y fulminándome con su mirada azulada. Sus pies están descalzos y los dedos de uno se doblan sin parar contra la madera. Sus uñas están pintadas de azul. Recuerdo a aquella

chica del tren, esa que viajaba sola bajo la nieve, también con su esmalte azul y su ropa oscura, y la reconozco en la que tengo delante. No debería, pero lo hago. Siento esa sensación de familiaridad en el acto. Como un *dèjà vu* demasiado intenso que no desaparece. Como si hubiéramos vivido mucho más juntos que aquellas míseras horas.

¿Qué puedo decirle?

—Para mí también ha sido una sorpresa. —Suelta una risa llena de sarcasmo.

—Esto no ha sido una sorpresa. Para mí las sorpresas suelen ser buenas. Esto ha sido... una especie de castigo del destino. No lo tengo muy claro, pero no me gusta. No está bien. Y no debería haber ocurrido así.

Sus últimas palabras provocan algo en mí, porque con ellas deja entrever que esperaba que sucediese, pero de otro modo. Y no quiero meditar sobre esa posibilidad.

Me tenso y Luna lo nota.

¿Que no debería haber ocurrido así? No debería haber ocurrido. Punto.

Pese a que lo pienso, no se lo digo. No quiero que aquel recuerdo del pasado se emborrone por este, quiero que nos despedamos como si nada malo hubiese sucedido. Porque eso siento yo también, que esto es malo, y percibirlo así le concede una importancia que no merece.

—Sé que no es cómodo, pero... ¿no te parece...?

—¿El qué?

—No lo sé. Insólito. Iba a casarme y apareciste, yo...

Sonríe a medias y se acerca a la nevera. Saca una jarra con agua y dos vasos. Solo rellena uno y bebe de él. El otro lo deja sobre la encimera, demasiado lejos de mí y diciéndome con su actitud altiva que podría ofrecerme, pero que no le da la gana.

¿El gesto debería ofenderme? No lo sé, supongo que sí, pero, en cambio, me hace gracia. Sigue siendo un tanto descarada. Tiene algo que salta, como una chispa irreverente.

—Felicidades, por cierto. No he encontrado el momento para decírtelo. Deseo que seáis muy felices.

—Gracias.

Suspira con desdén y se mira las uñas. Me parece mucho más cría que entonces. Más cría pero también... más mujer. Más de todo eso que vi entonces.

—Creo que deberías irte. Tengo *planes* que estarán a punto de llegar. Nos

vemos en París dentro de dos semanas.

Recuerdo entonces que esto no ha acabado. Cierro los ojos y, por un momento, odio a Ángela y su manía de hacerlo todo a lo grande, en exceso, como la boda, el viaje de novios, las fotos... todo. Me imagino a Luna entrando en nuestra casa y me tenso. No quiero que lo haga. No quiero que entre en mi hogar. No encaja en él. No cuadra. No...

—Oye, si viajar hasta París te parece, no lo sé... demasiado raro, puedo hablar con Ángela. Encontraremos una solución. Se llevaría un gran disgusto, pero yo me ocupo de eso. Aunque parezca lo contrario, es una persona comprensiva; solo ha estado muy nerviosa con el asunto de la boda. Al fin y al cabo, se gana la vida organizando las de otros.

Se queda pálida y muy quieta, con el vaso a medio camino. Por un segundo, me arrepiento de haber dejado en el aire la posibilidad de buscar a cualquier otro fotógrafo que termine allí su trabajo; en realidad, yo nunca le encontré mucho sentido a pagar un billete de avión a alguien para hacer cuatro fotos que cualquier otro profesional haría cobrándonos mucho menos. Pero no es el dinero lo que le importa a Ángela. A ella le importa que todo cumpla sus requisitos de perfección, y que sea el mismo fotógrafo el que termine el recuerdo de nuestro enlace es uno de ellos. Como si alguien pudiera darse cuenta de que otra persona pulsase el disparador.

No obstante, Luna no parece ofendida solo por haber puesto en duda su profesionalidad, sino quizá por algo más. Puede que por la posibilidad implícita de que yo pueda creer que para ella esta situación signifique no solo algo, sino mucho más que para mí.

Luna

No debería estar aquí. Lo he sabido al abrir la puerta. Y al verlo entrar. Y al oír su voz, con ese acento que me provoca un regusto amargo al escucharlo por primera vez para dirigirse a mí por algo más que un saludo cordial. Sé que no debería estar aquí porque no llevo pantalones, porque acaba de casarse y no tiene sentido que me haya buscado hasta dar con mi casa y porque estoy enfadada con él, aunque no tenga lógica alguna.

Acaba de proponerme que deje el trabajo. Él me pagará igual, lo sé, porque la gente de su nivel funciona así, encubrirá este secreto con dinero y le pondrá a su esposa alguna excusa tonta para que sea otro fotógrafo el que termine el reportaje de boda en su hogar. En mi París. Ese que hace demasiado que no visito. Pero no voy a tolerarlo, porque aceptar sería asumir también delante de él que esto me afecta. Que él lo hace. Y porque no me da la gana; porque yo no he hecho nada malo como para tener que jugarme mi palabra.

—¿Por qué ibas a hacer algo así? Se trata de mi trabajo.

—No lo sé, Luna. Se me hace raro que *tú* hagas esto —remarca ese *tú* y a mí me sienta como un puñetazo en el estómago.

Se le hace raro, dice. Yo sonrío, pero no es una sonrisa amable.

Me estiro todo lo que soy capaz, me acerco un poco a él y Étienne da un paso hacia la pared en cuanto me siente cerca. Como si mi simple presencia lo impulsase hacia atrás. Como un rechazo. Pero no lo es. Es miedo, es culpabilidad, es un montón de cosas que no me gustan, porque me hacen sentir mal por algo que no debería hacer nada más que bien.

Puedo oler el aroma a mar que desprende su cuerpo, pegado a él por algún baño reciente. Lo observo con determinación y lo rodeo con lentitud, antes de soltar unas palabras con tanto desprecio que me dicen que quizá él tiene razón y me cuesta llevar la situación del modo profesional que requiere. Pero ni siquiera me importa. Solo necesito desprenderme de ellas o estallaré.

—Pues no debería. En realidad, no te conozco. Solo fue una ilusión, tú lo dijiste, y esto lo demuestra.

Me acerco a la puerta y la abro. Rechina contra la madera del suelo y la brisa hace mover unos móviles de conchas que cuelgan de la ventana. Eso es lo único que rompe el silencio cargado que se forma entre nosotros.

Le señalo el exterior con los ojos. Él obedece. Étienne camina hacia la puerta despacio, sin dejar de estudiarme con calma antes de salir y de

desaparecer de mi vida igual que lo hizo, provocándome una sensación que no me gusta, porque... denota tristeza.

Antes de dirigirse a la moto en la que ha venido, se gira, quedándose a mi altura. Mi respiración se acelera levemente. Sus ojos brillan; recordaba perfectamente ese color suyo, ese azul oscuro que me viene a la cabeza cada vez que el cielo anticipa tormenta.

—Me alegro de haberte visto. Espero que la vida te trate bien, Luna, y que hayas conseguido encontrar lo que buscabas.

Trago saliva. Ojalá pudiera decirle que sí lo he hecho.

—Igualmente. Me refiero a lo segundo —miento, porque lo cierto es que también me ha gustado verlo, por mucho que vaya asociado a sensaciones negativas.

Él sonríe. Mira mis pecas. Mis ojos. Me mira a mí.

Después se marcha. Lo veo desaparecer dejando una nube de polvo en el camino según lo atraviesa. Cuando entro en casa, también la siento dentro, una nube de polvo enorme llenándolo todo, ocupando cada rincón y asfixiándome.

No pienso, me quito la camiseta y bajo a la playa. Hasta que no siento el agua a mi alrededor y el silencio cerrando mis oídos debajo de ella, creo que no soy capaz de respirar con normalidad.

La última vez que dejé París lo hice con lágrimas en los ojos, pero más provocadas por la furia que por la tristeza. Me iba, y lo hacía con ganas de regresar algún día, cuando hacerlo no me recordara lo que había perdido por no atreverme del todo.

Salí de casa de Didier y me mudé a un piso de mala muerte en el barrio Latino con Charlotte, una chica que había conocido al poco de llegar allí y con la que había congeniado. Era un poco como yo; se había mudado a la capital buscando cumplir el sueño de ser modelo, pero, mientras este llegaba, saltaba de un trabajo a otro hasta conocer a Didier y posar para él. Así la conocí.

Charlotte era callada, elegante y perseverante. También un poco terca, generosa y leal. Y preciosa. Me gustaba caminar con ella por París y estudiar cómo la gente la observaba al pasar; podías ver muchos sentimientos, pero el que más me gustaba era el de admiración.

Me ofreció su sofá durante un tiempo. No fueron meses fáciles.

—Luna, ¿otra vez?

Uno de aquellos días, volvía de dar vueltas por la ciudad. Había visitado algunas empresas de finanzas de la zona centro, inventándome que era la prima de uno de sus empleados. Un tal Étienne, de unos treinta años, pelo castaño y que hablaba español. La enorme grieta de mi plan era que no conocía su primer apellido, solo el de una madre sin nombre, así que no solía servirme de mucho. Sin olvidar que mi acento me delataba más de la cuenta como extranjera.

—Sí.

—¿Y?

—Nada.

Étienne era una nada enorme, gigante, desmedida. Y yo quería encontrarlo y convertirlo en algo. Ni siquiera recordaba a ratos muy bien el porqué; solo estaba obsesionada con hacerlo. Tenía la constante sensación de que habíamos rozado con los dedos la posibilidad de algo grande; algo que ambos habíamos deseado, pero que no nos habíamos atrevido a coger.

Me arrepentía de no haberle sacado alguna información para poder encontrarlo. De no haberle pedido unas horas más que nos sirvieran para demostrarnos que aquello era una tontería y así poder olvidarlo. De no haberlo besado.

—Tienes que dejarlo. Es una locura. ¿No te das cuenta?

Asentí, la miré con todo el cansancio acumulado en mis ojos y me encogí de hombros.

—Sí, pero es mi locura.

—Ven aquí, mi loquita.

Charlotte me abrazó y después cenamos juntas y vimos una película. Yo apenas presté atención. En eso me convertí. Pasé mis últimos meses en París siendo una Luna ausente, una chica que buscaba con insistencia a un hombre cuyo recuerdo no se borraba, pero que sí que percibía como un fantasma que la rondaba.

¿Por qué lo hice? No lo sé. Porque siempre he creído que los sueños no llegan y se realizan, sino que suponen un esfuerzo. Que formar parte de él de forma activa ya lo hace más perfecto. Y, cuando bajé de aquel tren, sentí algo horrible. Bonito pero también desolador. De repente, París no me parecía tan especial, tan hermoso, tan único. Bajé de aquel tren y me dejé algo en él, algo que deseaba recuperar y que sentía que Étienne se había llevado.

Cuando vuelvo de darme un baño, aún siento su presencia en mi casa y

esa inquietud regresa. Cojo el paquete de tabaco, el móvil y salgo al exterior. Tengo que dejar esta mierda, de verdad, pero no puedo. Soy tan nerviosa que solo de pensarlo me dan ganas de arrancarme los pelos a mechones. Me siento en el suelo sobre la hierba y observo el mar. La brisa me revuelve la melena húmeda.

No tengo planes. Le he mentado para hacerle creer... ni siquiera sé por qué lo he hecho. Solo sé que estaba incómoda y que quería que se marchara y que se quedase unas horas más, todo a la vez.

Cojo el teléfono y marco. Estaba esperando para llamarlo, porque no sabía cómo decírselo, pero ya no lo aguanto más.

Contesta enseguida y su voz en francés me calma en el acto.

—¿Luna? Pensé que no volvería a saber de ti. Te vendes cara, *morena*.

Sonrío al escucharlo pronunciar ese mote que me puso hace tiempo en español.

—¿Cómo va todo?

—Bien. Si quieres una cita, que sepas que tengo la agenda llena hasta primavera.

Me río y el orgullo me llena el pecho, porque las cosas le van tan bien en el trabajo que es imposible no hacerlo. Supongo que él sí que consiguió su sueño.

—No, no solo te quiero por tu arte.

—¿Acabas de decirme que me quieres? Oh, debería apuntarlo en el calendario.

—Tonto... te adoro y lo sabes. Tengo algo que contarte.

—Suéltalo.

—Me voy a París. En dos semanas.

—¿En serio? Es genial. Me muero por verte. —Su tono se dulcifica y sé que se ha sonrojado un poco al decir esto último. Siempre le pasa.

—Eso no es todo.

—Me estás asustando.

Cojo aire y lo suelto. De sopetón. Rápido y con mis latidos respondiendo igual.

—Voy a casa de Étienne.

—¿Qué Étienne?

—Étienne.

El silencio nos envuelve. Su incredulidad choca con la mía, igual de intensa, pese a que ya hayan pasado días desde que lo vi.

—Venga ya... ¿Qué te has fumado, Luna?

—No bromeo. He fotografiado su boda. Aquí. En Formentera.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Es lo mínimo. Él tiene que digerir la noticia y yo asimilarla de nuevo, porque a ratos solo me parece un mal sueño. Una broma sin gusto. Una sorpresa agrídulce que supone demasiado como para ser buena.

—El destino es de lo más extraordinario. —Su voz es más seria—.
¿Dónde te alojas?

—Aún no lo sé. Esperaba que me hicieras un hueco en tu sofá.

—Tranquila, te lo hago hasta en mi cama.

Sonrío con fuerza. Eso era lo que necesitaba escuchar.

—Gracias, Julien. Te llamaré cuando llegue. Un beso.

—Cuento los días, *morena*.

Étienne

En cuanto entramos en casa, corremos las cortinas y abrimos los ventanales. París está precioso cuando llega el otoño. El salón está lleno de maletas y mañana tenemos que volver al trabajo, pero no importa.

Ángela se deja caer sobre la cama y yo la acompaño en cuanto la veo. Me coloco sobre su cuerpo y ella abre las piernas, dejándome el espacio perfecto para encajar. Sonríe. Tiene la cara sonrojada por el sol de las vacaciones y la mirada cansada. Está muy guapa.

—Ya estamos aquí.

—Sí.

Le retiro un mechón de la cara y la beso en el cuello. Ella suelta el aliento y sé que ha cerrado los ojos.

—¿Estás pensando en estrenar la cama como marido y mujer?

Me río y su piel se eriza.

—Estaba pensando en hacerle el amor a mi mujer, sí.

Y lo hacemos. Nos desnudamos como tantas veces hemos hecho. Nos acariciamos. Nos besamos y nos miramos a los ojos. Me susurra que me quiere. Y lo siento. Siento que lo hace y siento el mismo sentimiento reflejo de vuelta.

Cuando el orgasmo nos encuentra, me dejo caer sobre ella y beso su oreja.

Suspiro.

Confieso.

—Yo también te quiero.

Luna

Cuando una ciudad abarca tantos recuerdos, tantas sensaciones, volver a pisarla supone una emoción única. Fuerte. Casi como la de una vuelta a casa después de mucho tiempo. Puedo sentir los nervios saltar en mi estómago al bajar del avión y verlo esperándome en la terminal.

—¡Aquí, *morena*!

Corro hacia él y lo abrazo con fuerza. Cierro los ojos y me dejo llenar por su abrazo, por su cariño, por esa dulce familiaridad que trae consigo, por lo que lo quiero.

Julien se separa de mí y me observa. Yo hago lo mismo. Lo estudio a fondo, porque hace demasiado que no nos vemos, hasta que estallamos a reír.

—Qué guapo estás...

—Pues tú no te has visto.

Se ha cortado el pelo. Ya no hay rastro de esas rastas y mechones enredados, y se le riza un poco en las puntas. Una barba descuidada le cubre el rostro. Pero sus *piercings* siguen ahí, en la ceja y en el espacio superior entre labio y nariz. También su sonrisa.

Se nos escapa de nuevo la risa y, así, felices de volver a encontrarnos, salimos de allí y nos dirigimos a su casa.

La vida es un sinfín de casualidades. De cruces de unas con otras que van formando esquemas, telas de araña entre distintas personas, conexiones, algunas efímeras y otras irrompibles.

Cuando me subí a aquel tren una noche de Fin de Año, nunca me hubiera imaginado que supondría una ramificación tan profunda en la mía. Allí no solo viví un encuentro un tanto mágico con un hombre de ojos que parecían grises, pero que resultaron ser mucho más, sino que también tuve la suerte de conocer a otra persona, a un Julien aún un tanto adolescente con el que hice un trato en aquel vagón.

Tuve que esperar algo más de un año para volver a verlo. Fue una casualidad más.

Estaba con Charlotte en una fiesta a la que la había invitado su agencia de modelos. Un evento sobre la cultura emergente francesa, en el cual podías ver desde exposiciones de nuevos artistas, hasta a alguna promesa de la canción actuando en directo o una zona en la que marcarse la piel al momento por un famoso tatuador. Fue en este último sitio en el que lo encontré. Yo fui como

acompañante de Charlotte, aunque mi idea era poder fotografiar aquí y allá, y acabé haciendo mucho más.

Lo reconocí enseguida. Su sonrisa traviesa. Sus ojos castaños. Su pelo recogido en una pequeña coleta, en la que se veían algunas rastas. Me acerqué y me coloqué delante de él; llevaba unos guantes de látex negros puestos y trasteaba con unos pequeños botes de tinta.

—Supongo que tendré que ir decidiéndome por un diseño.

Alzó la cabeza y la sorpresa inundó sus ojos. Después tartamudeó. Luego frunció el ceño. Por último, se levantó, se echó a reír y se quitó los guantes para darme un abrazo.

La vida es de lo más extraña; también lo es la forma en la que transcurre y nos sorprende. Me hizo aprender rápido que los abrazos no se dan así como así; siguen siendo casi más íntimos que un beso. Puedes darte un beso pasional con una persona una noche en la que se te va un poco de las manos, pero no lo abrazas. Eso lo guardas para momentos especiales, o necesarios. En cambio, en ocasiones salen solos; naturales. Esa fue una de ellas. Fue mi primer abrazo con Julien. No sería el último.

—Pero... ¿qué diablos haces tú aquí?

—Podría hacerte la misma pregunta. —Sonreímos—. He venido con una amiga. ¿Y tú? ¿Cumpliendo el sueño?

—Sí. —Se pasó la mano por el pelo hasta llegar a su nuca y tocar la punta de una de sus rastas sueltas con dos dedos; descubriría pronto que era un tic nervioso que le salía solo a menudo—. Me va bien. Estoy aprendiendo de los mejores y ya tatúo. Todavía no me dejan diseños muy arriesgados, pero hasta mi madre ha aceptado que esto es lo mío y le he hecho una ridícula flor en la muñeca.

—Me alegro mucho por ti.

Asintió y dudó, pero se atrevió.

—¿Te apetece tomar algo?

Nos acercamos a una barra en la que se preparaban cócteles con nombres elaborados que no eran más que las mezclas de siempre con mucha decoración. Él pidió una simple cerveza y yo lo imité.

—No se iban a hacer ricos con nosotros... —bromeó Julien.

—La verdad es que no.

Nos sentamos en unos cubos de metacrilato negro que rodeaban a mesas bajas por los rincones. Sonaba el último éxito electrónico del momento y la luz era más tenue que cuando habíamos llegado.

—¿Qué es de tu vida?

—Todo bien.

Me reí. Era una pregunta normal, pero también extraña, teniendo en cuenta que en realidad no nos conocíamos, pese a que no lo parecía. Esa sensación me hizo recordar a otra persona y tragar saliva con fuerza al desear que el encuentro hubiera sido con él y no con el chico encantador que tenía enfrente.

—Mientes fatal.

Su risa me provocó una mueca antes de confesar.

—Ya lo sé. Tengo que ensayar más.

—¿No van bien las cosas?

—Van, pero no como me gustaría. Soy terca.

—Lo sé. ¿Es por aquel novio que tenías?

—¿Didier? No. Se acabó.

—¿El trabajo? —Levantó las manos para disculparse—. Lo siento, si no quieres contármelo, no lo hagas.

—No es eso. Es que... empieza a acabarse mi tiempo en París. Creo.

—¿Vas a marcharte ahora que te cruzas conmigo?

Me reí. Me gustaba Julien, lo había hecho desde el primer momento, porque él era todo lo que veías. Me hacía sentir bien. Además... de algún modo, encontrarme precisamente con él me recordaba lo imprevisible que podía ser el azar. Señales que el universo te lanza y que no debes permitir que se escapen. No siempre, al menos. Hay que amarrarse a algunas para compensar las que dejaste marchar.

Pensé en Étienne. Pensé en aquello que habíamos compartido y con lo que me había obsesionado durante ese año y me puse tan triste que se me empañaron los ojos delante de un chico que apenas me conocía, pero que sabía que lo entendería. Lo haría porque era una de las personas que lo habían visto con sus propios ojos dentro de aquel tren.

Su mano se posó encima de la mía al ver una lágrima deslizarse por mi mejilla. Estaba incómodo, y me recordó demasiado a ese chico que se asustó tanto y que no supo cómo actuar cuando estuve a punto de sufrir un ataque de pánico dentro de un tren. A él y al que sí lo hizo y me abrazó.

—Creo que eres la única persona que podría entender lo que me pasa. —Asintió y supe que lo haría; que Julien pasaría a formar parte de esa ecuación y que, de alguna manera un tanto extraña, eso nos conectaba—. Lo busqué, Julien. Cuando me marché de ese tren, busqué a Étienne.

No se sorprendió. No lo hizo. Y aquello me dolió en lo más profundo, porque significaba que mis sentimientos tenían alguna lógica. Que no solo lo sentimos nosotros dos, sino también las otras personas que nos acompañaron en aquel parón en las vías.

—Supongo que no lo has encontrado.

—No. Y sé que es una tontería y que estoy loca. Que solo fue una atracción. Lo acepto. El problema es que no puedo dejar de hacerlo. Mientras siga en París, no podré dejar de buscarlo.

Porque eso hacía. Paseaba por esas calles que tanto me enamoraron y lo buscaba cada vez que se abría un portal; cada vez que escuchaba la voz de algún chico que se asemejaba a la suya; cada vez que cogía un tren revisaba los asientos antes de regresar al mío y pegar la frente en la ventana, pensando que, si volvía a perder el control allí dentro, nadie me abrazaría. Y no solo lo buscaba en la ciudad, sino en cada hombre que se acercaba lo suficiente a mi vida como para poder comparar sensaciones con las que él me había provocado.

Julien lo comprendió. Yo sentí un alivio tan grande que me desinflé en aquel rincón mientras brindábamos con cerveza y recordábamos aquel primer viaje que hicimos juntos. Luego nos despedimos con otra promesa en los labios por cumplir y todo comenzó a ir un poco mejor.

Un mes después, me mudé con él a Lyon.

Étienne

Luna entra en el piso cargando con una mochila enorme, un maletín y una expresión neutra. Lleva una bufanda roja demasiado larga enroscada al cuello, aunque no hace frío como para necesitarla. Viste de negro, como me atrevería a decir que hace casi siempre, bajo una cazadora vaquera. Al darse la vuelta, puedo ver que en su espalda lleva cosido un parche en el que se lee *Merde*. No debería hacerlo, pero sonrío entre dientes al verlo. Casi lo siento como un mensaje dirigido a mí.

«Sí, Luna, yo también sé que esto es una mierda. Pero solo quedan un par de encuentros y no volveremos a vernos».

Sigue a Ángela por el largo pasillo hasta llegar a la biblioteca, que es la estancia que ha elegido para hacernos unas fotos en una actitud un poco comprometida. Ella lleva una bata de seda abierta, bajo la cual solo viste una combinación negra. Yo, unos pantalones de pijama negros. Nada más. No es para nada incómodo...

—Prepara lo que necesites, Luna. Yo voy a retocarme el maquillaje.

Se va y nos deja solos. Luna hace como que no existo. Debería responderle igual, pero no puedo. La observo desde la entrada de ese dormitorio que acondicionamos como una gran biblioteca, en el centro de la cual hay un sofá de estilo clásico, con sus patas brocadas en dorado y su tapicería granate, regalo de los padres de Ángela. Ella intenta moverlo para poder situarlo en el mejor ángulo y aprovechar la luz natural que entra por los ventanales, pero le cuesta.

—Espera. Yo te ayudo.

Camino descalzo hasta ponerme en el otro extremo y lo levantamos entre los dos. No me mira. No la culpo. Debería desear que no lo hiciera, pero algo en mí quiere que lo haga para poder comprobar en sus ojos cómo se siente con respecto a este momento.

—Aquí está bien.

Lo suelto y me quedo quieto. Parado como un imbécil en mitad de la sala, mientras Luna me ignora. No se ha quitado la bufanda. Le cuelga como una soga roja alrededor del cuello.

—¿Te apetece tomar algo? —le digo, porque el silencio me inquieta.

—No, gracias. Ya tengo agua. —Señala su mochila y veo una botella asomada en un bolsillo exterior.

Luego sigue a lo suyo, como si yo no existiera, y me recuerdo a mí mismo

pensando en este día y en que esta actitud es la que deseaba, pero en mi cabeza no era exactamente así. En mi cabeza no parecía una chica fría y un tanto apagada. En mi cabeza charlábamos de forma agradable y la situación era cómoda para todos, como si no escondiéramos algo.

Ángela vuelve y entonces Luna sí sonrío de vez en cuando. Nos explica lo que quiere y nosotros obedecemos. Mi mujer se tumba sobre el sofá.

—Étienne. —Es la primera vez que la oigo decir mi nombre y me tenso en el acto—. Pon los brazos a cada lado de su cuerpo, por favor. Como si te dejaras caer sobre ella, pero que queden en tensión. Así, perfecto.

Tengo la boca seca. No sé el motivo. No está ocurriendo nada raro, nada que no sea normal, pero tengo la necesidad de salir de aquí.

Ángela pasa una mano por mi nuca y susurra:

—¿Estás bien? Pareces ido.

—Sí. Ya sabes que no me gustan las fotos. —Sonríe y la voz de Luna vuelve de fondo, como un eco de algo que preferiría no escuchar.

—Acércate a ella. Como si fueras a besarla.

Mi nariz roza la suya. Siento a Luna cerca. Huele a fresa. Huele igual que lo hace el recuerdo de aquel viaje en tren. Ángela no huele así. Ángela huele al perfume de Carolina Herrera que le regalé por Navidad. No tiene nada que ver. La mezcla de ambos aromas me llega de repente y siento el aire viciado a nuestro alrededor.

Tengo calor.

Intento centrarme en lo que estamos haciendo; en por quién lo estoy haciendo.

Abro los ojos y veo los verdes de Ángela. Su nariz recta. Su rostro delicado, casi de muñeca. Sus labios finos, pintados de un rosa muy claro. Es preciosa. Es una buena persona. Es amable, sexi, elegante e inteligente. Es mi mujer y la quiero.

La sonrisa me sale sola. Es leve, pero está, y la suya se dibuja a la vez como un acto reflejo.

Vuelvo a respirar.

Me acerco más a ella. Quiero besarla. No, más bien, necesito hacerlo. Necesito sentir su boca para confirmarme que todo está bien y que esto es como debe ser, que somos felices y que nada más importa. Que solo lo hacemos nosotros. Que todo lo demás queda fuera.

Percibo su aliento sobre mis labios. Cálido. Dulce. Familiar. Reconfortante.

Su respiración sube y baja un poco más alterada bajo la fina tela de su enagua. Sus pequeños pechos me miran firmes. Coloco una de las manos en su muslo y la voy subiendo por su piel, haciendo que la combinación se deslice levemente hacia arriba. Ángela dobla la rodilla, ayudándome y haciendo que el ambiente tenso se transforme en uno sensual.

Está bien. Todo lo está.

Cierro los ojos y casi puedo tocarla. Casi la beso. Casi lo consigo. Pero, entonces, Luna habla... y todo se rompe.

—Que parezca que vas a besarla, pero no lo hagas. Quédate ahí, que parezca un beso, pero sin serlo. Ese momento. Quiero fotografiar ese instante perfecto en el que todo es tan intenso que parece que va a estallar, pero sin llegar a hacerlo. Si lo hacéis, desaparecerá.

Y vuelve...

Vuelven las sensaciones, la intensidad de aquel recuerdo que viví con ella y que no se parece en nada a esto, la seguridad de que nadie más podría competir con él, porque Luna y yo nos quedamos a vivir para siempre en ese instante que ella me está pidiendo immortalizar, pero con otra mujer bajo mi cuerpo.

Luna y yo nos quedamos a vivir en ese momento que anticipa al mejor de todos los besos, el que aún no se ha llegado a dar.

Luna

Étienne se levanta de un salto y se marcha cabizbajo. No dice nada.

Ángela se incorpora confundida por su reacción y se cierra la fina bata sobre su cuerpo, como si tuviera frío de repente. O pudor. Lo cierto es que la entiendo, la situación destilaba pasión real. He podido fotografiar su piel erizada bajo la mirada de Étienne, bajo el tacto de su mano, bajo la anticipación de ese beso. Y, pese a todo ello, él ha huido de forma repentina, evaporándose esa neblina tan auténtica o llevándosela con él.

—Perdona, Luna. Danos un segundo.

—Claro.

—Puedes fumar en la terraza.

Le sonrío agradecida por ese detalle y le hago caso. Yo también necesito un respiro. La situación ha sido... intensa.

Abro del todo las contraventanas de madera de la habitación y salgo al pequeño balcón. Hay un par de sillas metálicas en color blanco y una mesa redonda empedrada. También un par de tiestos con flores marchitadas. Me enciendo un cigarro y observo París. Son unas vistas estupendas. Es lo que tiene vivir en el distrito VIII, uno de los más caros de la ciudad. Ni siquiera puedo llegar a imaginármelo.

Tengo que reconocer que me ha impresionado su casa al entrar. Es preciosa. Imponente. De techos altos, paredes, ventanas y puertas blancas, suelos de madera y muebles de diseño de estilo colonial. Podría haber sido sacada perfectamente de la mejor de las revistas de decoración del país.

Sé que Ángela es una persona que se ha movido siempre por entornos de clase alta. Su familia tiene una empresa en España de telas de novia que exporta casi todo a Francia, Italia y China. Y ella ha seguido su carrera en el mundillo, pero decantándose por el sector de la organización de eventos. Sus clientes son selectos. Por eso, cuando se puso en contacto conmigo, no me sorprendí al encontrarme tanto lujo, pero no... pero no era algo que hubiera asociado con el Étienne que conocí.

Me doy cuenta de que quizá eso es lo que ocurre, que la imagen que tengo de él no corresponde con la realidad. Solemos formarnos ideales, expectativas poco realistas sobre las personas que, después, rara vez se corresponden con cómo estas son.

Mis ojos se desvían a un lateral del balcón. Hay una pequeña concha usada como cenicero. Parece escondida. Me pregunto cuál de los dos será el

que escapa de vez en cuando al balcón a fumar, como hago yo.

La cojo y la uso.

Cinco minutos después, vuelven y actúan como si nada hubiera ocurrido.

Étienne parece indiferente, casi otro.

Los fotografías sin mostrar que me afecte nada. Ni la incomodidad que, por mucho que intenten esconder, se respira. Ni el hecho de verlos hacerse carantoñas y besarse con profundidad asomados al balcón con mi querido París de fondo. Ni cuando él mira por primera vez directamente al objetivo, con férrea determinación y sin pestañear. Ni cuando me despido y me marcho de allí, prometiéndole a Ángela llamarla en cuanto termine con mi trabajo y dándoles las gracias por su amabilidad.

Solo cuando ya estoy en la calle, suelto el aliento contenido y miro hacia arriba, hacia ese balcón en el que he estado sentada apenas un par de horas antes; solo entonces, vuelvo a ser yo del todo. Clavo los ojos en ese rincón suspendido en el aire, respiro con profundidad y noto la insistente punzada en mi estómago.

No pienso. Soy todo impulso.

Saco la cámara pequeña que llevo siempre a mano en la mochila, enfoco hacia el piso y disparo. Solo una vez, pero suficiente para guardar en su interior la imagen de Étienne mirándome desde arriba, aún sin camiseta, descalzo y con un cigarrillo en la mano.

—¿Cómo ha ido?

Julien me espera en su cocina enredado en intentar hacer algo al horno sin que la casa vuele por los aires. Si yo no sé cocinar, lo suyo va mucho más allá, aunque se esfuerce.

—Las fotos, bien. Son buenas.

—Eso ya lo sabía.

Frunzo el ceño. Maldigo en silencio y me recreo en todo eso que bulle dentro de mí.

—No muy bien.

Me dejó caer en el sofá y él hace lo mismo a mi lado. Huele a limón y a especias. También un poco a la hierba que se habrá fumado hace un rato. Hay cosas que nunca cambian.

—¿Cómo está?

Sonrío. Le cuesta un mundo imaginarse a un Étienne con cinco años más. Al fin y al cabo, se llevan once y para Julien el recuerdo del otro es mucho

más difuso que para mí. Para él no supuso nada más que una anécdota que adornaba una noche de Fin de Año, y de estas solo nos acordamos de las cosas que nos marcan.

—No lo sé. Mayor. Pero no mayor en plan... mayor. Sino... mayor en el sentido de... no lo sé.

Nos reímos. Soy única cuando no encuentro las palabras. Me bloqueo y solo siento.

—¿Cómo es ella?

Pienso en Ángela y sonrío, aunque me gustaría no poder hacerlo.

—Ella es encantadora. De verdad. Es agradable, sonrío siempre y es preciosa.

—Te cae bien.

—Sí. Entiendo que se quieran. Hacen una pareja bonita.

Pasa el brazo por encima de mis hombros y yo me dejo caer sobre el suyo.

—Entonces, ¿aquí se acaba todo?

—Supongo que sí. Tengo que quedar con Ángela dentro de un par de semanas. Me pagan la mitad que me falta con la entrega y se acabó.

Julien asiente y me acaricia el pelo. Sus manos son callosas, pero me gusta la sensación.

—No vale con decir que algo se acabó. Tienes que escribir *fin*. ¿Lo entiendes, Luna?

Ojalá no lo hiciera, pero comprendo lo que quiere decir. Las cosas únicamente se acaban por sí mismas. Y es que, por mucho que nosotros digamos que lo hacen cuando nos apetece, si no sucede... ahí siguen, insistiendo en ocupar su propio espacio, pero no quiero pensar en eso. Solo quiero... cenar junto a mi amigo y descansar. Olvidarme de todo. Olvidarme de una maldita vez de Étienne.

—Oye, ¿no huele a quemado?

—¡Mierda!

Se levanta de un salto y sale corriendo hasta la cocina. Yo me río, mientras el pasillo comienza a llenarse de humo al abrir la puerta del horno. Lo oigo maldecir en francés y no puedo evitar sonreír. Cojo el teléfono y pido una pizza.

Cuando esta llega, cenamos, como tantas veces hicimos antes en el antiguo piso, en Lyon, cuando decidí cambiar de aires por un tiempo y él me regaló una salida en forma de sofá cama; unos meses preciosos antes de volver a casa; un amigo para toda la vida.

Al terminar, cogemos dos cervezas y el cenicero. Giramos el sofá entre los dos y lo colocamos mirando hacia la ventana. Es algo que Julien me ha enseñado que hace cada noche desde que vive en París. El primer día pensé que se había vuelto loco, pero en cuanto me senté mirando hacia la ventana y él la abrió, lo comprendí.

Lo hacemos de nuevo. Nos medio tumbamos uno al lado del otro, estiramos las piernas, las apoyamos en el alféizar y fumamos en silencio. Yo, un simple cigarro. Él, uno algo aliñado. El cielo de hoy está completamente despejado e incluso nos permite ver alguna estrella. Hace un poco de frío, así que Julien nos cubre con una vieja manta.

—Este piso será un asco, pero tiene las mejores vistas de la ciudad.

Sonrío. Tiene razón. Es un sexto con un ascensor que rara vez funciona, los pasillos exteriores no huelen especialmente bien y su baño tiene una gotera permanente. Pero desde aquí vemos el mejor cielo de París y la vida parece bonita, incluso cuando no la sentimos así.

—¿Ves la luna? —le digo. Él me mira de reojo, como si me estuviera refiriendo a mí misma, y pongo los ojos en blanco—. Mi padre dice que me pusieron ese nombre porque cuando nació no había luna. Llevaba días desaparecida y nadie la encontraba.

—¿Tu padre...? —me pregunta. Porque conoce mi historia y sabe que nunca conocí a mi verdadero padre, sino que me crié con Bruno, el chico un tanto atolondrado del que se enamoró mi madre cuando yo era un bebé.

—Bruno me lo contó. Él no estaba allí, pero dice que mi madre siempre contaba esa historia. Era mentira, porque la luna nunca desaparece, siempre está. Pero a ella le gustaba creer que, cuando yo nació, volvió a salir de su escondite.

Julien da una calada larga a su cigarro y lo expulsa después de forma perezosa. Mira la luna y sonrío a medias. Yo también lo hago. Hasta que una frase vuelve a mí y se lleva consigo esa sensación cálida que estaba disfrutando.

—*Hoy no hay luna.*

—*¿Qué?*

—*Nada.*

—*Has dicho que no hay luna.*

—*En el cielo.*

—*Ah. Es por la nieve.*

—*No, es porque se ha colado en mi tren.*

Doy un trago a la cerveza, intentando con él disipar esa sensación amarga y la certeza de que lo que ha expuesto Julien antes es real, que las cosas no se acaban porque nosotros queramos, que siguen ahí, flotando, aunque juguemos a esconderlas.

Giro el rostro y lo veo. Está como siempre. Lleva un vaquero demasiado viejo, calcetines gruesos de lana y una sudadera amarilla. Su rostro sereno me calma. Su cercanía es como estar un poco en casa, aunque sepa que solo es una provisional. Como si fuera esa cabaña escondida a la que huyes durante las vacaciones. Una escapada. Un rincón de paz.

Asumo que quizá el azar no me puso en el camino de Étienne para encontrarlo a él, sino para conocer al chico tranquilo de los tatuajes e incluirlo en mi vida.

—Julien.

—¿Sí?

Me mira. Sus ojos están velados un poco por el ambiente, la cerveza y lo que se está fumando, pero me siguen transmitiendo el mismo cariño y complicidad de siempre.

—¿Follamos?

Él sonríe, deja las cosas en el suelo y me coge en brazos.

Yo me agarro a su cuello. Escondo la cara en él y siento que mi cuerpo despierta antes de que lo haga por sus labios.

No hacen falta palabras.

No hace falta nada más que él y yo y la certeza de que juntos somos menos infelices.

Étienne

Conocí a Ángela una noche de verano. No sé cuál de los dos estaba más borracho. Ibiza es lo que tiene, y ambos estábamos de viaje allí con amigos. Ella, de despedida de soltera. Yo, de vacaciones con mis antiguos compañeros de la universidad. Nos miramos. Coqueteamos. Bebimos de más. Nos besamos contra una columna, nos reímos mirando el mar y nos tropezamos varias veces hasta llegar a su habitación de hotel.

Nada fuera de lo normal. Una aventura de una noche. Un encuentro entre dos jóvenes que no tenía por qué haber sido más. Pero no fue solo eso.

Al día siguiente, me desperté y no me quise ir de allí. Estaba cómodo. Quise pasar el día con ella y lo hicimos; cogimos un barco y llegamos a Formentera. Nos perdimos durante unas horas en esa isla que, sin saberlo, un día nos vería casarnos como recordatorio de dónde habíamos empezado. Nos bañamos en el mar. Almorzamos mientras nos conocíamos un poco y a ratos, también, nos comíamos a besos. Un amor de verano en la edad adulta al que los dos dijimos adiós sin la menor preocupación. Ella se volvió a Madrid y yo a París. Nada más.

Dos meses después, me escribió un e-mail diciéndome que se había matriculado en un curso de protocolo en mi ciudad, y que si me apetecía invitarla a un café y enseñarle París desde los ojos de un verdadero parisino. No pude negarme. Tampoco quise. Era guapa, divertida e inteligente. No encontré motivos para no hacerlo. Y sabía que solo nos estábamos conociendo y pasando un buen rato. No teníamos más compromiso que el de respetarnos mientras durase. Era fácil. Hasta ese momento nunca había creído que las relaciones serias lo fueran, pero con Ángela resultaba sencillo. Tanto que se quedó en París de forma permanente, incluso cuando lo nuestro acabó porque yo cogí un tren que no debería haber cogido y le pedí tiempo.

Se enamoró de la ciudad. Todo el mundo lo hace. También se enamoró de mí.

Yo tardé un poco más en hacerlo.

Volvimos a encontrarnos una tarde en casa de unos amigos en común dos años después de aquel viaje que supuso un punto y aparte en mi vida. Al fin y al cabo, yo la había incluido en mi entorno, así que algunos de mis conocidos pasaron a ser también suyos. Una cena entre amigos que acabó con nosotros sonriéndonos con una mesa de por medio. Al día siguiente, la llamé. Nos vimos en una cafetería. Dimos un paseo. Volvimos a vernos esa semana. Nos

besamos en otra despedida. Alargamos la siguiente hasta revolver las sábanas de mi apartamento. Y así, sin más, pasó una primavera, un verano, un otoño y, casi acabado el invierno, yo le dije *te quiero*. Nos prometimos y no dudé. Me había enamorado. Despacio, a fuego lento, de forma pausada y con la intensidad justa, dándome cuenta de cómo ella se iba haciendo un hueco en mi vida y en mí.

—*¿Cuánto puede tardar una persona en enamorarse?*

—*Lo que tarda en llegar al suelo un copo de nieve.*

A veces, no. A veces es mucho más. Tanto como cuatro estaciones. Pero al final lo haces, te enamoras, y te gusta tu vida, y te casas con aquella chica que conociste en una isla mediterránea por una tonta casualidad solo por hacerla feliz, aunque tú odies las bodas.

A veces el amor es sosiego; es calma.

No dinamita.

No debería tener nada que ver con eso.

Luna

Dos semanas después, entro en la oficina y me arrepiento de haberme puesto mis Dr. Martens. Todo brilla. Es alucinantemente precioso. De verdad. Acojona pisar algo y mancharlo. O sentarse en uno de los dos sofás color rosa palo que hay a la derecha. Me siento fuera de lugar. Más aún cuando Ángela sale de detrás del escritorio y me recibe con sus brazos abiertos. Huele a perfume caro, a elegancia y a polvos de talco. A meterse en una cama de sábanas limpias. Algo así. Además, lleva una falda lápiz de color blanco y una camisa entallada con lunares color caramelo. Los zapatos de tacón a juego. Su pelo rubio brillante y perfectamente moldeado. A su lado, con mi mini falda vaquera, un jersey de Julien negro y mis botas, me azota la sensación de que vuelvo a tener quince años.

Me da dos besos y escucharla hablarme en español me hace sentirme más cómoda al momento. O menos tonta que si tuviera que defenderme en un idioma del que me invento la mitad de los términos. Porque la situación me supera un poco. Las diferencias. Los secretos.

—Luna, estaba deseando verte. ¿Cómo estás? —Sonrío y asiento.

—Bien. Este sitio es... guau.

Ella se ríe por no encontrar palabras para describir su negocio. Yo me siento aún más pequeña. Miramos ambas lo que nos rodea; es un local de aire *vintage* en una de las calles más concurridas de la ciudad. Todo en colores claros; rosas, beige y dorados. Las tapicerías de los sofás y las sillas son de pelo suave y huele a algún ambientador floral. O quizá es que las flores de los jarrones que adornan el sitio son naturales.

Encaja tan bien en el ambiente parisino que cualquiera diría que Ángela ha nacido en él.

—Gracias. Es mi pequeño tesoro.

Me gusta saber que, por mucho que venga de una familia adinerada, ama de verdad lo que hace. Destila pasión y arte por cada poro de su piel; y, a juzgar por las fotografías que decoran algunas de las paredes y que enmarcan eventos organizados por ella, también talento. Eso la hace parecer incluso mejor ante mis ojos.

Es perfecta, lo que nos hace ser aún más opuestas. No debería compararme con ella, pero lo hago sin poder evitarlo.

—He traído el álbum revelado que encargaste con las fotos elegidas de los dos solos. Además, aquí tienes una tarjeta de memoria con todas las

fotografías realizadas. Las he agrupado en bloques para que no enloquezcáis. Están las formales, con cada uno de los invitados, las de la ceremonia y las del banquete. Después las del baile, las espontáneas e instantes robados.

—Gracias. Es maravilloso.

Sonríe ampliamente y abre el álbum emocionada. Las tapas son de cartón en color hueso y están forradas por un papel pintado de aspecto envejecido. Elección suya, por supuesto. Sin embargo, el interior, no. El interior solo depende de mí.

Cuando ve la primera imagen, sus ojos brillan. Tuve claro que esa ocuparía la primera página. En ella aparecen ambos de espaldas. Están mirando el mar apoyados en la valla del hotel que lo separaba de la playa. No sabían que los estaba observando. Fue el primer día; habíamos hecho un descanso y yo había aprovechado para sacar alguna instantánea sin que ellos lo supieran. Siempre son mis favoritas. En ellas puedes ver gestos y actitudes naturales que cuando posan desaparecen. Y ahí estaba. Étienne se giraba hacia su mujer y sonreía. La única sonrisa real que me había parecido encontrar entre los cientos de fotos que guardaba de ellos. Quizá porque era de las pocas en las que él no estaba pendiente de mi presencia. En ella levanta una mano y le retira a Ángela un mechón de pelo que el aire le pega a la mejilla. Nada más. Un gesto de una simpleza que para cualquiera pasaría desapercibido, pero para mí no. En él yo vi amor y lo atrapé.

—Me encanta.

—Es mi favorita.

Alza el rostro y asiente. Para ella también lo es. Yo trago el nudo de culpa al verla, porque en realidad le estoy mintiendo y es algo que odio. Mi favorita no es esa, es otra. Una que he guardado para mí y cuya existencia nunca conocerá. Una en la que Étienne se asoma a un balcón solo con un pantalón de pijama y fuma mientras me mira. No a la cámara, sino a mí. Solo a mí.

Charlo un rato más con Ángela y, casi una hora después, nos despedimos con la promesa de que me ingresará el pago restante esta misma mañana. También con la de recomendarme a posibles clientes, pese a que yo insisto en que voy a volver a España y a quedarme allí por un tiempo.

Cierro la puerta y echo a andar en dirección a la parada de metro. Sin darme cuenta, me despido de Étienne también internamente. Porque se ha terminado. Aunque en realidad pienso que no se puede terminar algo que ni siquiera ha empezado.

Sin embargo, mi reflexión dura poco, porque oigo su voz tres pasos por

detrás de mí.

—Luna.

Me giro y lo veo. Va vestido con un traje azul y camisa blanca. Lleva dos cafés en las manos. Se para delante de mí y me observa de arriba abajo. Mis botas. Mi falda con un parche en forma de planeta. Mi jersey holgado. Mi pelo rebelde. Yo no quiero que lo haga. Es evidente que somos como dos piezas completamente opuestas. No encajamos. Solo chocamos una noche y el ruido que hicimos nos sorprendió, pero nada más.

Pienso en Ángela y en él, y juntos cuadran a tantos niveles que me falta el aire. Ni siquiera sé cómo he podido pensar...

—¿Quieres algo?

—¿Ya te marchas?

Asiento. Me doy cuenta de que ha debido de verme salir del local de su mujer cuando él llegaba para tomarse con ella el café de la mañana. Un descanso compartido. Un par de besos. Un paréntesis bonito en el que no echarse de menos.

—Sí. Ya tenéis el reportaje. Espero que te guste.

—Seguro que lo hace. Eres muy buena.

—Ya lo sé.

Sonríe por mi respuesta. Quizá no es muy apropiada, pero es que sé que soy buena, no pasa nada por reconocer las virtudes de cada uno. La humildad, en ocasiones, está muy sobrevalorada.

—Has hecho un buen trabajo. Y no me refiero solo a las fotos.

Suspiro, porque sé a lo que se refiere y el significado implícito que hay en esa frase. Entonces lo recuerdo huyendo en medio de la sesión en su casa. Levantándose nervioso y desapareciendo por el pasillo. Recuerdo la expresión de incompreensión de Ángela y cómo lo siguió para tranquilizarlo de lo que fuera que lo hubiese turbado. De mí. Y tengo que preguntárselo. Porque yo soy así. Y porque necesito saberlo antes de olvidarlo para siempre.

—¿Puedo preguntarte por qué saliste corriendo?

Se tensa. Es apenas una ligera tirantez en su rostro, pero lo veo. Yo contengo el aliento, de nuevo sintiendo ese algo que flota, eso que hace dos segundos creía que solo me lo había imaginado, esa sensación de lo que podría ser si fuéramos otros, si esta fuera otra vida o si hubiéramos tomado otra decisión diferente en el pasado. Y me enfada.

Odio que Étienne sea un condicional sin cumplir.

¿Y si no hubiéramos bajado de ese tren? ¿Y si te hubiera besado? ¿Y si lo

hubieses hecho tú? ¿Y si hubiésemos cogido otro billete y no hubiéramos vuelto nunca a París? ¿Y si...? ¿Y si...?

Se me acumulan. No lo soporto. Yo no funciono así. Cuando eres una persona que siempre arriesga, que se lanza hacia las cosas, que salta, es una auténtica pesadilla.

Después deja escapar un suspiro largo y niega con la cabeza.

—No preguntes nada, Luna. Es mejor que no lo hagas.

—¿Mejor para quién?

Étienne se ríe, pero no parece muy feliz, casi parece decaído.

—¿Nunca te callas nada? ¿Siempre tienes que decirlo todo? ¿Que preguntar lo que no se debe responder? ¿Que poner nombre a las cosas?

—Sí, cuando quiero saber respuestas. Cuando las necesito para continuar.

Me mira lo que me parece un siglo. Me estudia como cada vez que sus ojos se cruzan con los míos y se quedan ahí, atrapados en ese instante eterno que sabes que nunca irá a más, porque nosotros nos seguiremos quedando en esa anticipación contenida sin cumplir.

Eso fuimos. Eso somos. Eso seremos.

—Gracias por no contárselo.

Pienso en Ángela y asiento.

—No había nada que contar, en realidad.

Intento creérmelo y casi lo consigo. Pero es que es la verdad. No tenía sentido contarle un episodio pasado que solo podía causarle daño, o inseguridad, o un imprevisto en un día tan importante para ella como su boda.

Tendemos a pensar que decir la verdad siempre es lo correcto, pero no es del todo cierto. En ocasiones, cuando las consecuencias de una verdad son mucho más negativas que positivas y sacarla a la luz no va a servir para nada, no guarda lógica liberarla. Es un daño gratuito evitable.

Él sonríe de nuevo, y en este instante pienso que esta sonrisa es de verdad y que se parece demasiado a la que ocupa la primera página de su álbum. Pero que esta vez es para mí.

¿Por qué tiene que resultar tan complicado un adiós de algo vacío? Porque eso parecemos Étienne y yo, un principio y un final sin lo de dentro, sin ese camino. Está en blanco.

—Aun así, gracias por no hacerlo. Has sido muy profesional.

—Pagáis demasiado bien como para no serlo —bromeo.

Nos quedamos mirándonos de nuevo, como si no supiéramos despedirnos, o como si no dejáramos de hacerlo. Me desconcierta. Lo hace más aún el

sentirme decepcionada por no tener una posibilidad de volver a abrazarlo. El anhelo es intenso.

—Me gustaría hacerlo. Quiero que lo sepas. Pero no sería correcto.

Abro los ojos, sorprendida por sus palabras, y asumo que sí, que me lee con una facilidad pasmosa y que sabe que estaba pensando en eso. En él y yo abrazándonos como hicimos hace cinco años.

—Tengo que irme. Espero que seas feliz.

Me doy la vuelta y echo a andar demasiado rápido. Creo que lo hago solo para evitar alzar las manos y tocarlo. Quemo. Así me siento. Y no lo comprendo. Pero no puedo frenar. No puedo hacerlo tampoco cuando giro de nuevo sobre mis propios pies y me lo encuentro aún en el mismo sitio clavado. Observándome. Esperándome. Casi como si supiera que yo soy de esas personas que se lanzan, que se estrellan, que se dan sin reservas, pese a todo. Llego a su altura y confieso, con un nudo en la garganta, las emociones sudando por mi piel y el corazón saltando desbocado. Porque, si no lo hago, reviento.

—Te busqué.

Étienne traga saliva. Sus ojos se mueven por mi rostro, rápidos, un poco furiosos. Es el único indicio que me dice que él también está sintiendo algo fuerte en este instante. Por lo demás parece imposible. Como arena. Y yo estoy a punto de explotar.

—*Dinamita.*

—*¿Qué?*

—*Que eres como dinamita. No me preguntes. Llevaba un rato buscando la palabra, la he encontrado y lo he dicho.*

—*Arena.*

—*¿Qué?*

—*Tú eres arena...*

Recuerdo aquello y estallo del todo.

—Te busqué, Étienne. En cada esquina de París que pensé que podría tener algo que ver contigo. En oficinas. En bares. En cada maldito rincón por el que pasaba. No podía dejar de hacerlo. Te busqué, pero no te encontré. Y te odié por no haberme pedido que me quedara. O que te acompañara hasta tu casa. O un simple teléfono. Te odié por no ser valiente.

—Luna, ¿sabes la tontería que estás diciendo?

Me falta el aire y su pregunta es como una bofetada, pero no de decepción, sino de realidad. Porque tiene razón, pero eso no hace que no

exista; el amor, la mayor parte de las veces, comienza como una rotunda estupidez, aunque lo disfracemos de otras cosas para no quitarle el valor que merece. El amor son certezas, pero también errores, tropiezos, daños irremediables y cicatrices que nunca se van.

—Sí, por supuesto que lo sé. Pero eso no evita que lo hiciese.

—No hubiera funcionado. No fue más que una atracción. Y no era nuestro momento. Eras demasiado joven y yo...

—También te odié por no pedirme que te esperase. Me hubiera conformado con eso.

Sus ojos brillan. Recuerdo que la primera vez que lo vi me impactó que fuese de esas personas que no dudan, que no apartan la mirada, que la mantienen firme aunque teman lo que están mirando. Sigue haciéndolo. La siento en cada puto milímetro de mi cuerpo.

—No deberías conformarte con tan poco. Mereces mucho más. —Hace una pausa y mete el dedo en la llaga; esa llaga que me he creado yo misma—. Y ella también.

La imagen de Ángela se me aparece y mis ojos se humedecen. Tengo que sorber por la nariz para evitar que caigan las lágrimas. No son de tristeza, son de rabia contra mí, porque tiene razón.

—Adiós, Étienne.

Soy yo la que me despido, pero es él el que echa a andar hacia el local. Yo hago lo mismo que hice al bajar de aquel tren, espero a que se dé la vuelta, aun sabiendo que no lo hará.

Sin embargo, esta vez me equivoco, porque justo cuando llega a la puerta y la abre, cogiendo los dos vasos con la otra mano y ayudándose del pie para sujetar su peso, me mira por última vez y me regala las palabras que nunca pensé que le oiría decir, antes de desaparecer tras el cristal y de nuevo de mi vida.

—Yo también, Luna. Yo también te busqué.

Étienne

Recuerdo aquellos meses de paréntesis en nuestra relación como un poco difuminados, pero a la vez más claros que ninguno. Me despedí de Ángela y volví a las que fueron mis rutinas antes de conocerla. Me di cuenta de que mi vida apenas se había resentido ante su ausencia. Seguía haciendo prácticamente lo mismo, con la misma gente, con los mismos horarios, hasta con las mismas ganas.

Eso no significa que no la echara de menos, porque su compañía sí que me faltaba, pero no lo hacía con esa sensación de vacío, de anhelo, que creía deber sentir. No lo hacía con esa fuerza que tiraba de mí y que me hacía salir a la calle y buscar a otra. A la chica del tren. Joven, resuelta, independiente, impulsiva. A Luna.

Pensaba en ella y me odiaba. Se me aparecía en sueños y me besaba. Me imaginaba lo que sería acariciar su piel o recorrer París desde el prisma de su mirada. No se me iba de la cabeza. Me arrepentía. Creía que debía haberla besado sin pensar en nada más que en aquello que estábamos sintiendo, pero al rato asumía que solo era un impulso producido por el deseo, nada más. Y seguía teniendo la madurez, la responsabilidad y la cordura justas para aceptar que Ángela no se hubiera merecido aquello.

Qué locura... eso sentía, puta locura. Mi vida tranquila, sensata y equilibrada se había ido al traste por una chica de la que apenas sabía nada. Le había cedido un poder enorme sin ni siquiera comprender cómo y se lo había llevado con ella.

Me enfadaba. Pensar en Luna se convirtió en eso, en pura rabia.

Intenté salir con una chica del trabajo. Siempre me había parecido atractiva e interesante, pero fui incapaz de ver en ella nada más que austeridad y aburrimiento. Luna me había hecho ver al resto del mundo insípido, vacío, porque su frescura e imprevisibilidad se me antojaban mucho más fascinantes.

Por ello, comencé a buscarla. Redes sociales. Guías de teléfonos. Clubs de fotografía.

No obstante, no tenía nada. Solo un nombre. Solo una ciudad de origen. Solo un montón de detalles que había descubierto de ella, como que olía a fresas, que creía en el amor y que sus pecas de la nariz parecían formar dibujos cuando las mirabas. Tonterías.

No conseguí nada. Bueno, logré verme como el mayor imbécil del

planeta. Eso y no volver a sentir las cosas del mismo modo, porque la intensidad a partir de entonces para mí quedó menguada, como si se hubiese quedado atrapada en ese tren.

Por eso, cuando la he vuelto a sentir, con ella ahí parada en mitad de la calle, mirándome sin pestañear, desafiándome y confesándome sin vergüenza que me buscó... no he podido callarme. Iba a hacerlo, pero he sentido tal esperanza y alivio en mi interior al escuchar esas palabras saliendo de su boca que no he podido evitar regalarle lo mismo de vuelta.

«Yo también, Luna. Yo también te busqué».

Luna

Sus dedos me hacen cosquillas. Se mueven por mi costado desnudo, como si fueran dos pies caminando por encima. Siento un escalofrío y me entra la risa.

—Buenos días, *morena*.

—Buenos días.

Le doy un beso en los labios y él agarra mi nuca y lo profundiza. Los besos de Julien son dulces; son cariñosos y lentos. Me aferro a ellos. Supongo que llevo tres meses haciéndolo en este piso de París que ya es un poco mío.

—Ven aquí.

Me coge por las caderas y me sube sobre su cuerpo. Encajamos. Es fácil, es placentero, es la mejor manera de empezar un nuevo día.

Julien entra en mí y yo me muevo. Me gusta mirarlo mientras lo hacemos. Abrir los ojos y ver cómo los suyos se entrecierran y se muerde el labio. Me gusta gustarle. Me gusta que nos gustemos.

Cuando el ritmo se acelera, sus dedos presionan la piel de mi cintura y yo me dejo llevar con él, hasta acabar los dos exhaustos y de nuevo un poco somnolientos.

—Tenemos que dejar de hacerlo —dice.

Me río. Sabe tan bien como yo que, mientras no suponga un impedimento, seguiremos compartiendo estos momentos.

—¿Por qué? No tenemos motivos. Y se nos da bien.

Se ríe él y levanto la mirada para observarlo de cerca. Es guapo; y no porque tenga ningún rasgo que destaque por encima de los demás, sino porque es bueno, y dulce, y amable, y muchas otras cosas que lo hacen guapo a rabiar.

—También es verdad. —Sonríe y le beso la sonrisa más bonita de toda Francia—. Entonces, quizá, deberíamos repetirlo otra vez.

Me gira con rapidez hasta que quedo debajo de él y los besos vuelven, y el deseo, y la sensación de dejar la mente en blanco por unos minutos que son solo nuestros.

—¿Cómo lo hacéis?

Charlotte unta un trozo de bizcocho en su café y se lo lleva a la boca con tal elegancia que parece estar comiendo caviar bañado en oro. Yo hago lo mismo antes de contestar, pero el mío se rompe, cae en la taza y me salpica la

camiseta.

—No seguimos ningún plan. Simplemente... lo hacemos cuando nos apetece.

—¿Y no os supone ningún problema?

—No. Solo es sexo.

Me está preguntando por Julien. No lo entiende y es una de las razones por las que me ha ofrecido su habitación de invitados. Ya no vive en el barrio Latino, sino que es dueña de un apartamento de diseño con vistas al Sena que yo no podría pagar ni viviendo cinco vidas. Su carrera de modelo despegó hará un par de años y verla protagonizando portadas se convirtió en una rutina para mí. Sin embargo, yo estoy bien con Julien. Y a él le gusta tenerme en su casa durante un tiempo. Nos entendemos y nos cuidamos.

Yo comprendo que no lo haga, que no entienda la situación, ya que no todo el mundo sirve para este tipo de relaciones, pero nosotros encajamos a unos niveles y no a otros; y los que encajan los disfrutamos.

—A mí eso nunca me ha funcionado.

—Ya lo sé. Pero a nosotros sí. Somos amigos. Los mejores. Pero amigos que, a veces, se acuestan. No hay más. Nos gusta demasiado el...

—Ya sé lo que os gusta. No hace falta que me cuentes eso.

Pone los ojos en blanco y yo me río. No iba a decir ninguna obscenidad, sino solo que nos gusta sentirnos alguien para otro. Tener a una persona cerca que te abraza a menudo o que te haga estremecer. Que te ayude a sentir algo intenso para que no se te olvide que eso existe.

Siempre he pensado que la vida pone en tu camino a personas por diferentes motivos. Julien llegó a la mía por uno que he ido descubriendo según han pasado los años. Nos cruzó el azar en un tren, nos encontramos de nuevo por casualidad, acabamos compartiendo piso y, en ocasiones, también cama, y después siendo amigos en la distancia. Siempre con los sentimientos claros. Sin dudas. Sin compromisos de ningún tipo y con total naturalidad.

En eso nos parecíamos tanto que fue regresar a París y dejarme llevar.

En esos meses que compartimos en Lyon él se echó alguna novia y, cuando eso ocurría, ni nos rozábamos; nos respetábamos demasiado. Pero cuando ellas se iban... no había murallas, no había nada. Era sexo sin amor. O, bueno, sí que englobaba amor, pero del que es sano, familiar, solo puro cariño.

Y es lo que ha vuelto a ocurrir. Había venido solo para terminar el trabajo con Ángela y Étienne. La idea era hacerlo y volver a Formentera. No

obstante, soy una persona de instintos, y solo necesité una llamada a una amiga para encargarme del alquiler de la casa de allí y algunas cuestiones, y cambiar los planes de mi vida. Ya llevo tres meses de nuevo en París y mi vida está tranquila gracias a un Julien que me ha adoptado en su casa, en sus rutinas y en su cama, que me cuida cuando me inquieto demasiado y cuando las tentaciones de pasearme por la calle donde vive Étienne son intensas.

¿Por qué no me he ido? No lo sé. Puede que porque había olvidado cuánto amo París. Tenía que reconciliarme de algún modo con la ciudad y siento que lo estoy haciendo. O puede que porque algo en mi interior me dice que aún me quedan cosas por solucionar aquí. Lo desconozco. Lo que sí que sé es que no hay nada más bonito que comenzar el invierno en mi lugar favorito del mundo.

Mi teléfono empieza a sonar sobre la mesa y lo levanto mirando el número que marca con extrañeza.

—¿No vas a cogerlo? —dice Charlotte.

—No. Se habrá equivocado.

Casi deseo que así sea, pero insiste. Así que, finalmente, me lo llevo a la oreja y contesto. Supongo que la curiosidad siempre es mucho más fuerte que el sentido de protección que debería tener y que rara vez hace acto de presencia.

—¿Ángela?

—Hola, Luna. ¿Te pillo disponible?

—Sí, claro.

—¡Estupendo! ¿Estás en París?

—Sí.

Trago saliva al decirlo, porque no quiero que él lo sepa. Había tomado una decisión y, por primera vez, me parecía lo bastante firme para poder acatarla. Porque, si algo sé, es que no me he quedado aquí con la intención de buscarlo, solo de esperar una señal que me diga que de nuevo es el momento de irme.

—¿Podrías pasarte por la oficina? Tengo un trabajo que me gustaría comentarte.

—Ángela, no sé si será posible, yo...

—Hazlo por mí. Ven a verme y te lo explico, ¿de acuerdo? Creo que te encantará. Y no he sido yo la que te he propuesto para el evento. Ha sido el homenajeado.

—¿De quién se trata?

—Ven a verme y lo sabrás.

Sus palabras me sorprenden tanto que me veo aceptando sin saber dónde me estoy metiendo.

En tres meses nada cambia lo suficiente como para que lo percibas si no han acontecido grandes cosas. Pese a ello, cuando entro por segunda vez en el local de Ángela, siento que está diferente. Que todo lo es, incluso yo misma.

—Hola, qué alegría verte.

—¿Cómo estás?

—Estresada. Aunque no me quejo.

Nos saludamos con dos besos y vuelvo a maravillarme de su elegancia natural. Lleva un traje de chaqueta rojo y el pelo recogido en un moño tirante. Yo me quito el gorro de lana y la bufanda y los meto como puedo en el bolso, antes de peinarme la melena incontrolable con los dedos.

Pasamos a otra sala cerrada. En ella Ángela me anima a sentarme y comienza a explicarme en qué consiste el trabajo para el que me ha llamado. Están organizando una exposición para conmemorar el aniversario de un hotel de lujo. Dentro de él se encuentra el restaurante de un reconocido chef con dos estrellas Michelin. Mi trabajo consistiría en cubrir el estreno y las posteriores aperturas públicas, a las que asistirán personas de renombre en el país y gente culturalmente notable.

—Nada que no hayas hecho mil veces, aunque sea en otros entornos.

—Pero lo que no entiendo es por qué me quieres a mí.

Clava su mirada directa en la mía, un tanto descolocada por la situación, y sonrío de medio lado.

—¿Puedo ser franca?

—Claro.

—El autor de la obra es un imbécil arrogante.

Me río. Es inevitable. Es tan educada que oírle hablar así resulta un tanto chocante.

Ella arruga la nariz antes de hacerlo también.

—Todos lo son. Pero sigo sin comprender qué tiene que ver esto conmigo.

—¿Te suena de algo el nombre de Didier Lebrun?

Abro la boca y después me echo a reír a carcajadas. No me lo puedo creer.

—¿Didi es el artista?

—A mí nunca se me ocurriría llamarlo así si no quiero poner en peligro

mi vida, pero sí. Estuvo aquí y me oyó nombrarte al hablar del reportaje de mi boda con una clienta. Dije que no trabajabas para mí, pero insistió y acabó diciendo que solo aceptaría fotos si las haces tú.

Sonríó ampliamente y recuerdo a Didier. Su cara de niño travieso en la intimidad. Su rostro altivo en público. Su desbordante talento. Los días en aquel piso abuhardillado en el que tanto aprendí de la vida y de mí misma. Pienso en que no sé si me estaré equivocando o no, pero que esto es otra señal que me dice que las casualidades enormes a veces tienen grandes explicaciones. Y que esta podría ser una de ellas. Lo que olvido en el acto es que, habitualmente, también traen consigo grandes consecuencias.

Ángela espera una respuesta que no tarda en llegar.

—Acepto.

Étienne

Pensé que no volvería a verla. Me había hecho a la idea de que había sido como ver un fantasma de alguien que ya no está, que no existe, que fue algún día pero que desapareció en el recuerdo. Y aquí la tengo. Delante de la oficina de mi mujer, intentando abrir la puerta con el pie, porque va tan cargada que no puede con tanto peso.

—¿Qué haces tú aquí?

—Trabajar. ¿Y tú?

—Luna, ¿se puede saber de qué va esto?

Sujeto la puerta y ambos entramos. Ángela camina de un lado a otro hablando por teléfono. Nos pide un minuto con gestos antes de encerrarse para seguir con la conversación en la intimidad del despacho. En el acto, vuelvo a mirar a Luna y siento la tensión creciendo en cada parte de mi cuerpo. No es la sorpresa de la primera vez que la vi antes de la boda, pero casi, porque ya me había grabado a fuego que no volvería a tenerla delante. Y está. Con un abrigo de pelo verde oscuro y un gorro de lana negro.

Deja la caja que cargaba en el suelo y después se quita el abrigo y lo cuelga en el perchero, como si fuera algo que hiciese cada día.

Cuando parece consciente de mi bloqueo, me sonrío a medias y pone los ojos en blanco antes de hablar.

—No te preocupes por nada. Tu secreto está a salvo conmigo.

—No es un secreto.

—Bueno, según a quién le preguntes.

Deja escapar una risa que me resulta incómoda y se pone a trastear. Saca viejas revistas de arte de una de las cajas; son números anteriores de las más vendidas del momento y las coloca en la mesa de fuera, la que usa Ángela como recepción, aunque después suele trabajar en la intimidad del despacho cerrado.

—¿Vas a decirme de una vez qué haces aquí?

Suspira exasperada y sus ojos azules me miran con tanta fijeza que resulta hasta incómodo.

—Ángela me llamó. La han contratado para una exposición de Didier Lebrun.

—Lo sé. Está histérica. Admira a ese imbécil.

Sonríe al oírme hablar así de ese tío, pero es que es cierto. No lo soporto. Es un niño con aires de grandeza. Y Ángela lo sabe, pero no puede evitar

embelesarse con su supuesto encanto y su cara bonita.

—Y yo voy a hacer el reportaje visual.

—Ella tiene fotografías a los que acudir.

Vuelve a sonreír, mientras veo que en todas las revistas que ojea hay algún artículo sobre el famoso Lebrun. Ni siquiera parece molestarle que deje claro que no me agrada su presencia aquí. Me confunde. Lo hizo desde el primer segundo y parece que sigue haciéndolo con facilidad.

—Ya lo sé. Sin embargo, Didier me quiere a mí.

—¿Y se puede saber por qué?

Suspira con paciencia y yo me siento un gilipollas, porque no tengo ningún derecho a meterme ni en su vida ni en las decisiones laborales de mi mujer. Es un trabajo importante; de hecho, es posible que sea trascendente para la carrera de cualquiera, igual que lo es para Ángela y es el motivo de que apenas nos hayamos visto esta semana. Supongo que también es la razón de que no me haya hablado de esta incorporación a su equipo un tanto improvisada. Pese a ello, sé que no es una buena idea tenerla por aquí y por eso insisto.

—No lo sé. ¿Se te ha pasado por la cabeza la posibilidad de que sea buena en lo que hago? —Me paso las manos por el rostro y ella deja caer una revista contra la mesa y se cruza de brazos con arrogancia. Sabe a lo que me refiero. Quiero saber por qué ha aceptado; por qué no lo ha dejado estar y vuelve a colarse en mi vida—. Vale. Nos conocemos. Somos viejos amigos.

—¿Viejos amigos? —Me río con dejadez y ella se tensa más aún. La estoy jodiendo; debería dejarlo estar y mostrarme indiferente, pero no puedo.

—Sí. De vida y de cama. ¿Alguna información más que deba saber el marido de mi jefa?

Ángela nos sorprende a los dos observándonos con firmeza, irradiando una tensión que no debería existir entre dos personas que no se conocen y con mis manos apoyadas sobre el escritorio, en una postura un tanto desafiante.

—Ah, Étienne. Qué susto. ¿Te acuerdas de Luna? —Asiento y me acerco a ella para dejarle un beso en la mejilla—. He estado tan liada que no sé si te lo he comentado.

—No. No lo has hecho —susurro, pero no lo suficiente, porque Luna me oye.

—Resulta que Didier está enamorado de su talento.

—No es para tanto. Solo que Didier... digamos que es un poco especial con la gente que trabaja.

—Un poco gilipollas, diría yo.

Ángela me da una cachetada en el brazo, porque no es propio en mí reaccionar así, y Luna se pone a la defensiva.

—No lo conoces.

—No me hace falta.

—Te sorprendería lo que cambian las impresiones cuando conoces un poco más a una persona.

Esa indirecta ha dolido. Supongo que me la merezco, porque el que está actuando como un gilipollas soy yo.

—¿Cómo es Didier, Luna? En las distancias cortas —pregunta Ángela con esa mirada curiosa que siempre intenta disimular, pero que yo capto enseguida. Le encantan los cotilleos.

—Es... —Sus ojos hacen chiribitas; no me puedo creer que sea otra que esté colgada por ese idiota—. Es fascinante. Es inteligente, creativo, tiene... tiene un encanto especial.

Ambas sonríen como si comprendieran ese concepto. Yo me giro y finjo ojear una de las revistas que cojo para hacer algo con las manos.

—¿Salisteis mucho tiempo juntos?

—No. Tuvimos una aventura cuando yo llegué aquí la primera vez. Era muy joven, necesitaba el dinero y conseguí un trabajo como una de sus modelos.

—No me lo puedo creer... ¿te pintó?

—Sí. Fue cuando le dio por pintar en vivo sobre la piel. —Ángela no disimula su expresión de asombro y admiración; supongo que Luna fue afortunada por participar en aquella locura que lo llevó a la fama; desde hace tiempo solo pinta sobre lienzo—. Apenas duró un mes. Al año siguiente retomamos el contacto y me quedé unos meses en París con él.

—¿Cuántos años tenías?

—La segunda vez, diecinueve.

Parpadeo cuando digiero esa información. ¿Podría ser Didier Lebrun el novio que esperaba a Luna aquella última noche del año? Y, sin darme cuenta de lo que estoy diciendo, las palabras salen de mi boca y, con ellas, un doble sentido que parece que se ha asentado entre nosotros. Uno que deja fuera a Ángela y con el que Luna y yo comunicamos mucho más de lo que deberíamos.

—Si es tan encantador, ¿por qué se terminó?

Ella clava sus ojos en mí y me arrepiento en el acto. Porque hay preguntas

que es mejor que no se respondan. Lo sé bien. Y esta es una de ellas.

—Porque me subí a un tren que no debía y me di cuenta de que el destino que me esperaba al llegar a la estación no era el que yo quería.

—¿Y qué era lo que pretendías encontrar, si no era a Didier? —pregunta Ángela, ajena a las chispas que desprende Luna por cada poro de su piel.

—Eso ya no importa. Lo que importa es que no lo hice. Hay que asumir la vida como viene.

Se encoge de hombros con aparente indiferencia y yo salgo de allí con la excusa de que llego tarde al trabajo. Le doy un beso a mi mujer y no miro a Luna ni una sola vez. No puedo.

Cuando giro la primera esquina, saco la cajetilla de tabaco del interior de mi cazadora y me enciendo un cigarro. Luego me dedico a pasear por la ciudad, porque había ido a la oficina con la intención de ayudar a Ángela en lo que pudiera, ya que han suspendido el curso de hoy, pero, en vez de eso, la he mentado y he huido de la presencia de otra chica que parece colarse por las finas grietas que tiene mi vida.

Luna

Reencontrarte con alguien de tu pasado siempre te hace volver a sentir la persona que eras entonces. Aunque hayas cambiado. Es como rebobinar una cinta y regresar a un punto exacto. Pasa cuando te encuentras con una vieja amistad de la escuela, que habláis y os comportáis de nuevo como si volviéseis a ser dos niños. Eso siento al tener a Didier delante. Como si hubiera viajado hasta mis dieciocho años y fuera esa Luna a la que fascinaba, pero mucho más experimentada como para sentirse eclipsada.

—Mi amor... —me susurra en francés mientras me abraza con cariño.

Yo sonrío. Son demasiados recuerdos. Demasiados momentos vividos y aprendidos.

—Estás increíble —le digo observándolo de arriba abajo, porque su atractivo ha aumentado con los años—. ¿Sabes que todo el mundo cree que eres un imbécil?

—Me he esforzado por conseguirlo.

—No lo dudo.

El primer contacto con él es positivo. Descubro que Didier sigue siendo una persona perfeccionista hasta el extremo en lo que se refiere a su trabajo, continúa teniendo un montón de manías, incluso más que entonces, y rituales absurdos que todo el que quiera colaborar con él debe aceptar y soportar con paciencia infinita. Es soberbio, egoísta con su obra y no soporta las críticas; pero también pasional como nadie que yo haya conocido, amable y generoso en todo lo demás.

Ángela cae a sus pies al minuto tres. Y yo, un poco también.

—Entonces, ¿vuelves a asentarte en París? —Escucharlo hablar en francés me calma; siempre lo hizo. Estamos tomando una copa de vino en el bar del hotel, mientras nos ponemos al día como si no hubieran transcurrido años.

—No lo sé. De momento me quedo hasta terminar este proyecto. Después...

No termino la frase, pero él ya me conoce de sobra para saber que mi vida continúa sin seguir un plan fijo.

—¿Dónde te alojas?

—En casa de un amigo. No tengo energías para buscar algo por mi cuenta aquí.

—Yo podría ayudarte, si lo necesitas.

Se lo agradezco, porque no se refiere solo a dinero, sino a que conseguir un piso decente en París por un precio asequible es algo así como un imposible para los extranjeros.

—Lo sé.

—También podría volver a pintarte.

Su mano se coloca en mi cuello y yo me apoyo en ella. Es un gesto muy nuestro. Es bonito y me provoca sensaciones que no voy a ignorar, pero solo es eso, algo instintivo, natural. Y sé lo que implican sus palabras, ese deseo que la mirada de Didier nunca oculta. Que sería fácil volver a su casa y dejarnos llevar como tantas veces hicimos antes, pero ya no soy esa Luna. No con él.

—Podrías, pero no va a ocurrir.

Me acaricia la mejilla con una sonrisa en su rostro, aún demasiado añorado pese a los años, y acaba separándose un poco.

—Estás preciosa, Luna. Me alegro de verte.

—Yo también.

Y entonces me parece fácil. Hacer esto con él, a su lado, aunque al otro se encuentre la mirada de un hombre que nos observa desde la entrada del hotel, mientras ayuda a su mujer a montar parte de la decoración elegida, y que siento que dificulta cada paso que doy.

Celebro la Navidad con Julien y su madre, casi como si no hubiera pasado el tiempo y volviésemos a ser aquellos dos jóvenes que compartimos piso en Lyon y a los que ella cargaba con comida casera un día a la semana. Ocurre lo mismo con el día de Fin de Año, en el que decidimos cenar pizza encerrados en su apartamento y brindar con cerveza, intentando olvidar el sabor agrio que, ahora más que nunca, me provocan los recuerdos.

En el trabajo, los días se convierten en un continuo ir y venir del hotel a la oficina y de allí al taller de Didier, una nave que se encuentra a las afueras y en la que acabo bebiendo vino y compartiendo confidencias con él alguna que otra tarde.

Ángela y yo nos llevamos bien, aunque evito profundizar una relación que, para mí, solo puede ser profesional. Y no porque no lo merezca, sino porque soy yo la que no se merece sentirse querida por ella. No cuando en mi cabeza su marido vaga sin permiso y sin control desde hace demasiado tiempo.

Étienne la ayuda a menudo. Por las mañanas trabaja, ni siquiera sé dónde, pero de vez en cuando aparece con café para todos y las tardes siempre son para colaborar en lo que su mujer necesite.

Yo nunca acepto el café.

No nos hablamos. Apenas nos miramos. La última conversación que mantuvimos fue una sobre Didier que estaba totalmente fuera de lugar, como si fuésemos incapaces de tratarnos como simples compañeros o con la madurez necesaria.

Si lo pienso en profundidad, no lo aguanto. No soporto las ganas de agarrarlo del brazo, apartarlo a un rincón y preguntarle que por qué me confesó que me buscó. O de cuestionarle sus silencios. Lo bueno es que tenemos tanto trabajo en tan poco tiempo que casi no tengo minutos libres como para comerme la cabeza con eso.

Mi trabajo no solo se reduce al día que la exposición abra sus puertas, sino que soy la única persona que Didier permite que lo fotografíe para las diferentes entrevistas que ha concedido en las disposiciones del hotel. Además de que Ángela se aprovecha de mis ratos libres para encargarme tareas que yo acepto encantada con tal de no pensar en que Étienne también realiza otras a escasos metros.

Pese a ello, no puedo evitar observarlo. Los ojos se me van cuando lo veo tranquilo, charlando con alguien, con esa actitud educada y amigable que vi en aquel tren y que me encandiló; esa calma que llevaba con él. O cuando posa la mano encima de la espalda de Ángela y se ofrece a ayudarla en todo lo que puede. También me he dado cuenta de que casi nunca la toca; no cuando yo estoy delante. La besa en la mejilla al llegar y lo mismo cuando se va. Poco más.

Yo pienso que nunca dejaría de besar a una persona a la que amara. Donde fuera. Cada minuto en un sitio distinto para que no se convirtiera en rutina y perdiese el cosquilleo de lo inesperado.

Un día antes de la exposición, ocurre algo. No debería, pero lo hace.

Llueve a mares. Ángela se ha marchado porque le ha surgido un compromiso y a las diez de la noche sigo en el hotel, revisando por cuarta vez con Didier el orden de sus obras. La colección se titula *Oniria*, y es espectacular, pero ahora dice que el tercer cuadro debería cambiarse por el quinto, que ese orden lo desconcierta y que eso significa que está mal. Es insoportable. De verdad. El imbécil arrogante que todo el mundo ve en él sale

más que nunca a la superficie y, como Ángela no está y yo soy la única que sabe llevarlo, me toca quedarme hasta más tarde de lo necesario.

—No tienes ni idea, Luna. ¿Qué vas a saber tú de arte? Tú solo robas momentos con tu cámara de juguete, yo los creo.

Pongo los ojos en blanco y lo llamo gilipollas en español. Porque lo es. Y mucho.

—Te he oído. Y aprendí muchos tacos cuando vivías conmigo, así que también lo he entendido.

—Me importa una mierda.

—Eres una ordinaria.

—Y tú, un cretino.

Cuando creo que estoy a punto de matarlo, una voz a nuestra espalda nos interrumpe.

—¿Va todo bien?

Nos giramos y nos encontramos con Étienne. Lleva el pelo empapado y se quita la cazadora antes de dejarla sobre una silla. Pequeñas gotas de agua mojan hasta el cuello de su camisa. Y sus pestañas. Las recuerdo, espesas y largas, como ahora, pegadas unas a otras por la lluvia que cae fuera. Él parece que nos mira a los dos, intentando entender por qué discutimos como dos niños, pero, en realidad, solo me mira a mí. Me pregunta con los ojos y yo, no sé el motivo, pero de pronto siento la necesidad de incluirlo en la conversación como si fuese algo normal entre nosotros. O de ponerlo de mi parte para que Didier se calle de una vez. O de sentirme más tranquila con él delante y comprobar si es posible.

—Este idiota, que se cree que hasta lo que caga es arte.

Didier comienza a parlotear tan rápido que me cuesta seguirle el hilo, aunque intuyo que se está despachando a gusto insultándome a mí, pero yo no puedo prestar atención a nada más que a la risa sorprendida e inesperada de Étienne. Es franca y directa. No la esconde. Y yo apenas recordaba lo bonita que era.

Solo consigo sonreírle como respuesta. Porque me bloquea. También acaba con los nervios acumulados en solo un instante.

—Yo ni siquiera diferenciaría esto del dibujo de un crío de cinco años — me susurra en español, para que el gran artista no lo entienda.

—La diferencia principal es que el niño sabe que su dibujo no vale más que una sonrisa de sus padres, en cambio, por esto se pagan miles de euros.

—Y tú prefieres captar esa sonrisa con tu cámara, no el dibujo. —Asiento,

porque lo ha comprendido.

—Sí. Es que los adultos somos un tanto idiotas. Se nos olvida rápido el verdadero valor de las cosas.

Nos quedamos callados, mirándonos, asumiendo esas palabras. Aplicándolas a nosotros. Hasta que Didier me abraza por detrás y me deja un beso sentido en el pelo.

—Lo siento. Haces unas fotografías preciosas.

Yo me río. No es habitual oírlo pedir perdón, así que es su manera de decirme que ha superado esa crisis existencial y que la exposición se mantiene como está. Dos minutos más tarde, coge su abrigo y se marcha sin más, con un cigarrillo detrás de la oreja y en busca de una cita de piernas largas de la que me ha hablado un rato antes.

—Será posible... —digo enfadada.

Porque qué mínimo que preocuparse un poco por cómo voy a volver a casa, después de haberme obligado a quedarme dos horas más aguantándolo sin tener por qué. Y porque es tarde, llueve horrores y mañana se abre la exposición y debería llegar a casa lo antes posible para descansar y sin la posibilidad de hacerlo empapada y con una pulmonía.

Étienne, a mi lado, duda.

—¿Ocurre algo?

—Nada. Márchate.

Me pongo el abrigo, me envuelvo la bufanda larga al cuello y saco un gorro negro con un pompón enorme. Él lo ve y sonrío.

—¿Cómo vuelves a casa?

—Cojo el metro.

—¿Hasta dónde vas?

Suspiro y me encaro con él. No quiero esto. Tampoco lo necesito.

—No es necesario, Étienne. No hagas esto por educación. —Mi voz denota cansancio—. No tienes que ofrecerte por que seas un buen tío. Todo el mundo lo sabe y conmigo estas cosas sobran.

—No quiero hacerlo solo por educación. Me quedo más tranquilo si yo te llevo a casa.

Miro sus ojos y en ellos veo que está siendo sincero. Casi preferiría que no lo fuese. Me resultaría más fácil mantenerme firme.

Me giro una vez más hacia la puerta para ver cómo cae la lluvia tras los cristales. El viento es fuerte y sé que voy a llegar empapada a casa. Vuelvo a fijarme en él y tuerzo la nariz. Se fija en el gesto y sonrío de nuevo.

—Siempre haces eso cuando dudas.

—¿El qué?

—Arrugas la nariz. Así. —Me imita y contengo una sonrisa que podría expresarle en un segundo cuánto me gusta que lo sepa.

—¿Cómo lo sabes?

No responde. Supongo que es una de esas preguntas que él considera que no se deberían responder. Y me fijo en que se ha pasado dos veces las manos por el pelo, un gesto que también conozco, porque lo estudio con interés cuando nadie se da cuenta.

Pienso que quizá eso seamos, objetos de estudio que no cuadran en el mundo del otro. Y que, pese a ello, se provocan tal curiosidad enfermiza como para no poder dejar de mirarse.

Étienne

Luna se monta en el coche y frota sus manos una contra la otra para entrar en calor. Lo he dejado en un *parking* a escasos metros del hotel pero, aun así, en el trayecto hasta aquí se nos ha pegado rápido el frío que siempre acompaña a enero.

Si ha sido raro entrar juntos en un ascensor, no lo ha parecido. Hemos disimulado bastante bien. Ella charlando con un matrimonio al que no conocía, pero con el que ha entablado conversación en solo dos pisos; su francés sigue siendo mediocre, pero lo compensa con una gracia única y con un montón de gestos que se entienden como un idioma propio. Yo he descendido los dos pisos mirándola de reojo, intentando comprender por qué me resulta tan embriagador observarla. Con uno de esos gorros de lana que yo pensé que solo usaban los niños; sus bufandas kilométricas que ponen color a unas prendas que, por regla general, suelen ser de color negro; con sus botas militares y sus pantalones rotos. Con las gotas de lluvia rizando las puntas de su pelo. Con su sonrisa y su modo de fruncir el ceño, ambos contrarios e igual de fascinantes.

—Guau. Estás forrado.

Su comentario sobre mi coche me despierta otra sonrisa. Pasa los dedos por el salpicadero despacio, como si tuviera miedo de marcarlo, y parece realmente impresionada.

—No me va mal.

—La falsa modestia sí que no te va bien. —Sacudo la cabeza ante su comentario; sigue siendo de lo más impertinente. Lo peor es que eso me hace gracia—. Yo, por no tener, no tengo ni coche.

—¿Y el que vi en tu casa en Formentera?

—¿El verde que se cae a cachos? Es del dueño de la finca. Me lo presta cuando voy a la isla.

Entonces dudo. Pienso que quizá tenga problemas económicos y que Ángela ni siquiera lo sepa. Asumo que tampoco sería asunto nuestro, pero no puedo evitar sentir la necesidad de protegerla. Casi es como... como si me encontrara permanentemente en deuda con ella.

—Pero el trabajo te va bien, ¿no?

Ella se gira rápido, tanto que me obliga a mí a despegar un segundo la vista de la calzada y hacer lo mismo. Su sonrisa es inmensa.

—¡Sí! Soy afortunada. Suelo ahorrar cada cierto tiempo, pero lo invierto

todo en viajar. Disfruto del presente en todos los sentidos. Ahora gasto parte en vivir aquí, pero todo lo demás está reservado para el próximo destino, sea cual sea.

—Pegatinas para tu mochila.

—Sí —susurra.

Me arrepiento enseguida de haber dicho eso. Me he ofrecido a llevarla a casa como una forma de normalizar la situación, así que sacar detalles que nos recuerden al pasado no es buena idea. Tengo que centrarme en la situación actual y no en aquella mochila llena de parches de distintas ciudades con la que cargaba cuando la conocí.

¿Cuántas nuevas habrá cosido en ella?

Cuando el silencio comienza a tensarnos, Luna aparta la mirada de la ventana y toquetea los botones del reproductor de música con naturalidad. Pasa de un disco a otro pulsando al azar, hasta que encuentra una canción que le gusta y la tararea.

Sofía Karlberg le canta a este París que atravesamos bajo la lluvia. El tráfico es espantoso y Luna me ha dicho que se aloja en casa de un amigo como a media hora en coche de aquí, en el distrito X, cerca del canal Saint-Martin.

—Puedo ir cuando me apetece a rebotar piedras contra el agua, como Amélie.

Eso ha dicho. Lo ha hecho con su sonrisa inquieta de niña que choca demasiado con la dureza con la que me habla a ratos. Yo me la he imaginado en uno de sus puentes, paseando con sus bufandas y gorros y haciendo fotos a las ondas que las piedras harían en el agua. Como la protagonista de la película que me monto en mi cabeza más a menudo de lo que debería. Aun así, no es una zona que me apasione. Supongo que tampoco me la imaginaba viviendo en un barrio rico o muy familiar, pero... bueno, no sé qué esperar de ella. Eso es todo. Es como un puzle de millones de piezas del que solo te enseñan las esquinas y la imagen final, y tienes que no solo encajar las que faltan, sino también encontrarlas primero.

—¿Cómo va el mundo de las finanzas? —me pregunta en tono neutro, como si no le importara lo más mínimo.

—Bien, supongo.

—¿Solo supones? No sé si tu jefe se sentiría muy aliviado al oír eso.

Gira el cuerpo y me observa. Yo lo hago también con ella en cuanto puedo. Ha doblado una de las piernas bajo su cuerpo sin darse cuenta, pese a

que seguramente pueda manchar la tapicería, pero no me molesta. Solo que... esos detalles me despiertan. No me he cruzado con alguien tan natural en toda mi vida. Tan... tan ella, tan propia, tan como nadie más.

—Ya no me dedico a eso.

—Ah, ¿no? —Niego con la cabeza y me muerdo el labio antes de contestar.

No debería hacerlo, pero no puedo ocultar lo que soy, ni las decisiones que he ido tomando en la vida, aunque Luna tenga que ver algo con esta en concreto. Además, impresionarla por una vez yo a ella me parece demasiado tentador.

—No. Al menos, no directamente. Ahora enseño.

Su silencio consigue acallar todo. La música. La lluvia contra el cristal. El tráfico insistente que nos rodea. A París entero. Y es que... es como si todo lo que dijéramos para romper el hielo nos transportara de nuevo al pasado. A ese tren. A nosotros.

—¿Qué enseñarías?

—No lo sé. Supongo que finanzas. Es lo mío.

—Podrías hacerlo.

—O idiomas. Hablas muy bien español.

—Lo peor es que creo que lo piensas de verdad.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—Porque no me conoces.

—A veces no hace falta para saber ciertas cosas.

Paramos en un semáforo y Luna apaga la música. Siento que todo desaparece, hasta el aire. Y que tengo que mirarla, me lo pide con todo su cuerpo.

Lo hago.

—Étienne.

—¿Sí?

—Sé que, quizá, no debería decirte esto. Que es una de esas cosas que tú prefieres que calle, pero tengo que hacerlo o voy a acabar abriendo la puerta del coche y tirándome en marcha.

Arruga la nariz, se retira el pelo de la cara y yo sonrío. Tan niña. Tan mujer. Tan Luna como recordaba. Entonces se humedece los labios antes de pronunciar una confesión que suena a rotunda certeza y que no me esperaba.

—Me siento muy orgullosa de ti.

Sus palabras me caen como un jarro de agua; pero no fría, sino templada;

que reconforta. No debería afectarme, pero que ella sienta orgullo porque lo conseguí me alivia, me agrada. Me provoca como si llevara tiempo esperando su aprobación. Pienso que, al fin y al cabo, fue la primera persona que supo que me gustaba la enseñanza. La que hizo que lo recordara. Y que lo intentase.

—¿Cómo puedes sentir orgullo por una persona que no conoces? —le digo, y mi voz es casi un susurro ronco, porque me pesan demasiadas cosas en este instante.

Ella se encoge de hombros quitándole importancia; pese a que, para mí, saber su respuesta tiene toda la del mundo.

—Porque da igual lo que nos lo neguemos, el caso es que hay detalles de ti que sí conozco. Sé que soñabas con enseñar. Y que eres una persona educada, atenta y tan generosa como para abrazar a otra que lo necesita, aunque sea una desconocida. También sé que te sientes culpable. Y que quieres a tu mujer. Sé muchas cosas, Étienne. Igual que tú las sabes sobre mí.

La observo bien. Estamos más cerca. Solo nos separan dos palmos y me parecen cien y ninguno a la vez. Tiene los ojos muy abiertos, expectantes. Las pecas siguen ahí, llamando a las yemas de mis dedos. Sus labios sonrosados y húmedos por su lengua. Está aquí y yo también, y siento que lo demás no importa. Pero eso no es lo único que me llama la atención, sino el conjunto de todo, sus palabras, su forma de mirar, de ser. Lo que provoca en mí. Y tiene razón, da igual lo que lo niegue, porque la conozco. Al menos, a una parte de ella.

—Sé que tu color es el azul, aunque siempre vistas de negro y le hayas dicho a Didier que tu favorito es el verde. Que eres impulsiva, voluble e impredecible, pero a la vez no he conocido a nadie con más seguridad en sí misma que tú. Sé que querías abrazarme cuando nos despedimos hace tres meses. Y que verme te afecta, igual que me ocurre a mí, de algún modo que se escapa a cualquier razonamiento. —Su rostro se ilumina y se me retuerce algo por dentro; dejo caer las últimas palabras en un susurro ronco, porque debo decirlas, aunque no queramos que sean ciertas—. Pero también sé que esto está mal.

Cierra los ojos un segundo y después suspira y se vuelve a colocar muy recta mirando al frente.

Los coches se mueven. Nosotros no lo hacemos. Hasta que comienzan los pitidos, arranco y seguimos atravesando las calles en un silencio que no resulta demasiado incómodo, aunque sí un poco triste.

Luna

Cuando veo el portal, le indico que pare donde pueda. Étienne aparca el coche en la entrada de un garaje y apaga el motor. Me gustaría decirle muchas cosas, pero no me sale ninguna. Solo sé que estoy triste, que eso hace cuando me habla. Que tengo sentimientos encontrados por una persona que no es para mí, que no es nadie, en realidad, y que provoca que mi mundo recupere el equilibrio cada vez que sonrío o cuando me confiesa que yo también le afecto tanto como para perder el suyo.

Eso hacemos. Lo ponemos todo un poco del revés solo con estar a solas.

—Gracias por traerme.

—No ha sido nada.

Y no me muevo. Él tampoco me lo pide. Tiene las manos sobre el volante y las aprieta tanto que sus nudillos están blanquecinos. No puedo evitarlo, alargo la mano y hago presión sobre la suya para que la aligere.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—No digas que hay algo que está mal y después, cuando yo lo acepto, actúes como si te molestara que las cosas sean así.

Suelta ambas manos y se las pasa por el pelo. Lo tiene un poco largo. Eso me gusta, porque le queda hacia arriba y me produce un cosquilleo imaginarme cómo tiene que ser tocarlo. Aunque eso no cambia nada, porque sigo sin poder hacerlo.

—Es que las cosas son así.

—Ya lo sé.

Asentimos y el silencio vuelve. Esta vez es denso, un tanto amargo.

Es entonces cuando su mano se atreve y se apoya en el extremo de mi asiento, casi rozando la mía. Casi. Solo necesito mover el dedo meñique para encontrarme con el suyo y notar su calor. Lo hago. Y siento alivio mezclado con todas las cosquillas del mundo concentradas en el centro de mi estómago.

Tiene razón. Yo soy de color azul, aunque diga que me gusta el verde. Eso hacemos; me escondo, pero él me ve.

—¿Y por qué no me pides que me vaya?

Étienne apoya la cabeza y se deja caer hacia atrás, alzando la mirada al techo y pareciendo de repente profundamente agotado. Creo que carga tanto que no puede con ello. Así que hago lo único que se me ocurre, le digo con mis dedos que estoy aquí, a su lado, que las cosas están como están y que

entiendo que lo sigan estando, pero que, si no le gustan, a mí puede contármelo. Puede desahogarse conmigo, porque yo soy la única persona que sabe exactamente cómo se siente.

Entrelazo su mano con la mía.

—La dejé.

—¿Qué?

Me incorporo por la impresión, pero él me agarra la mano con fuerza para evitar poner más distancia en este instante.

Lo miro y tiene los ojos cerrados.

Contarlo le duele.

Oírlo, a mí también.

—A Ángela. Cuando bajé de aquel tren.

—¿Era ella?

—Sí. La dejé y después te busqué.

Trago el nudo de mi garganta y siento ganas de llorar. No entiendo por qué, si por alivio, alegría, enfado o simple tristeza. Eso pasa cuando las oportunidades se niegan y un día te las encuentras de frente, que provocan sentimientos en ti que no sabes gestionar, porque no es su momento, fue otro que ya pasó. Y, pese a ello, tienes que hacerlo, debes enfrentarte a ellas.

—¿Por qué me lo cuentas?

Entonces sí gira el rostro y abre los ojos. Me los encuentro brillantes, llenos de tanto que me estremezco y aprieto la mano a su vez. Creo que si apretamos más alguno de los dos podríamos fusionarlas en una para siempre.

—Porque necesito hablarlo con alguien y, pese a lo jodido que es, solo puedo hacerlo contigo.

—Porque yo lo entiendo.

—Sí. Tú lo entiendes.

Sonríe y con su otra mano me retira un mechón de la cara. Ojalá pudiera hacer lo mismo. Pero no puedo, porque de hacerlo no creo que pudiera detenerme. Así que hago lo único que se me ocurre, juego con sus dedos entre los míos, rozándolos y aprendiéndome el único tacto que nos permitimos.

Y confieso. Porque a mí no me da miedo.

—Yo también dejé a Didier. Te busqué. Y, después, me marché.

Sus dedos se posan en mi cuello. Apenas es un cosquilleo. Un roce. Nada más que un soplido. Pero lo siento. Esa anticipación olvidada en la que nos mecimos en el tren.

Duele. Es una caricia, pero duele. No debería ser así. No debería encontrar esto en él. No debería hallar lo que llevo tanto buscando en unas manos que no me pertenecen.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo?

—Todo es diferente entre tú y yo, Luna.

Asiento, porque es verdad, somos dos polos diametralmente opuestos, pero yo me refiero a otra cosa que hace que esto tenga demasiadas grietas que lo hacen insostenible.

—Que yo no me casé con Didier.

Le sonrío, aunque por mi expresión sabe que esto me duele. Él no dice nada, solo me deja marchar. Después abro la puerta y me bajo del coche.

En París llueve. Y cuando llego arriba y me abrazo a Julien buscando su consuelo, dentro de nuestra casa también.

Étienne

Me quedo parado dentro del coche más tiempo del que es sensato.

No sé qué espero. No espero nada, en realidad, solo calmarme y digerir lo que está ocurriendo antes de arrancar y volver a mi vida.

He ido al hotel porque Ángela se había olvidado su agenda entre las cajas del almacén que le han dispuesto para el material. Una parada rápida y a casa. Ella tenía una cena con una posible clienta y por eso el día se le ha torcido. Un contratiempo como cualquier otro que ha hecho que yo acabara en el hotel, detrás de Luna y Didier, escuchando cómo se sacaban de quicio. Él, con esos aires altivos con los que se mueve desde que lo conozco. Ella, con ingenio y una soltura, pese a tener la traba del idioma, que ya querrían otros. Verlos juntos me ha hecho imaginarlos compartiendo mucho más. Piso, vida, cama, recuerdos y esas anécdotas de las que Ángela se entera mientras trabajan y que luego me cuenta al llegar a casa en forma de cotilleos que le encantan.

No puedo negar que él cuida de Luna; aunque delante de la gente actúe de un modo un tanto déspota, está siempre pendiente de ella, de que coma, de que descansa, de sus necesidades. Le tiene cariño sincero. Y yo me alegro, aunque una tirantez me grita desde dentro que ojalá yo pudiera también aportar algo positivo a su vida y no solo incomodidad, desilusión y desprecio.

No sé en qué momento se ha torcido todo, pero he sentido la necesidad de acercarla a casa. De meterla en mi coche y demostrarme que quizá sí es posible una tregua entre nosotros y olvidar de una vez por todas aquello sin sentido que vivimos. Romperlo del todo para que deje de ser un obstáculo. Acabar con ello.

No obstante, ahora todo es peor. Infinitamente peor.

Se ha ido y algo dentro de mí me ha pedido bajar del coche y retenerla. No sé con qué intención, pero me parecía pronto para que este momento de soledad que nos hemos regalado se acabara tan rápido. Como si después de cinco años de buscarnos en vano nos mereciéramos algo más que un par de cruces de miradas, cuatro palabras y un viaje en coche.

Ahora todo me huele a ella.

Arranco y, justo cuando giro y salgo de su calle, mi teléfono comienza a sonar. Pulso un botón y la voz de Ángela por el manos libres acalla mis pensamientos.

—Voy para casa en un taxi, llueve a mares. ¿Tú dónde estás?

—Volviendo. ¿Has terminado tan pronto?

—Sí, no puedo con el dolor de cabeza. Soy tan eficiente que he logrado cenar en un tiempo récord y conseguir el trabajo.

—Eres la mejor.

—Lo sé. Te espero en la cama.

—Te quiero, Ángela.

Su risa es lo último que oigo antes de colgar y sentirme la peor persona del planeta, porque, por primera vez desde que la conozco, ese *te quiero* no ha sido sincero, sino solo un modo de gestionar la culpa.

Luna

Algunos dicen que, en la vida, amor solo hay uno. Grande, devastador, pleno.

Es una mentira de mierda.

El amor se respira en los rincones. Se esconde en las miradas de los amigos, en compañeros, en la admiración por el talento de otras personas, aunque sean desconocidas, en la ternura que te provoca ver una pareja de ancianos caminar de la mano por la calle. Eso pienso, mientras observo a Didier a través del objetivo y siento tanto amor contenido que me va a estallar el pecho. Lleva un traje negro; las solapas de la americana son de terciopelo color berenjena y completa su *look* con una sencilla camiseta blanca debajo. Un pañuelo de seda turquesa rodea su cuello. Es mío y cree que por eso le dará suerte. Su pelo castaño claro le roza los hombros y le sigue dando ese aire bohemio que desprende solo con respirar.

Es el último día de la exposición, así que estamos deseando ponerle punto y final a esta semana intensa pero increíble. El trabajo ha sido una gozada. Igual que reencontrarme con Didier.

Es increíble cómo las personas pueden ejercer roles diferentes según el punto del camino en el que te encuentres. Con Didier aprendí a amar en el pasado, también a amarme a mí misma. Ahora sigo aprendiendo, pero lo hago a través de su arte, de su cariño y de su extraña forma de razonar que a veces me hace odiarlo y, dos minutos después, achucharlo hasta asfixiarlo.

—Tengo que reconocer que sabe lo que hace.

Su voz, *esa* voz, me provoca un escalofrío que empieza en la nuca y desciende por mi espalda. Me giro y enfoco la cámara hasta verlo con claridad. Luego, disparo.

—¿Es el traje de tu boda? —Étienne se ríe ante el sarcasmo que destila mi pregunta.

—No, pero podría serlo. Todos me parecen iguales.

—¿Has visto el de Didier?

—Bueno, no todos.

Nos reímos y todo parece normal. Pese a que no hemos vuelto a hablar desde el día que me llevó a casa. De hecho, apenas nos hemos visto. Él ha pisado lo menos posible por el hotel y solo nos hemos cruzado a través del objetivo de mi cámara durante las aperturas diarias de la exposición.

Es mejor así. Los dos lo sabemos. Pero eso no significa que tenerlo de nuevo cerca no provoque en mi estomago una emoción inesperada. Es

instantáneo. Como la reacción de una pastilla efervescente al caer dentro de un vaso de agua.

—¿Te quedarás a la fiesta de después? —Asiento.

En una hora la exposición de Didier quedará clausurada y el hotel ha organizado una especie de fiesta en su honor a la que podemos asistir, pero ya como invitados.

—Nos la hemos ganado.

—Estoy de acuerdo. Habéis hecho un gran trabajo.

Le sonrío y me dirijo hacia el otro lado de la sala. Un encuentro breve, directo, normal. Como deberíamos habernos esforzado en fingir siempre.

Disfruto de la fiesta. Quizá no del modo en el que lo haría de estar en otras compañías, pero Didier me lo pone fácil y está siempre pendiente de mí, de que mi copa y mi estómago estén llenos y de que sonría. Está feliz. Se siente orgulloso de lo que hace y yo me alegro por él. Hay pocos sentimientos más reconfortantes que el sentirse pleno y satisfecho con uno mismo.

En un momento dado, lo interceptan un par de personas. Me agrada estar a su lado, pero otra conversación sobre arte más y acabaré aborreciéndolo para los restos o durmiéndome de pie. Me disculpo y me cuelo por uno de los balcones de la sala con la intención de tomar el aire y fumarme un cigarro. Hace frío, pero se agradece el cambio de temperatura.

No obstante, cuando lo veo, freno en seco.

—Oh, perdona. No sabía que estabas aquí.

Se gira y me sonrío. Es una sonrisa dulce. También cansada. Y un poco triste.

A esto se reduce todo. En esto nos hemos convertido solo por el efecto de compartir el aire o el espacio. A ratos creo que nos hacemos daño sin hacer nada. Es extraño. Por eso es mucho mejor evitarlo; evitarnos.

—Puedes venir, Luna.

—No creo que deba.

Miro hacia atrás y veo a Ángela bailando con su vestido rosa vaporoso tras los ventanales abiertos. No me muevo. No sé qué hacer. Llevo demasiados días esforzándome por rehuirlo y ahora siento que no me quedan fuerzas. Ni ganas. Ni nada.

Entonces, cuando estoy a punto de darme la vuelta y desaparecer, Étienne me ofrece su cigarro. No uno de su cajetilla, sino el suyo. Al que le faltan un par de caladas y que ha posado en sus labios. Qué tontería, ¿verdad? Pues lo

noto tirando de mi estómago, eso que me dice que ese gesto esconde algo un poco oscuro que no debería aceptar. Algo demasiado suyo. Pero lo hago. Lo cojo entre los dedos, me acerco hasta apoyarme a su lado en la barandilla y aspiro sin dejar de mirarlo.

No soy fuerte. No soy firme. Solo soy una chica que está agotada de no permitirse sentir.

Él se encoge de hombros y vuelve a mirar al frente, a la noche parisina que brilla más que la de cualquier otra ciudad que yo recuerde. Y habla, como si sus palabras no fueran la justificación que parecen.

—Solo estamos fumando.

Y yo pienso que no, que fingimos *solo* fumar para poder regalarnos, mientras tanto, un poquito de todo eso que nos negamos el resto del tiempo.

—Pensé que te escondías para hacerlo.

Le vuelvo a pasar el cigarro y nuestros dedos se rozan. Mi piel se eriza y me abrazo.

—Y lo hago. Tengo ceniceros escondidos en cada balcón de casa, pero... digamos que en los eventos todo vale.

—¿Todo?

—No. Todo no.

Me mira de medio lado, con el humo entrecerrando sus ojos, con su camisa tensada marcando su cuerpo por la postura, con sus labios torcidos por el cigarro que cuelga de ellos... y yo pienso que es sexi, y electrizante, y un tanto fuera de lugar estar aquí con él, con unas copas de más y con los nervios a flor de piel. La chica y el chico del tren haciendo suyo también un balcón.

Me viene a la cabeza aquel Étienne a punto de cumplir los treinta y la comparación me muestra que este es el mismo, pero a la vez más intenso, más hombre, más rotundo en todo lo que dice y hace.

Pienso en todo eso y luego me repito que no es más que un cigarro fumado a medias.

Lo recojo de sus dedos y pruebo de nuevo intentando intuir a qué saben sus labios.

—Es un asco. Pero no puedo dejarlo. Soy igual que mi padre. Sigue fumando a escondidas pasados los cuarenta.

—¿Qué planes tienes, Luna?

—¿A qué te refieres?

—Esto se ha terminado.

—Supongo que te refieres al trabajo —respondo con ironía. Él frunce el ceño, es automático, pero no me achanto—. No tengo planes. Me iré en unos días. No hay más.

—¿Adónde?

—No lo sé. ¿Te interesa? ¿Piensas hacerme alguna visita?

Su rostro se tensa y me arrepiento. No paro de desafiarlo, me sale solo; creo que es por los nervios, porque ahora sí que el adiós es definitivo y siento que me quedan tantas cosas por decir... No me parece justo, eso es todo.

Vuelvo a pasarle el cigarro y sus dedos se posan sobre los míos más tiempo del necesario. Yo entrecierro los ojos, clavados en ese roce. Apenas siento las manos por el frío, pero creo que, aunque se pusiera a granizar, ninguno de los dos nos moveríamos de este balcón y de esa sensación que sí que noto de su yema sobre mis nudillos.

Étienne hace una mueca y, antes de que conteste, sé que no me va a gustar.

—No, pero no soporto la idea de repetir errores.

—¿Errores?

—Sí, que te vayas de nuevo y no saber si voy a girar una esquina y encontrarte otra vez. Quiero saber dónde estarás.

Duele. Es jodidamente dañino. Es retorcido, y feo, y no creo que lo merezca.

—Ah, ya entiendo. No quieres saberlo para poder encontrarme, sino para evitar hacerlo.

—Suenas horrible.

—Es que lo es. Pero no pasa nada. Hace tiempo que esto no tiene nada de bonito. Supongo que eso ya debería decirnos suficiente.

Étienne suspira con pesar y me pasa el cigarrillo. Tiene los ojos velados por el alcohol y se abre el primer botón de la camisa, aunque estemos a dos grados. No puede respirar. Yo tampoco. Eso nos hacemos.

—Siento hacerte sentir así.

—No importa. Lo hacemos ambos. —Se gira y su brazo se pega al mío. No nos apartamos. Siento su calor, a pesar de que mi vestido es de manga larga y su camisa también—. ¿Crees que no me doy cuenta de que esto también te afecta?

Agacha la cabeza y confirma mis palabras.

—Por eso es un error, lo entiendes, ¿verdad?

Niego con la cabeza y... me lanzo.

—Creo que no tienes ni puta idea de lo que es un error. Un error habría sido no evitar lo que parece inevitable. Un error habría sido besarnos la otra noche dentro de tu coche y tumbarme sobre tu pecho. Coger otro tren en medio de esta fiesta y largarnos como dos locos egoístas. ¿Pero esto? Esto no es un error, Étienne. Esto es lo correcto. Y es una mierda. —Me callo y cojo el aire que me falta; él no se mueve, solo me observa como si lo que he dicho resultara impactante, pero a mí no me lo parece; solo he sido brutalmente sincera—. ¿Por qué me miras así?

Traga saliva. Yo lo imito. El aire frío mueve mi pelo y algunos se me pegan a la boca. Sus ojos también lo hacen; se quedan clavados en la curva de mi labio superior, sobre ese pequeño lunar que sé que reconoce. Quiero que levante la mano y lo roce, pero a la vez creo que saber que no va a hacerlo es aún mejor. La sensación indescriptible de la contención.

—Porque sigues siendo la persona más interesante que he conocido en mi vida.

—Tú sigues siendo lo más interesante que ha pasado en la mía, pero estoy dispuesta a que eso cambie.

Enciende otro cigarro con el que vamos a apagar. No quiere que se termine este momento y yo tampoco. Es otro adiós. Y quiero llorar. Es por el champán, y por las emociones que rebotan contra él y que me vuelven sumadas a las suyas propias. Se multiplican. Se vuelven excesivas como para saber manejarlas.

—Puede parecerte increíble, pero voy a echarte de menos.

—Yo llevo cinco años haciéndolo.

Los ojos se me empañan. No puedo frenarlo.

Me ve y se acerca más a mí. Demasiado para que no caigan las primeras lágrimas.

—Eh, no... Luna...

—No digas nada. No hace falta.

Me seco con la mano y la suya se posa al final de mi espalda. Solo un segundo. Después me suelta como si yo quemara.

—No llores por mí, por favor —suplica con los ojos cerrados.

Yo exploto.

A la mierda la contención.

A la mierda todo.

Yo no valgo para esto.

—No lloro por ti. Lloro por mí. Por ser tan estúpida. Por creer en las

sensaciones, en las señales, en las cosas inesperadas y bonitas que se convierten en especiales. Por ver en ti algo que creía que era correspondido y que llevaba tiempo esperando. Por seguir buscándolo y no encontrarlo en nadie. Por saber que nunca volveré a sentir tanto como lo que se despierta cuando solo nos rozamos. O cuando tenemos estas conversaciones que ni siquiera sé qué significan, pero que nosotros entendemos. O cuando me abrazas... Cuando me abrazaste.

Salgo al pasillo y me seco las nuevas lágrimas con la manga del vestido. No vuelvo a la sala, sino que me cuelo en la siguiente que encuentro, que no es más que un comedor cerrado. Pero necesito estar sola. Necesito escapar de él antes de que sea tarde y haga algo de lo que me arrepienta. Necesito... ni siquiera lo sé. Solo necesito huir para no acabar estropeando del todo el recuerdo del momento más bonito de toda mi vida.

—No eres una estúpida.

Su voz a mi espalda me tensa. Me giro y lo tengo otra vez a solo un paso. Su rostro está más confundido que nunca, y rígido, e inquieto.

Trago el nudo de mi garganta, pero no desaparece, sino que crece. Más aún cuando Étienne da un paso hacia mí y toda la habitación parece comenzar a girar a mi alrededor. A encogerse. A levantarse del suelo y desaparecer con nosotros dentro.

Cojo aire y sigo, porque ya no importa.

—Sí, lo soy. Y no pasa nada, porque al menos siento, ¿sabes? Al menos no me callo las cosas. Ni tengo miedo de decirlas. Porque, al menos, soy sincera conmigo misma. Dios, soy una estúpida.

—Deja de decir eso...

La distancia desaparece. Étienne cierra los ojos con fuerza, apoya su frente en la mía y yo siento que esas explosiones constantes que me despierta por dentro se silencian. Las calma. Las adormece.

—Es la verdad.

Él niega con la cabeza. Sus puños están cerrados a ambos lados de su cuerpo. Su respiración sube y baja frenética, alterando aún más la mía, ya de por sí caótica.

Yo lo miro desde tan cerca. Su nariz. Su boca a tres centímetros de la mía.

Solo necesito suspirar contra sus labios para que el control se marche del todo.

—No eres una estúpida porque, si tú lo eres, yo también lo soy. Soy un estúpido, Luna.

—¿Por qué?

—Porque no dejo de pensar en cómo sería besarte.

Un aliento compartido. Su mano liberando tensión y colocándose en mi nuca. La mía rozando un botón de su camisa.

—Pero no lo vas a hacer.

—No.

Duda y hace amago de separarse, pero no se lo permito. Tiro de su camisa y lo mantengo pegado a mí. Tocándome sin hacerlo. Casi besándome. Casi.

—No me importa. Solo quédate un poco más así, no te muevas. Regálame esto, Étienne. Quedémonos con este momento. Con el de antes del beso. Lo sientes, ¿a que sí? ¿No te parece increíble?

—Luna...

Mi nombre murmurado me eriza la piel.

—Yo también lo siento, Étienne, y no se parece a nada.

—Esto es...

Pongo un dedo en sus labios para callarlo.

—No lo estropees, por favor.

Traga saliva y después se acerca más a mí, hasta que mis labios quedan sobre los suyos, solo con mi dedo en el medio. Un beso no dado. Un beso que es más que muchos otros y que se queda en el camino. Un beso que no lo es y a la vez es el más intenso de toda mi vida.

—Dinamita —susurra contra mi piel. Yo asiento.

Entonces Étienne pasa un brazo por mi cintura. Yo respondo con uno sobre su nuca. Y así nos mecemos. La letra de *We Might Be Dead By Tomorrow* de Soko llega distorsionada por el bullicio de fondo. Nuestras frentes siguen unidas. Nuestras narices se rozan. Nuestros labios se sienten.

No percibo nada más.

Es como estar dentro de un tren cubierto de nieve.

Étienne

Cuando la canción termina, Luna abre los ojos y sus lágrimas la hacen brillar más aún. Me aparto y las limpio con los dedos. Y no me resisto. Paso los dos brazos por sus hombros y la abrazo. La atraigo hacia mí y ella se deja caer sobre mi cuerpo. Sus manos se agarran a mi espalda con fuerza.

No quiero soltarla nunca. Quiero abrazarla hasta que me muera. Eso pienso. Se repite sin cesar. Quiero sentir el aroma y el tacto de su pelo en mi mejilla. La forma de su cuerpo. La fiereza con la que se agarra a mí. Sus labios en mi piel y no solo sobre la tela de mi camisa. Quiero sentirla sin nada. Sin obstáculos. Sin barreras de ningún tipo.

Solo ella y yo dentro de un abrazo.

—¿Luna? —La cabeza de Didier se asoma por la puerta entreabierta y su rostro se descompone al vernos en esta actitud. No dice nada. Solo la observa a ella y frunce el ceño al ver sus lágrimas. Después se dirige a mí en un tono hosco—. Ángela te está buscando.

Cierro los ojos un segundo. Sus palabras son como un choque frontal contra un muro.

Cuando los abro, Luna ya está lejos de mí sin moverse del sitio.

—A ti también te están esperando, Luna. Alguien ha preguntado por ti en recepción.

Asiente y me mira a mí, antes de parpadear por última vez y de caminar hacia la salida. Yo la sigo y la veo desaparecer unos minutos con Didier dentro de un lavabo. Quiero acompañarla, me cuesta no hacerlo, pero no puedo.

Vuelvo con Ángela.

—Eh, ¿dónde estabas?

—Tomando el aire.

—No me mientas.

Ni siquiera me inquieto, solo espero a que diga algo; y no por miedo, sino que creo que, si lo supiera todo, lo ocurrido, el cómo me siento, el asco que me doy a mí mismo, todo... casi sentiría alivio.

Sonríe con picardía antes de golpearme con el dedo en el pecho un par de veces y confesar su intuición:

—Tú has fumado.

—Culpable.

Se ríe y todo sigue su curso. Mi vida. La noche. Todo, menos yo. Yo me

siento paralizado.

Cinco minutos después, veo salir a Luna, coger su abrigo y dirigirse a la puerta. No puedo evitar disculparme con las personas con las que estoy hablando y seguirla. Se dirige a la entrada con Didier. Él la abraza antes de abrirle la puerta y desaparecer en dirección al ascensor camino de las habitaciones.

No pienso, solo la sigo y salgo.

Entonces la veo. Está arropada por los brazos de un chico. Me tenso y la incertidumbre me cae con fuerza, porque no la he oído hablar nunca de ningún novio ni nada parecido. La imagen que veo me demuestra todo lo que aún no conozco de esta chica, pese a tener la sensación de que lo hago más que nadie. Y también lo que se siente cuando mi cuerpo cree que solo yo debería abrazarla. Que es algo tan nuestro que nadie más puede entenderlo.

Hablan en susurros, hasta que ella levanta la mirada y la de él me llega clara y es como otro golpe seco y fuerte.

—¿Julien?

Es un susurro, no pueden oírme. Aun así, es como si Luna percibiera mi presencia. Se gira, me mira y él la imita. Su rostro se ensombrece. Lo reconozco. Es aquel chico del tren de sonrisa vergonzosa que la miraba con deseo. Aquel chico que aún era demasiado niño, pero que ya no lo parece. Está cambiado, pero es él. Y rodea a Luna. La arropa. La protege de mí. De mí. Porque yo le hago daño. Provoco lágrimas en una chica que solo se merece sonreír.

Me paso la mano por la cara y me doy la vuelta, dispuesto a volver a entrar en el hotel y olvidarme de una vez por todas de esta estúpida fantasía sin pies ni cabeza. Dispuesto a borrar a Luna de mi mente y de mi vida.

Luna

Didier y Julien no se conocen. Solo se habían visto a través del cristal de la puerta del hotel. Por eso, cuando el primero aparece en casa, el segundo se queda pillado mirándolo un largo rato, hasta que cae en quién es.

—Eh, tú eres el tío de las revistas.

Coge una de las que recopilé para analizar los reportajes fotográficos anteriores que le habían realizado, y así centrarme yo en hacer algo diferente, y se la muestra orgulloso de su perspicacia.

—Muy bien, chaval.

Julien frunce el ceño por el sarcasmo que envuelve las palabras del otro. Yo pongo los ojos en blanco y empujo a Didier para que entre y se comporte como una persona normal.

—El capullo se queda fuera, ¿vale, Didi?

—Perdona. Soy Didier.

Julien asiente y se dan la mano. Luego, las cervezas hacen el resto.

—Deberías habérmelo contado.

Didier parece enfadado. No conmigo, casi más con él por no haberse dado cuenta de que entre Étienne y yo había un fino hilo que nos conectaba. Pero ¿cómo iba a saberlo? Es tan invisible que hasta a mí a ratos me cuesta verlo. Solo lo siento cuando tiramos de él; cuando se enreda y me corta la circulación; cuando duele.

—¿De qué hubiera servido?

—No lo sé. Te hubiera cuidado mejor.

Sonrío. Julien asiente como si Didier hubiera dicho una verdad de tal sabiduría que nunca jamás volveremos a escuchar nada mejor. Creo que está muy fumado. Todos lo estamos un poco.

—No importa. No puede ser. Y lo entiendo, no es que no comprenda a Étienne. Su situación no es fácil.

—No, no lo es. Pero eso no significa que no pueda tomar decisiones, por muy difíciles que resulten —dice Julien.

—¿Qué quieres decir?

—Que debería ser más firme en las que toma. Está casado y la quiere, ¿no? Pues lo que vi ayer no tiene ningún sentido.

Recuerdo la expresión de Étienne al salir del hotel y verme abrazada a mi amigo. Una mezcla de tristeza, sorpresa, rabia y... desprecio, incluso, aunque

no crea merecerlo. Eso le provoco.

—No todo es blanco o negro, Julien.

Asiente; entonces es Didier el que habla, provocando en mí nuevas dudas, y reproches, y sensaciones que me cuesta controlar.

—Ya lo sé, pero para elegir el gris tienes que saber dónde te estás metiendo.

—¿Lo dices por experiencia?

Sonríe. Yo lo hago con él. No es la primera vez que se ve envuelto en una relación que no engloba solo a dos personas.

—Sabes que sí. No todo el mundo sabe jugar a ciertas cosas. Y Étienne no tiene pinta de ser de esos.

—No lo es.

—¿Y lo eres tú, *morena*?

No contesto, porque no lo sé. Resulta sencillo hablar, juzgar y tomar decisiones cuando no te ves delante de ellas y se hacen realidad. Cuando solo son suposiciones. Pero cuando debes actuar de verdad todo cambia. Cuando se mezclan los sentimientos, los instintos, los deseos. Es entonces cuando tienes que descubrirte a ti misma la clase de persona que eres.

Con Étienne sucede lo mismo. Por lo que he vivido con él, es una persona íntegra, leal, honrada, madura. No obstante, ahora ya no lo sé, porque otra versión de él comienza a formarse en mi cabeza con cada nuevo encuentro. Una que sufre, que odia, que duda y que tiene miedo de lo que ocurre a su alrededor cuando yo entro en su órbita. Una que, pese a que pueda ser peor, me gusta. Eso sucede. Y es que, fumando en silencio mientras Didier y Julien hablan de música como si se conociesen de hace años y no de un rato, acepto que, si existiera una versión mejorada de Étienne, me seguiría quedando con la que conozco. Si existiera un Étienne más bueno, más valiente y mejor para mí, no lo querría; lo querría a él, al de siempre, tanto al del tren como al del hotel, tanto al que me escogió en el pasado como al que no lo hace en el presente.

Acabo la noche dormida en el sofá entre mis dos amigos.

Cuando abro los ojos, ellos también duermen y en el cielo no hay ni una estrella.

Étienne

—¿Dónde está?

Ni siquiera lo saludo. Entro en la nave de Didier, después de descargar el último de sus cuadros, y él me fulmina con la mirada. Me ofrecí a hacerlo solamente para tener la excusa de saber algo de Luna sin la necesidad de preguntarle a Ángela por su dirección exacta o su teléfono. No sé en qué me convierte eso, pero prefiero no meditarlo demasiado.

—Te he preguntado que dónde está.

Mi tono es calmado pero firme. Deseo tanto acabar con esto de una vez, despedirme de ella y empezar de cero, que él lo nota y se estira mientras avanza hacia mí a pasos lentos.

«Es lo mejor. Lo más sensato. Lo que debería suceder para que todos podamos seguir con nuestra vida y olvidarnos de lo demás», me repito eso una y otra vez, pero no funciona; la sensación de ahogo no desaparece. Porque eso hace Luna desde que supe que tenerla cerca, aunque fuera en silencio, ya no era algo sencillo de soportar. Lo que ocurrió después en ese balcón del hotel me lo confirmó. Necesito que se marche.

—¿Para qué quieres verla?

—Didier...

—¿Has tomado una decisión? —me dice, y al momento sé que lo sabe todo y también conozco la respuesta que desea escuchar.

—Sí, solo quiero decírsela yo mismo. Creo que es lo justo.

Nos retamos unos segundos con la mirada, antes de hablar y agradecerse con un gesto.

—No lo ha dicho, pero la conozco. —Hace una pausa y suspira con pesar, como si de algún modo la estuviera traicionando—. El aeropuerto de Orly.

Cuando llego, la veo allí y percibo el alivio. Está tumbada en el suelo, en mitad de la terminal, con la cabeza apoyada en su mochila como si fuera un almohadón y ajena a todo. Tiene las manos entrelazadas en la nuca y sonrío, mientras tras el gran ventanal de cristal los aviones despegan o aterrizan. Parece feliz viendo aquello. Un paisaje que a mí me resulta incluso feo y un tanto decadente. A ella no. Luna ve algo más. Incluso sabiendo que está a punto de irse y de despedirse de esto que tira de nosotros, sea lo que sea.

Esa sensación que me oprime cada vez que la tengo cerca regresa. Como si los ojos de Luna percibieran el mundo con una tonalidad desconocida para

los demás. Como si lo hiciera diferente. Como si pudiera viajar dentro de esos aviones que observa perderse en el cielo.

Aun así, en cuanto doy un par de pasos más, compruebo que ha estado llorando. Por mi culpa. Por nosotros. Por mí.

—Luna, llevo toda la tarde buscándote.

—Y yo toda la vida. Irónico, ¿no?

Su sarcasmo me tensa. Odio que haga eso, que bromea con esto, cuando para mí se está convirtiendo en algo tan complicado que me cuesta hasta entenderlo.

—Por favor, Luna, no...

—Ven.

—¿Qué?

—Túmbate conmigo.

—Pero...

—Déjate de remilgos y hazlo. Solo te estoy pidiendo que te tumbes a mi lado y que mires los aviones. No creo que sea para tanto.

Lo hago. Me tumbo a su lado y observo eso que ella parece estudiar a conciencia, como si le dijera mucho más de lo que en realidad es, cientos de destinos, de otras vidas que nunca conoceremos. Y en silencio. Un silencio que saboreo, porque da igual lo que comparta con ella, siempre significa algo más, siempre se convierte en especial.

Luna tiene la capacidad de aportar color a las cosas más incoloras del mundo. Por eso necesito que se marche.

Muevo la mano y noto la suya muy cerca. Tan cerca que se imantan. Y no sabría decir si es la suya, la mía o ambas, pero de pronto se tocan. Cuando nuestros meñiques se rozan, las juntamos del todo, entrelazándolas con fuerza, y allí nos quedamos. Una chica joven que tiene tanto que ofrecer al mundo que se le queda pequeño, y yo, un supuesto adulto que cada vez se ve más capaz de destrozarse toda su vida y la de su mujer por un sentimiento hacia otra que es más incontrolable día a día.

Y, aun así, no saco nada en claro más allá de que deseo que Luna se vaya. Que coja uno de esos aviones y desaparezca. Aunque después me odie por ello. Aunque todo sea por no aceptar de una maldita vez que podría llegar a quererla. A ambas. De un modo insoportablemente opuesto.

La idea me pesa tanto que me falta el aire.

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana.

—Vuelves a Barcelona.

—Sí. Y tú te quedas en París.

—En un París sin ti.

—Sin mí.

—Sin Luna.

—Sin nosotros.

Duele. Cada palabra. Cada momento que ya no será. Cada centímetro que nos separará desde hoy. Me imagino París sin Luna y no le encuentro sentido. Su belleza mengua. El encanto se esconde. Y aquello debería demostrarme que quizá me estoy equivocando, pero después pienso en Ángela y lo siento, por dentro; esa calma, esa seguridad, ese *sí* que gritas en alto con la convicción absoluta de que está bien y que debe ser así.

Y Luna... con Luna cerca todo es un quizá constante, un mundo de dudas, de incertidumbre, de «qué bonito sería si...», pero sin saber terminar esa frase, porque no hay nada. Con Luna no hay nada seguro más que lo que yo soy cuando estoy con ella. Un tipo que no me gusta demasiado, pero que es feliz. Un hombre que abraza a desconocidos; que podría llegar a creer en historias de amor de las que llegan sin avisar; que cogería otro tren sin saber adónde, solo por hacerlo con la persona con quien quiere llegar a ese destino y descubrirlo a su lado.

Debe irse. Es lo correcto. Es lo lógico. Es triste.

—Sabes que es lo mejor, ¿verdad?

Ella se muerde los labios y se encoge de hombros.

—No sé si es lo mejor, solo sé que es lo que tú quieres.

—Luna...

Me rompe. Con su otra mano la veo jugar con un pequeño agujero de su jersey; mete el dedo en él y tira casi con violencia. Eso hace, es cierto, abre agujeros allá por donde pasa sin poder remediarlo.

—¿Qué haces aquí, Étienne? Sé sincero conmigo.

—Despedirme.

—Quieres que me vaya. —No es una pregunta, es una afirmación, pese a que esté teñida de una leve esperanza que parece siempre vivir en ella.

—No sé si quiero que lo hagas, pero sí sé que lo necesito. Que es lo mejor, Luna, pero no podía dejarte hacerlo sin pedirte perdón.

Ella asiente. Nuestras manos siguen entrelazadas. Nuestras respiraciones se acompañan.

Y me da igual estar en mitad de un jodido aeropuerto en el que las

personas nos miran al pasar por estar tumbados en el suelo. Me da igual que no sea mi mujer, que yo no sea el hombre que Luna merece en realidad y que esto siga siendo una locura sin pies ni cabeza. Me da igual no haber compartido con ella más que instantes sueltos e intensos que no son más que piezas desordenadas de un inesperado rompecabezas. Me da igual todo lo que no seamos nosotros y este momento que se desvanece cuando suelta mi mano.

—Adiós, Étienne.

—Adiós, Luna.

Me marchó y, hasta que no llego al coche, no me doy cuenta de que tampoco me he disculpado. Solo nos he regalado otro momento que recordar.

Luna

Al día siguiente, aún con el recuerdo de la mano de Étienne sujetando la mía mientras veíamos despegar los aviones, voy a la oficina para despedirme de Ángela.

No he dormido nada bien; de hecho, apenas he pegado ojo meditando sin cesar si estaba tomando la decisión correcta al marcharme, pero creo que es lo menos que puedo hacer después de tanto. Quizá también sea mi parte egoísta la que desea hacerlo solo para aligerar allí un poco el peso de los remordimientos.

Sin embargo, cuando nos encerramos en su despacho, todo da un giro extraño e inesperado.

—Luna, tenemos que hablar.

—¿Qué ocurre? Ha ido bien, ¿no? La exposición.

Sonríe ampliamente, lo cual debería aliviarme, pero no lo hace en absoluto. Y suelta las palabras que no esperaba, las que lo cambian todo, las que me hacen perder el control de una decisión tomada que creía correcta.

—Te quiero en mi equipo.

—¿Qué? Pero yo no puedo...

Étienne me pide que me vaya. Ángela que me quede. Siento que mi mundo se ha vuelto completamente loco. ¿Y yo? ¿Qué quiero hacer yo?

—No te estoy pidiendo nada. Sé cómo trabajas. Libertad y flexibilidad. Eso te ofrezco. Sé que eres *freelance* y que es lo único que buscas. Pero, mientras sigas en París, te llamaré para ciertos proyectos. No puedes decir que no.

—En realidad, sí que puedo.

Y debo. O debería tener claro que es lo que todos merecemos. La salida fácil. Lo correcto. Sin embargo...

Se ríe. Su risa para mí es como un recordatorio constante de todo lo que oculto y tengo que apartar la mirada. El recuerdo repentino de mi despedida con Étienne me provoca un escalofrío y unas náuseas inesperadas.

—Vale, puedes, pero no debes. Es una oportunidad única. Y te encanta. Formamos un buen equipo y estás aprendiendo mucho más de este sector. Ambas lo sabemos.

—Pero no sé si... este no es mi lugar, Ángela.

Ella se pone seria y yo intento ser lo más sincera que puedo, pero sin serlo del todo. Y la verdad es que este no es mi lugar porque es el suyo. No dejo de

repetírmelo cuando la tengo delante para ver si, así, consigo llegar a creérmelo.

—No sé qué te frena. Ojalá lo supiera y pudiera ayudarte a solventarlo, pero, como no puedo, solo te ofrezco esto.

Me pone un contrato encima de la mesa con una cifra. Unas condiciones perfectas. Una oportunidad única. Un motivo para quedarme en París. ¿Una señal?

Mis nervios se disparan. La adrenalina. La certeza de que debería irme, pero la seguridad de que, en el fondo, eso que tira siempre de mí no desea hacerlo. Y las dudas. Y el despecho hacia un Étienne que no para de indicarme la puerta de salida, pero que no pone tampoco nada de su parte para mejorar las cosas. Me pide que me vaya, pero lo hace mientras me coge de la mano y me muestra una vez más que existe algo sobre nosotros precioso e intenso que podría serlo mucho más. Eso me enfada. Me cabrea como nada más lo hace. Además, ¿por qué soy yo la que debo irme? Yo no he hecho nada. Yo no le debo nada a nadie, solamente a mí misma. Es él quien debe hacerse cargo de cumplir sus responsabilidades, no yo.

Reviso los papeles y la ilusión aparece.

Y yo pienso que me la merezco. Que París no deja de decirme que sí, que me quede. Así que no medito, me lanzo. Me precipito hacia todo eso que había decidido ignorar. Porque se puede luchar contra muchas cosas, pero nunca contra una misma.

Étienne

No me cuesta demasiado localizarlo. Es un local vistoso, con un par de focos en el escaparate y un gran dragón rojo dibujado en la pared. Entro y me encuentro con un Julien desconocido que alza la cabeza en cuanto escucha la puerta y abre la boca con asombro, antes de tensar la mandíbula.

—Étienne. Qué sorpresa.

—Julien. Me alegro de verte. ¿Esto es tuyo?

Lo observo. Las paredes están llenas de diseños, de fotografías de tatuajes ya realizados y de otras de estilo oriental como elemento decorativo. Él no dice nada. Me gustaría decirle que me alegro de que consiguiera sus objetivos, quizá incluso que siento orgullo por ello, como hizo Luna conmigo, pero yo no soy como ella.

—¿A qué has venido?

—Ya lo sabes.

—No. En realidad, no tengo ni idea.

Se levanta y se cruza de brazos. Lo recordaba incluso más bajo, aunque no sea posible que haya crecido desde entonces, pero es su nueva madurez la que lo hace parecer seguro.

Intento imaginármelo compartiendo una vida con Luna y no puedo. Soy incapaz. Y no porque esa idea no me agrada, sino porque no me sale; no encajan; no puedo creer que alguien más pueda tener con ella lo que siento yo cuando la tengo cerca.

—¿Se queda por ti? En París —le digo, antes de sentirme un idiota por pedir explicaciones que no me deben.

—Pregúntaselo a ella.

Su actitud me incomoda. Me inquieta. No quiero perder los nervios, pero siento que no puedo controlarme. Llevo así desde esta mañana, cuando Ángela me ha contado que Luna se queda. Que le han surgido un par de bodas y que quiere contar con ella para los reportajes fotográficos. Nuestra conversación ha sido incómoda. He intentado convencerla de que no me parecía buena idea contar con alguien que va y viene por el mundo sin mucha estabilidad. Luego me he sentido un auténtico cabrón y le he dicho que confiaba en su criterio. Y ahora estoy aquí, delante de Julien, ni siquiera sé muy bien por qué.

Bueno, sí que lo sé. Porque desde la noche de la fiesta en la que Luna acabó llorando abrazada a mí no me la quito de la cabeza de un modo en el

que no debería habitar en ella. Con deseo. Con ganas. Con demasiado que no tiene cabida entre nosotros. Es enfermizo. Siempre aparece. Por eso quería asegurarme de que se iba; despedirme de ella para cerrar una etapa de forma definitiva. Pero esto... esto vuelve a cambiarlo todo y siento que se me escapa la situación de las manos. Ni siquiera sé si he llegado a controlarla en algún momento.

—Estoy... Esto es... Salís juntos, ¿no?

—No debería importarte.

—Y no me importa.

—Tú mismo. —Se ríe y se encoge de hombros, como si supiera mucho mejor que yo qué significa todo esto que estoy sintiendo desde esta mañana y que no me deja respirar—. ¿Quieres presupuesto para un tatuaje?

—Quiero que le digas que se marche. Este no es su lugar, Julien.

En cuanto pronuncio esas palabras me doy cuenta de lo injustas que son, de lo feas, de lo poco merecedora que es Luna de ellas, pero es que... es que no sé qué hacer. La situación me puede. Me enerva. Me incomoda y me... y me da un miedo que no debería tener razón de ser, pero que existe solo con pensar en tenerla cerca cada día. A mi alcance.

Las manos de Julien se cierran y percibo cómo se tensa su cuerpo. No puedo culparlo por su actitud desafiante y por el desprecio que irradian sus ojos; yo también me odio en estos momentos.

—Lárgate.

—Julien... tienes que entenderlo.

—Vete de mi casa antes de que me enfade de verdad. Ya no soy ningún crío, Étienne.

Trago saliva e intento mostrarme sincero y hacerlo entrar en razón.

—Es lo mejor. No puede aceptar el trabajo. ¡Había decidido irse!

—Es lo mejor, pero para ti. Estás siendo un egoísta. En ningún momento te has parado a pensar en qué es lo mejor para ella. Y no estoy pensando en lo que sea que tengáis, sino en que, cuando esto la destroe, yo esté a su lado para recogerla. Porque, se vaya o no, ya lo estás haciendo. Ya le está afectando más de lo que debería.

Parpadeo y soy consciente según habla de lo ciego que he estado. De que solo he pensado en mí, en mi situación personal, en las consecuencias de su presencia en mi vida. Pero ¿y en Luna? ¿Quién ha pensado en Luna?

Me paso las manos por la cara, exhausto y avergonzado por haber buscado a su amigo para convencerlo de que la eche de su lado, y salgo de

allí despidiéndome de Julien del único modo que sé.

—Lo siento. De verdad que lamento esto, Julien.

Antes de desaparecer, no sé por qué, decide echarme un cable. Lo que no sé es si lo hace para ayudarme o para anudarlo en mi cuello.

Luna

Su visita debería hacerlo, pero no me sorprende. Julien no ha tardado ni un minuto en llamarme para contarme que Étienne ha aparecido en su salón de tatuajes y que ha acabado ablandándose y dándole la dirección exacta de su casa. Así que, cuando abro la puerta y lo veo con las manos apoyadas a ambos lados de la pared, voy al grano, porque no tiene sentido actuar de otro modo. Nada de esto lo tiene.

—He aceptado la oferta de Ángela. Voy a quedarme en París.

—No puedes hacer eso, Luna.

—Puedo hacer lo que me dé la gana.

Me giro y él me sigue. Enseguida el piso me parece mucho más pequeño de lo que ya es. Me cierro la chaqueta de lana que llevo encima del pijama, como si sintiera frío, aunque en realidad lo que siento no se parece en nada a eso.

—Ya... ya lo sé. Y entiendo que es una gran oportunidad para ti. Pero no lo hagas por motivos inapropiados.

—No sabes por qué lo hago.

—No lo hagas. Al menos, no por... esto.

Nos señala con los ojos. A él y a mí. Y vuelvo a tener ganas de llorar. Y de gritar. Y de abrazarlo para que se calle y para que deje de ensuciar todos los recuerdos.

—Lo reconoces. Que *esto* existe. Sea lo que sea.

—Luna... no me hagas ponerle nombre. No hagas nada... déjalo estar. No nos lo hagas a los dos. A los tres.

A los tres. A ratos se me olvida. Pero es que para mí no lo somos; somos dos. Estamos él y yo. Y, luego, Ángela y él. Solo es uno de nosotros el que comparte algo diferente con un tercero.

Me dejo caer en el sofá y me abrazo las piernas. Él sigue de pie, frente a mí, con los brazos en jarras y tenso. Y más perdido aún. Lo peor de todo es que odio verlo así y me encantaría poder consolarlo.

—Eres tú el que lo estás haciendo. Lo he intentado, Étienne. Te he ignorado hasta que tú me has buscado. Tú me has acercado a casa en tu coche cuando has necesitado decirme algo. Tú me ofreciste aquel cigarrillo compartido. Tú fuiste al aeropuerto para despedirte. ¿No te das cuenta? —Asiente, aunque lo hace asombrado al abrir los ojos y ver de repente esa realidad—. Prometo seguir haciéndolo. Haré como si no existieras; como si

aquello no hubiera sucedido jamás. Aprendo rápido, no tienes que preocuparte por nada. Solo consiste en que tú te comportes igual. —Su mirada es tan intensa que me abrazo con más fuerza. Esto es lo que ocurre; nos encendemos; hacemos visible algo que el resto del tiempo no está. Trago saliva intentando controlar mis emociones disparadas y susurro unas palabras que suenan casi a súplica para que lo deje estar—. Además, París es demasiado grande.

—Si estás tú, no.

Cierro los ojos. Mi corazón enloquece. Son solo cuatro palabras, pero funcionan igual que mil de las que se clavan por dentro. Me duele. Da igual lo que me diga. Me está pidiendo que me vaya y, al decirme esas míseras palabras, yo pienso que puede que incluso lo quiera. A lo loco. Sin saber si es amor o qué narices es esto. Pero algo tan grande que me deja sin aire. Porque no puedo creer que haya algo más por ahí entre dos personas que te remueva el cuerpo a tantos niveles. Que te descontrole así. Algo que te hace pensar, cuando sabes que es una locura, una putada y que esa persona no es para ti, que merece la pena intentarlo. Arriesgar. Lanzarse al vacío.

Me levanto despacio y me acerco a él. No se mueve. Solo espera mi reacción.

Llego a su cuerpo. Solo nos separa un paso. Su garganta sube y baja, su pecho también, sus músculos se tensan. Todo está cargado. Y, sin embargo, cuando le digo de una vez lo que de verdad pienso de nosotros, me siento más tranquila que nunca.

Me siento arena.

—¿Sabes tu problema, Étienne? Que tienes miedo. Crees estar muy seguro de tus decisiones, pero te aterra no ser capaz de controlarte de verme paseando por Montmartre una tarde. Te asusta acabar buscando mi teléfono en la agenda de tu mujer o verte llamando a esta puerta una noche cualquiera. Tienes miedo de tenerme cerca. Quizá deberías reflexionar acerca del porqué.

—No, te tengo miedo a ti.

—No, te tienes miedo a ti mismo.

Su mirada se funde con la mía. Apenas pestañeamos. Hasta que él se dirige a la puerta descolocado y me reprende antes de salir.

—Dijiste que te irías.

—Solo dije lo que querías oír. Siendo honesta, nunca he deseado hacerlo. Yo no soy de las que huyen, Étienne. Y, visto lo visto, no sé qué sentido tiene hacer algo así de grande por ti. —Me encojo de hombros con desdén—. Tal y

como te estás comportando conmigo, no creo que lo merezcas.
El portazo que da hace temblar las paredes.

Étienne

Siempre me había considerado una persona franca. Directa. Honrada. Íntegra. Llevo toda la vida cuidando de la gente que me rodea. Aplicando los valores que mis padres me enseñaron y actuando en consecuencia. He juzgado a quien hacía y deshacía dejando a terceros dañados por el camino y me he creído superior cuando no he caído en errores que otros repiten una y otra vez.

Ahora no me conozco. Soy yo, pero, a la vez, soy uno que aún no había descubierto.

—¿Te queda mucho?

—No, ya he terminado.

Ángela me abraza por la espalda y me da un beso en la cabeza. Estoy preparando en el despacho uno de los cursos de finanzas que imparto, pero he quedado en que la llevaría en coche a visitar un salón acondicionado para bodas a las afueras de la ciudad.

Cuando nos montamos en el coche, me indica que me desvíe un momento en una calle y que pare donde pueda.

—He quedado aquí con Luna.

Sonríe y yo también lo hago. Parece fácil. Solo consiste en fingir que no siento una jodida tirantez dentro del pecho al escuchar su nombre, lo que en las tres últimas semanas ha ocurrido más de lo que me gustaría. Al minuto, la puerta de atrás se abre y entra ella, con los labios morados por el frío de febrero y con su enorme mochila.

—Como no salga el sol pronto, voy a suicidarme.

Su comentario hace reír a Ángela y yo no me muevo. Querría hacer muchas cosas, como sonreírle, o decirle que es una exagerada, pero que esa intensidad con la que lo vive todo es especial y pedirle que no la pierda nunca, o que está muy guapa con ese jersey rosa claro que le hace parecer un algodón de azúcar en vez de tanta ropa negra. Pero no lo hago. Solo conduzco. Y decido en ese preciso momento que ha llegado el día.

Dos horas después, hacemos el camino de vuelta. Ángela y ella cotorrean sobre las posibilidades del sitio. Yo apenas les sigo el hilo, hasta que llegamos a nuestro edificio y paro un segundo sin apagar el motor. Sé que Ángela tiene una cita en breve, así que no tengo que darle demasiadas explicaciones.

—Ángela, ve preparándote para tu cena. Yo llevaré a Luna a casa.

Ella asiente encantada por el ofrecimiento y se baja del coche. Luna niega con la cabeza, como si temiera quedarse sola conmigo, y hace amago de abrir la puerta del coche.

La miro por el retrovisor e intento mostrarme lo más amigable posible.

—Vamos, te acerco a casa.

—No.

Pero tampoco se baja. Ángela ya ha desaparecido dentro del portal.

—Luna, vamos.... Estoy intentando arreglar las cosas.

Entonces hace algo inesperado. Suspira casi con desgana, pero al final se cuela por el hueco entre los dos asientos delanteros y se coloca a mi lado. Yo arranco, sintiendo una calma extraña.

Conduzco en silencio. Ella mira por la ventana mientras se rasca el esmalte azul de sus uñas con los dedos. Está nerviosa, aunque no lo parezca.

Llevamos unas semanas raras. En una especie de pausa.

No puedo echarle nada en cara. Sé que Luna ha trabajado con Ángela apenas unos días sueltos, y en ninguno de ellos ha hecho o dicho nada que pueda reprocharle. Yo solo la he visto uno de ellos; me saludó al verme entrar en la oficina levantando levemente el mentón y después desapareció, dejándonos solos. Si no fuera porque Ángela la nombra de vez en cuando por temas de trabajo, casi ha sido como si no existiéramos el uno para el otro.

No obstante, en estos días, he tenido tiempo para pensar. Para meditar sobre lo sucedido y restar importancia a detalles que no la tenían. Para darme cuenta de que quizá solo necesitaba acostumbrarme a ella, a que esté, sin más. Y quizá incluso así lo demás iría perdiendo el significado que ambos le dimos en aquel tren.

La rutina hace que las cosas especiales se conviertan en anodinas.

Tras unas cuantas calles en completo silencio, Luna me saca de mis pensamientos como ella hace, estallando de ese modo suyo que casi parece irrespetuoso.

—De pequeña me enseñaron a pedir perdón a la cara, no a esconderlo en favores. Como ocultarlo en el detalle de llevar a una chica a casa, por ejemplo. No es tan difícil, ¿sabes? —Sonrío. Después giro por otra calle que no sigue el trayecto hasta su casa.

—Dame un minuto.

Paro al lado del canal de Saint-Martin y le pido que baje. Ella obedece, aunque lo hace con tiento.

—¿Qué hacemos aquí?

Subo por uno de los puentes y nos asomamos. Hace tanto frío que las mejillas de Luna se han enrojecido en el acto y que los ojos se nos humedecen. Cuando habla, el vaho se escapa de su boca.

—No puedo pedirte perdón en la oficina, Luna. Ni en tu casa. Ni en ningún sitio en el que estemos tan tensos que cada vez que hablemos todo parezca saltar por los aires. Pero tenía claro que debía hacerlo. —Ella traga saliva y asiente—. Tengo que pedirte perdón por lo mal que he llevado la situación, pero quería hacerlo en un sitio para nosotros.

Observa lo que nos rodea y una sonrisa casi invisible aparece en su rostro.

—Una buena elección.

Apoya los brazos en el muro del puente y miramos el agua. Y, de repente, siento que esto está bien; que por primera vez a su lado me siento a gusto, casi como cinco años atrás, sin percibir nada negativo. Y también me doy cuenta de que no implica nada; solo conversamos. Solo nos pedimos perdón y asumimos que podemos estar el uno al lado del otro sin quererlo todo.

—Perdóname, Luna. Me he portado como un niño.

—Yo un poco también. Pero es que yo creo que aún lo soy.

—No, no lo eres. —Pone los ojos en blanco, hace una pompa con el chicle que mastica y después la rompe con sus dedos; yo sonrío—. O sí, pero no es malo. No en ti. Yo nunca debí pedirte que te marcharas. Al menos, no por mí.

—¿Qué hacemos aquí, Étienne?

La duda acompaña a su voz, que tiembla un poco, pero sé sin mirarla que está intentando no sonreír.

—Quería pedirte perdón en un sitio bonito. Tengo la sensación de que lo he estropeado todo. Hasta aquel recuerdo del tren. Creo que te mereces algo más que un puñado de desencuentros y acabar siempre triste por ellos.

Coge aire y lo deja salir en un suspiro lento. La emoción la desborda. Es hasta visible, y me siento feliz de poder aportarle algo bonito por una vez.

—Gracias.

—*De rien.*

Y nos quedamos los dos allí, en un silencio cómodo, uno al lado del otro mirando el agua, hasta que Luna echa a correr hacia un lateral y la veo coger algo del suelo antes de volver medio saltando y sonriendo como una niña. Como si se le hubiera olvidado todo de un plumazo. Como si mi disculpa fuera suficiente para borrar todo lo que hemos hecho.

Yo no puedo evitar devolverle una sonrisa que acaba siendo rota por una carcajada de alivio inesperada.

—¿Qué haces?

Abre la mano y me enseña un puñado de piedras.

—Las piedras, ¿te acuerdas? Soy muy buena. De verdad. La mejor.

Se muerde la lengua, entrecierra un ojo y echa el brazo hacia atrás, hasta que lanza la piedra sobre el agua y esta da tres saltos seguidos. Yo me quedo hipnotizado mirándola. Observando cómo ha pasado de temer un momento a disfrutarlo. Cómo saca sensaciones positivas de todo lo que la rodea en cuanto se lo permites. Y su entusiasmo, su frescura y ese modo de ver el mundo me contagian.

—Ahora verás.

Cojo su mano con rapidez, antes de que le dé tiempo a reaccionar, y le robo las dos piedras que aún conservaba. Me coloco en posición y lanzo, mientras ella se queja por el hurto y se ríe a la vez.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Cuando la piedra cae al fondo y las ondas comienzan a desaparecer, me giro y me encuentro con su expresión de asombro.

—Joder, ¡eres realmente bueno!

Al instante, ese gesto se transforma en pura competitividad, y sale corriendo de nuevo al césped, en busca de nuevas piedras y conmigo pisándole los talones. Sintíendome un crío libre y feliz recién cumplidos los treinta y cinco años.

Una hora después, subimos al coche y aparco frente a su portal.

Me siento tan relajado que hasta le he preguntado por su vida en París, por su familia, por ella. Me ha confesado que Julien no me odia, pero que me falta poco para conseguirlo.

Luna no ha dejado de sonreír.

Todo parece demasiado fácil.

—Entonces, ¿esto es una tregua?

Desciende del coche y se acerca hasta mi ventanilla, que bajo para ofrecerle una respuesta.

—Un comienzo. De algo nuevo. Intentémoslo.

—Supongo que hay espacio suficiente para los dos en París —dice sonriendo. Luego me tiende la mano y yo la agarro entre la mía. No la movemos. Solo nos sostenemos.

—Hola, soy Luna. A veces voy al canal a tirar piedras.

—Hola, Luna. Yo soy Étienne. Y a veces llevo a chicas al canal para pedirles perdón.

Y, así, volvemos a respirar.

El destino

*Serie de causas tan encadenadas unas con otras que,
necesariamente, producen su efecto.*

Meta, punto de llegada.

Luna

La primavera se asoma por cada esquina. Sigue haciendo frío, pero marzo ha entrado regalándonos días de sol en los que tumbarnos en cualquier lugar en el que se nos permita hacerlo. Eso hacemos Julien y yo; hemos inaugurado la temporada de los parques. Hoy toca el parque Monceau. Después iremos a una pequeña pastelería cerca de Notre Dame, que nos encanta, y probaremos algo nuevo de la carta. Pequeños placeres que hacen que los ratos que tenemos libres en los que coincidimos sean especiales.

—Te estás quemando.

Abro los ojos y me giro. Estamos tumbados sobre el césped y es verdad que noto las mejillas ardiendo. Él también está colorado.

—Me temo que tú ya lo has hecho.

—Mierda.

Me río y él se cubre el rostro con la chaqueta. El sol brilla, me siento bien y, por primera vez en meses, tranquila, estable. Como si mi vida encajara aquí mucho mejor que en cualquier otra parte.

Supongo que es fácil acostumbrarse a una ciudad como París. Estos meses me han hecho verla de un modo diferente a lo que supuso la primera vez para mí. También lo es habituarse a convivir con Julien; es cariñoso, atento, divertido y nada exigente. Con él, me siento en casa. Incluso en un idioma que cada vez siento más mío.

Un rato después, cogemos las bicicletas y pedaleamos hasta llegar a nuestro destino. La suya es una decente; la mía es vieja y está descolorida, pero me encanta. Me la compró Julien en un mercadillo de segunda mano y tiene hasta una cesta en la que ahora cuelga mi chaqueta.

Cuando me llega el olor a dulces, las tripas me rugen. Julien se ríe como un loco al verme pedir tres trozos de tarta.

—¿Dónde piensas meterlo?

—No me subestimes.

Comemos en una terraza mientras hablamos de todo y de nada. De mi última visita exprés de fin de semana a Barcelona, apenas unas semanas atrás, de próximos proyectos laborales suyos, de la vida en común que volvemos a compartir y que nos encanta. Y no quiero irme. Todo parece ir bien.

Mi teléfono suena y veo un mensaje de Ángela. Me pide que me acerque a la oficina mañana por la mañana con urgencia, que le ha surgido un imprevisto y me necesita.

—¿Trabajo?

—Sí.

Sonrío y pellizco un trozo de tarta con los dedos. Está deliciosa. Sin embargo, no puedo ignorar la mirada de Julien. Siempre pone la misma expresión cuando hablamos de mi trabajo. O, lo que es lo mismo, de mi colaboración con Ángela y, por extensión, de la posibilidad de ver a Étienne.

Se ha convertido en un tema tabú entre nosotros. Y no lo ha hecho por una cuestión personal, sino porque está preocupado por mí. Lo noto.

Después de firmar la paz con Étienne aquel día en el que tiramos piedras al canal de Saint-Martin y nos reímos como niños, Julien y yo discutimos por primera vez. Fue como recibir una de cal y otra de arena. Mi vida se arreglaba por un lado, mientras que por el otro se desmoronaba.

—No quiero que te marches, pero es mejor que lo hagas antes de aceptar la propuesta de Ángela. Odio decir esto, pero Étienne tiene razón. Te echaré de mi casa, de ser necesario.

Esas fueron sus palabras. Dolieron y las ignoré. Él tampoco las cumplió; ambos sabíamos que era tan bueno que sería incapaz de echarme ante tal decisión. Y yo me agarré a la posibilidad de que las cosas comenzaran a ir mejor. A quedarme en un París en el que había espacio suficiente para los dos y asentarme de un modo nuevo. A demostrarme que no había sido más que una fantasía estúpida lo que había ocurrido entre nosotros y a madurar al darme cuenta de ello. O eso me dije. Con todos esos argumentos me autoconvencí de que me merecía aceptar si me apetecía. Pensando solo en mí, como si eso fuese suficiente.

No obstante, Julien no opinaba lo mismo.

—Vas a hacerte daño.

—Étienne y yo lo hemos hablado. Hemos pasado un par de horas juntos y ha sido... normal, Julien. Me quedo por mí, y por ti, y porque me encanta París. Lo sabes.

—Vas a hacerle daño.

Ignoré lo que escondían esas palabras, porque no estaban dirigidas a Étienne, sino a esa tercera persona que a ratos se me olvidaba que formaba parte de esto, y seguí dándole motivos que justificaban mi decisión, aunque por dentro hubiera uno que pesara más que ningún otro; uno con nombre propio.

Julien asentía entre dientes, pero, en el fondo, no me creía. Supongo que porque me conoce demasiado bien como para hacerlo sin saber a la vez que

yo no soy la clase de persona que finjo ser. Y estoy fingiendo. Lo llevo haciendo semanas, incluso conmigo misma.

Escapo de esos recuerdos, pese a que él sigue en silencio pensando en todo eso que no me dice en alto. Robo un trozo de su pastel y me coge la mano por encima del plato antes de llevármelo a la boca.

—Dile que no. Deja el trabajo.

Me río. No es tan sencillo. O sí, pero hay algo mucho más fuerte en mi interior que me impide hacerlo.

—No pasa nada, Julien. Estoy bien.

—Lo estás, pero un día harás algo. Porque tú eres así, Luna. No estás hecha para frenar.

Tiene razón. Lo sé, y él también, y me da la sensación de que llevo meses frenando. Pero puedo seguir haciéndolo. Puedo esperar, aunque no sepa muy bien a qué.

Al día siguiente, me levanto contenta. Me pongo un vestido negro y la cazadora vaquera, cojo la bici y me dirijo a la oficina.

Veinte minutos después, entro con una sonrisa y me encuentro con el rostro de Ángela un poco desencajado.

—Buenos días.

—Hola, Luna. Gracias por venir.

Está enfadada. Se le nota en cada gesto. No sé qué ha podido ocurrir, pero nunca la había visto tan nerviosa. Mueve las manos sin parar mientras balbucea para sí misma y pasa las páginas de su agenda con premura. Yo juego con un mechón de mi pelo, en ese tic que me sale cuando una situación me inquieta. He trabajado con ella en un puñado de ocasiones en estos casi dos meses y nunca me había encontrado con esta Ángela.

No sé por qué, pero pienso en Étienne. En si él tendrá algo que ver con la actitud de ella y noto esa tirantez instantánea en el estómago. Esa sensación automática al pensar en él que sigue sin desaparecer.

—Hola, Luna.

Giro la cabeza a mi derecha y me encuentro con el protagonista de mis pensamientos en el interior del despacho entreabierto. Está sentado sobre el borde del escritorio. Alza la mirada de un papel, lleva las gafas puestas y sus piernas cruzadas hacen que su postura me ponga más nerviosa todavía, porque su versión relajada e informal aún me descoloca un poco. Estoy aprendiendo a acostumbrarme a ella. Vaqueros y camiseta blanca.

Despeinado. Y sonriéndome como si supiera lo que estoy pensando; pero es imposible; me he convertido en una experta en fingir indiferencia delante de ellos. La tirantez de las tripas es solo mía.

—Étienne.

Sonríe y yo hago lo mismo como un reflejo. Le sonrío y luego agacho la cabeza, porque mantenernos la mirada de ese modo no entra dentro de los límites marcados.

Hacemos eso a menudo, nos sonreímos, y a mí me parece que hablamos, aunque nunca pase de ahí. Compartir sonrisas no es malo, aunque tengan para ambos el sabor de los secretos.

Cuando Étienne y yo firmamos esa especie de paz, nunca me imaginé que lo conseguiríamos. Lo deseaba, pero solo a medias, y dudaba de que esa mitad de mí que fantaseaba con algo más ganara la partida; esa mitad de la que Julien desconfía.

Jamás pensé que los días pasarían calmados y los pocos instantes en los que coincidiéramos serían cómodos, casi como si no hubiese sucedido nada. Casi como si ese tirón de mi estómago fuese invisible. Pero lo hemos hecho. Yo trabajo para su mujer de vez en cuando y él, en ocasiones, se cruza en mi camino. Y me siento bien, tranquila. Incluso cuando descubro detalles en él nuevos e inesperados; detalles que captan mi atención y despiertan mis sentidos. Como la nueva versión de un Étienne más familiar, más cercano, más informal; esa que he descubierto desde que él pareció relajarse con la situación. Un Étienne que se ríe a menudo, que sustituye sus camisas y trajes por vaqueros y camisetas, y que se deja las gafas puestas cuando está cansado. Que se preocupa por mí, aunque yo finja no darme cuenta. Un Étienne que me gusta casi igual que lo hacía el que conocí en el tren.

Su sonrisa sigue sin borrarse de su rostro, mientras me observa con una lentitud disimulada.

—Ten paciencia hoy con ella —me dice—. Ha ocurrido algo... inesperado.

Alzo las cejas y Ángela se deja caer con desgana en la silla justo cuando la puerta se abre y aparece una persona que no esperaba.

—Veo que mi hermana ya te ha puesto al corriente de la buena nueva.

Su sonrisa pícaro me resulta familiar, a pesar de que solo la había visto una noche hace más de seis meses.

—Gabriel, no me toques las narices.

La respuesta de Ángela hace reír a Étienne, que sale del despacho y

saluda al que no sabía que era su cuñado, porque recuerdo que en la boda pasó bastante desapercibido. Después este se acerca a mí y me da dos besos. Yo me río, porque no me entero de nada y no sé qué decir ante el cabreo de mi jefa y la complicidad que muestran los otros dos.

—Me alegro de verte, Luna.

—Lo mismo digo.

Su hermana levanta la cabeza confusa al asimilar que ya nos conocemos y después, prácticamente, nos ladra.

—¿De qué os conocéis vosotros dos? Dios mío, no... Gabi, dime que no te has acostado también con mi fotógrafa.

Suelto una carcajada al entender lo que supone ese *también* y el acusado me acompaña. Étienne nos mira con desconfianza y Ángela se lleva las manos a la cara. Nosotros nos partimos de risa; no sé muy bien por qué, pero no puedo parar. Y a Gabriel parece que no solo le hace gracia la situación, sino también mi reacción. Eso, o que está tan tarado como yo.

—Nos conocimos en la boda.

—Pero...

Gabriel suspira y me mira con expresión risueña. Me cae bien. Es imposible que a alguien no le guste este hombre.

—Por favor, Luna, dile a mi hermana que no te he quitado las bragas o acabarás provocándole una embolia.

—No me ha quitado las bragas. Ni ninguna otra prenda. —Como ella sigue tensa digo lo único que se me ocurre—. Ni lo va a hacer. Te lo juro.

Me doy un beso en dos de mis dedos cruzados y se los muestro, como hacía cuando era pequeña para dar mi palabra. Ángela respira aliviada y los dos hombres sonríen ante mi gesto infantil.

—Eso no lo sabes —me susurra Gabriel al oído.

Le doy un codazo y es Étienne el que se ríe.

—Cállate. Solo compartimos un cigarro.

—Y ahora vamos a compartir otro.

Me guiña un ojo, me coge de la mano con naturalidad y me saca del local; yo vuelvo a reírme por lo surrealista que es todo y porque me encanta que Ángela tenga un hermano que está un poco pirado.

Nos apoyamos en la pared y me ofrece uno.

La primera calada la compartimos en silencio. Con la segunda, yo no aguanto más.

—¿Se puede saber qué le has hecho?

Gabriel me mira entrecerrando los ojos y sonrío. Es un tío realmente interesante.

—Me caso.

—¿Qué? ¡Enhorabuena! —Lo abrazo de forma impulsiva y él me agarra por la cintura entre risas para no perder el equilibrio; luego dudo de mi arranque, porque quizá no sea para celebrarlo, teniendo en cuenta la reacción general—. Es una buena noticia, ¿no?

—Sí.

—Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Es la quinta boda que te organiza o algo así?

Su risa ronca me hace sonreír. Lleva la palabra *peligro* escrita en la frente.

—No.

Sigue fumando y no suelta prenda. Me está poniendo nerviosa.

—¡Deja de hacerte de rogar! Escupe.

Se gira y su sonrisa es tan maliciosa que temo por la salud mental de su hermana.

—Me caso dentro de un mes. Veintinueve días, para ser exacto.

—Dios, ¿quieres matarla?

—No, pero no queremos esperar. Lo hubiéramos hecho al tercer día de conocernos, pero, si no le dejo a Ángela organizar la fiesta, me mataría ella a mí.

Le dedico una sonrisa inmensa y se me eriza la piel. Ha sido por el modo en el que la mirada de Gabriel se ha iluminado al pensar en esa chica. Lo he visto; ha sido solo un destello fugaz, pero he visto ese amor loco, precipitadamente incorrecto, fuera de lugar, inesperado y muchas otras cosas con las que me ha mostrado que se trata de una historia especial. De lo que yo busco con insistencia. De lo que creí encontrar en un tren bajo la nieve.

Siento el cosquilleo regresando, la mirada de Étienne al otro lado del cristal sin necesidad de comprobar si nos está observando y las ganas enterradas de lanzarme hacia aquello que sé que sigo anhelando, por mucho que lo oculté o me odie por sentir.

Doy una calada profunda y prácticamente se lo suplico, porque necesito oír que, a veces, las historias bonitas salen bien.

—Cuéntamelo. Cuéntame tu historia, Gabriel.

—La conocí en su boda. Había estado fumándome un cigarro un rato antes con una chica muy guapa. Creo que era la fotógrafa. —Me sonrío de medio lado al referirse a mí y yo lo acompaño; me gusta tener un papel en su

narración—. Me pareció buena idea repetirlo, así que, buscándote a ti, la encontré a ella. Se llama Louise. Es una vieja amiga de Étienne de la universidad.

—Así que fui algo así como vuestro trébol de la suerte.

—Sí.

Gabriel me cuenta su historia. Los detalles. Las sensaciones. El cómo se dio cuenta de que estaba enamorado de una chica a la que apenas había visto. Yo disfruto con su relato, lo saboreo casi como si fuera mío; pero no lo es. El mío es otro incompleto.

—¿Y por qué está así Ángela?

Tuerce el gesto y confiesa con una expresión de vergüenza que me resulta rara en una persona tan descarada como él.

—No confía mucho en mí. Más bien, nada. Digamos que he sido un tanto inestable en mis relaciones y... bueno, solo nos conocemos de hace seis meses. En realidad nos hemos visto diez veces. Ella sigue viviendo aquí y yo en Madrid.

—Estás loco.

—Lo sé.

Sonrío con ganas.

—Y me encanta.

Sonríe él.

—También lo sé. Eres mi amuleto, Luna. Espero que también me ayudes con ella.

Étienne

Gabriel se ríe a carcajadas. Está apoyado en el escaparate y observa a Luna con esa sonrisa canalla suya que nunca cambiará; ni siquiera aunque esté prometido.

Qué locura... Gabriel a punto de casarse.

Me encantaría saber de qué están hablando. O por qué parecen conocerse desde hace tiempo si es la segunda vez que se ven. La razón por la que confían el uno en el otro de modo natural. Supongo que porque con ella resulta fácil. Luna tiene una especie de don para hacerte hablar, para hacerte sentir cómodo y casi escupir lo que te quema por dentro.

Casi podría decirse que pegan, que parecen vivir la vida de un modo similar; casi podría decirse que eso me aleja a mí mucho más de ella.

Me encantaría salir allí, colocarme a su lado y fumar con ellos. Formar parte de eso que se respira solo con verlos. Pero una cosa es desearlo y otra muy diferente el deber hacerlo. Y no debo. No dejo de repetírmelo.

—No va a funcionar.

La voz de Ángela me devuelve a mi sitio; a su lado; al único lugar que me pertenece.

La miro y ella hace lo mismo con su hermano. Parece agotada.

Entiendo sus dudas; Gabriel nunca ha sido una persona demasiado comprometida, pero esta vez he visto en él algo diferente. Eso que te dice que sí, que ha sucedido.

Carraspeo e intento echarle un cable con Ángela.

—¿Por qué? No lo sabemos. Quizá solo ha tardado en encontrar a la persona indicada.

—¿Lo dices en serio? Es Gabriel, ¡por el amor de Dios!

Pone los ojos en blanco y me tenso un poco. Siempre he confiado en que las personas pueden moldearse ante las situaciones vividas; o ante las personas que pasan a formar parte de ellas. Y me agrada pensar que, incluso alguien tan independiente y veleta como Gabriel, haya encontrado un pilar al que agarrarse y con el que sentirse seguro.

—Ya es mayorcito, Ángela. Si se equivoca, aprenderá de ello.

—¿No temes por Louise? Es tu amiga.

No puedo evitar reírme y ella frunce el ceño aún más.

—Eh, mírame. —Agarro su mentón con los dedos y la obligo a girarse—. Ellos sabrán lo que hacen. Lo único que tienes que hacer tú es disfrutarlo a su

lado. Porque te quieren y eso les haría felices.

Suspira con profundidad y después sonrío y me abraza.

—Dime que tú crees de verdad que es una locura.

Pienso en la historia fugaz de Gabriel y Louise. En cómo se miran, cómo sonrían, cómo parece que todo estalle cada vez que se tocan. En cómo él decidió arriesgar y se cogió un avión para invitarla a cenar un día. En cómo lo han apostado todo para poder ganar un futuro que, aunque al final podría no serlo, parece prometedor. Uno por el que merece la pena lanzarse. Luego parpadeo y veo a Luna. La falda de su vestido se mueve con cada gesto que hace y deja al aire las curvas de sus piernas desnudas. Hoy es negro con pequeños dibujos blancos. Se ríe tan fuerte que la oímos a través del cristal. Se seca los ojos con la mano y le pellizca a Gabriel en el pecho, como si tuvieran esa confianza que yo solo he visto en ella.

Ella con Julien. Ella con Didier. Ella con Gabriel. Ella con la vida.

Ella en un mundo en el que podíamos haber sido ella y yo, pero al que le pusimos freno. Porque era sensato. Lógico. Pese a que a veces tenga que controlarme para no pedirle volver al canal y lanzar piedras a su lado sin pensar en nada más.

Cierro los ojos para apartar ese pensamiento y me centro en el abrazo sentido y cálido de Ángela. Le beso el pelo. La agarro con firmeza. Le intento transmitir con mi tacto lo importante que es para mí. Y, mientras hago todas esas cosas, me odio. Me odio por tener la cabeza llena de pájaros, incluso sintiendo todo lo que la quiero, sin que parezca ese sentimiento suficiente para espantarlos.

Miro a mi cuñado y deseo fervientemente que les salga bien.

Los brazos de Ángela me rodean con más fuerza. Sé que le encantaría que le diera la razón, pero soy incapaz de contestarle.

¿Es una locura lo que está a punto de hacer Gabriel? Es posible, pero bendita locura si los hace sentir así...

No puedo decir que hayan sido semanas difíciles. En realidad, han sido sencillas. Semanas en las que Ángela y yo hemos llevado unas rutinas apacibles. El trabajo, llegar a casa y pasar tiempo juntos, dormir abrazados, los días libres salir a cenar, a un concierto, a un evento. Semanas en las que hemos disfrutado como hemos hecho siempre desde que nos conocemos. Tranquilas; agradables; bonitas.

Conseguí asumir que Luna no solo estaba en París, sino que existía.

Porque creo que ese fue el problema de que yo reaccionara tan mal ante su presencia; que para mí ella no era más que una fantasía, que una anécdota, que un paréntesis de realidad.

Pero no. Era más. Mucho más.

Luna había vuelto y se quedaba en París. Porque ella también tenía poder de decisión, aunque yo lo hubiese olvidado.

Con el tiempo asumí que incluso no era una mala idea que aceptara el trabajo; de ese modo me acostumbraría a ella y comenzaría a olvidarme de eso que me provocaba; se convertiría en rutina y conocerla más me ayudaría a darme cuenta de que no encajaba con la idea que yo me había formado en la cabeza.

No obstante, no voy a mentir diciendo que ha sido sencillo tenerla cerca. Cruzarme con ella en la oficina al ir a recoger a Ángela y no darme la vuelta hasta verla desaparecer en la entrada del metro o pedaleando en una vieja bicicleta que Julien le ha regalado. Compartir espacio y no fijarme en esos gestos que están ahí y que sí que cuadran con la Luna que me calienta no solo el estómago. Recordar aquella tarde tirando piedras al canal. Oír su risa mucho más alta que cualquier otro sonido, como si chocara contra mí, y estremecerme. Ocultar que la cuido, aunque lo haga hasta inconscientemente con gestos que parecen educados, pero que me salen solos. Seguir comprándole un café, aunque nunca lo acepte. Esperar si es tarde o el día está feo para acercarla a casa en coche. Darme cuenta de si lleva vestido y de si sus piernas se ven o no. Dejar en la oficina discos que creo que le pueden gustar a ella y que después tararea junto a mi mujer cuando paso por allí.

Puede que lo haga cada vez más a menudo desde que sé que por la boda de Gabriel ella está por las tardes.

Como hoy.

He entrado sobre las seis con una bolsa de bollos de mermelada y he sonreído al ver a Luna negar mi ofrecimiento, mientras sus ojos lloraban por ser tan terca como para prohibírselo. No sé por qué se niega a aceptar nada que venga de mí, pero solo por hacerlo yo no puedo evitar insistir.

Está atareada. Todos lo estamos. Hasta Gabriel parece haberse concienciado de verdad con la boda e incluso aporta ideas que Ángela ignora con elegancia.

Luna está metiendo las invitaciones exprés en sobres sentada en una alfombra; compruebo enseguida que observa la bolsa de dulces de reojo cuando cree que no la miro.

—Puedes coger uno.

—No quiero —dice con altivez—. Gracias.

Saco yo uno y le doy un mordisco. Ella frunce el ceño.

—Están buenos.

—No lo dudo.

—¿No te gusta la mermelada?

Alza la cabeza y me fulmina con la mirada.

—La de melocotón, no.

—Es de fresa.

—Esa, aún menos.

Le rugen las tripas y se me escapa la risa. Está mintiendo. Se tensa cuando oye mi risa y sé que se está conteniendo para no entrar al trapo. Me da la sensación de que lo hace continuamente y que eso la aleja de la Luna que creí conocer. Debería parecerme algo positivo, pero no lo es, porque solo se esconde, y lo hace por mí. Haga lo que haga me siento culpable.

Me acerco a ella y bajo la voz.

—En serio, no va a pasar nada porque te comas un bollo. No rompes ninguna regla.

—Cállate, Étienne.

Dos minutos después, cuando me doy la vuelta, percibo un movimiento detrás de mí. Al girarme, me encuentro a Luna con la boca llena, pero disimulando, hasta que le entra la risa y un par de migas salen disparadas.

—Te lo dije.

Ella sonrío y lo siento de nuevo; oculto, sucio y egoísta como ningún otro sentimiento; siento esas pequeñas chispas que provoca en mí. Noto la dinamita que solo Luna me despierta por dentro.

La tarde sigue su curso. Gabriel y Louise se pasan y obedecen a Ángela cada vez que abre la boca, como si no se atrevieran a llevarle la contraria en nada, pese a ser su boda. Eso me gusta; me hace ver que ellos lo único que quieren es casarse, lo demás solo son accesorios para adornar un día que ya es especial por lo que significa.

Cuando se marchan, Ángela estalla.

—Mi hermano se casa dentro de tres semanas. ¿Te lo puedes creer? ¡Acaban de conocerse y se casan!

Luna y yo sonreímos. No es que a Ángela no le guste Louise, solo que no entiende la inmediatez de su decisión. Ella siempre es más de dar pasos poco

a poco, marcando las distancias y guiándose por una lógica más práctica.

—Está loco por Louise. Los dos lo están —le digo, porque es todo en lo que puedo pensar al mirarlos.

Luna sigue escribiendo el nombre de los destinatarios en los sobres en silencio, casi ajena a nuestra conversación. Como si hablar de sentimientos en una sala con ella al lado no nos envolviera de una neblina de lo más extraña.

—¿Y qué? Se conocieron en nuestra boda, ¡por el amor de Dios! Solo están obnubilados por la atracción, por la tontería de ese flechazo del que no paran de hablar, pero el amor es mucho más, tú lo sabes. ¿Cuánto puede tardar alguien en enamorarse? ¿Tres días?

—Lo que tarda en llegar al suelo un copo de nieve.

Lo decimos a la vez. Ambos en voz baja, pero tan clara que casi es como gritárnosla al oído. Ángela no lo escucha, pero nosotros sí captamos la voz del otro.

Alzamos el rostro y nuestros ojos se enredan. Es como un nudo fuerte e intenso que se forma tan rápido que es imposible deshacer. Son recuerdos que llegan y chocan contra nosotros. Es un calor repentino que siento bajo la piel y que hasta me duele. Quiero que se vaya, pero a la vez no quiero desprenderme de él nunca. Porque me gusta. Porque es adictivo. Porque es real y hacía demasiado tiempo que no lo sentía. Eso que Luna me ha provocado solo con esa frase susurrada y su mirada de asombro y esperanza clavada en la mía. Un sentimiento agudo y tan potente que no puedo compararlo con ningún otro. Es tan visceral que sé al momento que está mal; tan mal como podría estarlo cualquier falta de respeto hacia una persona que amas. Hacia Ángela. No obstante, también tengo la absoluta certeza de que es real, de que está ahí, de que jugamos a esconderlo pero no desaparece. Da igual cuántas treguas firmemos, es más fuerte que nosotros.

¿Y cómo se puede ignorar algo tan único? ¿Tan especial? No es posible.

No puedo respirar. No puedo.

Lo tengo agarrado por dentro y no me suelta.

Luna agacha la cabeza y percibo un rubor que nunca antes había visto en sus mejillas. El rubor en la piel de una chica que nunca se avergüenza por nada. Eso consigo al mirarla. Es mutuo. Es tan correspondido que es incapaz de fingir ese cambio de temperatura en su piel, por mucho que se esfuerce.

Sigue trabajando como si nada.

Ángela habla por teléfono y una canción de The Lumineers suena de fondo. *Flowers In Your Hair*. Una melodía tranquila y apacible.

Pero, en mi cabeza, todo es ruido.

Es la pierna de Luna moviéndose al ritmo de la música; la forma de retirarse el pelo de la cara cuando se le cae hacia delante; cómo se muerde el labio cuando escribe concentrada en los trazos; la curva de sus hombros bajo la fina tela de esos vestidos que la primavera ha traído con ella.

Es mirar a Ángela y quererla, pero hacerlo de un modo suave, lento, casi susurrado, como un eco de eso que siempre está ahí, fijo, inerte.

Es notar que mis manos tiemblan, que necesito salir de aquí y no volver; no volver si, mire donde mire, siempre están ellas. A mi alrededor. Haciéndome sentir vencedor y vencido; culpable y verdugo; afortunado y despreciable.

Es culparme sin cesar, y odiarme, y enfrentarme a esas sensaciones que están, que son, que existen, cuando la chica de los ojos azules me mira y siento que reviento por dentro.

Es asumir que esto no para, que crece cada día, que me consumo un poquito más solo con verla.

Es aceptar que, a veces, los sentimientos tardan en llegar solo lo que tarda en caer un jodido copo de nieve.

Salgo del local sin decir nada.

Huyo.

Echo a andar y, cuando me quiero dar cuenta, he llegado a la Rue de Rivoli y el Louvre me recibe majestuoso. Me llevo las manos a la cabeza y suspiro, mirando al cielo.

No lo soporto. Es incansable. Insaciable.

Luna lo es. Su presencia. El deseo. Y todo lo demás que trae consigo.

Es como un parásito que se ha metido dentro de mí y que nunca deja de morder. Y, lo que es peor, asumo que tampoco quiero que deje de hacerlo.

Me siento vivo. Me siento vivo de un modo que me asusta. Eso hace.

Y es, en este preciso instante, cuando me doy cuenta una vez más de que hay infidelidades mucho más dolorosas que otras, mucho más dañinas e irrespetuosas. Son las que suceden en el interior de uno mismo; sin necesidad de tocar, ni de besar, ni de expresar los sentimientos por nadie. Y también soy consciente de que hay límites que da igual lo que te niegues a cruzar, porque, en ocasiones, son ellos mismos los que se cruzan solos.

Luna

—Gracias.

Cojo el café que me ofrece y después levanto la cabeza con rapidez al darme cuenta de que lo he hecho; de que he aceptado algo de él cuando llevo meses rechazándolo todo con ahínco. Él sonrío. Lo hace plenamente, como un niño que se ha salido con la suya.

—*De rien.*

Le doy un trago y finjo que no me gusta; aunque lo hace. Lo hace el café, el gesto de Étienne, su voz y él mismo.

Está frío y dulce.

—Está malísimo.

Se ríe. Sabe que miento. Me dan ganas de pellizcarlo para que pare. O de empujarlo para que siga. Así funciona; una bipolaridad constante; un quiero y no puedo; un todo y nada que tira tanto de nosotros que comienza a ser agotador de un modo placentero.

—Lo dudo. Si estuviera tan malo, no comprarías uno igual cada vez que sales de la oficina.

Me inquieto. Porque me imagino a Étienne mirándome marchar y parando antes en el puesto de café de la esquina. Estudiando mis movimientos y averiguando cómo tomo yo el café. Observándome con razones ocultas en las que no debo pensar, pero que nunca desaparecen.

—Es posible, pero te has equivocado. Me gusta con más azúcar. Y sin canela.

—Eres una mentirosa. Adoras la canela.

Dice eso y se marcha, con una sonrisilla estúpida y tan seguro de sí mismo que soy incapaz de replicarle nada. Porque es verdad. Adoro la canela, y que sepa eso me pone más nerviosa aún.

Me centro en mi trabajo. Estoy colocando parte de la decoración lavanda que Ángela ha elegido para el entorno. Gabriel y Louise se casan en una semana en una finca privada que han alquilado a las afueras de París, y aquí nos encontramos, con los últimos preparativos.

Hace calor. Doy un trago al café y luego me retiro el pelo; lo sujeto en una coleta y, al girarme, lo veo mirándome desde el otro lado del recinto. Noto un hormigueo en mi nuca desnuda y me la toco, intentando apaciguarlo.

Sé que debo apartar la mirada, pero no puedo.

Hasta que aparecen Gabriel y Ángela discutiendo por unas flores en mi

campo de visión y vuelvo al trabajo. Eso sí, lo hago aún sintiendo el efecto de sus ojos sobre mi piel. Como una caricia. Como un golpe. Como algo que acaba dejando marca.

Lo que comenzó como un regalo en forma de tregua se está convirtiendo en una tortura. En algo que me provoca un cosquilleo desagradable permanente en la nuca. En algo que no termino de comprender. Y no lo hago porque ambos lo aceptamos y nos hemos esforzado en hacerlo bien. Nos hemos mantenido alejados. Hemos respetado nuestro lugar en todo momento hasta el extremo. Nos hemos ignorado; al menos, lo hemos intentado.

No obstante, las miradas han pasado de ser comedidas a quemarme. Los susurros, a erizarme. Las ganas de encontrar una excusa para estar los dos solos se multiplican. No las busco, pero están, y cada vez tienen más peso, más sombra, más voz. Y no sé frenarlo. Tampoco quiero hacerlo, siendo honesta, pero lo intento por ella; por una Ángela que no lo merece.

¿Y qué haces cuando evitas algo, pero sucede de todas formas? ¿Cuándo por mucho que escondas una conexión salta sola cada vez que compartes espacio con él? ¿Cómo se ignora lo que vive y late en tu interior? ¿Cómo lo matas si ha echado unas raíces tan profundas como para no encontrar por dónde cortar?

—¿Qué te vas a poner para la boda?

—Qué más da... soy la de las fotos.

Charlotte pone los ojos en blanco y pide otros dos chupitos.

Estamos en el reservado de uno de esos locales de moda en los que yo no pondría un pie si no hubiera salido con ella. Todo es elegante, sofisticado y caro; muy caro. Es viernes y, después de una semana de trabajar a tope, necesitaba despejarme. Eso y dejar de pensar.

—Te llevaré un vestido a casa.

No le digo nada, porque lo hará igual. Apenas quedan dos días para el enlace y estoy nerviosa. Supongo que porque de nuevo veo un final en el camino y no sé qué me encontraré después.

Han sido semanas intensas en las que lo he visto casi a diario. Semanas de morderme las uñas y las ganas; de buscarlo; de seguirlo con la mirada; de asumir que, si antes lo deseaba, ahora lo hago con una intensidad difícil de soportar. Y no hablo de atracción, sino de algo que va más allá y que me hace anhelar perderme con él, los dos solos, y compartir confidencias o silencios.

Lo que sea.

Me levanto y me acerco a la barra. Hace calor, así que me retiro el pelo de la nuca, algo pegado. El ambiente está cargado, huele a limón y sal, a cócteles de sabores dulzones y al aroma un tanto decadente que siempre me ha transmitido la noche.

Ahora que me veo aquí, intentando que el camarero me haga caso para pedir de nuevo, pienso que no sé por qué he salido, ya que la inquietud no desaparece. Ni el cosquilleo, que es más escozor que caricia, en mi piel. Cada día aumenta. Y el alcohol no ayuda, solo disipa un poco los nervios de mi estómago; los disfraza de otra cosa más cálida que mañana volverá a ser intensa y dolorosa.

Enseguida siento una presencia a mi lado.

—¿Vienes mucho por aquí?

Me giro y sonrío a medias. Él me devuelve el gesto. No me lo esperaba, aunque supongo que era la única persona capaz de dar un giro a esta noche. Sus ojos están velados por el alcohol, se lo noto rápido. No muestran esa resistencia constante a mí, sino que casi parecen aliviados de no tener que luchar por unas horas.

—Espero que nunca uses esa frase para ligar.

—Nunca, solo la he dicho porque sabía que te sacaría de quicio. —Le sacó lengua y el calor se expande por mi cuerpo a toda velocidad; grande; vivo—. ¿Qué haces aquí?

—He salido con una amiga. Es la belleza de ese sofá. La que está bajo el embrujo de un Gabriel alcoholizado.

Nos damos la vuelta y observamos al grupo de chicos que han rodeado a Charlotte. Ella sonrío educada, pero les deja claro enseguida que todos sus esfuerzos son en vano.

—¿Tú? —le pregunto.

Étienne me mira y sonrío. Es una sonrisa perezosa, un poco somnolienta. Una sonrisa sin barreras. Está apoyado sobre la barra y su antebrazo desnudo toca el mío. No nos movemos, pero ambos sabemos que sucede. Creo que somos siempre conscientes de cada milímetro de movimiento que se produce en el otro. Lleva una camiseta gris y un pantalón negro. Huele a algún licor dulce, a la noche y a él. Un aroma ya familiar que no debería sentir tan cercano, pero que me arropa como si lo fuera. Me encanta. Cuando lo respiro pienso en un abrazo bajo una manta, en nieve, en un desayuno compartido con los dedos sobre blandas almohadas.

—Despedida de soltero.

—Cierto. Por favor, llevadlo a casa antes del domingo.

—Le doy un par de horas. No creo que aguante más despierto.

Vemos que Gabriel se deja caer al lado de Charlotte, en el sofá; apoya la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. No sé qué habrán hecho con él, pero está acabado.

Por fin, el camarero se para frente a mí.

—Dos daiquiris de piña, por favor. —Me giro hacia Étienne, preguntándole con la mirada, y él responde por mí.

—Un *whisky* solo.

Entrecierro los ojos. Los recuerdos vuelven. Somos tantos recuerdos que me resulta imposible pensar en un futuro. Estamos anclados en ese pasado, lo queramos o no.

—Creí que no te gustaba el *whisky*.

—Y no me gusta, pero contigo no creo que pudiera pedir otra cosa.

Siento que el tiempo se para. Se me olvida todo en un segundo. Todo. Quiénes somos. Lo que nos espera fuera de este local. Lo que debo hacer y lo que no. The Libertines cantan *Can't Stand Me Now* y pienso que yo tampoco puedo aguantarme en este instante, porque solo con esa frase Étienne me ha llevado de vuelta a un tren en el que compartimos una botella y sentimos sin frenos.

Me dirijo al camarero antes de que sirva mi cóctel junto al de Charlotte y rectifico. Me dejo llevar. Decido bajar también mis barreras.

—Que sean dos *whiskies*, por favor.

Étienne

No esperaba verla. Creo que era la última persona que esperaba encontrarme por casualidad. Incluso pretendía divertirme por una noche y apartar todas las preocupaciones de mi cabeza. Apartarla a ella.

No obstante, después de pasar la tarde y parte de la noche por ahí con Gabriel y algunos de sus amigos, que han aparecido por sorpresa para celebrar con él su última fiesta como soltero, hemos decidido acabarla en un pub bastante conocido y no muy lejos del hotel donde se alojan. Hemos entrado y la he visto. No he tardado más que un par de pasos en saber que la chica que se levantaba de uno de los sofás apartados y se dirigía a la barra era ella. Con una faldita negra y una camiseta blanca. Sin adornos. Solo ella y capaz de verla en dos segundos en un local lleno de gente.

La he seguido sin pensar y ellos me han seguido a mí.

Ahora están rodeando a la amiga de Luna y charlando con otro grupo de chicas mientras beben sin parar. Yo estoy a su lado. Compartimos una esquina de la barra y su rodilla se roza con mi pierna al estar sentada en un taburete.

Parece tranquila. Aunque sé que no lo está, que para Luna estos encuentros siempre están teñidos de una inquietud que la guía y la come un poco por dentro.

Hemos empezado hablando de lo que ambos odiamos el concepto de despedida de soltero y he acabado contándole que me emborraché tanto en la mía que perdí los zapatos. No parece gran cosa al lado de lo que acabó haciendo ella en la de una amiga hace un tiempo.

—No te creo.

—¿Por qué no? ¿Nunca te has bañado en una fuente pública?

—No. Y no debería parecerme algo normal, Luna.

Se ríe a carcajadas. Su risa siempre me hace reírme a mí. No lo hace de forma comedida, sino que es más bien explosiva y escandalosa. No puedo dejar de mirarla.

—¿Qué has hecho, entonces? Dime que no eres lo aburrido que me pareces en este momento. Cuéntame algo que me sorprenda, Étienne.

—A los dieciséis años, robé en una licorería.

—¿En serio? —Se ríe más fuerte, aunque intente disimular que le parece algo horrible—. Eso no es gracioso. ¡Es un delito!

—¿Y lo tuyo no lo es?

—Pero el agua siempre es divertida.

Entonces las palabras salen solas. Susurradas. Teñidas de intimidad y de una complicidad fuera de lugar. Y lo hacen acompañadas de una mirada enturbiada por todo lo que mi imaginación ha creado en mi cabeza.

—Supongo que para el que te vea salir con la ropa pegada, también.

Luna traga saliva. Respira de forma entrecortada. Su cuerpo reacciona y el mío lo percibe. Es imposible no hacerlo. Somos como dos volcanes a punto de reventar. Esa es la sensación constante a su lado.

—No me mires así —susurra; pero lo hace sin doblegarse, manteniéndome la mirada con convicción. Debería temer este momento, pero el miedo queda eclipsado por el deseo.

Es... es inevitable. Siento que ella lo es. Lo nuestro. Todo, cuando ocurre a su lado.

—Así, ¿cómo?

—Como si me estuvieras imaginando saliendo del agua.

Entonces es como un puñetazo. Oigo la risa de Gabriel y en mi mente se reproduce la de Ángela. Carraspeo, incómodo, tenso, culpable. Un poco más roto. Me hace pedazos. Cada vez más pequeños. Pedazos que uno y reconstruyo cuando llego a casa y abrazo a mi mujer, pero ya nunca es suficiente; cada día que pasa veo más grietas vacías sin poder volver a arreglarse.

—Perdona.

Doy un trago a la bebida. No me gusta, pero su sabor me ayuda a recordar lo que estoy haciendo. Hasta que su voz, muy cerca del oído, me provoca un escalofrío y me recuerda también que estoy jugando con fuego, y que el fuego... el fuego quema, pero también da calor cuando más frío tienes.

—¿Lo has hecho?

—Luna...

—¿Te lo has imaginado, Étienne?

—Es imposible no hacerlo.

Me río entre dientes, porque da igual que la mire o no. Mantenerla lejos ya no funciona; nada lo hace. Si cierro los ojos, la sigo viendo. Está en todas partes. Con esa ridícula falda pegada a sus muslos. Con la camiseta, que deja parte de su sujetador a la vista, empapada en esa escena que mi mente ha recreado, marcando sus formas, sus pechos, su cintura. Es preciosa. Es bonita a más no poder sin grandes accesorios, sin maquillaje, sin nada más que un trozo de tela negra y su mirada. Su pelo largo, alborotado y ondulado. Sus

pecas más marcadas por el sol. Su vitalidad. Su maldita presencia.

Doy un trago a mi vaso y me digo que es el último. Lo terminaré, me despediré y me marcharé a casa. Eso me repito, pero sé que no lo voy a hacer. Mi cuerpo no responde. Y no tengo intención de hacer nada con ella, solo... solo disfrutar de su compañía. Solo eso. Solo quiero saber... Solo quiero sentirlo una vez más... Solo quiero...

—¿Puedo hacerte una pregunta?

No contesto. O quizá sí. Porque la miro y apoyo la mano en su rodilla. Solo un leve roce. Solo sentir su piel en mis dedos, como hice aquella noche en el tren a través del agujero de su media.

—Si te lo pidiera, ¿lo harías? —susurra.

Alzo la mirada y sus ojos están abiertos, sinceros, llenos de cosas por liberar, si yo se lo permitiera. Sus labios están húmedos por ese *whisky* que tanto odiamos.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto, mientras por dentro grito con todas mis fuerzas que sí, sea a lo que sea. Que me muero por decirle que sí a lo que quiera darme.

—La promesa.

Voy a retirar la mano de su pierna, pero ella la atrapa entre sus dedos y se entrelazan. Se reconocen. Se buscan. Su familiaridad es dolorosa.

Cierro los ojos y me duele el pecho al recordar.

—*Si volvemos a vernos, me regalarás una noche.*

—*Te lo prometo.*

—*Y comprobaremos quién tiene razón.*

Los abro. Ella cierra los suyos.

Aprieto su mano y solo soy capaz de sentir.

—Luna, abre los ojos.

—Si vas a decir *no*, mejor no digas nada. No quiero verlo.

Sonrío. Ella lo hace sin querer.

—Si no los abres, no sé si seré capaz de decir *sí*.

Porque ahora mismo la necesito. Necesito que me empuje a cometer un error anticipado. Un error en el que debimos caer hace cinco años para no acabar donde estamos hoy.

Lo hace. Parpadea un par de veces y su expresión muestra tanta ilusión que me contagia. Que me hace confiar por un momento en que algo tan bonito como lo que estoy sintiendo no puede estar tan mal.

—Vámonos de aquí.

—¿Lo dices en serio?

Asiento. Y me digo que sí, que quizá para acertar en la vida, primero debemos errar con el corazón en la mano.

—Te debo una noche en París.

Luna

Es curioso cómo una noche que se avecinaba insignificante puede convertirse en algo grande. Hermoso. Único. Especial. Algo que nunca hubiese esperado.

—Ayúdame. Vale. Ya está.

Cojo la pierna de Gabriel y lo metemos dentro de un taxi. Apenas se tiene en pie, aunque no deja de reírse y de gritar que nos quiere. Dice que a mí un poquito más, porque estoy más buena que Étienne. Él es así.

Cuando vemos marchar el coche calle abajo, Étienne sacude la cabeza sonriendo.

—Este Gabriel...

—Me gusta.

—A todo el mundo le gusta.

Sonreímos y nos quedamos callados. Y solos. Y con cada centímetro de mi piel alerta, porque por primera vez no saber qué viene a continuación con él me resulta algo bonito, placentero, calmado como se puede estar en el centro de un tornado. Siento eso mismo, como si hubiera silencio mientras a nuestro alrededor todo es ruido.

Lo miro y sonrío. Me sale solo. Él me imita, aunque su gesto es un poco más cohibido.

—Me lo has puesto muy difícil —me dice con una complicidad que me resulta nueva.

—Yo no he hecho nada.

—Eso es lo peor de todo. Que ha sido difícil, incluso evitándolo. — Sus palabras hacen que mi esperanza crezca, pero la ve rápido y rectifica, disipándola al momento—. No va a pasar nada entre nosotros. Quiero a Ángela.

—Ya lo sé.

—Pero no sé si lo hago del modo que debería. Ni como ella merece.

—Confesarlo dice mucho de ti.

—Pero lo que también sé es que necesito hacer esto para descubrir si la quiero lo suficiente. Necesito comprender qué es esto, Luna. Y, si sigo negándomelo, no lo conseguiré nunca. Siempre estará ahí, recordándome cuando te vea o piense en ti lo que pudo ser y dejé pasar.

Porque Étienne piensa en mí. Igual que yo pienso en él.

Supongo que eso me basta.

—Una noche.

—Una noche.

Sonreímos y echamos a andar, preparados para vivir eso que llevamos más de cinco años negándonos.

Siempre me había imaginado que recorreríamos la ciudad bajo la nieve. Quizá porque cualquier recuerdo de nuestra historia me llevaba a aquella noche nevada, a lo que pasó y a lo que nunca llegó a suceder. Sin embargo, París está lleno del color de la primavera, y hace una noche preciosa y cálida en la que me sobra hasta la cazadora vaquera, que cuelga en mi bolso. Étienne camina con las manos en los bolsillos y sonríe. Debería resultarme extraño pasear con él de madrugada, pero ni siquiera lo es; es natural, cómodo, sencillo. Es algo que de lo familiar que es me resulta mágico.

—¿Dónde me llevas?

Se pasa las manos por el pelo y duda. Parece nervioso. Creo que no tiene ni idea de lo que estamos haciendo y no es una persona muy acostumbrada a dejarse llevar. En realidad, me da igual su respuesta.

Al final, se echa a reír y me contagia. La inquietud se disipa.

—No lo sé.

—Así que no tenemos destino —digo eso para no confesarle que, quizá, nosotros mismos seamos ese destino.

Niega y yo me muerdo los labios para no demostrar con una sonrisa, o incluso con palabras atrevidas, cuánto me gusta esto.

—Llevo un rato comiéndome la cabeza, pero es muy difícil llevarte de noche a los sitios que me gustaría enseñarte. Mis lugares favoritos están cerrados.

—¿Adónde me llevarías? Si fuese de día.

Sus ojos sonríen. Me doy cuenta al momento de que no necesita meditarlo, que lo sabe perfectamente. Quizá porque ese itinerario lleva guardado en su mente demasiado tiempo como para sabérselo de memoria.

Cuando empieza a hablar, la punzada constante que provoca en mi estómago se expande, convirtiéndose en mil agujas pellizcándome.

—Desayunaríamos en Au Levain du Marais, una *croissanterie* que tiene los que, para mí, son los mejores *croissants* de París. Después pasearíamos hasta la Rue Cremieux. No sé si has pasado por ahí alguna vez, pero cuando estoy cerca pienso en ti. Es fácil imaginarte allí.

Trago saliva y cierro los ojos. Sin darnos cuenta, hemos parado y nos hemos apoyado en la fachada de un edificio. La calle está plagada de gente

disfrutando de la noche parisina, pero yo no veo, ni escucho, ni siento nada que no sea el tono tranquilo e íntimo de Étienne a mi lado. No es la primera vez que me cuenta una historia, pero sí que es una en la que nosotros podríamos ser los protagonistas, y la sensación de anhelo es indescriptible.

Me imagino en ese lugar colorido que es la Rue Cremieux, con él detrás de mí, apoyado en uno de los muros de colores de las casas y fumando sin dejar de mirarme. Es fácil verme sonriéndole, devolviéndome él la sonrisa y, quizá, regalándonos algún beso.

Siento su aliento más cerca, rozando mi oído y susurrándome esa realidad paralela a la que nos hemos trasladado sin movernos.

—Harías fotos de sus fachadas de colores. También te girarías y me las harías a mí, por mucho que me queje de que no me gustan. Bajaríamos hasta el Jardin des Plantes. Está precioso en esta época del año. Nos sentaríamos en la sombra de un árbol y me enseñarías las fotos; también me hablarías de todo eso que aún no sé de ti.

Su voz se me pega a la piel. Pienso en todo eso que le diría. En que le hablaría de cómo mi estomago da un vuelco cuando nos reímos juntos o de todos los lugares que me gustaría visitar cogida de su mano. También en todas esas preguntas que le haría; en que por fin descubriría qué siente cuando me toca, o si él también se ha imaginado abrazándome desnuda.

—¿Y podría preguntarte yo también todo lo que quisiera?

Étienne mira mis labios. Yo paso la lengua por ellos. Es casi un beso. Es casi lo mejor que me ha pasado. Y pienso que si es así sin serlo... si un día sucede, explotaré en mil pedazos.

—Sí. Quiero creer que tenemos tanto que contarnos que nos daría la hora de comer sentados sobre la hierba. En mi cabeza te sueñan tanto las tripas que no dejas de reírte. —Lo hago; me río. Su dedo se entrelaza con el mío, ambos pegados al frío muro que nos sostiene—. Así que haríamos cola en Au P'tit Grec. ¿Has probado sus *crêpes*? Son deliciosas. Las pediríamos para llevar y las comeríamos de camino a nuestro siguiente destino.

—Pediríamos una de chocolate y plátano para compartir. —La voz me sale áspera por tantas emociones entremezcladas.

—Pediríamos lo que tú quisieras. Y luego empezaríamos la tarde en La Chambre Claire, una librería especializada en fotografía que cuenta con su propia galería.

—La conozco.

—Pues te observaría curiosarlo todo. Te pediría que me aconsejaras

sobre qué libro comprar, pero no porque me interese o entienda nada de tu mundo, sino porque sé que te emocionaría explicarme los motivos de tu elección, Luna. Y porque te esforzarías como solo tú haces con las cosas que te apasionan.

Como con la fotografía. Como con buscar el amor. Como me he frenado al tratarse de ti.

Quiero llorar, pero no me lo permito.

—¿Y después?

—Pasaríamos por la Rue du Chat qui Pêche. Es la más estrecha de París. Me encantaría hacerte una foto yo a ti bajo la pintada del paraguas rojo de una de sus paredes. No sé por qué, pero pienso que eres un poco así. Como una calle pequeña y preciosa dentro de la ciudad más bonita del mundo; casi tan especial como París al completo siendo un lugar en apariencia insignificante.

Respiro con fuerza. Siento tanto que tiemblo. No sé si sería capaz de recordar algún momento más bonito que este en mi vida; incluso siendo solo una imaginación compartida, es más especial que muchos de mis recuerdos vividos.

Lo miro, y solo con clavar sus ojos en los míos me calmo, me sereno lo justo para poder soportarlo sin pedirle que lo haga. Que me elija. Que me lleve a todos esos sitios y que desaparezcamos juntos sin mirar atrás. Que nos convirtamos en una calle pequeña escondida del resto del mundo.

Acaricia mi mejilla antes de coger aire para poder continuar.

—Cruzaríamos el Sena y entraríamos al Marché aux Fleurs. Solía ir con mi madre de pequeño y me encantaría verlo a través de tus ojos.

—Es un buen plan.

Sonrío y miro hacia el cielo. No hay ni una nube y sí que veo la luna. Verla me calma; me recuerda un poco a casa; a mirarla con mi padre y a sus cuentos de niño. No verla me recuerda a Étienne; al mismo que me está quitando capas con la mirada, bajando todas las barreras que tanto me ha costado levantar y dejando expuesta a la verdadera Luna, la que se lanza, la que se precipita, la que siempre acaba cayendo y abriendo agujeros bajo sus pies.

Me giro y me encuentro con una expresión tan vulnerable y a la vez tan segura que me estremezco.

—No he terminado, Luna. De allí seguiríamos caminando. Sin prisas. Alargando el tiempo, mientras tú me hablas de tu canción favorita o de cómo

te gustaría envejecer. Hasta llegar a la Gare du Nord.

—La estación.

—Sí. Entraríamos y veríamos llegar los trenes. Puede que tú te imaginaras en alto las historias de las parejas que descienden. Sus finales felices. Yo no creería en ellos, pero me encantaría hacerlo, Luna.

Cierro los ojos y sus dedos rozan mi mandíbula. Paso la lengua por mi labio inferior y susurro, con toda la pena que existe en mi tono, en mi expresión, en mí. Porque esta noche se está convirtiendo nada más empezar en una nueva despedida para la que cada vez estoy menos preparada.

—¿Y después? ¿Qué haríamos después? ¿Volveríamos a despedirnos en una estación?

—Sí, pero lo haríamos bien.

—¿Me besarías?

Su risa se escapa y golpea mi boca. Estamos apenas a un suspiro de tocarnos.

—No lo sé. Depende.

—¿De qué?

—De si después de todo el día contigo, pudiera o no darte la razón sobre esto.

Sonrío, pese a todo. Y me agarro a esta promesa y a la posibilidad de que al final acabe diciéndome que sí, que tenía razón y que lo nuestro era inevitable.

—Supongo que tendremos que averiguarlo.

Étienne

Qué sencillo me ha resultado imaginármelo. Cada paso que daría con ella. De su mano por París, compartiendo una *crêpe* o dejando transcurrir los segundos solo observándola mirar el mundo a través del objetivo de su cámara. Qué apetecible. Qué sentido, y sensato, y razonable, siendo algo totalmente fuera de lugar. Qué bonito me parece vivir cuando está cerca.

Pero no tengo un día, tengo una noche. Una noche que pienso regalarnos, pese a todos los motivos que me empujan a no hacerlo.

Ni siquiera sé cómo hemos llegado a esto, solo sé que no puedo más. Estoy agotado y necesito dejarlo ser para, así, poder deshacerme de ello o asumir que nunca lo haré.

Decisiones...

De los locales sale el alboroto de la noche, pero no quiero meterme en un bar con Luna; quiero verla pasear por estas calles y comprobar con mis propios ojos cómo las hace suyas. Ella camina despacio, casi como si deseara alargar cada instante, cada paso. A ratos me mira y sonrío; solo eso. Y yo ya siento toda la lógica del mundo sobre nosotros, como si esto fuera tan correcto como que el sol sale por las mañanas.

Veo un trazo de tinta en la parte interna de su brazo al levantar el pelo para retirárselo de la cara, el mismo que he intuido alguna que otra vez, pero sobre el que nunca me he atrevido a preguntarle. Ahora mismo, la curiosidad me puede.

Alzo la mano y le acaricio ese trozo de piel.

—Te tatuaste.

—Sí. No fuiste el único que tenía una promesa que cumplir.

Recuerdo a Julien y siento envidia porque él pueda compartir mucho más con ella que yo.

—¿Puedo verlo?

La manga corta de su camiseta lo tapa. Ella se ríe y me mira con toda la astucia del mundo condesada en esa mirada. Siento que me desafía cada vez que respira.

—No creo que quieras.

Me echo a reír. Por su picardía. Por su descaro. Por su mirada, que ha hecho que mi curiosidad casi se desborde. Por las ganas que tengo de agarrarla y abrazarla. Son tantas que creo que no podré aguantarlas durante mucho más tiempo sin caer. Eso hace Luna, te hace tropezar sin remedio.

Se lo digo.

—¿No te cansas, Luna? Porque yo estoy agotado de soportar esto.

Nos señalo. Sabe a lo que me refiero. A ese freno constante, que por muy especial que resulte, sino lo dejas volar alguna vez, acaba haciendo daño. A esa intensidad que te deja sin aire. A ese peso que cargamos y que, si no nos acercamos, seguiremos sin soportar a medias.

Ella sonríe y sus palabras se escapan dulces entre sus labios.

—Nadie se cansa de algo que le gusta.

La miro y pienso que me gusta mucho mías por decir esto en este momento. Y que tiene raz on y ese es el principal problema. Somos caprichosos, impulsivos, con una parte animal muy pura que a veces gana la partida. Todos. Quien diga que no miente. O es que nunca en su vida se ha cruzado con algo tan fuerte. Tan intenso. Tan visceral.

Con Luna me ocurre eso. S e que tengo que poner fin a estos instantes, pero no puedo, porque me gustan tanto que mi felicidad ha empezado a depender de ellos. Y eso... eso supone tanto que hace que el resto de mi vida ya no sea lo que un día fue. Lo ha decolorado todo. Yo era feliz, pero, al probar la felicidad de su mano, ahora siempre lo ser e un poco menos.

Luna es un calcetín rojo en medio de mi colada blanca; ese trozo de tela insignificante que se cuela sin querer en tu interior y hace que nada vuelva a ser de su color original, porque, mires donde mires, una parte de ella lo ha teñido todo.

Acabo de compararme con una lavadora y a ella con un jodido calcetín; supongo que esto me demuestra una vez mías lo perdido que estoy.

La miro y me digo que mejor es un calcetín azul; de ese azul incre ible de sus ojos.

Luna

Paseamos guiándonos un poco por instinto. O eso quiero creer. Quizá Étienne sepa adónde nos dirigimos, pero yo no; yo me dejo llevar y es una sensación que me encanta. Lo hago del todo, lanzando esa pregunta que lleva años habitando en mi cabeza.

—¿Alguna vez has pensado en qué hubiera pasado?

—Miles.

—Sí, pero... ¿cómo piensas que hubiera sido?

—No creo que importe.

—No, pero es bonito imaginárselo.

Le dejo tiempo para pensarlo, para darle vueltas a todo eso que cada uno creamos en nuestra imaginación al despedirnos hace tanto tiempo. Una Luna de diecinueve años que soñaba más despierta que dormida y que no sabía lo que era la contención; no hasta que lo conoció a él. Y un Étienne a punto de cumplir los treinta que aquella noche fue la única en la que levantó el pie del freno y que lo hizo por mí. Un Étienne que hoy parece mucho más él que en los últimos meses; al menos, ese *él* que es cuando está conmigo.

—Hubiéramos paseado. Hablado. Te hubiera cogido de la mano. Quizá, nos hubiésemos besado al tercer portal que encontráramos de camino.

Las ganas suben por mi garganta.

—¿De camino adónde?

—No lo sé. ¿A un hotel?

Me río a carcajadas. Este Étienne también me gusta. Él sonríe de medio lado y siento cosquillas en todo mi cuerpo. No es una mirada que me haya dedicado nunca, esta es real, es íntima, es... una mirada que me acaricia y que me dice cuánto desearía hacerlo él.

—Así que yo pensando en una historia romántica y especial, como la de tu madre con el señor Colville, y tú, mientras tanto, deseando meterme en una cama.

—La imaginación es libre...

Se ríe con picardía y deseo comérmelo entero, a bocados grandes y a otros más pequeños.

—Yo pensé que te darías la vuelta. Que me besarías bajo la nieve. Nos arrancaríamos la ropa allí mismo, hasta que llegara la policía y acabaríamos ambos en un calabozo.

Entonces nos reímos los dos, porque no somos muy buenos en eso de

inventarnos historias posibles.

—Tu versión no es mucho mejor.

O quizá sí lo seamos; somos unos expertos, pero nos guardamos las mejores para el final.

—Solo es una de ellas. En realidad, siempre pensé que te girarías, quizá sí que me besarías, pero que después te irías. Porque tú no eres como yo. Yo te hubiese besado casi con rabia al primer segundo, pero tú, no. Tú hubieses intentado hacer las cosas bien.

—Siempre acabo haciéndolo fatal —dice en voz baja, culpable, dolido.

Trago el nudo de mi garganta y me abrazo a mí misma.

—¿Tan mal está esto?

—Sí. Pero no importa, Luna. No quiero pensar en ello. Prefiero pensar que es peor negar lo que siento. Peor para mí mismo, aunque sea egoísta.

—Lo que sientes.

Se para y me obliga a hacerlo a su lado. Los ojos de Étienne recorren mi rostro y se pierden en él.

¿Cuánto tiempo puede tardar una persona en enamorarse de otra? En lo que tarda en contar las pecas de su nariz.

—Sí, lo que siento cuando estás cerca.

Suspiro y tengo que morderme la lengua para no gritarle que no sé por qué ni cómo, pero que creo que lo quiero. Aunque no parezca posible, ni sensato; aunque apenas lo conozca; aunque lo haga demasiado a otros niveles; aunque nunca nos hayamos besado.

Cojo su mano con determinación y la enredo con la mía.

—Vamos. Quiero ir contigo a un sitio.

No es un paseo corto y, aun así, transcurre en un instante. Como ocurre siempre con las cosas bonitas. Son fogonazos. Parpadeos. Estrellas fugaces.

—¿La Torre Eiffel? ¿En serio?

Se está riendo de mí, pero no me importa. Todo lo contrario, me gusta que lo haga y que parezca cómplice. Lo he traído al sitio más típico de París y por eso le hace gracia, pero es que... es que amo este lugar.

Me quito los zapatos y camino sobre la hierba del Campo de Marte. Hay parejas acarameladas y grupos de jóvenes. La imagen de la Torre Eiffel iluminada de fondo es única. Él me sigue y nos sentamos en el suelo.

—No te rías. Sigo siendo una turista. Y... siempre me imaginé viniendo aquí contigo. Me parece bonito.

—Lo es.

Lo dice convencido, pero lo que ninguno de los dos decimos en alto es que me mira a mí; ni siquiera creo que haya mirado una sola vez lo que nos rodea.

—Tiene algo mágico.

—París lo tiene.

—¿Nunca has pensado en moverte de aquí?

Niega con la cabeza y sus palabras me martillean por dentro.

—No. Supongo que no he encontrado motivos. ¿Tú no has pensado nunca en quedarte definitivamente en un lugar?

—No. Supongo que tampoco los tengo.

El silencio se carga. Quizá de posibilidades, de cosas por decir, por pedir.

—¿Y qué hacíamos? En tu imaginación, con la Torre Eiffel de fondo. —
Sonrío.

—¿Sabes? En realidad, nada. Se parece mucho a esto. Solo estábamos juntos, bien, a gusto. Hablábamos de tonterías... tú sonreías. También compartíamos un cigarro. Aunque yo siempre me ponía así.

Me acerco a él y apoyo la cabeza en su pecho. Étienne no se tensa, solo respira con profundidad antes de pasar un brazo por mi cintura y arroparme. Casi como uno de nuestros abrazos. El latido de su corazón me consuela. Y el saber que deseaba el acercamiento tanto como yo. Y no es raro. Aunque esté mal. Aunque ninguna de estas personas que nos rodean sepan que no somos como ellas, sino que otra mujer lo espera a él en una casa no muy lejos de aquí. No obstante, egoístamente pienso que nadie lo entendería, porque ninguna de ellas podrá saber nunca lo que es sentirse así.

La mano de Étienne agarra un mechón de mi pelo y lo aparta de mi rostro. Después se acerca, muy lentamente, tanto que dejo de respirar y cierro los ojos. Posa sus labios en mi frente y me da un beso. Casto. Tierno. Dulce como ningún otro. Un beso que a ojos de cualquiera resultaría hasta paternal o infantil, pero que para nosotros remueve la tierra bajo nuestros pies y lo significa todo.

—Entiendo que te lo imaginaras, Luna. Es perfecto.

Yo cierro la mano sobre su camiseta y sonrío. Por supuesto que lo es. Y no puede ser malo. Nada que te hace sentir así debería serlo.

Étienne

He dado muchos besos en mi vida y sé que no recordaré nada como este momento. Un beso sencillo, que casi no es beso, que casi no es nada más que un roce que no he podido refrenar en el comienzo de su pelo. Un gesto de cariño, de agradecimiento, de necesidad de sentir su piel en los labios, de intuir un deje de su sabor, de su calor pegándose a mi cuerpo.

Me niego a creer que algo tan de verdad pueda ser malo.

Por eso, cuando nos levantamos en silencio con la intención de seguir nuestra ruta, siento que la echo de menos. El tiempo corre en nuestra contra; nosotros mismos lo hacemos. Al menos, eso siento; que si Luna corre sin miedo hacia un precipicio, yo no dejo de mirar atrás.

—¿Tienes frío? —Se coloca la cazadora y asiente—. ¿Quieres que vayamos a algún sitio cerrado?

Me clava sus ojazos y no duda, solo me expone en silencio todo lo que cabe en esa pregunta. Como si no lo supiera ya...

—No hay nada abierto por aquí a estas horas.

Asiento y trago saliva. Medito las posibilidades. Las veo en ella también reflejadas. ¿Alguna discoteca de las que cierran al amanecer atestada de gente en la que apenas oiga su voz y el aroma que desprende su pelo se mezcle con el de los demás? No; solo quiero ser nosotros dos. ¿Una habitación de hotel con una cama en la que mirarnos y tocarnos desde lejos? No estoy tan loco como para pensar que seríamos capaces de no caer del todo. ¿Qué nos queda? Entonces miro el reloj y sonrío.

—Hay una cosa que sí que podemos hacer.

Luna se abraza las rodillas y observa a los primeros pasajeros que suben a uno de los trenes. Estamos apoyados en una de las paredes del andén, aún es de noche y el aire es más frío, pero no nos importa.

—¿Adónde crees que se dirige?

Miramos a un hombre con un maletín negro y un traje gris. Parece cansado y hastiado.

—Es el director de una empresa de suministros eléctricos en Lyon. Un buen sueldo. Responsabilidades. Prestigio. Pero odia su trabajo.

—Creo que esto ya no es tan divertido.

Se ríe. Lleva un rato inventándose la vida de las personas con las que nos cruzamos.

—No, no lo odia por los motivos que tú crees. Lo hace porque está enamorado en secreto de su asistente personal.

—Mmm... ¿típica aventura con la secretaria?

—No es tan simple. Es más complicado de lo que tú te crees, porque no hay aventura. Él está casado con una mujer fabulosa y fantasea en silencio con la persona con la que pasa ocho horas al día codo con codo.

—Qué peligroso.

—Y angustiante. ¿No te parece triste?

—Mucho.

Porque lo es. Lo sentimos en nuestra propia piel sin parar.

—¿Y si te dijera que su asistente es un hombre?

—¿Lo es?

La carcajada de Luna al observar mi expresión de asombro ocupa toda la estación; la llena; la tiñe de un color más bonito.

—Lo es, Étienne.

Su rostro se acerca al mío. Nuestros hombros se rozan. Su aliento es dulce y me atrapa en una burbuja en la que solo cabemos ella y yo y la sombra de un tren.

—¿Y qué va a hacer?

—Quizá llegue hoy a la oficina y no haga nada.

—¿Eso crees?

—Sí, aunque quiero creer que lo hará todo.

Trago saliva y me imagino una vez más cómo sería besarla... cómo sería ese *todo* si fuera nuestro y de nadie más.

Lo hago a nuestra manera. Apoyo la frente en la suya. Avanzo firme, con aplomo, deseando que el mundo solo fuera nuestro por una noche. Aunque no lo sea. Aunque no sepa cómo hemos empezado a hablar de nosotros mientras nos inventábamos la vida de un hombre trajeado que ya ha desaparecido dentro de un vagón.

—Todo o nada. Me da la sensación de que nunca hay otra elección posible.

—En realidad, sí la hay.

Su mano se aventura y roza mi mandíbula. La acaricia, la estudia con sus dedos. Luego posa uno sobre mi boca y ahí lo tenemos, un beso que sigue sin serlo. Sus labios también lo rozan. Las palabras nos hacen cosquillas.

—Dime cuál es.

—La tienes delante. ¿No lo notas?

Un estremecimiento me recorre entero. Pasa por ella y llega hasta mí. Lo compartimos y, aunque no lo es, me digo que ya es bastante; que es el todo que podemos conseguir sin quemarnos. Sin dañarnos.

—¿Qué es? —le pregunto, porque siento tanto en este instante que necesito que me ayude a comprenderlo.

—Es el cosquilleo de lo prohibido.

Sus ojos se humedecen. Quiero besarla más que nada que haya deseado antes en mi vida, pero ambos sabemos que no voy a hacerlo. No así. No mientras le digo que no somos nada pero tampoco un todo. No mientras solo pueda ser las migajas de algo que cuando el sol salga se desvanecerá.

Por eso lo hago. Por eso cuando los ojos de Luna se mojan, sus pestañas se empapan y sus lágrimas crecen sin llegar a escapar, cierro los míos, le dejo un beso sobre la yema de su dedo y le digo sin necesidad de palabras que, si no puedo dárselo todo, tendremos que conformarnos con nada.

Luna

Cuando llegamos a mi portal tengo tanto frío que me castañean los dientes. Étienne hace el amago de pasar su brazo por encima de mi hombro para darme calor, pero no quiero que me toque. He pasado de desear mimetizarme con él a querer llegar a casa y no verlo más.

No sé qué ha ocurrido en la estación, solo sé que no me gusta. Que me ha hecho sentir tan mal conmigo misma como para acabar de una vez con ello. Es eso más la certeza de que se ha acabado. Y ese final no solo incluye a un Étienne que ha elegido su vida y al que, aunque pueda no parecerlo, entiendo. El mundo está lleno de personas con una moral tan íntegra que eligen la felicidad de otros sobre la de sí mismos. O quizá lo que ocurre es que para él solo ha supuesto escoger entre dos tipos diferentes de felicidad.

Abro con la llave y él se cuelga dentro. No sé qué pretende, pero tengo un nudo tan enredado en mi pecho que sé que es posible que reviente y rompa lo poco que queda entero entre nosotros del todo.

—Luna, te dije que daba igual cómo quisiera hacer las cosas, siempre acababan saliendo mal.

Lo observo. Tiene razón, pero a la vez lo odio un poco. Porque no ha dejado de darme pedacitos pequeños y siento que acaba de quitármelos del todo. Porque siento que ha vuelto a arrebatarme parte de París esta noche, tiñéndola de recuerdos bonitos que ahora, cuando toca decir adiós, me saben amargos. Y porque ha querido abarcarlo todo y, en ocasiones, no es posible; hay que elegir entre dos puertas y cerrar la no escogida con llave y varios cerrojos, y no dejar una rendija abierta.

—Tienes que irte.

—Eh, ¿estás bien?

—Sabes que no lo estoy.

—Ven aquí.

Se acerca con la intención de abrazarme, pero me tenso. No puedo soportar más abrazos de los nuestros si no son para quedarse. No quiero más despedidas así. No quiero que todo esté asociado a lo malo, a la culpa, a la decepción, a esta tristeza que siento ahora mismo y que me ahoga.

—No.

Su expresión es tan triste como la mía y por eso creo que lo odio más, porque no solo me está haciendo esto a mí, sino también a él mismo. Y entiendo que quiera a Ángela, pero la vida es muy corta como para regalarla

sin pelear por lo que de verdad uno desea.

—Siento haberte hecho daño.

—Yo también.

Y no pienso, solo me doy la vuelta y subo las escaleras de dos en dos, sintiendo cómo me falta el aire según asciendo y gritando con todas mis fuerzas *adiós* en mi cabeza; creo que lo grito tan alto dentro de mí que hasta él es capaz de oírme antes de abrir la puerta y desaparecer bajo el sol de un nuevo día que tampoco nos pertenece.

Étienne

Sé que se ha ido. Sé que para alguien como Luna esto ha sido un adiós definitivo.

Debería sentirme bien, pero no lo hago en absoluto. Lo que siento es una pena enorme que se hace un hueco dentro de mí y se ancla con firmeza.

Vuelvo a casa y, cuando abro la puerta, Ángela aparece por el pasillo.

—¿Cómo ha ido?

Ni siquiera tengo fuerzas para contestar.

—Como cualquier despedida. —Ella se ríe.

—Estás mayor para despedidas de soltero, admítelo.

Me encierro en mi cuarto y me quito la ropa antes de meterme entre las sábanas sin nada más que con la interior. Rezo para que no quiera volver a acostarse, odiándome mucho más por hacerlo, pero en este momento necesito estar solo. También necesito recordar todo lo ocurrido esta noche y recrearme en el aroma de Luna que aún siento en mis manos. Necesito despedirme del todo. Necesito aceptar que, si sin ella lo era, puedo volver a ser feliz. O intentarlo. O asumir que algo ha cambiado en mí y actuar en consecuencia.

Antes de levantarme de nuevo y de salir al balcón para fumarme un cigarrillo que consiga relajarme y hacerme dormir, me río. Es una risa inesperada y demasiado triste para no ser patética. Una risa que brota al caer en la cuenta de que Ángela se ha creído que le hablaba de la fiesta de Gabriel, pero no. Una risa que nace porque, lo peor de todo, es que le he sido completamente sincero y le estaba hablando de Luna con el corazón atravesado en la garganta.

Como cualquier despedida.

Qué mentira más grande.

Algunas son un disparo que te abre un puto agujero en el pecho.

Luna

—Ángela, ¿podemos hablar?

—¿Qué ocurre?

Alza la cabeza de la pantalla de su portátil y sonrío. Es preciosa. Es buena. Es una mujer a la que admiro, aunque también envidie y odie a ratos sin poder evitarlo, y pese a que ello me haga odiarme a mí con más fuerza.

Me cuesta decirle lo que llevo días preparando. He tenido que soportar un fin de semana horrible. Un sábado sin apenas poder pegar ojo después de pasar la noche con Étienne, y una boda preciosa en la que me sentía una intrusa y un monstruo egoísta. Una fiesta en la que todo fue felicidad y alegría. En la que vi a Gabriel emocionado, junto a su ya mujer, y a Ángela y a Étienne bailar acaramelados y besarse con complicidad cuando él creía que yo no los miraba. Unas horas angustiosas en las que me costaba respirar con normalidad, pese a que me puse la máscara de indiferencia y me centré en hacer lo que mejor se me da: capturar todo eso en instantáneas para el recuerdo.

Por eso, hoy martes, he venido para despedirme y me cuesta hacerlo manteniendo esa máscara que he erguido delante de ella por más tiempo. Me vengo abajo. Lo noto. Y me avergüenzo por ello.

—Ángela, yo... lo dejo. Lo siento.

Sus cejas se juntan en una expresión de incredulidad que me duele aún más. Lo que menos quiero que piense es que no ha sido un placer trabajar y aprender a su lado. Porque lo ha sido. Pese a todo.

—Pero... pensé que estabas satisfecha.

—Y lo estaba. Es que... no puedo seguir con esto.

—No sé a qué te refieres.

Cojo aire y lo suelto, notando calor en mi piel, sudor en mi espalda y ese maldito cosquilleo incómodo en mi nuca. Sintiéndome una persona horrible y una desagradecida por lo que le he hecho entre silencios.

—No me resulta cómodo trabajar aquí. Ni tampoco creo que esté siendo sincera contigo y eso me duele cada día más. No te lo mereces, Ángela. No te mereces nada de esto.

—¿Qué es lo que pasa, Luna?

Ahí está, la pregunta. Y, al escucharla, dudo. Lo hago por mí, por él, por ella. Dudo, porque no lo merece, pero... pero yo tampoco. Yo tampoco. Por mucho que su mujer sea ella, yo tampoco tengo la culpa de que él haya

compartido conmigo cosas que no debía. Cada cual es responsable de sus decisiones y compromisos, no de los de otros. Supongo que por eso mismo estoy hoy aquí.

—Es por Étienne. Lo siento.

Su rostro se descompone en cuanto pronuncio su nombre. No se lo esperaba. Tampoco se lo cree durante unos segundos. Y, sin embargo, tampoco hace falta que le explique mucho más. Supongo que tenemos un sexto sentido cuando las emociones se ven implicadas. Y yo... yo estoy fuera de mí. No puedo esconderlo más y sé que lo lee en mis ojos, en mis gestos, en la desazón que muestro y en el temblor de mi cuerpo.

—Luna...

Se mueve para salir de detrás de su escritorio y acercarse a mí, pero yo no puedo permitirselo, porque me estoy asfixiando, así que doy un paso hacia atrás. Si me toca, me romperé. Es ella la que intenta digerir que su marido me provoca sentimientos incontrolables y soy yo la que me rompo.

—No. Y no digas nada, por favor. Déjame terminar y después me iré. Bastante vergonzoso es ya esto. —Ella asiente y su rostro se tensa; parece otra; una versión de Ángela que no conozco. Una lágrima rueda por mi mejilla y me la seco con la mano—. No ha pasado nada entre nosotros. Te lo prometo. Y me consta que él te quiere. Soy yo la que no puedo soportarlo. No soporto tenerlo cerca. No puedo pararlo y no me resulta fácil. Tengo que marcharme.

Su mirada es de hielo. No obstante, no veo odio en sus ojos, solo rabia, dureza, decepción. En este instante, pienso que es aún mejor de lo que creía. Es una mujer admirable. Es una mujer mucho mejor de lo que soy yo.

Y es que... la vida es así. Las personas buenas a veces son engañadas. Las personas, buenas y malas, erramos y dañamos a otras que no lo merecen. Los sentimientos nos hacen perder el norte y encontrar partes de nosotros que no nos gustan. Y... no pasa nada. O sí, pero se puede aprender a vivir con ello.

Ojalá Ángela fuera una mala persona que me ayudase a justificar mis actos y mis sentimientos, pero no lo es.

—Gracias por ser sincera.

Me echo a llorar. Es inevitable.

—Gracias a ti. Por todo. Eres una gran persona, Ángela. Gracias por estos meses.

Asiente. Y, pese a todo lo que su mirada condensa, no siento que me odie. Supongo que eso es lo peor de todo. Si lo hiciera, sería más fácil canalizar

el odio que siento por mí misma.

—Mucha suerte.

—Igualmente.

Salgo de esa oficina por última vez y me encuentro con Julien subido en su coche. Al sentarme, me abraza. Me deshago en lágrimas entre sus brazos.

Lo he hecho. Ya está. He tomado una decisión.

Étienne

Intenta imaginarte en una vida perfecta. Lo que desees. Un trabajo prometedor, la casa de tus sueños, un hogar creado con una persona a la que quieres y que ese amor sea correspondido. Un perro. Un par de críos. Una cabaña en un lugar paradisíaco donde escaparte de vez en cuando. Lo que sea.

Pues, bien, después de imaginártelo, un día lo tienes. Tienes el trabajo que te gusta y te llena, la mujer con la que la vida es bonita, que te provoca sentimientos buenos y que te excita. La casa de revista en la que te gusta pasar las horas. No hay críos, pero porque aún no han llegado, aunque ya os habéis planteado esa posibilidad. No hay perro, pero porque tú eres más de gatos y a ella no le gustan demasiado. Las vacaciones, cada año, a golpe de talonario y billete de avión en primera clase.

Sigamos.

Lo tienes y eres feliz. La vida está bien, los días son agradables, por las mañanas las sonrisas salen solas después de un café y de algún cigarro fumado a escondidas.

No obstante, un día, un rayo de luz se cuele. Como cuando dejas una persiana mal cerrada y al abrir el ojo te da de lleno y duele. Algo así. Y lo peor es que una vez sentido sobre ti, nunca desaparece. Cada vez que abres el ojo lo haces con cuidado, por si está; ya que, por mucho que te esfuerces en cerrar a cal y canto, el recuerdo de que un día te marcó queda ahí. Y te levantas, y necesitas dos cafés en vez de solo uno para que las sonrisas se intuyan, y tres o cuatro cigarros de esos que se supone que ya no fumas. Y sientes que el día está más gris, porque, si no lo estuviera, la verías, la luz, quemando. Pero no está.

Así que, en resumen, solo es un jodido rayo de luz, nada que parezca importante, pero con la capacidad para que, cuando ya no está y sabes que no va a volver, tu vida ya no brille. Ya no sea lo perfecta que era. Pese al trabajo, la mujer, los proyectos, la casa, los viajes. Pese a todo, te falta. Y la echas de menos.

Yo no tengo persianas. Y da igual.

Echo de menos a Luna con cada centímetro de mi piel.

—¿Con quién hablabas?

Entro al despacho después de la ducha con una toalla enredada en la

cadera y me encuentro a Ángela colgando el teléfono sonriente, mientras apunta algo en su agenda. Parece contenta. Últimamente siempre lo está. Quizá es porque yo no, y el contraste me resulta mucho más intenso.

Han pasado dos semanas desde la boda y siento que no levanto cabeza.

—Con Pierre.

Escuchar ese nombre me tensa. Me doy la vuelta intentando mostrar indiferencia y ella me sigue hasta entrar en nuestro dormitorio.

Hemos quedado a cenar con unos amigos y comenzamos a cambiarnos en silencio. Dejo caer la toalla y me pongo la ropa interior, mientras ella se quita la bata y tararea una canción de cara al vestidor abierto, eligiendo entre sus decenas de vestidos el idóneo para esta noche.

—Oye, ¿Pierre no era fotógrafo?

—Sí.

—¿Y Luna?

—Se ha marchado.

Mi mundo se paraliza. Mi cuerpo, también. Dejo de abrocharme la camisa; es solo una milésima de segundo, pero casi parece un siglo. Yo lo noto. Y ella lo hace, pese a que siga canturreando como si no sintiera que una grieta se está abriendo en el suelo bajo mis pies descalzos. O entre nosotros.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Le salió una oferta en algún otro lado y se marcha de París.

Siento la boca seca y me tiemblan las manos al abrochar el último botón.

Debería alegrarme de que el adiós sea definitivo y, en cambio, mi vida se hace pedazos. Es una sensación angustiosa.

—Qué precipitado.

—Y tanto. De hecho, su vuelo ha salido esta tarde.

Ángela abrocha su vestido. Ha escogido uno verde que sabe que me encanta. Supongo que con la intención de que se lo quite cuando lleguemos de madrugada.

No le digo nada. Sigo vistiéndome de espaldas a ella, como si no estuviese informándome de nada importante, pero lo es. Lo es no solo porque Luna haya huido del nexo que nos unía poniéndome las cosas fáciles, sino que lo es porque sé que Ángela me está mintiendo.

Siempre canturrea cuando lo hace.

Luna

Dos meses dan para mucho. Incluso para que una persona se limpie de todo lo malo que la carcome por dentro y se reconstruya. Más o menos. Quizá para aprender a guardarlo en ese rincón de uno mismo en el que van a parar las cosas imposibles y a convivir con ello.

—Luna, mira. Ahí.

Sigo la mirada de mi padre y lo veo. Es el reflejo de una pareja abrazada en uno de los charcos que la tormenta de verano ha dejado en las aceras. Me coloco tras el objetivo y disparo.

Hemos salido a cazar instantes, como él dice. Me encanta que esté aquí, conmigo, con su réflex favorita al cuello y sus pelos mal atados en un moño con una de mis gomas rosas. Los años no parecen pasar por él; sigue teniendo la vitalidad de un veinteañero, incluso pese a las arrugas alrededor de sus ojos que comienzan a marcarse y alguna cana que destaca en su pelo y que luce con dignidad.

—París es mucho más bonito cuando llueve —dice, y sonrío como solo lo hace Bruno.

—Pues no lo has visto nevado...

Trago saliva ante el recuerdo de la primera vez que vi nevar aquí y sigo enfocando y buscando algo que merezca ser inmortalizado.

Después de despedirme de Ángela, tardé semanas en hacer una llamada. No me atrevía. Me daba miedo lo que pudiera pensar mi familia de mí, aunque fuera una tontería, ya que ellos siempre me habían apoyado en todo. Pero... es que en el fondo sabía que tenía que haberme ido de París al principio de esta historia. Que me había quedado por Étienne, lo quisiera reconocer o no, por la posibilidad implícita de vernos a menudo y creer que ahí había algo por lo que luchar. Por eso tardé. Me dediqué a buscar trabajos sueltos tirando de la ayuda de Didier y Charlotte, y a pasear por la ciudad con Julien para no comerme la cabeza en exceso. Pero lo hacía. Sin cesar. Hasta que no pude más y reventé.

Nunca he sido una persona fácil de controlar ni de controlarme.

—Papá...

—Eh, ¿qué ha pasado?

Lo supo enseguida. Por mi tono seco de tantas lágrimas que no podía dejar de derramar. Por lo mal que me sentía y cómo ese sentimiento viajó

hasta él y lo sintió por dentro. Solo con unas simples palabras que no decían nada y a la vez lo significaban todo.

—Ven. Por favor, ven y abrázame...

No fue necesaria ninguna explicación más para que comprara un billete de avión ese mismo día y lo tuviera en casa de Julien a la mañana siguiente. Llegó y lo hizo. Me abrazó.

Yo, en algún momento, dejé de llorar y fui capaz de contarle que me había enamorado de una persona que ni siquiera parecía conocer. Pero que lo sentía; sentía que lo conocía desde hacía décadas. Que estaba casado, era mayor que yo y demasiado diferente, pero que nada me importaba, porque cuando estaba con él respiraba mejor.

No me reprochó nada; mi padre no es de esos. Él cree en el amor, lo defiende, lo vive y no lo esconde. Siempre había querido ser como él. Sin embargo, después de conocer a Étienne, a ratos pienso que puede ser la manera más bonita de vivir ese sentimiento, pero también la más dolorosa.

—Sentir lo que sientes no es malo, cariño. Deja de culparte.

Eso me dijo. Y volví a llorar. Pese al alivio. Pese a lo que necesitaba escuchar esas palabras. O quizá por todo eso que por fin soltaba. Después me prometí que no iba a volver a dedicarle ni una lágrima si no era por algo bueno.

Y aquí estamos, una semana después.

Miro el reloj y frunzo el ceño.

—Tenemos que irnos.

Suspiro y nos dirigimos a casa a recoger su equipaje, antes de acompañarlo de nuevo al aeropuerto. Ha sido una semana increíble, pero la vida sigue y tiene que volver a su trabajo y junto a Jimena.

—¿De verdad que no quieres venir conmigo? Sabes que puedes trabajar en el estudio. A Gael le encanta que estés.

Me lo pregunta entre las calles de Montmartre, que recorreremos de camino a casa. Vuelve a hacerlo cuando coge su mochila de montañero, esa que le hace parecer más un joven estudiante recorriendo mundo que un abnegado padre. Y en el taxi que nos lleva al aeropuerto. Por última vez, lo intenta mientras vemos los aviones despegar tras los cristales.

—No. No es el momento.

—Entiendo que lo hagas, pero no te agarres tanto a algo que acabes sin manos.

Su consejo me duele, aunque también me calma. Porque tiene razón y

sigo haciéndolo desde la distancia. Sigo agarrándome a París. A Étienne. A lo que sea.

—Gracias por venir, papá.

Lo abrazo y sé que está llorando. Es demasiado blando.

—Te quiero, Luna. Llámanos. Y si necesitas que...

—Lo sé.

Se limpia los ojos y yo me río de él. Y eso lo hace reír. Nos da un ataque de risa que hace que el adiós sea feliz. Y casi es como si no hubiera pasado nada y solo hubiese venido a verme y a pasar el tiempo conmigo.

Cuando vuelvo a casa, Julien ya ha regresado del trabajo y se está dando una ducha.

Hace unos meses, hubiese abierto la puerta, me hubiera quitado la ropa y colado tras la cortina. Lo hubiera besado, abrazado, sentido y luego me hubiese perdido entre sus familiares brazos. Pero ya no. Ya no lo hacemos.

Supongo que lo quiero y respeto lo suficiente como para no perderme en él si, haga lo que haga, en mi cabeza es otro el que aparece.

Étienne

La vida pasa, siempre sucede. Da igual lo que quieras parar el tiempo, volver atrás, cambiar las cosas, mejorarlas o dejar de sentir nostalgia. Da igual. No se puede controlar lo que se escapa a nuestro control. Lo he aprendido estos últimos meses a base de darme cabezazos contra un muro.

Un día tras otro. Una nueva semana. Mi mujer y yo haciendo planes para sacar algo de tiempo de cara a septiembre e irnos de vacaciones. «Nos las merecemos», me digo, «seguro que son lo que necesito para recobrar energías y darme cuenta de lo afortunado que soy con ella a mi lado».

No obstante, da igual lo que me repita, sigue ahí. Ese sentimiento de que me falta algo, una pequeña pieza que provoca que el puzle siempre quede incompleto.

Pese a ello, me resulta sencillo fingir. Nunca pensé que lo sería tanto. Lo hago cuando Ángela y yo compartimos una comida en una terraza; ella me habla del trabajo y le presto atención, mientras busco a Luna con disimulo en cada chica de pelo largo y oscuro que pasa a mi lado. Lo hago cuando un perfume similar al suyo me llega, cuando suena una canción que sé que podría gustarle o un paisaje que ella fotografiaría. Lo hago sin cesar. Es disimulado, es débil y delicado, pero está; la busco, la echo de menos, la mantengo conmigo, aunque ya no esté.

Deseaba con todas mis fuerzas que se marchara y que me lo pusiera fácil, que no me hiciera tomar una decisión que me dolía y, aun así, no ha funcionado. Supongo que no basta con esconder algo o huir de ello; eso no hace que deje de existir.

Hoy ha sido un día de esos. Uno como cualquier otro.

Hemos trabajado ambos por la mañana en el despacho. Por la tarde, Ángela tenía un compromiso, así que yo he fingido leer en el balcón, mientras solo leía líneas sueltas y fumaba más de lo que debería. Tenía una sensación extraña en el estómago. Una mucho más intensa que nunca. Cuando ha regresado, nos hemos cambiado y hemos salido. Una pareja joven y feliz caminando por las calles de París cogida de la mano. Un café en una terraza. Mirar escaparates. Charlar de trivialidades. Algún beso dejado casi por costumbre al parar en un semáforo. Yo he estado más callado de lo habitual, pero ella ha llenado esos silencios con sonrisas. Una cena en ese japonés que a Ángela le encanta. Una botella de vino. Su expresión pícaro al sentir el alcohol calentando el ambiente. Su pie saliendo de su zapato y

deslizándose por debajo de la mesa hasta rozar mi entrepierna. Y, de nuevo, un sabor amargo. La necesidad de excitarme con el gesto y de apartarme a la vez.

He bebido, le he sonreído y me he centrado en la mujer preciosa que tenía enfrente, en sus mejillas sonrojadas y en el escote de su vestido; en su dulzura al hablar y en su elegancia al caminar cuando volvíamos a casa.

Pese a ello, la rabia dentro de mí crecía, porque, por mucho que me he esforzado, me costaba verla del todo. Era como si la Ángela atractiva que tanto me gustaba antes estuviera velada; difuminada; cubierta por algo que empieza a absorber mi vida.

Abro la puerta de casa y la atrapo casi con furia contra la pared. Ella se ríe y sus zapatos desaparecen. Toco sus curvas, la suavidad de su piel. Me esfuerzo por demostrarme que estoy loco por ella y que solo es una fase. Intento olvidar esa sensación pegajosa que me acompaña desde que Luna se marchó.

Llegamos a trompicones a la habitación y caemos sobre la cama. Estoy tenso, pero me concentro en que ella no lo note.

Ángela me besa y yo cierro los ojos. Todo es familiar, su tacto, su sabor, su aroma, la sensación que me produce sentir su cuerpo acercándose. La excitación leve que va despertando. Todo. Tan familiar que me resulta un poco extraño, como cuando repites la misma palabra sin cesar durante un tiempo, que acaba por perder el sentido.

Se coloca sobre mí y me abraza. Sus manos se cuelan bajo mi camisa y suben por mi pecho. Es placentero. Es seguro. Es como tiene que ser. Pero me recuerda a otro instante; a otro tacto; a otros abrazos; a otras manos haciendo el mismo camino ascendente y marcándome sin darme cuenta, y no solo exteriormente.

Yo veo los ojos de Luna clavados en mí y me estremezco.

Tengo que sacudir la cabeza para apartarla.

Está en todas partes.

Está siempre.

Me concentro en la boca de Ángela sobre mi cuello. Es agradable. Es delicada. Es como tantas veces antes.

Me tranquilizo.

Mis manos se apoyan en su trasero y la aprieto contra mí. Mi erección aumenta. Saber que aún soy capaz de desearla me provoca un alivio que no tendría que sentir, menos por algo que debería ser tan natural entre un

hombre y su mujer.

Su vestido desaparece. Mi ropa también lo hace.

Cuelo la mano bajo la copa de su sujetador. Ella gime. Es un sonido débil, conocido, y se mezcla en el acto con el recuerdo de otro en mi oído, del producido por un cosquilleo inesperado, por un juego en el que nos besamos sin llegar a hacerlo... por la voz ronca de Luna.

Mi polla salta con brusquedad pidiendo paso. Deseándola tanto que me duele. Buscando por primera vez a una chica que no se encuentra en mi cama.

Me quedo helado y la tensión llega con tanta velocidad que hasta se respira de repente.

—Étienne, ¿qué ocurre?

La aparto y me siento en el borde. Ella se incorpora y hace amago de tocarme, pero levanto el brazo pidiéndole espacio. No quiero que me toque. No quiero que me recuerde que quiero que sea otra. No quiero que esté aquí. No quiero estarlo yo.

Me tiemblan las manos. Me las llevo al pelo y después apoyo los codos en las rodillas. Me falta el aire. La sangre me bulle por dentro. No puedo respirar. No puedo hablar si no es para pronunciar las palabras que se me atascan en la garganta. No puedo seguir sin hacerle daño. Y me odio. Me odio por ello y sé que no la merezco. Que ella se merece algo mejor, pero que esto es lo que tengo. Lo que ahora soy. Que tengo a Luna ya no solo en la cabeza, en aquel sitio reservado a los recuerdos, sino también en cada terminación nerviosa de mi cuerpo.

La voz me sale tomada por un sentimiento desconocido, por un montón de emociones negativas y por toda la culpa que llega como una avalancha de nieve y me cubre entero. Eso siento. Y me odio. Y da igual con cuánta intensidad lo haga, porque eso no consigue que las sensaciones que me despierta Luna desaparezcan.

Así que hablo. Confieso todo eso que tengo que decirle. Medito cómo hacerlo, pero es tan sencillo de entender para nosotros que solo necesito seis palabras.

Seis.

—Luna es mi chica del tren.

Y, solo con eso, volvemos a toda velocidad a unos años atrás. Volvemos a un piso más pequeño en el que le dije que necesitaba un tiempo, porque había conocido a una chica en un viaje y me había hecho cuestionarme demasiado a

mí mismo. Volvemos a un momento en el que la dejé por una ilusión, porque la necesidad de saber si era posible de lograr era más fuerte que mis sentimientos por ella. Volvemos a encontrarnos con la única piedra tan grande en nuestro camino como para obstaculizarlo por un tiempo.

Y, después, de un golpe al presente. Un presente en el que la chica del tren irrumpió y lo hizo para quedarse durante unos meses en los que París me pareció más bonito que nunca.

Leo en los ojos de Ángela todo eso. Las piezas encajando. Los reproches creciendo imparables. La traición. Las mentiras. Los secretos. La humillación. El dolor.

En los míos se reflejan todas las formas de pedir perdón que se me ocurren.

No son suficientes.

Su mirada se rompe. Y la mía. Y toda nuestra vida se hace pedazos.

Me levanto, memorizando sus lágrimas y saboreando las mías para nunca olvidar este momento. Para nunca olvidar lo que nos he hecho. Para nunca olvidarme de que, en este instante, sé que la quiero y que, pese a ello, tengo que marcharme.

Después piso todo ese destrozo que cubre el suelo, me pongo lo primero que pillo en el armario y me voy.

Ella no me pide que me quede.

Luna

París en verano también huele diferente. Es bonito ver la ciudad llenarse de vestidos cortos y de parejas tiradas bajo las sombras de los árboles matando el tiempo con besos suaves. La algarabía de las terrazas. El ruido, más intenso que de costumbre, que provocan los turistas. Las canciones que se deslizan por las ventanas abiertas.

De la mía sale *Monstruos*, de Leiva, mezclada con el olor al chocolate de la tarta que estoy intentando hacer para darle en los morros a Julien con eso de que soy una inútil integral. Porque lo soy, pero también soy tan competitiva como para demostrárselo a mi manera.

Estoy descalza y bailo, mientras chupo la espátula manchada de chocolate, cuando llaman a la puerta. Me miro de arriba abajo y me encojo de hombros. Solo llevo una camiseta de Julien, pero lo suficientemente larga como para no provocar sofocos a nadie.

Abro con un dedo en la boca para limpiarme los restos y lo observo boquiabierto. El corazón me da un vuelco. Es como si se saltara latidos que me hacen perder la razón por momentos. Han pasado más de dos meses... y ahora está frente a mí. Inesperado. Rompiendo mis esquemas y barreras solo con su aparición repentina.

—Étienne... —Al escuchar su nombre en mis labios, parpadea. Poco más.

No sé qué está haciendo aquí. No me mira. No hace nada. Está muy quieto, pero tiembla. Sus ojos están enrojecidos. Huele a tabaco, a alcohol y a culpa. Huele a decepción.

No lo conozco en este estado. Esto es algo nuevo distinto a lo vivido hasta el momento. Algo que no sé si me agrada del todo, pero que sigue provocando un hormigueo en mi piel y otras sensaciones que solo asocio con él.

Lo observo y parece estar ausente; parece necesitar que alguien le diga cuál es el siguiente paso.

Sin embargo, cuando alza un poco la cabeza y clava su mirada en la mía, lo encuentro. Encuentro a ese Étienne que me abrazó a punto de tener un ataque de pánico en un tren. Al mismo que era arena cálida para mí y que ahora parece necesitar que alguien lo sujete.

Lo agarro de la mano y lo meto dentro.

Él se deja guiar.

Nos quedamos en el centro del salón, uno frente al otro.

Yo no sé qué hacer. Ni siquiera sé qué está haciendo aquí. Solo sé que no quiero que esté así, que no lo soporto, que su dolor casi se me pega como una capa acuosa y me duele a mí también. Solo sé que me alegro de que haya venido a buscarme a mí estando en estas condiciones y que quiero llorar con él. Lo demás... lo demás se olvida rápido.

—¿Qué necesitas?

Mi voz lo despierta. Parpadea un par de veces y una lágrima moja sus pestañas.

De repente, parece que cae en la cuenta de dónde se encuentra. De que estoy delante de él, yo, Luna, y de que esto es real. De que ha venido buscando a la misma chica de la que tanto ha querido huir. La que tuvo que marcharse para que no siguiera doliendo.

Mira mis pies descalzos, sube por mis piernas y por la camiseta que cubre mis muslos. Para en mi cuello, en mis labios y en mis ojos. En mi pelo. Entonces suspira y abre la boca, pero no le salen las palabras. Implican un esfuerzo inmenso. O quizá es que suponen una declaración tan grande que solo intentar confesarla lo desarma.

Suelta un gemido. Es leve. Apenas es perceptible. Pero es lo que lo activa antes de acercarse en dos pasos rápidos y fundirse conmigo en un abrazo intenso, devastador. En un roce que provoca que él se derrumbe y lllore sobre mi cuello. Que por fin sea Étienne conmigo, soltando todo eso que lo amarraba tan fuerte que no dejaba de doler. Y susurra, rozando mi oreja, con una voz nueva que nunca había conocido en él, porque es la suya, pero rota en tantos trozos que parece otra.

—A ti. Te necesito a ti, Luna.

Étienne

Me abraza. Y, por primera vez, siento que es ella la que guía del todo este contacto, como si yo fuera un muñeco, un niño pequeño que se agarra a alguien para sentirse protegido.

Ni siquiera sé qué hago aquí. Al salir del piso, me he dedicado a caminar sin rumbo, hasta acabar en un hotel. He pagado una habitación, me he duchado en agua fría y le he dado buena cuenta al minibar. No ha servido de nada porque, cuando ha salido el sol, yo seguía igual. Igual de tenso, de inquieto, de roto.

Me he marchado y he acabado en su puerta. Solo necesitaba verla y mis pies me han guiado hasta ella. Hasta esta casa que comparte con otro hombre que conozco, pero del que apenas sé nada.

Mi cuerpo está inerte, no me muevo, solo la siento sujetándose a mi espalda, con fuerza, como siempre me ha abrazado Luna; de verdad; con todo el sentimiento del mundo puesto en este gesto. Huele a ella, a restos de ese perfume de fresa que ya tengo enquistado en el cerebro y a chocolate. Huele como deberían oler todos los abrazos que me diesen en la vida.

Cuando consigo respirar otra vez y dejar de sentir esa ansiedad que me estaba matando, alzo su cabeza con dos dedos y me encuentro con sus ojos.

—¿Estás mejor? —susurra, preocupada y dispuesta a hacer cualquier cosa que ahora mismo le pidiera. Después de haberla obligado a huir, a desaparecer de mi vida, porque yo era incapaz de permanecer lejos si la sentía cerca.

«¿Por qué eres así, Luna?», quiero preguntarle. «¿Por qué estarías dispuesta a lanzarte por un precipicio si alguien como yo te lo pidiera? ¿Por qué te entregas entera a sabiendas de que es más fácil perder que ganar?».

Pero no soy capaz de hablar, solo puedo mirarla.

Subo los dedos por su barbilla y llego a la comisura de sus labios. Tiene la piel manchada de chocolate justo sobre ese lunar que me vuelve loco. Se lo limpio con las yemas y después se lo muestro antes de llevármelas a la boca.

—Chocolate.

No me gusta, pero ella sí. Ella me encanta.

Luna se ríe. Es una risa de niña, pero no lo es. Por fin me doy cuenta. Quizá nunca lo haya sido. Quizá el niño de los dos sea yo.

Observa cómo lamo mis dedos y suspira.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí. No.

Nunca me había sentido tan mal y tan bien a la vez. Es su efecto. Acabo de tirar por la borda una relación que, pese al parón que vivimos, para mí abarca los últimos seis años de mi vida y, si la miro, deseo sonreír. Eso consigue. Es exasperante moverse de un extremo a otro con tanta facilidad, pero eso es lo que sucede cuando estamos juntos.

Sonrí y Luna entrelaza su mano con la mía con una expresión tímida que me desarma. Nunca hubiera imaginado que el pudor pudiese hacer acto de presencia en ella, pero ahí está. Porque no hay nadie más en la casa. Y solo lleva una camiseta. Y la tensión que siempre saltaba cuando estábamos solos ha desaparecido, porque ya no tiene sentido; lo ha hecho en cuanto yo la he dejado en el dormitorio de mi piso, junto a Ángela.

—No sé qué ha ocurrido, pero no pasa nada si estás mal, Étienne. Aunque eres afortunado —me dice, arrugando la nariz en ese gesto que me vuelve loco y con una picardía un tanto infantil. Quiero decirle que no sabe cuánto...

—¿Por qué?

—Has venido al lugar adecuado. Hay tarta de chocolate recién hecha y sé dar muy buenos abrazos.

Sonrí y tira de mí, hasta llevarme a la cocina. Sin preguntar nada más. Sin pedirme explicaciones. Sin echarme de su casa tras haberle dado un poco de mí para un minuto después quitárselo. Después de esforzarme yo por echarla a ella de mi vida.

Coloca una tarta que tiene una pinta más que decente en la barra que hace de mesa y saca dos cucharas de un cajón. Me ofrece una y se sienta de un salto en la encimera. Mete la cuchara en el borde y se la lleva a la boca.

—Mmm... —gime al saborearla y tengo que sujetarme para no atrapar ese sonido con mi boca. En vez de eso, la imito. Cojo mi cuchara y la pruebo. Ella espera mi veredicto con sus ojos azules muy abiertos y la boca cubierta de migas de bizcocho.

—Es perfecta.

Suspira con alivio y sonrí, mientras sigue comiendo en silencio.

Es mentira. No está tan buena, solo es decente, pero no importa. Como tampoco importa que no me guste el chocolate. Porque ella sí que me parece perfecta en este instante. Sentada ahí, con las piernas desnudas colgando, las uñas de sus pies brillantes de color azul, su pelo revuelto, su manera de hacer que cada segundo parezca un abrazo eterno del que no querer salir.

Luna es perfecta aquí; hoy; para mí.

Luna

Nunca había pensado que compartir una tarta en silencio pudiera ser una de mis actividades favoritas del mundo entero. Pero lo es. Quizá solo lo sea porque lo estoy haciendo con él. Con Étienne. Tan distinto a mí. Tan inesperada su aparición. Tanto lo que me recuerda a todo lo que hemos vivido.

Parece más tranquilo. Su rostro sigue apagado, pero ya no duda. Ya no tiembla. Ya no parece cargar con un peso enorme sobre sus hombros. Ni siquiera me parece el mismo Étienne que he visto tantas veces en la oficina.

Lleva unos vaqueros claros y una camiseta blanca. No se ha peinado ni afeitado. Sus ojeras están marcadas y su piel apagada. Y, pese a ello, así incluso me parece más joven. Más... menos... lo que sea.

Come despacio y lame la cuchara hasta limpiarla cada vez que se la lleva a la boca. Yo no. Yo como rápido y tengo que pisar el freno, porque se ríe cada vez que noto chocolate en mis labios o en las manos. Una de las veces se me cae un trozo en el muslo y él lo recoge con lentitud, erizándose la piel.

Así somos él y yo. Calma y tormenta. Arrojo y prudencia.

Podría pensar que sí, pero Étienne no ha venido a besarme. No ha venido a contarme que ha tomado una decisión y que yo soy parte de ella. No ha venido a compartir conmigo nada que no pueda esperar; sino que ha llamado a mi puerta porque me necesitaba. Solo eso. Un abrazo. Un paréntesis único en su vida. Un parón en un tren bajo la nieve; aunque estemos en un piso de París y el calor del verano se cuele por la ventana abierta.

Y todo eso hace que me guste más aún. Porque, cuando su mundo se caía a pedazos, ha venido buscando asilo en el mío. Y eso debería ser suficiente para entenderlo todo.

—Tengo que decirte una cosa.

Tiemblo. Es instantáneo. Las cosquillas se arremolinan en mi estómago y se frenan de golpe, tirando con fuerza y haciendo daño. Casi siento como si su dedo estuviera arañando una costra de una herida que compartimos, a punto de destaparla y ver si ha curado o aún sangra.

—Hazlo rápido.

Coge aire para después soltarlo.

Yo cierro los ojos.

—No me gusta el chocolate.

Me chocan tanto sus palabras que me cuesta comprenderlas. Me quedo

muy quieta. No reacciono, pero, segundos después, parpadeo y rompo a reír. Lo hago tanto que tengo que sujetarme por la cintura y los ojos se me humedecen.

Y qué bien sienta...

Los nervios desaparecen y la calma llega.

Lo recuerdo diciéndome que sí a compartir una *crêpe* de chocolate y plátano y creo que en ese aspecto somos demasiado iguales, y nos diríamos que sí a cualquier cosa que él otro deseara de poder hacerlo.

Étienne me acompaña con carcajadas de esas incontrolables que te dejan sin aire y, a la vez, te ayudan a volver a respirar cuando crees que ya no es posible.

Soltamos las cucharas y las dejamos sobre esa tarta medio destrozada de la que no queda apenas nada de la capa que la cubría. La misma tarta que ha comido conmigo sin ni siquiera gustarle el chocolate. Como aquel *whisky* que tampoco nos complacía.

—Pensé que ibas a decirme algo trascendental, del tipo «me he enamorado de ti».

Su risa se frena ante mi descaro, pero sigue sonriéndome. Todo ha cambiado tanto sin necesidad de vernos en estos meses que me siento hasta cómoda bromeando sobre nosotros. Antes mi sarcasmo nos tensaba; ahora, no. Porque algo ha cambiado. No hace falta decirlo en alto; simplemente, se siente.

—No sé si estoy enamorado de ti, Luna, pero se lo he contado a Ángela.

—¿Qué? ¿Pero...? ¿Por qué has hecho eso?

Hago el amago de bajarme de un salto de la encimera, pero él me frena, poniendo una mano sobre mi muslo.

—Porque se merecía saberlo. Y porque lo que sí sé es que podría llegar a hacerlo.

Se acerca a mí. Se cuela entre mis piernas y yo las abro, acogiéndolo.

No puedo cerrar la boca. Él la observa. Lo hace con algo en su expresión que me recuerda a la sed. No puedo mirar a otro lugar que no sea su rostro, sus ojos sinceros, sus labios de chocolate. Y yo sí adoro el chocolate.

Entonces Étienne levanta la mano, acaricia mi mejilla y yo me apoyo en él, cerrando los ojos y saboreando la intimidad del momento, esa reacción instantánea que hace que salten chispas a nuestro alrededor y que el resto del mundo desaparezca.

Cuando los abro, sonrío, me deja un beso sentido en la frente y me susurra

unas últimas palabras al oído antes de marcharse como si no hubiera hecho girar mi mundo por completo.

—Porque sé que podría fácilmente volverme loco de amor por ti.

Nunca se debería infravalorar un beso en la frente.

Sigo sentada en la encimera. Étienne se ha marchado silencioso y lo ha dejado todo como estaba antes. La ventana abierta. Una nueva canción de fondo. El aroma del chocolate en cada rincón de la casa. Todo menos a mí. A mí me ha dejado tocada; llena de tanto que solo necesito una última gota para que lo que guardo en mi interior desde hace una eternidad rebose.

No, ya lo ha hecho. Ha sido ese beso.

Me bajo de un salto y corro hacia la ventana. Me asomo y lo veo. Acaba de salir del portal y camina calle abajo. El aire despeina mis mechones y levanta mi camiseta, haciéndome cosquillas en el ombligo.

Sonrío. Respiro profundamente. Me muerdo el labio. Mi corazón late tan fuerte que casi me pide escaparse por mi boca y seguirlo dando tumbos.

No pienso. Echo a correr y salgo de casa. Bajo las escaleras lo más rápido que puedo. Las baldosas están frías bajo mis pies. Mi piel no. Mi piel arde; toda yo lo hago.

Salgo del edificio y me dejo llevar hacia él. Cada zancada me acerca más a ese destino tan forzado a no suceder.

Al llegar a la esquina, lo veo al final. Caminando despacio con las manos en los bolsillos. Casi como si estuviera dándome tiempo suficiente para aparecer.

—¡Étienne!

Mi grito lo hace girarse. A él y a todas las demás personas que nos rodean y que miran con asombro mis pies descalzos y la camiseta de Julien que, por muy grande que sea, deja poco trabajo a la imaginación para intuir que no hay mucho debajo.

Se da la vuelta y yo me paro.

Y lo veo...

Veo un beso.

Lo veo suceder antes de que ocurra, pero esta vez es de verdad.

Lo veo en sus ojos mientras me observa obnubilado, agradecido, sintiendo con la misma intensidad lo que yo estoy experimentando.

Lo veo en el aire, en los rostros de los viandantes que nos estudian curiosos y en el propio París, cansado de sostener por más tiempo esto que

cargamos desde que descendimos en una estación de tren.

Lo veo en mí, cuando doy el primer paso y corro hasta su encuentro sin importarme nada más.

Lo veo cuando los brazos de Étienne se abren para acogerme y me suben a su regazo.

Mis piernas se enredan en su cintura. Sus dedos se acoplan bajo mis piernas. Nuestras narices se rozan. La respiración se convierte en una.

—Dinamita —susurra contra mis labios.

—Arena. —Sonrío yo contra los suyos.

Y ya no hay espacio para nada más. Hasta el aire me sobra. Todo lo que no seamos él y yo, y la música que pone banda sonora desde la ventana de un sexto piso que nos espera, lo hace.

Y no solo lo veo, ahora lo siento.

En mi boca.

En cada latido de mi corazón.

Étienne

La beso. Y no es mentira. No es un sueño. No es una fantasía tantas veces recreada que parece hasta gastada. Es real. Los labios de Luna se posan sobre los míos dibujando una sonrisa que yo atrapo. Que lamo. Que me quedo para mí. Levanto una mano y la pongo en su nuca, para que no se me escape. Y pienso que lo quiero todo. Más aún cuando abre la boca y su lengua conoce la mía.

Es una descarga. Una sensación indescriptible.

Aprieto su trasero con la otra mano para que no se caiga y el nudo de sus piernas se hace más fuerte a mi espalda. No creo que nadie fuera capaz de deshacerlo en este instante.

Su boca es suave. Su sabor es delicioso. A vida, a todo eso que ella me ha mostrado desde que la conocí, a tarta de chocolate. Su cuerpo es perfecto, se acopla al mío como si estuviera hecho para llevarla a cuestas todo el tiempo que me lo permita. Sus besos son intensos y tan salvajes como lo son cuando crees que es el último que darás. También son dulces. Y tiernos. Son todo lo que se puede esperar de un beso. Son incluso más de lo que yo esperaba de besar a Luna.

El tacto de sus braguitas por debajo de la camiseta me está volviendo loco. El olor de su pelo cuando este se extiende como una cortina sobre mi cara. Los gemidos que salen de su boca e impactan contra mi pecho. Sentir las curvas de su cuerpo despertando bajo la tela de la poca ropa que la cubre.

Es jodidamente perfecto.

—Luna... —susurro contra su boca y sonrío. No deja de hacerlo. También me abraza con esa firmeza y verdad con las que siempre Luna da los abrazos. Con las que vive.

Ahora que la he besado, creo que todo lo hace de este modo. Como si fueran la primera y la última vez condensadas en un intento.

—Ha merecido la pena esperar... —me dice.

Y yo me muero. De ganas. De amor. No lo sé. De todo lo bueno que me provoca.

La beso de nuevo. Muerdo sus labios. Le como la boca con ansia, con deseo, con todo eso que quiero expresar, pero que no me sale de otra forma. Solo quiero que lo sienta. Que me sienta. Que nos sienta a ambos. Y lo hace. Incluso cuando tengo que apartar mis labios de los suyos para poder caminar y no matarnos en el trayecto. Cuando entramos en el portal y comienzo a

subir las primeras escaleras hasta el ascensor con ella pegada a mí, subida a mi cuerpo y regalándome besos húmedos en la mandíbula y en el cuello. Cuando entramos en el cubículo, que hoy sí parece funcionar, y mi lengua busca la suya con urgencia; mis manos hacen lo mismo y arañan su espalda desnuda bajo la tela; sus piernas se mecen y clava entre ellas mi erección. También nos siente cuando nos reímos al ver la puerta de su casa abierta de par en par y nos abrazamos al cerrarla sin ningún miedo. Lo hace a lo bestia cuando la llevo al pequeño dormitorio que ocupa y la pego a la pared antes de arrancarle la camiseta y sentir su piel como llevo años deseando sentir.

Años, joder. Años esperando por un momento.

No viste nada más. Solo unas minúsculas braguitas de color blanco con un lazo en el borde. Paso los dedos por encima de la tela y ella se estremece. Sus pezones se erizan. Rosados, duros, perfectos.

Los nervios de ambos están a flor de piel.

Me junto todo lo posible a ella y le hago notar el efecto que tiene sobre mí. Cómo la deseo. Con tanta intensidad que me da miedo que, al explotar, todo se termine y nos quedemos vacíos.

La suelto y escurre las piernas hasta apoyarse en el suelo. Mis manos se deslizan por sus brazos, por sus clavículas, para acabar en esas puntas erizadas que acaricio por primera vez con delicadeza, intentando descubrir por el camino si le gusta que lo haga y cómo puedo hacerlo mejor.

Pienso que podría correrme solo con tocarla; con averiguar con mi tacto cada rincón que esconde su piel; con apretarla entre mis brazos y mecernos.

—Étienne...

Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás cuando me llevo un pezón a la boca. Mi lengua lo prueba, lo recorre, lo succiona. Ella se sujeta a mis hombros y tiembla.

—Joder... quiero hacerte tantas cosas...

No suena muy halagador, pero ella jadea y se humedece los labios, lo cual me parece una respuesta perfecta.

—Por favor...

No... esta súplica sí que es perfecta.

Me separo y la observo de arriba abajo antes de quitarme la camiseta.

Sus dedos finos y valientes desabrochan mi pantalón.

Y, entonces, todo cambia. El ambiente se carga por la mezcla de tantas sensaciones únicas. Nos estudiamos. Nuestros dedos también lo hacen. Los suyos se deshacen de mis vaqueros. Los míos de su ropa interior. La mía la

acompaña un segundo después en el suelo.

De repente, el miedo a tocarla me provoca un escalofrío; no por acariciarla, sino porque el temor a que esto acabe con todo lo demás que nos quedaba sin estropear aparece un instante fugaz. Se marcha a la misma velocidad, cuando la boca de Luna se apoya sobre mi pecho, a la altura de mi corazón.

Luna

Beso sus latidos. Son rápidos. Son bruscos y me aceleran a mí. Me siento subida a una atracción de feria.

Quiero expresarle con mis besos todo lo que siento cuando me toca; cuando me miraba a escondidas en la oficina; cuando hacía que los momentos vividos a su lado se convirtieran en especiales. Quiero dárselo todo; enseñárselo; pero me da miedo aturullarme, precipitarme y que todo acabe de forma efímera.

Me tiemblan las manos cuando rodeo su espalda y lo acerco a mí. Necesito sentirlo cerca.

—Tranquila, Luna.

—No puedo.

La voz me sale rara al hablar y él sonrío. Su sonrisa consigue que los nervios se calmen un poco. Aunque sigo sintiéndome al borde de un precipicio al que me he asomado muchas veces, pero que ahora dudo si saltar.

—Ven.

Me coge de la mano y nos deja caer sobre la cama. Nos colocamos de costado uno frente al otro. Nuestras piernas se enredan casi como si se echaran de menos y los brazos se buscan. Yo sigo un tanto errática, eléctrica, sin saber muy bien cómo controlar todo eso que llevaba tanto tiempo guardando y que ahora estalla entre nosotros.

—No dejes de mirarme.

Lo hago. Le obedezco. Igual que lo hice cuando miré un paisaje nevado a través de una ventanilla de tren tiempo atrás. Me centro en sus ojos. Son de mi color favorito; de ese azul oscuro con el que relaciono todas las cosas bonitas que me han pasado. Étienne coge mi mano y me deja besos perezosos en la palma, en la muñeca, en la punta de los dedos. Noto correr una sacudida que nace en su boca y se mueve por mi piel. Es como un disparo de adrenalina que me recorre entera; pero una adrenalina que me despierta a mí y que, a la vez, sosiega todo ese nervio que soy.

Con él, con sus besos, su mirada intensa, con su abrazo... llega la calma.

Y todo es silencio. Nunca había conocido uno igual en mi vida. Es un silencio que me resulta mágico.

Our Song de The xx nos llega como un eco lejano desde el salón. Étienne respira despacio y me mira como si fuera lo único que existiera en el mundo. Posiblemente, ahora mismo, así sea.

Me acerco a él y lo beso; lo hago de forma pausada, con delicadeza. Nunca había besado de este modo antes. Midiendo. Respirando. Sintiendo cada segundo. Nunca había querido hacerlo.

Nuestros cuerpos se abrazan desnudos. Se reconocen, pese a ser la primera vez. Se encuentran en un punto en el que es demasiado fácil desear quedarse para siempre.

El anhelo crece según lo hacen nuestros roces.

Nuestras ganas se intensifican.

Étienne me abraza y nos hace girar, colocándome sobre su regazo.

Los besos suben de nivel. Las lenguas desean más. Los sexos también.

Lo queremos todo.

En un momento dado, las manos se pierden en la mesita de noche con urgencia y las risas de ambos rompen ese silencio como pocos, o quizá lo llenan de algo nuevo. Eso y el rasgado de un paquete de aluminio.

Y después... solo somos nosotros. No hay nada más. Solo mi cuerpo deslizándose por su excitación. Solo él entrando en mí. Solo el movimiento de dos personas acompasado. Solo sus manos apretando mis muslos y las mías acariciándolo sin cesar, casi con rabia mal contenida mezclada con amor; pasándose por su estómago, por su pecho, por su cuello, por su boca. Atrapando besos que deja sobre mis dedos. Besos que después acaban en mis labios cuando se incorpora y empuja en mí con vigor.

Lo siento cada vez más.

Más dentro. Más intenso. Más imparable.

Su mano al final de mi espalda. La mía tirando de su pelo. Su lengua bailando con la mía.

Las chispas que se encienden y lo queman todo a su paso.

El orgasmo. Compartido. Glorioso. Con los ojos de uno clavados en los del otro y el corazón en la garganta soportando las palabras que no quieren ser dichas por miedo.

¿Cuánto puede tardar una persona en enamorarse? Lo que dura un orgasmo contigo.

Étienne

No quiero salir de esta cama; ni de esta casa; ni de ella.

Me muevo y Luna alza la cabeza, que no se separa de mi pecho.

Es tan bonita... toda ella. Haga lo que haga. Hable o calle. Sonría o frunza el ceño. No puedo dejar de recrearme en la sensación de felicidad que me llena al tenerla entre mis brazos.

—¿Vas a explicarme algún día lo que significa? —le digo, rozando la tinta en forma de números en su piel. Ese tatuaje que despierta mi curiosidad cada día un poco más.

—Algún día. Pero no hoy.

Suspiro y vuelvo a perderme en mis pensamientos. En lo que debo hacer. En lo que siento. En lo que quiero.

—¿Estás meditando sobre cómo escaparte?

Me río. Ella me muerde la piel por encima del ombligo.

—No. Si por mí fuera, no saldríamos nunca de aquí, pero tengo que irme. Tengo que...

Deja de besarme y sus ojos curiosos me observan, esperando unas palabras que no quiero que estropeen este momento, pero que debo pronunciar.

Que todo se paralice aquí dentro no significa que el resto del mundo lo haga.

—¿Qué tienes que hacer? Dímelo, Étienne. Sabes que conmigo puedes decir lo que quieras.

Resulta tan fácil quererla... O... lo que sea.

Le doy un beso en el comienzo del pelo y ella cierra los ojos y suspira. Me da la sensación de que cada vez que hace eso es casi como una fotografía invisible; como si atrapara esos momentos en su cabeza.

Entonces pienso en Ángela. En la que aún es mi mujer, pese a que sepa con certeza que todo lo demás está roto, y que en estos momentos estará llorando, u odiándome, o intentando entender qué es lo que ha pasado de un día para otro. Aunque no haya sido así realmente; aunque la semilla de esto que tengo entre las manos, *esto* que se muerde el labio expectante y con evidente preocupación por mis dudas, empezó a crecer hace tanto que ni me acuerdo. Pienso en Ángela y noto un sabor amargo subiendo por mi garganta, porque no he tardado más de unas horas en correr hacia otros brazos que llevaban meses reclamándome. Y está mal. Tan mal que sé que debo irme y

joder también este comienzo.

—Debo arreglar algunos asuntos. Me he marchado sin más.

—Entiendo. ¿Estará bien? —Y que me pregunte por Ángela es raro, pero tan sincero que no puedo más que admirarla a ella también y odiarme un poco a mí.

No las merezco. A ninguna de las dos.

—No lo sé.

No soy capaz de decirle que no lo creo. ¿Quién lo estaría ahora mismo en su situación? Pero no quiero que Luna se sienta culpable por algo de lo que solo yo soy responsable. No quiero ensuciar más este momento.

Le acaricio la mejilla; ella sonrío y niega con la cabeza. Parte de esa melena que me encanta le cubre el rostro.

—No lo hagas. No me trates como si fuera frágil o una niña. No lo soy.

—No hago eso.

—Sí lo haces. No me escondas lo que sientes. Conmigo no.

Conmigo no.

Me parte en dos. ¿Eso hago? Sí... eso he hecho con Ángela. Llevo escondiendo estos sentimientos meses. Diciéndome que estaban mal, que eran ilógicos y que debía hacerlos desaparecer. Ahora asumo que no se puede. Puedes tomar decisiones respecto a ellos, pero, sean estas las que sean, nunca se evaporan. Siempre permanecen.

Miro a Luna, a sus ojos azules grandes y soñadores, y dejo salir las palabras, sintiendo a la vez el alivio de, por fin, poder ser sincero con alguien más y hacerlo en alto y no solo en mi cabeza.

—Es una mierda. Sentirse así. Saber que yo le he hecho esto. Que la he dejado esta madrugada en casa, sola, después de decirle que tú eras mi chica del tren. La única persona que consiguió separarnos una vez. —Coge mi mano y besa la palma; y, pese al gesto, sé por la sombra que oscurece su mirada que también siente el peso de la culpa—. He buscado un hotel y me he tomado unas copas. Cuando se ha hecho de día y sabía que debía hacer algo más que esconderme en esa habitación, solo podía pensar en ti. En venir y en que me abrazases. Lo he hecho y ahora estamos aquí. Desnudos. Ella acaba de descubrir una mentira enorme y yo me he acostado contigo. ¿En qué me convierte eso, Luna?

Se me rompe la voz. Ella me abraza y hunde la cara en mi cuello, antes de susurrar:

—En humano.

Supongo que tiene razón, para bien o para mal.

—No quiero irme —le digo.

—No lo hagas.

Me río. Aprieto los dedos en su costado y es ella la que suelta una de esas risas roncadas y abiertas que tanto me gustan. La acallo con la boca. No me controlo. Lo hago de forma brusca, con la delicadeza justa solo para sujetarla por las mejillas y no hacerle daño, pero con un ansia que me puede. Llevábamos demasiado conteniéndonos y ahora no puedo parar. Su lengua responde al momento y ya no puedo pensar en nada.

Con ella soy más animal que humano, eso me pasa. Más instinto. Más yo, sin disfraces ni barreras.

Me giro con rapidez y la atrapo bajo mi cuerpo. Sus piernas se abren. Su espalda se arquea. Mi cadera se acopla con la suya. Sus dientes marcan mi hombro. Los míos recorren algún trozo de piel aún intacto.

Creo que nos queda aún tanto por descubrirnos... por darnos...

Y sé que quizá no es el momento y que debería irme, pero no puedo. No sin entrar de nuevo en ella y demostrarle lo bonito que lo hacemos juntos.

—Hazlo... —susurra.

Y me besa. Con más lengua que otra cosa. Con ganas y casi con rabia. Con toda esa intensidad que rebosa en ella.

Nos rozamos. Nos lamemos. Nos buscamos.

—Joder, Luna...

Me muevo entre sus piernas y la siento húmeda y cálida según entro en su cuerpo. Es tan bueno que no quiero que se acabe nunca. No si tengo que marcharme lejos de ella después de esto. Aunque solo sea por unas horas. Todo ha sucedido demasiado rápido como para que desaparezca a la misma velocidad.

La sujeto por debajo de las rodillas, levantando su trasero con cada embestida. Con cada movimiento, más profundo que el anterior, Luna gime más alto. Suspira palabras que no entiendo. Me grita que no pare, que la sujete, que llegue con ella.

—Adonde tú quieras, *amour*...

Atrapa esa palabra que no esperaba, tan natural, tan sentida, tan sincera, con su boca, con todo lo que es. Me hace hasta daño y siento el sabor de la sangre cuando el orgasmo la sorprende con mi labio entre sus dientes. Tira de él y me encanta que lo haga, que lo viva todo de ese modo que me hace a mí correrme en un gemido hondo que se pierde en su garganta.

Nos falta el aire. Estamos sudados y pegajosos. Estamos unidos y olemos a nosotros y a sexo.

Me llevo un dedo a la boca y veo en la yema el color de la sangre.

Ella se tapa la cara con aparente vergüenza, que sé que no siente, antes de echarse a reír, de pedirme perdón con voz infantil y de rozarme la herida con suavidad y besos tiernos que me enloquecen del todo.

—Perdona, perdona. Es que... es que me descontrolas.

Yo me río y sujeto sus manos a ambos lados de su cuerpo bajo las mías para que pare y me escuche bien. El pelo pegado a su cara. Su piel tersa y pálida. Las pecas de su nariz.

—No te controles nunca más conmigo, Luna. Conmigo no.

Porque lleva tiempo haciéndolo, lo sé. Frenándose. Ocultando sus sentimientos en miradas y gestos indiferentes, y no quiero volver a verla apagada, menguada. Quiero ver a mi Luna en todo su esplendor.

—Te lo prometo.

Sonríe con tanta ilusión que pienso que... qué diablos. Quizá no importe irme por la mañana.

—Y ahora... muérdeme otra vez.

Luna

Lo miro dormir. Estaba tan cansado que ni siquiera ha sido capaz de mantener los ojos abiertos dos minutos después de otro asalto.

Me río al recordarlo. Yo de espaldas y Étienne agarrándome por detrás apoyados en la puerta del dormitorio.

Volvíamos de atacar la tarta en la cocina y me he reído de él por ser tan blando como para comer más sabiendo que no le hacía gracia el chocolate; solo por complacer a mi ego, al ser capaz de cocinar algo para un destinatario al que solo le hemos dejado un pedazo y migajas. Mi risa se ha visto amortiguada por sus brazos. Su mano me ha estremecido al colarse por dentro de mi ropa interior. Mi camiseta ha desaparecido en segundos.

Tocarnos. Sentirnos. Probarnos.

Sensaciones nuevas que no podemos dejar de experimentar, porque las ganas llevan tanto alimentándose que resulta imparabile una vez empezado.

No ha sido lento y calmado, como el primero. Ni pasional y romántico, como el segundo. No. Ha sido brusco, rudo, un tanto salvaje y... perfecto.

Supongo que eso nos dice que podemos ser lo que nosotros queramos.

Paso la mano por la sombra de barba que oscurece su piel y suspiro.

—Creo que te quiero.

No puede oírme, pero no me importa. Soy de las que necesitan decirlo cuando lo sienten; y aquí lo tengo, extendiéndose por mi interior como el que abre un aspersor y lo riega todo. Además, me lo ha dicho.

No te controles nunca más conmigo, Luna. Conmigo no.

Y no lo haré. Con él, no tiene sentido. Porque esto es real, es tan de verdad que debería morirme de miedo, pero, si algo soy, es una persona más temeraria que cobarde. No sé funcionar de otra manera.

—No solo lo creo, Étienne. Sé que te quiero. Creo que te quise la primera vez que me abrazaste.

Él duerme. Y yo, después de esa confesión, de darle un beso en los labios y de cerrar los ojos más feliz que en años, también.

Cuando me levanto, Julien me espera en la cocina con café y los restos de la tarta. También lo hace con una expresión de tensión no disimulada.

—¿Qué tal la tarta?

—¿La poca que me habéis dejado? Seca.

Me río entre dientes. La verdad es que solo estaba pasable.

—Lo intenté.

—¿Te refieres a cocinar o a cerrar lo tuyo con Étienne?

—A ambas cosas.

Comemos en silencio y bebemos café. Pese a todo lo ocurrido, me siento mejor que en años y él me lo nota rápido.

—Deja de sonreír.

—No puedo.

—¿Eso significa...?

—Significa que ha sido una de las mejores noches de mi vida. Eso significa.

Le da un trago largo a su taza. Después saca un cigarrillo y lo enciende en silencio. Y me mira. Sé que le da miedo. Sé que piensa que esto es un error, pero también sé que mi felicidad le llega y provoca la suya.

—Venga, cuéntamelo.

—¿Todo?

—Todo. Hasta lo más sucio que hayáis hecho ahí dentro.

Me echo a reír y él me acompaña. Y se lo cuento. Le pido perdón por comernos su tarta. Le explico mis sentimientos. La magia de un primer beso que llevaba años esperando ser. La sensación de tocarnos por primera vez. La despedida dulce entre sueños que me ha regalado antes de irse y de prometerme, por primera vez, que volverá a mí en cuanto pueda. Todo.

Y, cuando termino, no queda tarta, ni café, pero sí sonrisas.

Julien se levanta, me da un beso en la comisura de los labios, y me susurra algo antes de revolverme el pelo y desaparecer dentro de su cuarto.

—Me has puesto un poco cachondo con tu relato, pero, sobre todo, me has hecho sentir amor.

¿Estará Julien en lo cierto? Cierro los ojos y deseo que sí; que no sea solo un espejismo, sino una realidad que puedan percibir todos los que nos rodean, incluidos nosotros.

Étienne

Cuando llego a la puerta y meto la llave, me siento raro; como a punto de colarme en un hogar que no me pertenece. Quizá sea eso. ¿Es posible que suceda tan rápido? ¿Que de un día para otro un lugar que era tuyo te haga sentir un extraño y que otro que no lo es te parezca más tuyo que ninguno?

Al abrir, el chirrido que produce la madera me resulta familiar de un modo doloroso.

Ella aparece en el pasillo. Lleva una de sus batas de seda solo sobre la ropa interior, y recuerdo en el acto lo que me excitaba que le gustara pasearse así por casa. Ahora siento tristeza. Su rostro está pálido y ojeroso. Pese a ello, está preciosa, porque lo es.

—¿Puedo pasar?

—Claro. Sigue siendo tu casa.

—En realidad, no lo es.

La casa se la regalaron sus padres a Ángela cuando anunciamos nuestra boda. Así que no, no es mi casa. Y, aunque lo fuera, tampoco la consideraría como tal después de esto.

Atravesamos el pasillo y llegamos al dormitorio. No sé por qué cruzamos el salón y nos colamos allí. Quizá porque, al final, fue el lugar más nuestro de este piso.

Ángela se asoma a la ventana y yo me siento al borde de la cama. Veo un pañuelo escondido en uno de los bolsillos de la bata. Su mano lo retuerce una y otra vez.

No está bien. No está nada bien. Lo sabe ella, y yo, y cualquiera que la haya visto y, aunque la pregunta sea innecesaria, debo hacerla, porque tiene derecho a contestarla del modo que quiera.

—¿Cómo estás?

Se gira con todo el odio capaz de transmitir en una mirada y escupe sus palabras con ira mal contenida, mientras observa con desprecio que llevo la misma ropa con la que salí de casa hace dos noches.

—¿Y Luna? ¿Cómo está Luna?

Sus ojos se llenan de lágrimas en el acto, antes de que yo pueda siquiera tensarme y prepararme para contestar a cada una de esas preguntas que nos romperán del todo.

—Ángela...

Su ira se transforma enseguida en pesar y se tapa la boca con las manos

temblorosas. Quiero abrazarla, pero sé que no desea que la toque y lo comprendo.

—Perdona. Perdona. No... no quiero empezar una guerra que sé que tengo perdida de antemano.

Se seca el rostro con el pañuelo de tela y entrelaza las manos entre sus piernas después de sentarse a mi lado. Parece más pequeña. Más niña. Casi como si hubiera encogido en apenas un día y medio.

—Esto no es una guerra.

—¿Qué es, entonces?

—Una derrota, sin más.

Porque así lo veo. Nunca pensé que una persona que abandona a otra por una tercera pudiera considerar el acto como una derrota, pero así me siento. Como si hubiera fracasado.

—Supongo que para algunos más que para otros.

Se ríe con sarcasmo. Yo pienso que ojalá fuera una persona capaz de soltarlo todo, de insultarme con ganas y desgañitarse para aliviar ese dolor, pero Ángela no es así. Ángela es buenas formas y es contención. Es de las que se encierran después en soledad y analizan lo ocurrido buscando fallos y errores. Incluso culpándose sin razón. Es todo lo opuesto a Luna en tantas cosas que me resulta curioso de un modo enfermizo.

—Aunque no me creas, odio esto. Puede que parezca que yo gano, pero no es verdad. —La voz me sale rara, resquebrajada—. Yo no quería perderte, pero...

—Pero ella apareció. Lo sé. Créeme, he tenido tiempo para entenderlo todo. Lo que no sé es cómo estuve tan ciega.

—No te he sido infiel.

Necesito que lo sepa. Que mientras estuve con ella la respeté todo lo que fui capaz, aunque en eso también fallé, soy consciente. Pero que nunca me hubiera acostado con Luna de no haber confesado. Ni siquiera me atreví a darle un beso que deseaba más que nada.

Sin embargo, su rostro se oscurece y me odio por mentirle. Porque nos parecemos demasiado en ciertos principios morales y Ángela sabe que no estamos hablando de sexo. Si solo fuera sexo... si solo fuera eso yo no hubiera caído. Si solo fuera una atracción inadecuada la hubiese sofocado entre sus brazos. Nunca sentí carencias en ese aspecto. Nuestra relación no tenía carencias de ningún tipo. Eso es lo más difícil de todo. Que no echaba en falta nada. Por eso sabe que esto es importante. Porque no estamos

hablando de deseo, sino de sentimientos más fuertes que lo complican todo.

—No, no sexualmente. Eso lo sé, Étienne. Te conozco bien. Pero sí lo has sido de otras maneras.

—Y te pido disculpas por ello.

—También lo sé, pero yo no te perdono.

Sé que no es comparable al dolor que puede sentir ella, pero su determinación también duele. Vaya si duele.

—Creo que no quiero que lo hagas.

—Tú y tu integridad. Prefieres que te odie a que te perdone, porque sabes que mereces un castigo. Es tu forma de digerir la culpa.

—Me conoces bien.

—¿Puedo preguntarte algo?

Dudo. Lo hago al recordar la cantidad de veces que le he dicho a Luna que hay preguntas que es mejor no hacer, pero me repito que con Ángela todo es diferente. Con ella hay seguridad y calma. Con ella las dudas son certezas. Lo inesperado no existe.

—¿La quieres?

Quizá sí que tiene aún la capacidad de sorprenderme...

Me giro y me encuentro con sus ojos aguados y llenos de rencor. No me lo esperaba. No porque no merezca saberlo ni yo cuestionármelo, sino porque no me esperaba que deseara escuchar esa clase de confesión.

Me quedo en blanco. Abro la boca para contestar, pero no sé qué decir. Y, por mucho que pueda parecer que mi reacción dudosa es la que ella podría desear, es justo lo contrario. Porque no sé si quiero a Luna y, aun así, he sido capaz de, por ella, dejar a mi mujer.

¿Puede un silencio destrozar a una persona? Sí, acaba de ocurrir en este dormitorio en el que fuimos tan felices.

—Me gustaría que te llevaras tus cosas cuanto antes. Mañana estaré todo el día fuera. Y deja la llave en la entrada cuando te marches.

Asiento en silencio. Ella sale de la habitación y me quedo paralizado, sobre esa cama que tantas veces hicimos nuestra. Lo hago pensando en su pregunta, y en mi ausencia de respuesta, y en la tristeza que siento al verla marchar y al sentirla tan lejana. Tan fuera de mi vida. Y en el calor que me provoca el recuerdo de Luna y el tacto de su piel.

No lo sé... percibo mis pensamientos enredados. Los sentimientos enrevesados, como en un ovillo en el que los colores se mezclan y no encuentras la punta de la que tirar. Y es que, tire del hilo que tire, siento que

la bola se aprieta y que esta sensación de angustia aumenta en mi pecho. Una presión que me dificulta respirar con normalidad.

¿Que si la quiero? Puede. Porque lo siento. Algo. Algo que siempre estuvo ahí desde el primer momento en el que la vi y que se engrandeció con el paso del tiempo. La percibo dentro de mí de un modo tan incondicional que resulta una verdad aplastante. Y, pese a ello, dudo, porque ver llorar a Ángela y tener que decirle adiós me está matando.

¿La quiero a ella? ¿Quiero a mi mujer del mismo modo en el que lo hacía en el pasado? Sí. Con rotundidad. Sin duda alguna. Ese sentimiento no ha cambiado.

¿Las quiero a las dos? ¿Es eso posible? ¿Es natural, siquiera?

Me tiemblan las manos y noto mi respiración descontrolada. Salgo al balcón, que se encuentra abierto, y busco una vieja cajetilla escondida tras una baldosa que se mueve. También hay un encendedor. Necesito fumar, necesito dejar de pensar, necesito respuestas que no encuentro, porque todo es un lío enorme dentro de mi cabeza y asentado entre mis pulmones.

Fumo, pero no me calmo.

Pienso en el amor. Como concepto. Como emoción. En qué es, qué aporta y qué te quita. En si es posible tener el corazón dividido por dos mujeres tan diferentes como dos mundos. En si solo estoy confundido por la situación, por tener que adaptarme a ella y por el miedo y la curiosidad ante lo nuevo. Pienso en que si siento algo tan intenso por Luna como creo sentir, ¿cómo es posible que ahora mismo tenga ganas de gritarle a Ángela que no me deje marchar? ¿Que me perdone? ¿Que yo aún la quiero?

Doy la última calada sintiendo que el humo me quema y que los ojos me escuecen.

Podría decir que es por el tabaco, pero no sería del todo sincero.

Luna

Étienne abre la puerta y me tiro a su cuello. Lo hago con tanto ímpetu que nos caemos y acabamos enredados sobre el suelo de esta habitación de hotel. Él se queja por el golpe frunciendo el ceño y yo le doy besos en la cara, mientras le prometo darle todos los masajes del mundo allá donde le duela.

No tardo mucho en ponerme manos a la obra.

—¿Aquí te duele?

Señalo su costado y él asiente.

—Mucho.

Desabrocho los botones de su camisa y mis labios curan su dolor fingido.

Deslizo la boca hasta su cintura.

—¿Y aquí?

—También.

Jugueteo con el botón de su pantalón y su sonrisa libera gemidos lentos que me calientan la piel.

—¿A que adivino que es justamente aquí donde más te duele?

Étienne me observa con los ojos entrecerrados y con un brillo en su mirada que me estremece. Su ropa desaparece. El calor lo llena todo. Cosquilleos cada vez que nos tocamos. Su excitación inmensa y expectante. La mía igual de intensa al saber que se debe a mí.

Lo acojo en mi boca y lo saboreo. Disfruto de sus jadeos, de su dureza en mi lengua, del placer que se extiende por mi piel y que culmina entre mis piernas.

—Te he echado de menos.

Seguimos tumbados en el suelo de esa habitación a la que Étienne se ha mudado de forma provisional. Es grande, lujosa y tiene un balcón con una mesa en la terraza desde la que se ve la Torre Eiffel. Es escandalosamente cara para alguien como yo.

Y, pese a la cama cómoda e inmensa, aquí seguimos, abrazados sobre la alfombra del suelo. Y acaba de decirme que me ha echado de menos.

—No tanto como yo. —Sé que sonríe—. Casi no he dormido desde que te fuiste de mi casa el domingo. Han sido dos noches eternas, Étienne. ¿Te he contado que cuando estoy nerviosa no duermo? Pues eso ha ocurrido.

—Tengo la sensación de que vives nerviosa, Luna.

Su mano no deja de recorrer mi cintura de forma perezosa. Lenta. Como

una caricia que me deja somnolienta. Y al momento pienso que es verdad lo que Étienne ha dicho, pero con una excepción.

—Menos contigo. Cuando estás, yo me calmo. Es así. No hay más.

Su mano se frena. Luego se desliza hacia arriba y me empuja hasta quedar tumbada completamente sobre su pecho. Alzo la cabeza y sus labios se pierden en las pecas de mi nariz. Las atrapa con la boca y yo me río.

—Sueno aburrido.

—No, eres arena. Ya te lo dije.

—O una valeriana.

Me río más fuerte. Él también y su aliento me hace cosquillas que lame y que su boca recoge. Si pudiéramos comernos no dejaríamos ni los huesos; estoy convencida.

Lo queremos todo. Sin parar.

La risa se convierte rápido en una provocación para el otro. Peleamos a ver quién besa más, con más ganas. Nos enredamos y siento que ya estamos perdidos, pero uno mucho más que el otro. Esta vez soy yo cuando Étienne se cuela entre mis piernas, besa mis muslos, los lame y me lanza a un precipicio para terminar tocando el cielo tirando de su pelo y gritando su nombre.

He sido una persona sexual toda mi vida. A los doce le robé un beso a un niño que nunca volvió a hablarme. A los quince perdí la virginidad en una playa. A los diecisiete sabía demasiado. Pero demasiado de lo que no importa. De lo que solo se resumen en experiencias y orgasmos. Nada que ver con esto. Nada que ver con los dedos de Étienne deslizándose con estudiada lentitud por mi estómago, haciendo parada en mi ombligo y después sobre mi sexo. Nada que ver con cómo me late el corazón cuando lo siento entrando en mí, abriéndome y acogiéndolo. Nada que ver con un soplido suyo sobre mi pecho. Ni con lo que siento cuando nos corremos a la vez y el mundo estalla en mil virutas de papel. Y, después, me calmo de un modo único. Casi siento que ni respiro. Que floto. Algo parecido.

Eso me produce Étienne. Eso me hace. Eso me da.

Lo observo leer unos papeles del trabajo. Lleva las gafas y me encanta cómo le quedan. Y su expresión de seria concentración. Y sentir su pierna desnuda por debajo de las sábanas. Y jugar con mi pie a encontrar un punto en el que hacerle cosquillas con los dedos y despertarle silenciosas sonrisas. Y estar solo así, con él, como una pareja; con las ventanas abiertas y una de

las imágenes más bonitas de París de fondo y el olor de las flores enredadas al balcón colándose con la brisa.

Llevo una semana escapándome de casa y colándome en este hotel en cuanto puedo. Una semana en la que Étienne y yo hemos compartido rutinas, horarios, cada segundo que nos ha sido posible. Y soy incapaz de decir cuál es mi momento favorito del día, si cuando nos reencontramos al terminar la jornada o cuando nos acostamos en esta cama uno junto al otro como si lo lleváramos haciendo toda la vida.

Me doy cuenta de que hasta tenemos nuestro propio lado y sonrío.

—¿Qué piensas, Luna?

Me muerdo el labio y me tapo la cara con la sábana. Me da vergüenza. Y yo no tengo vergüenza. Pero ¿cómo decirle que me siento tan feliz en este momento que quiero llorar y reírme a la vez? ¿Cómo explicarle, sin sentirme una niña idiota, que quiero mudarme a un hotel con él como si fuera el mejor lugar del universo para crear un hogar? ¿Cómo confesarle que no quiero dormirme por si al abrir los ojos todo esto desaparece?

—Respira —me dice.

Deja los papeles en la mesilla de su lado y se tumba de costado, mirándome.

Intento decir algo coherente, pero es como si hubiera retrocedido en el tiempo y volviese a tener cinco años.

—Puedo ver el humo que sale de tu cabeza.

Sonríe y recorro ese gesto con mis dedos.

—Pienso en ti.

—Ya lo sé.

—No, no solo ahora. Todo el tiempo. Cada segundo. Cuando me despierto y cuando duermo.

—Yo también pienso en ti constantemente, Luna. Creo que lo he hecho cada día desde que te conocí.

Étienne me abraza y apoya los labios en mi frente. Me encanta que me dé esos besos. Significan tanto que siempre me provocan escalofríos de los buenos. Y me siento tan bien... Y lo siento tanto a él... Tan cómodos, tan felices sin hacer gran cosa más que estar juntos que... las palabras me salen solas. Las dudas. La necesidad de saber si él piensa lo mismo que yo.

—¿Sigues creyendo que esto está —trago el nudo que sube por mi garganta y lo miro a los ojos—... mal?

Es imperceptible, pero lo veo. Veo un fantasma sobrevolando su mirada

antes de desaparecer bajo su leve sonrisa.

Apoya la frente en la mía y me susurra contra los labios.

—No puede estar mal algo tan bueno, pero, aunque lo estuviera, ya no podría marcharme de aquí.

—¿De dónde?

Sonríó contra su boca y él me abraza y me besa antes de hablar.

—De aquí...

Suspiro, cierro los ojos y me pierdo en uno de esos abrazos que solo Étienne y yo sabemos lo que son y cómo hacen sentir. De esos de los que yo tampoco querría marcharme jamás.

Nunca una cama me había pertenecido tanto.

Étienne

¿Qué es la felicidad? Creo que es una pregunta constante que nos hacemos los seres humanos.

Yo siempre había pensado que la felicidad como tal no existía. Que no era posible vivir en un estado tan idílico de forma permanente, sino que la vida consistía en pequeños instantes felices que aparecían con la misma velocidad con la que después se esfumaban. Además, el hecho de subir y bajar de intensidad ayuda a entender cuándo llega lo bueno y valorarlo mucho más.

Antes de conocer a Luna, yo creía que encontrar una estabilidad más o menos saludable era lo óptimo, lo sensato, sin picos extremos que desequilibraran los días, porque esos extremos eran malos, incluso cuando eran de los buenos.

No obstante, mientras la miro, pienso que quizá llevo años equivocado.

Luna está preparando el desayuno en la terraza; coge los platos que nos ha dejado un chico muy amable en la puerta en un carrito, justo después de sonrojarse al verla a ella sin pantalones con esa naturalidad que no solo me abruma a mí. Se ha puesto una camiseta mía que ha robado de mi armario y la acompaña con unos calcetines de rayas de colores chillones; uno, estirado hasta su rodilla; el otro, caído. Me hace acordarme de cómo memorizaba las piernas de las colegialas en mi adolescencia. Su pelo está enredado, como siempre, sin domar. Ella entera parece estarlo. Tararea una canción de un grupo de música pop español que no conozco, pero la letra me hace relacionarla tanto con ella que entiendo que le guste. Habla de una chica voluble. Imprevisible. Bipolar. Que acelera el mundo. Eso hace Luna. Me acelera. Yo a ella la calmo y ella provoca explosiones allá por donde pasa.

Se lleva un trozo de *crêpe* a la boca y la abre sorprendida, antes de coger la jarra de agua y dar un trago largo directamente de ella; se ha quemado la lengua. Yo tengo que hacer esfuerzos para no reírme, aunque no lo consigo.

—¿Estás despierto?

—¿Te has quemado la lengua?

—Sí, ¡mira!

Se lanza sobre la cama con una pierna a cada lado de mi cuerpo y me da un beso profundo que sabe a *crêpe* y a sirope de frambuesa.

—Deliciosa...

—¿Verdad? Adoro esas mierdas de siropes.

—No. Tú eres deliciosa, Luna.

Metó las manos bajo la tela y le hago cosquillas.

¿Cómo es posible que algo te guste tanto? ¿O alguien? ¿Cómo sin saciarte? ¿Sin que se acabe esa sensación al probarlo o al llenarte? Supongo que porque ya me lo dijo ella hace tiempo... nadie se cansa de algo que le gusta. Y me gusta. Me gusta tanto que ni me lo explico. Me gusta más que la idea que me hice en aquel tren sobre ella, y también más que las fantasías recurrentes que tuve cuando regresó a mi vida.

Me gusta todo. Y la totalidad asusta.

—Pues sírvete tú mismo.

Lo hago. Sin censura. Sin dudas. Lo cojo todo. Eso hace Luna. Se entrega.

Llevamos dos semanas así. Muriendo de felicidad entre las esquinas de esta habitación de hotel que podría resultar fría y vacía de todo lo que significa un hogar, pero que yo la veo tan repleta como la mejor de las casas.

Por las mañanas, nos levantamos juntos y me marcho a trabajar. Nos despedimos con un beso en la puerta del hotel y cada uno comienza su jornada lejos del otro. Ella no tiene horarios fijos, sino que se adapta a lo que le sale, pero si no tiene nada que hacer vuelve a casa de Julien o va a verlo al estudio de tatuajes.

Por las tardes, la llamo y la recojo donde esté. Es el mejor momento del día. Verla aparecer al final de la calle con su sonrisa inmensa y lanzarse a mi cuello, sin importarle las miradas indiscretas cuando mete la lengua en mi boca con ese deseo irreprimible que nos devora. Pasear con ella por París y observar sus rincones con otros ojos. He descubierto eso a su lado, que puedes conocer una ciudad como la palma de tu mano, pero, de pronto, gracias a la compañía de otra persona, se aparece como algo completamente nuevo e inesperado. Hacer planes corrientes, como si nuestra historia fuese la de una pareja normal empezando a conocerse; aunque no lo sea, porque soy incapaz de asumir que esto que siento con ella sea algo habitual que todo el mundo experimente, y también sé que nosotros ya nos conocemos en lo verdaderamente importante. Ir al cine y meternos mano en la última fila. Acompañarla a comprar comida para que Julien no se enfade por sus ausencias y hacer carreras con el carro por el pasillo del supermercado. Un picnic a la sombra de unos árboles que termina siendo una excusa para calentarnos en público. Acabar cada noche entrando a trompicones en esta habitación y hacer el amor en ella. En la cama. En el suelo. En la bañera de patas en la que Luna se baña a menudo como si fuera el mayor placer del mundo. En la terraza. Donde sea. Pero siempre con las mismas ganas

desorbitadas de tenernos, dejándonos la piel por demostrar al otro todo lo que nos deseamos.

Me he descubierto sintiéndome más niño que en años, aunque ninguno de los dos lo seamos. Pero con Luna... con Luna la vida tiene otro color. Un tono más atrevido, más intenso, más único. Otro sabor. Más dulce, más apetecible. Otra música, provocada por su risa continua y sus gemidos.

He hecho cosas que no esperaba. Me he saltado el trabajo dos días fingiendo estar demasiado enfermo para ir por primera vez en toda mi vida. Dos días en los que no hemos salido de la cama y en los que Luna me ha enseñado formas de sexo que no conocía. Y no hablo de nada que no hubiese probado antes, sino que, con ella, cobran un sentido diferente. Otras texturas, otras sensaciones, otras respuestas instintivas en mi cuerpo.

He caminado descalzo una tarde en la que una tormenta de verano había empapado las calles, y solo porque ella me lo pidió. Nos hemos atiborrado de dulces y muchos de ellos los hemos comido sobre el cuerpo del otro. También nos hemos mirado. Mucho. Sin hablar. Solo sonriendo, solo acariciando, solo sabiendo que eso era suficiente.

Y no nos hemos pedido nada. Ni siquiera hemos tenido una conversación sobre adónde nos conduce esto. Solo lo estamos viviendo.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —le pregunto.

Estamos desayunando en la terraza. Ella sentada sobre mi regazo con una de mis camisas. Le encanta eso, estar siempre en contacto, besarme cuando le apetece, sentir mi mano en su muslo. Es... es excesiva en cada cosa que hace.

El sol de agosto le da en la cara y Luna la alza con los ojos cerrados cada vez que lo siente. A eso me refiero, ya tiene las mejillas sonrojadas y hace tanto calor como para que estemos pegajosos y, aun así, es como si ella quisiera más y lo buscara con insistencia. Lo exprime todo hasta el último segundo.

—Quizá deberíamos salir de aquí para que puedan cambiar las sábanas.
—Nos reímos.

Sí, supongo que no vendría mal ventilar la habitación y limpiar a fondo para volver a encerrarnos en ella en cuanto las ganas de desnudarnos nos pillen.

—Podríamos comprar el periódico y mirar los anuncios de alquiler.

—Existe internet, Étienne. —Se gira y pone los ojos en blanco.

Me recuerda tanto a la Luna impertinente del tren que tengo que morderle

el cuello. Ella se ríe y tiembla sobre mis piernas. Mi cuerpo responde veloz y lo nota. Es imparable. Solo un roce y prende la mecha.

—Lo sé.

—¿Eres uno de esos románticos que prefieren el papel?

—No, solo que sé por experiencia que siempre se encuentran cosas interesantes en la prensa que no están en la red. El que anuncia en el periódico es porque no sabe o no quiere hacerlo en otro sitio. —Asiente y la pregunta aparece en sus ojos.

No hemos hablado del tema, pero ambos sabemos que, antes o después, deberíamos hacerlo. Se levanta y se gira, hasta quedar sentada sobre mí, pero frente a frente, con sus piernas colgando a cada lado de las mías. Sus brazos enredados en mi nuca. Mis ojos en el lunar de su boca. Mis ganas en la garganta.

—¿Vamos a decirlo alguna vez? ¿Voy a poder preguntártelo algún día? ¿Qué va a pasar cuando dejes esta habitación de hotel, Étienne?

—¿Qué tal ahora?

Sonríe, pero traga saliva y sé que está nerviosa. Si la Luna segura y decidida me deslumbra, la vulnerable me desarma del todo.

—¿Qué esperas después de esto? —me pregunta en un murmullo.

La observo bien, tan cerca que siento en mi piel el aire de cada parpadeo. La he memorizado durante estas semanas y aún descubro nuevos detalles cuando lo hago. Tiene una pequeña peca en el comienzo del pelo.

¿Qué espero? Solo han pasado dos semanas y siento que lleva en mi vida una eternidad.

No sé qué saldrá de esto, lo único que tengo claro es que deseo tenerla así cada mañana, desayunando sobre mis piernas y con la piel erizada cada vez que la toco. Solo sé que ahora que nos tenemos no puedo perder esto tan pronto. Solo sé que, por muy impulsivo que resulte, hay decisiones que deben cogerse al vuelo. Perdí un tren, no puedo permitirme perder otro. Lo demás... lo demás ya se irá viendo.

—Busquemos piso.

Sus ojos se muestran decepcionados. No lo oculta, pero acepta con un suspiro lo que sea que haya entendido y que yo no he dicho.

—Vale. Te ayudaré.

Cojo su barbilla y la mantengo frente a mí. Quiero que me mire. Quiero que sepa que acabo de darle una respuesta que no ha captado; quizá porque estaba demasiado preparada para escuchar una negativa por mi parte.

—No. No me has entendido, Luna.

—No. Creo que no lo he hecho.

Sonrío y solo por su esperanza repentina sé que no me he equivocado.

—Tú y yo. Busquemos algo que nos guste a los dos y traslademos allí esto.

Señalo la cama deshecha que queda a nuestra espalda. Me refiero a *eso* que hemos estado haciendo estos días y que engloba muchísimo más que sexo.

Ella no tarda en reaccionar y en abrazarme como solo abraza Luna. Con excesiva energía. Dándose por entera.

—Voy a hacerte tan feliz, Étienne. Te lo prometo.

Me río; es inevitable. Su alegría es contagiosa. Su forma de hacer que cada sentimiento parezca explotar cuando llega. Esa inquietud desorbitada. Y es que... sus nervios se han disparado y solo se me ocurre un modo de calmarlos.

—Shhh. —La acerco con la mano en su nuca y la acallo con el aviso de un beso—. No hace falta que prometas nada. Ya lo haces. Nunca había sido tan feliz como contigo, *amour*.

Es verdad. Es tan verdad que me cuesta no haberlo visto venir antes. Haberme resistido tanto a la felicidad que ella me ofrecía. Porque antes de Luna yo era feliz, pero... pero no así. No con tanta intensidad teniendo tan poco. Solo ella y yo, y un lugar donde dejarnos ser.

La beso. Y todo desaparece. Todo menos nosotros y el eco de esa palabra que cada vez se me escapa más a menudo cuando la tengo cerca.

Amour... eso eres para mí, Luna.

Luna

—¿Quién es?

—¿Jime?

—Luna, ¿cómo estás? —Su tono cambia al momento a uno de lo más cortante; puedo imaginármela con el ceño fruncido—. No deberíamos hablarte, pero sabes que somos demasiado blandos contigo.

—¿Tú, blanda? Eso habrá que verlo.

Suelta una risa y rectifica, porque Jimena puede ser muchas cosas, pero lo que se dice blanda... no es.

—Vale, yo no. Pero tu padre sí. Está preocupado por ti, Luna.

—Lo siento. Sé que llevo tiempo sin dar señales.

—Veintiún días, para ser exactos. Bruno lo tiene apuntado en el calendario. Pensé que ya habíamos pasado esa etapa al cumplir los veinte —me recrimina—. ¿Va todo bien?

Sonrío. Lo hago con tantas ganas que sé que ella lo nota. Es increíble, ¿verdad? Cómo las emociones pueden traspasar fronteras a través de una llamada telefónica, sin vernos, sin hablar, solo sintiendo al otro a través de un auricular.

—Sí. Va genial.

—¿Ese *genial* tiene nombre?

—Sí. Y una sonrisa preciosa. No voy a hablarte de su cuerpo.

Me muerdo el labio y ella se ríe. También resopla, porque no es la primera vez que tenemos esta conversación; durante unos años, de hecho, fue bastante recurrente. Lo que Jimena no sabe es que esta vez es real; es la definitiva. No es algo pasajero, sino que es... es lo que llevo años buscando.

—Oh, Dios mío. ¿Tengo que aprenderme su nombre o en la próxima llamada ya no te acordarás de cómo se llama ni tú? Sé sincera, así nos evitas trabajo. —Mi carcajada se mezcla con la suya.

—Vale, me lo merezco, pero esta vez va en serio.

—¿Cómo de serio?

—Como que lo quiero. —Hago una pausa. Las palabras me faltan, se atascan, quieren salir todas a la vez al pensar en él, pero solo me sale eso; eso lo condensa todo en una explicación sencilla que no necesita más para entenderse—. Yo... lo quiero.

Y Jimena lo entiende. Porque a veces solo hace falta un *te quiero* para comprenderlo todo.

Su silencio da paso a un tono mucho más suave, más cariñoso, más en lo que se convierte Jimena cuando te quiere y deja de lado esa imagen dura que viste para el resto del mundo.

—Me alegro, Luna. Tenías razón, suena *genial*. Te paso con tu padre.

—Gracias. Por cierto... se llama Étienne.

—Ya lo sé. Tu padre me lo contó todo. Cruzo los dedos por ti, niña.

Siento su sonrisa antes de escuchar la voz entre enfadada e ilusionada de Bruno.

—¿Papá?

Y... llega como un tornado.

—Si no te quisiera tanto, te colgaría el teléfono. —En el acto se arrepiente de sus palabras, aunque solo por miedo a que yo le responda igual—. No te enfades tú. No me cuelgues, por favor, Luna. ¿Qué tal estás? ¿El trabajo? ¿Julien? Dile que gracias por el tatuaje de la tortuga. A Jimena le encantó. Sobre todo la zona... tú ya me entiendes.

Me lo imagino alzando las cejas con picardía al recordar el tatuaje bajo el ombligo que se hizo en su última visita y no puedo evitar reírme.

Cuánto lo echaba de menos... siempre lo hago, en realidad.

—Papá, estoy bien.

—¿De verdad?

—Siento no haber llamado, pero... he estado ocupada.

—¿En algo en particular?

—En alguien.

Suspiro. Y con él las palabras sí salen, porque mi padre lo entiende. Porque no será mi padre biológico, pero de él aprendí lo que era el amor. La manera de vivirlo, de buscarlo, de sentirlo. Y porque en su última visita se lo conté todo, me derrumbé.

—¿Eso significa...?

—Sí.

Suspira contra el aparato y sé lo que está pensando. Lo sé porque somos iguales y nos lanzamos. No tenemos freno.

—Cuidalo, Luna. Y que te cuide. ¿Me oyes? No dejes pasar ni un día sin que lo sepa. Nosotros somos así. Lo gritamos si hace falta. Es la única manera.

—Voy a mudarme con él.

—Quiero conocerlo. —Me río por su repentino tono serio.

—Lo harás. Dame tiempo, ¿vale? No ha sido fácil. Necesito tiempo.

Ambos lo necesitamos.

—Tranquila. ¿Te viene bien en tres semanas?

—Papáááá...

—Vale. Vale. ¿En cuatro?

Cuando Julien llega a casa, parece agotado. Llevo esperándolo un par de horas dando vueltas por el piso. Hasta he hecho esas tareas domésticas a las que solo nos dedicamos cuando ya no queda más remedio, y con la única intención de que el tiempo pasara más deprisa.

En cuanto deja su mochila en el sofá, lo suelto.

—Hemos encontrado un piso.

Sonrí como una niña y él abre los brazos para acogerme. No puede evitar reírse por mis saltitos nerviosos. Pero es que... es precioso. Perfecto.

Hemos tardado siete días en encontrarlo. Una semana en la que hemos visitado distintas opciones. Si hubiera sido por Étienne, nos habiéramos quedado con el primero. Un piso moderno y funcional, cerca de su trabajo. Yo también lo hubiera hecho; al fin y al cabo, aunque vayamos a compartir los gastos básicos, el alquiler corre de su cuenta, porque el París en el que él prefiere vivir no está a mi alcance sin dejarme todos mis ahorros y casi la vida. Así que no pensaba quejarme.

Sin embargo, solo había necesitado ver mi cara para saberlo.

—Está bien —dije, intentando mostrarme emocionada. El hombre de la inmobiliaria sonrió encantado, pero Étienne no tardó ni un segundo en cogerme de la mano y despedirse.

—No es lo que buscamos, lo siento.

Dentro del ascensor, lo increpé:

—¿Por qué has hecho eso? Te gustaba.

—Pero a ti no.

—Sí.

—Mentirosa.

Sus brazos rodearon mi cintura y me besó el cuello.

—Era... perfecto.

—No, no lo era.

Me reí por las cosquillas que hacían sus dientes en mi clavícula. Y también por lo que me gustaba descubrir que ya me conocía bien para saber aquello.

—¿Por qué no?

—Porque no has sonreído.

—¿Y cómo sabremos que es el perfecto?

—Créeme. Lo sabré.

Y lo ha sabido. En cuanto hemos entrado en el que ya es nuestro piso, me ha mirado y lo ha visto en mi rostro. Ha sido fácil. Me he visto con él bajo una manta en ese sofá rojizo. Durmiendo en esa cama. Dándonos algún que otro baño compartido de esos que Étienne odia, porque no soporta la sensación de los dedos arrugados. Viendo anochecer en esa terraza.

—Nos lo quedamos. —Me he girado al escuchar su voz y hemos sellado el trato con un beso.

Le cuento a Julien emocionada que no es muy grande, ni muy nuevo, ni tan lujoso como a los que Étienne está acostumbrado, pero que la luz es increíble, que tiene una terraza espectacular y que el suelo es de una madera preciosa. Y que no necesito más.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana. Dejaré alguna sorpresa escondida por ahí para que te acuerdes de mí cuando la encuentres y que parezca que sigo aquí.

—Nada de bragas. —Sonríó—. ¿Me has oído?

La risa se me escapa. He escondido un tanga en el cajón de los trapos de cocina.

—He pensado que hoy podíamos darnos un homenaje como despedida.

—¿Cerveza y pizza?

—Me encantaría.

—¿Me invitareis algún día?

Asiento y se me humedecen los ojos; no sé por qué. No es la primera vez que nos despedimos después de convivir, pero es como si ambos supiéramos que esta engloba mucho más. Que es la definitiva. Que Julien también lo crea me hace emocionarme más aún, porque en eso consiste, él cree en mí; siempre lo ha hecho.

—Voy a echarte de menos.

—Y yo a ti. Mucho. Muchísimo, Julien.

Cumplimos con lo prometido. Me ayuda con mi equipaje y después cenamos. Charlamos. Fumamos en silencio con el sofá mirando a la ventana. Nos prometemos que nada cambiará, aunque, en el fondo, ambos intuimos que algo ya lo ha hecho. Quizá que este sea el principio de una etapa.

Nos quedamos dormidos. Su cabeza echada hacia atrás y la mía sobre su

hombro. Las manos entrelazadas sobre su pierna.

Cuando nos despertamos, desayunamos juntos y se va a trabajar como si fuera un día cualquiera.

Antes de que tenga posibilidad de volver a verlo, Étienne viene a buscarme y cierro la puerta de ese piso en el que tanto he vivido, sabiendo que, al hacerlo, abro otra nueva que no sé adónde nos llevará.

Étienne

Nunca he sido una persona que se ilusionara por objetivos materiales. Tengo la suerte de tener una situación económica solvente y disfruto de ella, pero nunca he sentido una especial felicidad al conseguir ciertas cosas. Quizá todo me ha venido un poco hecho; criarme en una familia de clase media-alta y después un trabajo bien pagado siendo muy joven que me permitió independizarme en una zona de París no apta para todo el mundo. Luego pasé a convivir con Ángela en una casa de lujo pagada. Teníamos al alcance todas las comodidades y la seguridad necesarias para nunca tener que pensar en el dinero. Es un privilegio del que la mayoría no disfruta, pero también te hace olvidar lo verdaderamente importante de la vida.

No obstante, cuando veo a Luna abrir con su propia llave el piso y observarlo con la boca abierta, siento a la vez una ilusión acojonante que nunca antes había experimentado. Me tiemblan hasta las piernas. Y eso que es cinco veces, o diez, más pequeño que mi anterior hogar. Una habitación, cocina americana, salón y un pequeño baño —con bañera, no con ducha—. Nada más. ¿Por qué, entonces, es tan especial para Luna? Porque tiene una terraza en la que desayunar cada mañana y en la que puede salir desnuda a fumar, ya que está en el último piso y sus muros nos aguardan. Por eso, porque la habitación tiene un ventanal enorme y, según ella, podemos ver esas estrellas que rara vez se ven en París antes de dormir, y porque dice que la imagen de la ciudad desde el balcón es preciosa. También la sensación de ir descalza sobre la madera.

Supe que era el elegido cuando vi el brillo de su mirada y cómo se imaginaba todo lo que suponía dar este paso; cómo nos veía a los dos en cada rincón. Así que dije que sí. Aunque fuese pequeño, me pillara bastante a desmano del trabajo y viese un gato dormitando dentro del portal.

A mí el piso me da igual. Solo quería que ella estuviera dentro. Y lo está.

Tira la mochila que llevaba a la espalda al suelo y se gira. Sonríe como una niña mientras se deshace de su vestido con manos rápidas y gesto travieso.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees?

Su sujetador desaparece. Sus braguitas de flores también.

No se mueve. Solo me mira. Me desafía. Alza las cejas y se humedece los labios con la lengua antes de salir al pequeño cubículo que ella llama terraza

y apoyar su cuerpo sin ropa sobre el muro.

Observa la ciudad desnuda. El pelo le llega casi por la cintura. Su trasero curvado me llama. Su espalda. Sus piernas torneadas. Sus pies se ponen de puntillas para asomarse mejor.

Sin duda, Luna tiene razón. Aquí tengo la mejor vista de todo París.

No pienso. Me quito la ropa. Los pantalones. La camiseta tirando del cuello. Los calzoncillos. Camino hacia ella y la abrazo por la espalda. Ella se apoya en mi pecho y se ríe bajito.

Hace calor y el sol se mete tras los edificios. Huele a verano. El viento mueve su pelo. Se lo aparto y le dejo un beso en el cuello. Apoyo mi nariz en su piel. Su aroma se mezcla con el de la calle y pienso que no necesito nada más. Que nunca he deseado nada más que esto que tenemos en este momento. Que así soy feliz. Y no de un modo calmado, sino de forma intensa, salvaje, visceral. Y el instante no termina, sino que continúa, se convierte en permanente. Con ella descubro que la felicidad puede convertirse en una constante.

—Nunca pensé que te lo diría así. —Gira el rostro y sus ojos se iluminan.

—¿A qué te refieres?

—Nunca creí que alquilaría un piso contigo apenas tres semanas después de ir a buscarte. Que nada más entrar te desnudarías, volviéndome loco del todo; tanto como para imitarte y abrazarte sin ropa. Nunca pensé que miraría la calle, olería tu cuello y lo sabría. Con rotundidad. Que en este preciso instante me diría a mí mismo que estoy enamorado de ti. Y que después te lo diría a ti.

—Étienne...

Su voz tiembla. Las lágrimas de sus ojos también. Y sus manos sobre las mías cubriendo su estómago. Luna tiembla. Y yo no he estado más seguro de nada en toda mi vida. Pese a la sensación de rapidez que nos envuelve, pese a lo que aún nos queda por conocer del otro y de compartir, pese a que nunca he creído en los flechazos; pese a todo eso, lo sé.

—Estoy enamorado de ti, Luna. Tanto que no lo entiendo. Me he enamorado de ti. Mucho. Como un loco. Como nunca pensé que podría. Y, ahora, déjame demostrártelo.

La giro y la beso. Como siempre. Con la certeza de que no es solo un beso. De que ahí, en ese pequeño apartamento en el que nunca me imaginé viviendo, está a punto de comenzar a crearse un nosotros.

Luna

Le respondo al beso con los ojos humedecidos y el corazón en la garganta.

Étienne me quiere.

Y yo a él.

Y todo es tan intenso que me ahogo en su abrazo.

Me coge en brazos. Rodeo las piernas en su cintura y entramos en nuestra casa.

Nuestra. De los dos.

Me deja sobre el sofá. No llegamos al dormitorio.

Se sienta a mi lado y me sube encima de él. Sin nada. Solo nosotros. Solo piel, y ganas, y... amor. Agarro su erección con la mano y nos miramos a los ojos unos segundos. Preguntando. Sintiendo. Dudando.

Da miedo. Da miedo dejarse llevar del todo cuando sientes tanto. Es aterrador. Pero lo hacemos. Él cuele su mano entre ambos y me anima. Me toca. Me acaricia. Y entra en mí.

Nos sentimos por primera vez sin nada por medio y es increíble, inigualable.

Étienne busca mi pecho y lo besa. Mi cuello. Sus dedos recorren el punto exacto entre mis piernas en el que me acelero. Es un ciclón que llega y se desvanece en cuanto los retira y me besa con furia.

Lo quiero.

Deseo decírselo, pero no me sale nada más que un jadeo.

Nos mecemos. Nos movemos cada vez más rápido entre besos, gemidos, algún mordisco y nuestros nombres pronunciados.

Cada vez que dice *amour* entre dientes, yo siento que se me sale el corazón y que se precipita mi orgasmo junto a él. Pero lo aguanto. Por primera vez en mi vida quiero frenar. Hasta que es Étienne quien llega al límite, sale de mí y se corre sobre mi estómago. Luego me besa, baila con sus dedos húmedos sobre mi sexo y me lleva a mí con él.

Al terminar, frente con frente, no pienso más. Levanto mi brazo y le señalo el tatuaje que escondo. Es el momento perfecto.

—«¿Encontraste lo que buscabas, Luna?», pregúntamelo.

Me mira confuso, pero lo hace. Lo susurra y mi piel se eriza.

—¿Encontraste lo que buscabas, Luna?

—Sí. Lo encontré justo aquí.

Unos números. Unas letras. Unas coordenadas señalando un punto

determinado sobre los raíles que unen París y Lyon.

Étienne

Miro su tatuaje. Lo hago y me doy cuenta de que ella es más de lo que nunca hubiera imaginado. Y que tiene razón. Que lo que ocurrió en aquel tren fue intenso, inesperado, hasta estúpido y un tanto loco, pero que a ambos nos marcó de alguna manera. Ella incluso fue capaz de hacerlo sobre su piel.

Paso los dedos por los trazos de tinta y la noto estremecerse.

—¿Cuándo lo hiciste?

—Un año después. Cuando me encontré con Julien.

—Y... ¿por qué?

Me cuesta entenderlo. Me cuesta comprender cómo pudo quedarse tan atada a eso que vivimos.

—Porque no importaba si era contigo o con otra persona, pero esto que pasó en aquel tren era lo que siempre había buscado. Esa sensación.

Beso su piel; aquellas coordenadas que señalan una noche bajo la nieve hace tantos años. Luego la beso a ella. Y pienso que sí, que yo he sido siempre mucho más incrédulo que Luna, pero que asumo también que si he buscado algo a ciegas en mi vida ha sido esto.

La cojo en brazos y nos metemos en la bañera. Y no me importa la sensación que tanto odio de sentir que se me arrugan las manos. Ni que a su cuerpo le guste el agua mucho más caliente de lo que mi piel soporta. Ni que apenas entremos sin que me duela la espalda y las rodillas se me claven en los bordes. Nada me importa, porque poder tocarla, abrazarla y sentirla hace que cualquier herida cierre.

Y la vida fluye... Los días son una sucesión de sorpresas continuas dentro de las rutinas. Porque vernos al despertar sigue siendo inesperado, aunque se convierta en habitual. Porque cuando conoces a alguien, o convives, es fácil descubrir detalles que no te esperabas. Como que Luna es desorganizada hasta un nivel que me hace pasarme el día recogiendo, o que tiene unos horarios caóticos que la hacen levantarse a comer algo en mitad de la noche y después dormir durante el día. O que verla echarse crema cuando sale de la ducha es algo hipnótico. Ese tipo de cosas que hacen que siga sin poder dejar de mirarla; que consiguen que me sorprenda, o que me enfade a ratos y no la entienda. Enfados que duran un suspiro, lo que tarda un beso en darse, o un abrazo, o un perdón susurrado que ni siquiera es necesario.

Soy feliz. Luna también lo es. Siento estar con ella dentro de la burbuja

que forma este piso y no quiero salir de aquí.

Con ella, un miércoles como hoy, que ha sido bastante duro en el trabajo, en el que el calor es insoportable y en el que he tenido que lidiar con una llamada de mis padres para preguntarme por mi reciente separación, se convierte en un gran día. Porque vuelvo de trabajar y la encuentro dentro de la bañera llena de jabón. Tiene una cerveza apoyada en el borde y un cigarro entre los labios. El pelo recogido en una coleta alta. Las uñas de sus pies pintadas de azul brillan fuera del agua y se mueven al ritmo de la música que suena de fondo. *Ni las intenciones*, de Ruidoblanco, la que ya sé que es una de sus canciones favoritas. También juguetea con las pompas de jabón que salen al soplar la espuma.

—Veo que estás sufriendo —bromeo. Se ríe y me salpica con el pie.

—Como ves, no te necesito para nada. Esto sí que es placer y lo demás son tonterías.

—¿Estás segura?

Me quito la camisa y le entra una risa histérica, que acaba en hipidos, al anticipar lo que está a punto de suceder.

—Cuidado no te mojes, ¡que se le arrugan las manos al señorito!

Meto los brazos dentro y la saco entre gritos y carcajadas. El agua me empapa enseguida y se forma un charco en el suelo. Luna patalea y se agarra resbaladiza a mi cuello. Le quito el cigarro, le doy una última calada y lo apago en el cenicero de la cocina camino al dormitorio.

El miércoles de mierda se ha convertido en el mejor día de la semana.

No la suelto, sino que me dejo caer con ella enredada a mí hasta quedar ambos tumbados. En algún momento es capaz de deshacerse de mis pantalones. En algún otro yo lo soy de dejar de reírme para cubrir mi boca con la suya y olvidarnos de todo.

A esto me refería. A vivir así. Sin pensar. Sin que importe que el suelo se moje, o las sábanas. Sin que importe que yo ya no sea un crío, aunque me comporte como tal. Sin que importe lo que ocurra fuera, si llueve, truena o el mundo se acaba. Solo ella y yo en un pequeño piso de París.

—Vaya.

—Sí, vaya.

Nos reímos; ha sido alucinante. Y no hablo solo del sexo, sino que tiene la virtud de hacerme sentir que yo mismo lo soy cuando estoy a su lado.

Compartimos un nuevo cigarrillo mientras yo cocino y Luna me cuenta

cómo le ha ido el día. Didier le ha conseguido una colaboración en una revista y está encantada.

Cuando meto la bandeja en el horno, mi teléfono suena y me tenso al ver el nombre que sale en la pantalla.

—Gabriel.

—Étienne, ¿podemos hablar?

—Claro. —La culpa llega como un alud y arrasa con esa sensación de felicidad que se respira entre nosotros—. Oye, yo...

—Lo sé. No te llamo para charlar ni para oír tus disculpas.

—¿Va todo bien?

—No.

—Ángela.

Al oír su nombre, Luna me presta atención y sus ojos se muestran preocupados.

—Sí. ¿Puedes venir? Estoy en su piso. Llámame cuando llegues y bajo.

Asiento y cuelgo. Apago el horno. La miro. Me paso las manos por la cabeza. Algo dentro de mí se esfuma, desaparece.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé. Era Gabriel. Está en París. Es por Ángela.

Se levanta y vuelve a encender el horno con una sonrisa sincera. Tranquila. Como si estuviera tan segura de todo que ningún obstáculo fuera a cambiar nada. Como si creyese en mí por encima de todo lo demás. En nosotros.

—Ve. Quedaré con Julien. Le debo una cena.

—¿Estás segura?

—Por supuesto. —Dudo, pero ella me coge la mano y se pone de puntillas para darme un beso cálido y sentido. ¿Cómo sería posible no quererla?—. Y tú también lo estás. Ve. Te necesita.

—Gracias.

No he vuelto a saber de ella. Recibí un correo electrónico en el que me pedía tiempo para poner en manos de sus abogados el tema del divorcio, porque en verano es cuando más trabajo carga por las bodas y no quería tener la cabeza en otra parte, y yo se lo di sin dudar.

No voy a negar que he pensado en ella; en cómo estaría; en la sensación inevitable de notar su ausencia en mi vida; en si le habría afectado tanto como yo creía, menos o infinitamente más de lo imaginable. Supongo que estoy a

punto de descubrirlo.

Cuando llego al portal, no necesito avisar a Gabriel; él ya me está esperando.

—Hola.

—Hola.

Me da una palmada en el hombro y echa a andar.

—Vamos. Necesito una cerveza.

Entramos en una cervecería en la que hemos compartido ratos en el pasado. Pedimos y nos sentamos uno frente al otro. Está agotado. Y preocupado. Solo hay que ver la sombra bajo sus ojos. También palpo el rencor que merezco por la situación.

—Lo siento, Gabriel. Tenía que haberte llamado.

Él duda y da un trago a su vaso. Sé que ahora mismo me aborrece, pero siempre ha sido un tío honesto y sensato cuando se trata de temas serios.

—La verdad es que no tenías por qué.

—Somos amigos.

—Pero ella es mi hermana. Está por encima de todo.

Asiento y asumo que tiene razón. Que la poca amistad que teníamos nunca volverá a ser lo que fue, porque nos conocimos por Ángela y con ella empieza y termina lo nuestro.

—¿Cómo está?

—No muy bien. —Sacude la cabeza y me tenso. No me gusta su expresión. No me gusta nada—. Está mal... Está mal, Étienne. Pero no mal en plan *mi marido me ha dejado por otra mujer*, sino mal... mal. La oficina lleva dos semanas cerrada. Ha anulado algunos contratos. No sale. Apenas come. Me enteré por una amiga suya, cogí un avión y aquí estoy, pero no soy capaz de que me escuche.

—Dios...

Me tapo la cara con las manos y todo vuelve. Es inmediato. La culpa. Cada paso mal dado. El sentimiento de que, en el fondo, pienso en Luna y no me arrepiento de haberlos dado, mientras, a la vez, si pudiera volver atrás creo que lo cambiaría todo.

Qué digo... no cambiaría nada. Seguro que daría los mismos pasos. O no. O la hubiese besado en aquel tren y todo hubiera sido distinto. Y, por encima de todo, la terrible certeza de que da igual lo que piense, porque no puedo cambiarlo; porque ya está hecho; porque hiciera lo que hiciera, le haría daño a alguien. A Luna. A Ángela. A mí mismo.

No puedo respirar.

—No te culpes.

Alzo la cabeza y su expresión sincera hace que me sienta aún peor.

Ojalá fueran malas personas. Ojalá esta historia fuera una de esas en las que la tercera persona hace cosas horribles que justifiquen que el protagonista se salga con la suya y el amor triunfe. Pero no lo es. La vida nunca funciona así. Si alguien es el malo de esta historia soy yo, incluso Luna en algunos momentos. Pero no Ángela. Ángela... no.

—Pero esto es culpa mía.

—No. Eres culpable de no haber tomado una decisión antes, pero, aunque me joda reconocerlo, no eres culpable de querer a otra. Porque quieres a Luna, ¿no? Dime que no ha sido por una simple aventura. —Mi silencio provoca que su expresión se transforme en una oscura; sus facciones se endurecen y su mandíbula se tensa—. No me jodas, Étienne...

Por fin reacciono y lo suelto:

—La quiero. La quiero. Dios... no sabes cómo la quiero.

Suspira y se relaja. Pese a que lo que acabo de confesar sea la razón del estado de su hermana, Gabriel prefiere eso a no tener un motivo de suficiente peso. Que, al menos, el daño tenga algún sentido. Yo también lo prefiero, pero eso no evita que me sienta como una mierda.

Una leve sonrisa se asoma en su boca; no es buena como tal, es triste y furiosa, pero ahí está. Creo que, en el fondo, Gabriel es, junto a Luna, una de las personas que puede comprender cómo me siento. Porque él, al igual que nosotros, entiende que el amor puede llegar y asentarse con tal rapidez que apenas te da tiempo a asimilarlo.

—Joder... Luna. Nunca me lo hubiera esperado. De no ser por Louise, hubiera intentado salir con ella.

Me río y él me acompaña. Por un momento, casi parecemos dos tíos compartiendo una charla amigable y no el hermano de la chica pidiendo ayuda a su ex.

—Lo sé. Es más tu tipo que el mío.

—¿No es tu tipo?

—Es ella. Sin más. No creo que Luna encaje en ningún sitio.

—Contigo. Con eso basta.

Me gustan sus palabras. Me dan argumentos para repetirme de nuevo que esto que hemos hecho no está tan mal, pese a que la vida de Ángela se haya partido por la mitad.

—Hablaré con Ángela. Sigue siendo mi mujer. —Frunzo el ceño—. Lo cual me recuerda que deberíamos arreglar los papeles cuanto antes.

—Posponlo. No te lo pido por nada, solo para evitarle ese mal trago hasta que retome su vida.

Entro en la casa con Gabriel pisándome los talones. Huele a guardado. Pese a estar en verano, los ventanales están cerrados a cal y canto. Siento un escalofrío según recorro el pasillo y llego al salón. La casa está... está igual, pero a la vez tan diferente que no sé por dónde empezar. Las plantas sin regar. Las revistas de Ángela cubiertas de polvo en un rincón. No hay restos de vida en ella. No hay nada. Solo tristeza.

—Estaré en mi dormitorio.

Gabriel se aleja y se encierra en el cuarto de invitados, que ya le pertenece por derecho propio, y yo me dirijo a nuestra habitación y abro la puerta intentando no hacer ruido.

La encuentro tumbada. Está de costado de cara a la ventana, con las sábanas enredadas en su cuerpo. Los ojos entrecerrados. El pelo sucio y sin peinar. La ropa tirada por los rincones. Un plato con un sándwich sin probar en la mesilla.

Frágil. Vulnerable. Otra Ángela que no conozco.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Trago saliva e intento abrir las manos que había cerrado en puños sin darme cuenta ante la imagen. Me rompe. Me rompo con ella. Me mata verla así. Por mi culpa. Solo por mí.

Me acerco por el borde de la cama y me arrodillo frente a su rostro. Le retiro el pelo de la cara y le acaricia la mejilla.

—He venido a cuidarte.

—Vete, Étienne.

—Necesitas ayuda, Ángela.

Cierra los ojos como si mis palabras le dolieran y, al abrirlos, veo que llora. Da la sensación de que lleva días haciéndolo.

—Pero no a ti. A ti no te necesito.

—Yo creo que sí. —Cojo su mano y le dejo un beso en la muñeca. Ella se encoge.

—No voy a perdonarte. —Sonrío y asiento.

—No es lo que venía buscando, tranquila. Puedes odiarme, pero, mientras lo haces, yo voy a limpiar un poco por aquí, ¿vale?

No dice nada. Salgo y cuando llego a la cocina tengo que apoyarme en el borde de la encimera, porque no paro de temblar. Gabriel aparece por detrás.

—Mal, ¿verdad? Pues, aunque te juro que respeto tus sentimientos por Luna, voy a darte un consejo. Nunca te olvides de lo que has visto hoy, Étienne, de lo que las decisiones que tomamos pueden provocar en los demás. Es mi hermana y si mañana, por el motivo que sea, decides volver, yo estaré esperándote también.

No digo nada. No hay mucho que pueda decir ante una amenaza que incluso apoyo, porque la merezco. Solo empiezo a recoger y, cuando veo que todo lo que me rodea parece de nuevo el hogar que un día fue, me marchó de allí con la promesa de volver al día siguiente.

—¿Cómo ha ido?

Luna me espera despierta. Son más de las doce y no he dado señales de vida, pero es que... necesitaba pensar. Tranquilizarme. Intentar comprender qué es lo que viene ahora, porque no sé si estoy preparado para este giro o lo que sea que suponga.

Creo que hemos dado por hecho demasiadas cosas... nos hemos centrado en nosotros y se nos ha olvidado que, fuera de este piso, el mundo sigue girando.

Julien ya no está, pero los restos de una cena compartida siguen en la mesa.

Me dejo caer en el sofá y ella se sube a mi regazo. Su olor me calma. Apoyo la frente en su hombro y respiro. Subo las manos hasta su cintura y todo parece ir un poco mejor.

—¿Ha sido tan... malo?

—No quiero hablar de ello. —Ella asiente y me abraza. Así es Luna.

¿Cómo no voy a quererla? ¿Y por qué, entonces, cuando sus brazos me rodean, siento como si fueran puñales que se clavan y hunden más a esa Ángela que he visto hoy? ¿Cómo es posible que una decisión tan bonita como la que me besa en estos momentos afecte a otra a tantos niveles?

—Étienne, vamos a la cama.

Obedezco; creo que es la mejor idea del día.

Nos desnudamos y nos metemos sin pijama, como siempre desde que lo hicimos la primera vez. Luna me abraza. Me besa en el cuello, en la mandíbula. Cierro los ojos y me dejo llevar al sueño por su cariño, sin poder ignorar a la vez las punzadas que me dicen que no; que algo tan bueno sigue

estando mal, si provoca en otro algo tan malo.

Luna

Cuando era pequeña me encantaban los globos. Cada vez que veíamos a aquel viejo hombre que los vendía en el paseo marítimo de Barcelona, me soltaba de la mano de mis padres y corría hacia él. Los tenía de formas y colores diferentes. Habría unas decenas, pero a mí me parecían cientos a través de mis ojos de niña.

No me costaba mucho elegir. Siempre era impulsiva.

—¡El rojo, papá! ¡Ese! ¡El rojo!

El primero que llamaba mi atención me hacía eclipsarme y lo deseaba con tanta fuerza que no podía pensar en nada más; todo desaparecía. Cuando lo agarraba con mis manos era inmensamente feliz durante unas horas. No obstante, al llegar a casa, el globo solía acabar flotando contra el techo. En el mismo momento que algo nuevo captaba mi atención, yo me olvidaba de él.

Ahora me siento ese globo.

—¿Y Étienne?

—Está en casa de Ángela.

Charlotte frunce los labios. Sé lo que está pensando.

Desde aquella primera llamada que recibió de Gabriel, nuestra rutina ha cambiado. No lo culpo. Entiendo lo que está haciendo y estoy de su parte. Pese a ello... eso no evita que sienta que la ilusión con la que entramos hace apenas un mes en este piso se haya evaporado igual que la mía cuando conseguía uno de esos globos.

—¿No estás celosa? —dice con la boca pequeña.

—No. No se trata de eso.

No son celos, es otra cosa. Algo más interno. Algo feo que no me gusta sentir. Como si de repente nos cubriera una capa de polvo que no se ve, pero tampoco se va.

—¿Le has contado lo de la exposición? —aporta Didier.

Me ha conseguido un pequeño espacio en una galería para mostrar durante unas semanas una selección de mi trabajo. Aún no sé qué temática elegir, pero no puedo estar más emocionada. Una exposición nada menos que en París; es increíble; es un sueño cumplido.

—Sí. Hoy vamos a revisar juntos algunos trabajos viejos, a ver si hay algo que merezca la pena. —Les sonrío. Después pasamos un par de horas más bebiendo café y fumando, hablando de todo y nada, hasta que se van y nos despedimos en la puerta con un abrazo y la promesa de vernos pronto.

Me quedo sola. Miro el reloj y veo que aún son las ocho.

En lo que espero a que Étienne vuelva, recojo un poco y hago la cena. Decido preparar la mesa de la terraza. Seguro que le viene bien desconectar un poco. Últimamente, con el asunto de Ángela, parece estar siempre cansado. Luego saco algunas de las cajas con fotografías que guardo y preparo el portátil para revisar con él trabajos más actuales.

Me sirvo una copa de vino tinto. A Étienne le encanta el vino. Yo estoy empezando a apreciarlo.

Hace una noche preciosa. Me siento fuera a esperarlo.

Miro el reloj cada cierto tiempo. Bebo vino. Me fumo algún cigarrillo. Picoteo de los platos.

Cuando pasan de las doce, oigo la puerta.

La cena está fría y el vino demasiado caliente.

Suspiro.

Étienne apoya las manos en mis hombros y me deja un beso en el pelo. Es lo más parecido a un *lo siento* que sé que voy a obtener, y me vale. Lo hace porque lo quiero y porque sé que todo esto es mucho más difícil para él de lo que lo es para mí.

—¿Qué tal el día?

Se deja caer en la silla a mi lado y me siento sobre su regazo. Come algo; muy poco. Y suspira con cansancio. A veces pasa la nariz por mi cuello.

—No quiero hablar de ello.

Sonrío. Lo dejo estar. Lo abrazo. Me olvido de las fotos que esperan en el suelo. Me olvido de mí y me centro en él.

—Vámonos a la cama.

Me obedece. Apenas habla. Está agotado. Yo no, pero no me importa. Solo quiero consolarlo. Darle lo que necesita. Estar a su lado. Cuidarlo.

Nos metemos bajo las sábanas y nos besamos. Hoy no quiere hablar, ni abrazos, ni nada. Hoy es un día de esos en los que solo desea sentir algo bueno. Y se lo doy. Nos lo doy, porque llevamos una semana sin tocarnos.

Cuando el orgasmo me alcanza, se lo digo:

—Te quiero, Étienne. Te quiero muchísimo.

Él suspira contra mi cuello con pesar y me abraza. No son palabras, pero el sentimiento es el mismo.

Nos dormimos.

Sueño con que aquel tren que cambió nuestras vidas no se para, sigue su trayecto con normalidad y nosotros también lo hacemos.

Étienne y yo no nos conocemos.

Cuando me despierto y se marcha sin darme un beso por primera vez, el recuerdo del sueño me hace sentir que somos precisamente eso, dos desconocidos que se acuestan en la misma cama, pero que sueñan vidas distintas.

Étienne

Los días pasan entre el trabajo, ratos dedicados a intentar que Ángela vuelva a ser ella y silencios y abrazos que comparto con Luna cuando estoy demasiado cansado como para poder darle algo más. Pese a ello, siento que estoy encauzando la situación de la mejor manera posible.

A veces la vida es así, te hace adaptarte a lo que viene y no queda otra que asumirlo y actuar como mejor consideres.

—¿Te vas? ¿No es muy temprano?

Sonrío. Se incorpora con el pelo enredado sobre el rostro y me mira con los ojos medio cerrados. La camiseta que lleva se le resbala por un lado, mostrándome su hombro. Beso ese trozo de piel.

—Duerme, Luna. Voy a acompañar a Ángela a la oficina. Tiene que ponerse al día con el trabajo y necesita que le eche una mano.

Se ha quedado dormida en el sofá. Lleva unos días trabajando por las noches. Se acuesta conmigo y me acompaña hasta que me duermo. Entonces se levanta y se enreda en el salón con sus fotografías y sus cosas. Es la tercera mañana que la encuentro aquí con esa cara tan adorable que tiene recién despierta.

—¿Qué día es hoy?

—Miércoles.

—Resérvame el sábado, Étienne.

Asiento con la cabeza y le doy otro beso rápido, esta vez en los labios, antes de dejarla de nuevo rumiando entre sueños y salir de casa.

—Te lo prometo.

Me he acostumbrado a esto. A levantarme pronto y pasar las horas de trabajo como lo que son, el único momento del día en el que no soy el hombre que vive con una chica preciosa y que se escapa y le quita tiempo para dedicárselo a su mujer, a la que dejó por ella y que no está pasando por su mejor momento.

Por las tardes me acerco a ver a Ángela, y me sorprende hacerlo con más ganas de las que debería tener; de compartir ratos con ella, conversaciones, de recordarme que la he echado de menos y que a su lado la vida es sencilla.

Cuando lo hago, me agotan los pensamientos. La culpabilidad me enseña su otra cara y me asusta no saber lo que estoy haciendo; perder el control del todo y no ser capaz de continuar con nada. A veces, cuando esto ocurre,

recuerdo lo fácil que sería hacerlo, asumir que mi vida era perfecta tal y como estaba meses atrás, y las ganas de quedarme un rato más con Ángela se intensifican. Me siento un cobarde y un desgraciado.

En otras ocasiones el deseo de no volver a aquella casa, que sé que ya no me pertenece, me abrumba y acabo llamando a Luna desde el balcón, con un cigarro en los labios y la maldita culpa pegada a mi espalda.

Al caer la noche, vuelvo a mi nuevo piso y veo a Luna, esperándome, con sus dos ojos azules, y sus pecas, y su ropa escasa que le quito algunas noches y que deseo que no se quite otras, porque querer tocarla siempre me hace daño. Me hace sentirme un miserable por tenerla siempre dispuesta a lanzarse conmigo; incluso cuando vengo de casa de Ángela, de reírme con ella y de recordar momentos pasados en los que siento que sí, que fuimos felices de verdad.

No lo sé... ¿Puede un hombre acostumbrarse a vivir en un limbo eternamente? ¿En un estado siempre a medias entre lo que quiere y lo que debe? ¿Puede salir adelante una relación que lleva el lastre de otra a sus espaldas durante tanto tiempo como para no acabar con uno mismo? ¿Como para no destruir todo lo bonito que tiene?

El viernes, me encuentro con Gabriel en el portal. Tiene la suerte de poder trabajar desde casa, así que se ha asentado con su hermana hasta que la vea bien como para volverse a España, donde él y Louise se han mudado tras la boda.

—¿Dónde vas?

—He quedado. Volveré tarde.

Llego a la puerta de arriba y hago algo inconscientemente. Algo que no he hecho los días anteriores. Meto la llave, que aún mantengo en el llavero, en la cerradura y abro. Al darme cuenta de la naturalidad con la que lo hago, me tiemblan las manos.

—Pensé que eras Gabriel.

Ángela está en el pasillo. Medio cuerpo suyo se asoma de la ducha con la toalla enroscada al cuerpo.

—Perdona, no te devolví la llave. Me acabo de dar cuenta.

Ella sonrío y niega con la cabeza.

—No importa.

Me siento raro. Pienso que es un acto insignificante y que no importa, pero sí que lo hace. A mí me importa. Lo hace porque no le encuentro

sentido. Ver esa llave junto a la del piso que comparto con Luna me hace meditar sobre si no la habré dejado allí por algo más. Por la necesidad de agarrarme al pasado.

Me siento en el sofá y ella pasa de puntillas riéndose y entra en el cuarto a cambiarse.

Yo pienso en qué estará haciendo Luna. En si habrá quedado con Julien, con Didier o con su amiga Charlotte. Si habrá salido a pasear con su cámara o estará intentando cocinar algo decente para demostrarme que no es un desastre. Si pensará en mí y en si fruncirá el ceño al hacerlo o solo me echará de menos.

¿Y yo? ¿Qué estoy haciendo yo?

Giro la cabeza y la imagen me bloquea. La puerta no se ha cerrado del todo. Ángela está de espaldas abrochándose el sujetador. Sus bragas son negras de encaje. Sé qué conjunto es. Lo recuerdo. Se lo he arrancado un montón de veces. Ambos teníamos un gusto muy concreto en lo referido a su ropa interior.

Me quedo mirándola. Y no siento nada carnal, pero sí una opresión en el pecho que antes no estaba. Una incomodidad nueva.

¿Qué se supone que estoy haciendo? ¿Por qué me da la sensación de que la situación se ha dado la vuelta? ¿De que Luna me espera en casa y yo me escapo para pasar momentos con Ángela? ¿Y por qué no sé parar esto? ¿Acaso quiero hacerlo del todo?

—¿Estás bien? —Sale, ya vestida, y me encuentra con la mirada perdida en todos esos pensamientos que me ahogan cada día un poco más—. Diez minutos y estoy lista.

Le sonrío y ella cumple; diez minutos después, aparece peinada y maquillada y salimos de casa.

Pasamos lo que queda de tarde en la oficina. Ángela se pone al día con clientes y pide disculpas a algunos proveedores por su ausencia.

—Una situación personal grave.

Eso dice cuando hace una llamada con su voz dulce. *Una situación personal grave*. Cada vez que la escucho se me clava más. ¿Puede una persona morir por el sentimiento de culpabilidad? Espero que no, porque cada día es más grande. Hacia ella. Hacia Luna. Hacia mí, por pensar a ratos que sería mucho más sencillo y mejor para todos si me atreviese a cortar por lo sano y largarme. No solo de esta oficina, sino de todo lo que me rodea.

Empezar de cero. Solo. Dejarles a ambas la oportunidad de hacer lo mismo.

—Étienne, mañana es la consulta. ¿Vendrás?

Se refiere a acompañarla a una cita con su terapeuta. No quiero ir. No quiero saber nada que no sea cómo terminar con esto sin hacer daño a nadie más que a mí mismo. Pero no me encuentro. Haga lo que haga, siento que no les doy lo que merecen; a ninguna de las dos.

Ella me sigue mirando. Sé que ha conseguido que nos reciban un sábado fuera de agenda solo para que no supusiera ningún problema para mí, aunque ya me parezca uno tan grande que no sé cómo abarcarlo.

Suspiro. Ángela sonrío levemente.

Soy incapaz de decir que no a su rostro esperanzado.

Entro en casa y Luna me espera, como cada noche, con la cena en la terraza. Parece ausente, pero sé que es consciente de cada uno de mis movimientos.

Me siento a su lado y espero a que se coloque sobre mi regazo, pero no lo hace.

Pruebo la empanada que ha hecho, pero omito decir que ya pedí sushi con Ángela en su oficina y que no tengo hambre.

Luna bebe de su copa y mueve el pie al ritmo de *Cry Baby*, de Janis Joplin.

—¿Qué tal el día? —me pregunta de forma rutinaria.

Me encantaría poder decirle que no lo sé. Que Ángela está mejor y comienza a asumir que lo nuestro se ha terminado. Me gustaría poder compartir con ella que, aun así, la culpabilidad no desaparece. Y que me acuerdo de ella; que la tengo presente y que el sentimiento que me invade cada vez que la veo sigue siendo igual de intenso. También darle las gracias por su comprensión, su confianza, su humanidad.

Sin embargo, no digo nada.

—Prefiero no hablar de ello.

Luna sonrío. Lo hace como siempre, de verdad, aunque me da la impresión por un momento de que sus ojos brillan menos. La culpa aparece de nuevo y cubre nuestra terraza, casi como un manto blanco de nieve.

—Vámonos a la cama.

Tira de mi mano y yo la sigo. Nos acostamos y ella se abraza a mí. Respira contra mi cuello y yo acaricio su pierna y la respiro a ella. A todo eso que no deja de darme y que yo no le devuelvo de la misma manera.

Luna

Cuando su respiración se vuelve profunda, me levanto. No solo porque no pueda dormir, sino porque es el único momento del día en el que soy capaz de trabajar. Quizá porque lo siento cerca y eso calma mi habitual inquietud, aunque no colabore en algo que para mí es tan especial.

«No importa», me digo, «está pasando una mala racha y es mucho más importante la salud de Ángela que mi maldita presentación».

Abro el portátil y releo por milésima vez el pequeño texto que he preparado para presentar la exposición al público. No soy una persona a la que le cueste exhibirse, pero sí que estoy nerviosa. Nunca había enseñado tanto de mí.

Pienso en si le gustará. En si será una sorpresa bonita.

Acaba ocurriendo lo de siempre, me quedo dormida con el portátil en el regazo y, cuando abro los ojos, ya es de día y espero el beso de Étienne.

No obstante, hoy no hay beso. Hoy solo hay una nota.

Estabas dormida y no he querido despertarte.

Me voy a la terapia con Ángela.

Te veo a la tarde en la exposición.

Fuera nervios, has nacido para esto.

Te quiero, amour.

Suspiro. Los nervios se convierten en enfado por no tenerlo a mi lado para hacerlos desaparecer; hago una bola con la nota y la tiro encima de la mesa. Me fumo un cigarrillo en la terraza. Me repito que no son más que palabras. Que Étienne siempre me demuestra lo que tenemos. Que no tengo motivos para dudar de él. Que llegará cuando más lo necesite, me abrazará y la calma lo hará con él.

No obstante, la duda se instaura en mi pecho. Los nervios se disparan. Las ganas de coger un nuevo avión, por primera vez desde que lo conozco, aparecen. Y no para huir de él, sino para hacerlo de esta Luna que tiene miedo y que no sabe cómo afrontarlo. Una Luna que tiene pánico a descubrir el sabor de la decepción.

Étienne

—¿Huevos revueltos?

—Sí.

—Mmm... hacía demasiado tiempo que no me los preparabas.

Ángela se sienta en la mesa de la cocina. Parece contenta. Se acaba de duchar y su pelo aún está húmedo. Huele a ese gel de rosas que siempre ha usado y que me resulta tan familiar.

Es sábado y, como habitualmente vengo a verla por las tardes, he pensado que hoy estaría bien hacerle el desayuno. Le sirvo el plato y sonrío satisfecha. Yo me siento a su lado y comemos.

En un momento dado, le entra la risa.

—¿De qué te ríes?

—¿No te parece demasiado... normal?

Nos miro. Ella lleva un kimono de seda y esas zapatillas de estar en casa con un pompón en la punta. Yo estoy vestido como cuando me iba a trabajar: pantalones de vestir y camisa. El periódico descansa doblado sobre la mesa. Un desayuno compartido.

Sonrío. No debería sentirlo, pero la nostalgia es un sentimiento inesperado.

Entramos en el centro y la noto nerviosa. Yo también lo estoy. Ni siquiera comprendo por qué estoy aquí, pero siento que se lo debo. Necesito que esté bien y que la vida siga para todos.

—Doctora Feraud, él es mi marido. Étienne Leclair.

—Encantado.

Nos sentamos dentro del despacho y mi incomodidad es patente desde el primer minuto en el que oigo que me presenta como su marido. Pienso en Luna bailando por nuestro apartamento y fumando desnuda en la terraza y me estremezco.

—Étienne, le pedí a Ángela que te sugiriese venir para intentar solucionar este bloqueo.

—Lo entiendo. Vengo dispuesto a colaborar en lo que pueda.

Sonrío con condescendencia. No me gusta. Me juzga desde el minuto uno y no entiendo por qué.

—Lo sé. Me gustaría empezar exponiendo el origen de todo esto. Ángela y yo hemos estado trabajando las últimas semanas y ha llegado a la

conclusión de que todo se debe a una obsesión tuya por un ideal romántico formado en el pasado.

—¿Disculpa?

De repente me siento como un bicho encerrado en una caja que cada vez es más pequeña.

—Étienne, Ángela cree que te has agarrado a un ideal que nadie puede cumplir. Así que, si te parece, hablemos de esa chica del tren.

—Étienne...

—No digas nada.

Salgo del edificio y me desabrocho el primer botón de la camisa. Me ahoga. No entiendo qué ha pasado ahí dentro. No entiendo nada.

Ángela me sigue, corriendo para lograr alcanzarme, y me agarra del brazo.

—Lo siento.

—No lo sientes. Me has llevado ahí no sé con qué intención, pero sabiendo perfectamente lo que hacías. No vuelvas a hacerlo.

—¿Te vas?

—Tengo que irme.

—Por favor, no te vayas.

Se pone delante de mí y su expresión me desarma. Tan triste. Tan necesitada. Tan mal, pese a los supuestos progresos que he visto en ella. Tan culpable yo.

La bola de nieve empieza a ser demasiado grande y a arrastrarlo todo.

—Ángela, ¿qué me estás pidiendo? —le imploro, profundamente desesperado.

—Te prometo que mañana se acabó. Pero hoy... hoy no quiero estar sola. Hablemos.

—¿De qué quieres hablar?

—De nosotros. De todo lo que se quedó a medias. De Luna. Soltémoslo todo. Háblame de ella y de lo que habéis vivido con total honestidad. Creo que así será la única manera de poder decirte adiós.

Luna

El local es precioso. Se trata de una cafetería que cuenta con una sala en su interior y un patio central acristalado con un árbol inmenso en el centro. La luz es cálida y camareros pasan con bandejas repletas de copas y canapés de lo más apetecibles.

Yo no puedo comer. Es posible que, si doy un solo bocado, vomite sobre el suelo.

Didier me ofrece una copa de champán y yo la acepto. Doy un trago y pasa su mano por mi nuca. Siento un escalofrío. No estoy acostumbrada a sentir el cuello desnudo, pero me parecía una buena idea hacerme un moño que quedara más elegante con el vestido que me ha prestado Charlotte que mi melena sin peinar. Además, quería parecer por un día una mujer sofisticada, elegante, a la altura de cualquier circunstancia. Quizá, en mi interior, también deseaba mostrarle a él que puedo ser lo que me proponga.

—¿Estás bien?

—Lo cierto es que no.

—¿Aún no ha venido?

Miro una vez más a mi alrededor y compruebo si está entre los asistentes. No lo encuentro. Étienne no ha llegado, solo quedan unos minutos para tener que empezar y siento que no puedo respirar. Que lo necesito a mi lado. Que a la duda que se había instaurado dentro de mí le crecen alas y sobrevuela la sala.

No puedo creer que sea capaz.

No es posible que se haya olvidado de esto.

Me niego a pensar que haya elegido no estar a mi lado.

No hoy.

Busco mi móvil y marco con los dedos temblorosos. El suyo está apagado. Perfecto.

Mi corazón va tan rápido que siento un leve mareo.

—Luna, tenemos que empezar ya.

Asiento y sonrío, aunque es una sonrisa demasiado fingida como para que alguien se la crea. Observo a las personas que me rodean. Veo caras familiares, amigos de Didier y conocidos por mi trabajo con los que he coincidido en otros eventos similares. Charlotte me sonrío orgullosa en un rincón. A su lado, leo en los labios de un Julien demasiado serio todo lo que necesito para empezar:

—Puedes hacerlo.

En realidad no lo es todo, pero es lo que tengo.

Cojo aire y cumplo uno de mis sueños.

Sola.

Sin él.

Étienne

Ángela camina de un lado a otro de la cocina. Me sirve un nuevo café y una infusión para ella, y me lo ofrece. Yo niego con la cabeza. Como me tome otro acabaré subiéndome por las paredes.

Eso hacemos desde hace unas horas. Bebemos de vez en cuando, yo fumo apoyado en la ventana abierta y hablamos a trompicones que mezclamos con tensos e interminables silencios.

Nunca fuimos así durante nuestra relación. Siempre nos comunicamos, rara vez nos enfadábamos y los pocos obstáculos que nos encontrábamos por el camino los saltábamos de la mano. Pero, ahora, todo ha cambiado. Ella. Yo. Lo que fuimos.

Siento que no la conozco y creo que el sentimiento es mutuo.

—Di algo. Por favor.

Su voz denota poca firmeza. Y eso, en una persona como ella, tan segura siempre de sí misma, cuesta asimilar.

—No sé qué quieres que te diga.

—Lo que sea.

—Me has hecho creer que estabas mal, Ángela.

—Y lo estoy.

Me tenso y por primera vez la mirada que le dedico es tensa y dura.

—Ya sabes a qué me refiero. He ido a esa sesión con la intención de ayudarte a superar este... bache y continuar con tu vida. Y, cuando llego, me encuentro con una puta terapia de pareja.

—Es que somos una pareja.

—¡No! —La voz me sale más alta de lo que pretendía y rectifico, suavizándola—: No, Ángela, no lo somos. Lo fuimos, pero ya no. Solo somos un papel. Y lo lamento. Créeme cuando te digo que me duele como pocas cosas lo han hecho, pero es lo único que nos queda.

Se deja caer en una de las sillas de la cocina. Se lleva una mano a la boca y se muerde la uña, pensativa, dando vueltas a esa realidad que seguía sin poder o querer creer y que le cae de nuevo encima como una pesada losa. Está demasiado nerviosa.

—Yo... yo creía... creía que estábamos mejor. Desde que viniste, pensé... creí que podríamos volver a intentarlo.

Traga saliva y se peina con los dedos de forma compulsiva. Esto no me gusta. Me resulta demasiado triste verla así. Y, en el acto, me doy cuenta de

que quizá he estado más ciego de lo que creía. Me he agarrado a la idea de conseguir arreglar lo que rompí con ella, a la posibilidad de portarme bien para resarcir la decepción, el engaño y todo lo asociado con haberme enamorado de otra mujer, aun queriéndola. De repente, soy consciente de que procurar ayudarla no ha servido de nada, lo único que he hecho ha sido intentar sentirme mejor conmigo mismo, y ni eso lo he conseguido. Y a ella le he dado una esperanza que no debería existir.

Entonces la imagen de Luna aparece en mi cabeza. La causa de todo esto. La auténtica razón, con sus virtudes y sus defectos, con toda esa energía que no solo me hizo despertar hace años en un tren, sino que también me arrolló al reaparecer en mi vida.

—¿Eres consciente de que estoy viviendo con otra mujer?

—Lo sé, pero también vivías conmigo cuando ella apareció.

Su comentario me resulta despreciable. Y lo hace más aún cuando veo el brillo de esa esperanza en su mirada. Como si viese posible que la situación vivida dé una vuelta y que Luna y ella intercambien los papeles.

Siento náuseas.

—Acabas de hacer que desaparezca la poca dignidad que quedaba en esta casa.

—Yo... ¡Vale! —Da un golpe en la mesa y se levanta—. ¡No espero que lo entiendas! Pero al menos acepta que tú y yo funcionamos. No ha sido tan malo echarme una mano.

—No, no lo ha sido.

—Entonces... ¿Por qué lo hiciste?

—¿Hace falta que lo diga?

Sus ojos se humedecen. Yo asumo que mi vida es un completo desastre; que estas semanas lo han sido; no han servido para nada.

—Sí, lo necesito, Étienne. Si vas a irte del todo, necesito entenderlo.

Y, entonces, lo comprendo yo. Necesita que le haga aún más daño. Recrearse en ese dolor y asumir que no lo merece para, cuando piense en mí, recordárselo y quizá odiarme, porque aún no es capaz de hacerlo por sí misma. Que todo fue culpa mía. Que necesita entender qué fue lo que hicimos mal y darse cuenta de que ella no hizo nada.

Así que, cojo aire, y lo hago.

—Yo te quería. Es posible que aún lo haga. Éramos felices y sé que lo hubiéramos sido de verdad. Si Luna no hubiera aparecido, hubiésemos tenido la vida que queríamos. Así que no te culpes. No fue culpa tuya.

—Pero yo la contraté.

—¿Y qué? Y ella se quedó en París. Y yo me enamoré. Si alguien es culpable aquí de algo es la vida. Somos las circunstancias que nos encontramos por el camino, Ángela. ¿Que podía haberlo hecho mejor desde el principio? Posiblemente. ¿Que podía haber tomado otra decisión? También. Pero ¿qué hubiera cambiado?

—Todo.

Nada, quiero decirle. Pero es duro. Es jodidamente duro confesarle a la mujer con la que juré pasar el resto de mi vida hace solo un año que la mía quedó ligada a la de otra persona.

—Sí. Viviríamos juntos. Nos querríamos. Pero yo seguiría pensando en ella. Al ver un tren. Una cámara de fotos. La nieve.

—Todos tenemos fantasías, Étienne. Hasta yo. Pero en la vida a veces hay que ser más práctico, más sensato y elegir lo que nos hace bien. Escoger aquello que te mantiene los pies en el suelo.

—Ella me hace bien.

Su expresión de dolor se transforma en una irónica que no me agrada. Es dañina. Nunca nos habíamos mirado así.

—¿Y por qué, entonces, estas semanas alargabas las horas? ¿Por qué no solo venías a ayudarme con la oficina, sino que acabábamos cenando juntos? ¿Por qué pareces tan triste cuando se supone que acabas de empezar una historia de amor?

Trago saliva, pero no la suficiente como para que el nudo desaparezca, sino que me hace explotar. Me levanto y golpeo la mesa con las manos. No puedo más. He tocado fondo.

—¡¡Porque me siento culpable!! Porque, haga lo que haga, lo sufrimos. Tú, ella, yo. No sé... no sé cómo hacer para que pase.

—Lo que tienes que entender es que elegir supone eso.

—¿A qué te refieres?

—Que quizá estás planteando mal el problema. Quizá consiste en no elegir a la chica que amas, sino en evitarle los posibles daños.

—¿Qué pretendes con esto? —dejo caer la pregunta, porque pensar lo que supone su afirmación me duele demasiado.

—Creo que, en el fondo, sabes que no va a funcionar. Con Luna. Os habéis agarrado a una fantasía creada a lo largo de los años. Y es bonito. Créeme que me hubiera encantado vivir algo así, pero no deja de ser eso, una fantasía. Tú mismo me lo dijiste hace años, la primera vez.

Cierro los ojos. *La primera vez.* Y ahora estamos viviendo una segunda.

¿Y si solo se trata de eso? Hace años Luna rompió nuestra vida por la mitad para desaparecer. ¿Y si vuelve a ser lo mismo? ¿Y si Ángela tiene razón y nos hemos estado agarrando a sensaciones sin un respaldo que nos sujete por mucho tiempo? ¿Si esto que estamos viviendo hoy es una segunda vez que acabará conmigo como en la primera, regresando con Ángela y diciendo adiós a Luna en una estación de tren?

—Pero yo la quiero. Lo siento. Y siento que esto te haga daño, pero la quiero.

—Pues, entonces, ve con ella.

Pienso en Luna. En su mirada franca, directa, llena de tanto. En todos los momentos vividos. En cada regalo que me ha hecho con cada sonrisa, con cada carcajada, con cada palabra. En su forma de cuidarme, incluso cuando yo cuidaba de otra. En sus manos, siempre dispuestas a abrazar como si el mundo se acabara. En sus besos sinceros.

Dinamita.

Sonrío. Y entonces la sonrisa se me rompe y empalidezco.

—No, no... mierda.

—¿Qué ocurre?

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

La realidad me cae encima con fuerza.

—Tengo que irme. ¡Maldita sea! Esto se ha acabado, Ángela. Del todo. Necesitas ayuda, pero está claro que, por muy culpable que me sienta, no soy yo el que puede proporcionártela.

Camino ansioso por el pasillo. Paro frente a la puerta y me peleo con el manojito de llaves para sacar la de esta casa y dejarla definitivamente sobre el mueble. Eso que tenía que haber hecho hace tiempo, pero que hasta ahora no me he dado cuenta.

Maldigo, mientras Ángela me observa en silencio. Se abraza el estómago y la expresión de temor en su rostro me confunde y me asusta, pero tengo que marcharme. Tengo que ir con ella. Tengo que decirle a Luna que lo siento. Que lo siento tanto que no sé cómo voy a poder demostrárselo. Que siento haberme olvidado de ella cuando ocupa cada segundo de mi pensamiento.

—Hablaré con mi abogado.

Abro la puerta, pero solo pongo un pie fuera cuando su voz resuena como si hubiera lanzado un grito. Aunque no lo es. Solo es otra piedra enorme que

me cae encima y que acaba con todo; incluso con las pocas fuerzas que me quedan.

—Estoy embarazada.

La sala de exposición está vacía. Están las fotos de Luna, y algunas personas tomando una copa mientras observan lo que les rodea, pero no está ella y, por lo tanto, no soy capaz de ver nada más.

—¡Mierda!

Le pregunto a un camarero al pasar y me dice que la presentación terminó hace una hora y que la autora se marchó poco después. No sé qué hacer. Tengo el móvil sin batería; pienso en pedir uno prestado al bar, pero no me sé su número de memoria. Las tecnologías nos han convertido en cómodos zoquetes sin capacidad retentiva.

La he jodido. Le he hecho daño. Lo he estropeado.

Ángela tenía razón. No se trata solo de elegir a quien quieres, sino, quizá, de no escogerla si le haces daño. ¿Pero es eso posible? ¿Es fácil? Ni por asomo. Quiero elegir a Luna una y mil veces. Aunque no pueda. Aunque las dificultades se me acumulen y no pueda ni pensar con claridad.

Estoy embarazada.

Decido volver a casa y hablar con ella. Explicárselo todo. Confesarle cómo me siento. Pedirle perdón. Decirle que las cosas han vuelto a dar un giro radical y que necesito compartir con ella esta noticia que no sé ni cómo afrontar sin derrumbarme.

¿Debería sentirme feliz? ¿Soy una mala persona por no sentir nada bueno en estos momentos?

Mientras pienso en ello, mi atención se centra en una de las instantáneas. Caigo en la cuenta de que ni siquiera sabía qué era lo que Luna quería retratar. He estado tan centrado en arreglar la situación con Ángela, en ocuparme de lo que creía mi responsabilidad, que me he perdido todo lo demás. Quizá, incluso, he perdido a Luna.

Estudio las fotos con un nudo cada vez más grande en mi garganta. La exposición se titula *París*. Nada original. Nada que no se haya hecho antes. Pero lo es. Porque no se trata de la ciudad que conoce el resto del mundo, no; sino que es un retrato visto desde nuestros ojos. Son piedras lanzadas al canal de Saint-Martin. Una tarta de chocolate medio deshecha en una buhardilla bohemia del distrito X. Una pareja mirando los trenes salir de la Gare du Nord. Un copo de nieve cayendo sobre la escalinata del Sacre Coeur.

Es nuestro París.

O lo era.

—¿Qué es lo que he hecho? —susurro.

Cuando abro la puerta de casa, simplemente, lo sé.

Las luces están apagadas, pero la terraza abierta hace que el brillo de la luna dé la claridad suficiente. Entro y veo la nota que he escrito esta mañana antes de irme arrugada sobre la mesa. Todo parece igual, pero no lo es. Faltan las fotografías desperdigadas esta última semana por el salón. Sus zapatos en cualquier rincón. Su mochila negra llena de recuerdos de ciudades colgada tras la puerta.

Entro en la habitación y la encuentro vacía. Su ropa, siempre ocupando de cualquier manera una silla, no está. Ni su perfume de fresas sobre la cómoda. Ni aquella foto que adornaba su mesilla. La misma en la que salía yo junto a Julien y que nos hizo a ambos en un tren tantos años atrás. La misma que estaba al lado de un retrato mío robado mientras fumaba en un balcón.

«Mis chicos favoritos», decía. Y después me besaba.

El aire de la ventana abierta mueve una hoja sobre la almohada. Es una nota. Su letra es bonita y triste. A veces la tristeza se refleja en todo.

Gracias por atreverte a coger este tren conmigo.

Nunca el viaje había sido tan bonito.

Siempre.

No queda nada.

Veo la luna brillando por esa ventana que tanto le gustaba, pero ella no está.

Salgo a la terraza y me siento. Enciendo un cigarro y me lo fumo en silencio.

Se ha ido.

Se acabó.

Estoy embarazada.

O quizá solo acaba de empezar.

Finalmente... Luna

Momento en que deja de existir, ocurrir o hacerse una cosa o última parte de la existencia de un proceso o de algo.

Aquello que es definitivo.

Luna

El cielo aquí me parece distinto. Más azul a ratos. Más gris a otros. Supongo que verlo desde esta ventana hace que no tenga nada que ver a como lo observaba desde la de aquel piso.

Bajo las escaleras y el olor de uno de los desayunos de mi tía Julia me recibe.

—Buenos días, Luna. ¿Dormiste bien?

—Más o menos.

Me da un abrazo al pasar y su aroma a flores me calma. Va descalza. Lleva un vestido vaquero tan viejo que tiene un par de rotos en la espalda y tararea una canción de Zaz mientras sirve tortitas en mi plato. Ni siquiera me molesta que sea una apasionada de la música francesa y que me haga viajar de vez en cuando hasta allí. Es tan preciosa que entiendo que mi tío Oliver esté enamorado de ella hasta el tuétano.

—¿Y Oliver? —Me sonrío como si hubiera dicho su palabra favorita del mundo entero. Posiblemente lo sea.

—Está fuera. Trabajando en el huerto.

Volví a casa al día siguiente en el primer autobús que pillé. No encontré ningún billete de avión y regresar en un tren me hubiera hecho recrearme demasiado en los recuerdos.

Dejar aquel piso fue complicado. Lo hice llorando, mientras Julien recogía mis cosas y me decía que no pasaba nada, que lo superaría. Aunque yo no lo creyera. Aunque me costara respirar.

Pasé la noche con él y a la mañana siguiente dejé París.

No lo vi. No me pidió perdón. No hizo nada por buscarme. Solo... Étienne solo lo aceptó. Y eso me mató. Eso y un mensaje que recibí y que borré junto a su número, después de leerlo como mil veces:

Gracias a ti por acompañarme. Siempre.

Debería odiarlo, pero no fui capaz. Solo lloré. Solo pensé que me moriría si seguía sintiendo esa opresión en el corazón mucho más tiempo. Casi lo deseaba, desaparecer, poder borrar la memoria para olvidarme de todo; de aquel viaje en tren; de él; de lo vivido. De lo largo que había sido el camino hasta encontrarnos y lo efímero que había sido lo nuestro. Si lo pensaba, todo

se resumía en unas semanas encerrados en un piso y un puñado de instantes robados a su matrimonio. No era una historia digna de elogiar. O sí, porque el dolor era tan real que solo podía ser el resultado de un amor un tanto visceral y casi imprudente. Eso me decía, mientras Julien me repetía que pasaría, que confiase en él. Y, pese a mis sentimientos y mi incredulidad, descubrí que tenía razón. Nadie se muere de amor, pero eso no quita que enfermes; que duela; que deje cicatriz.

Regresé a mi hogar sintiéndome mayor en vez de una niña a la que habían utilizado por despecho. Supongo que hacerse mayor consiste en eso, en saber que a veces se folla sin amor y otras se ama sin follar. El problema radicaba en que yo no sabía cuál había sido nuestra situación. Quizá era más triste de lo que parecía. Quizá Étienne me había follado sin amor y yo lo amaría el resto de mi vida sin tenerlo en mi cama. Que tampoco era lo que había ocurrido, en el fondo tenía la certeza de que había sido real, pero la sensación era la misma. Era como si Étienne hubiera dado pasos pequeños cada día en su dirección, como el que vuelve a un hogar que abandonó sin saber cómo ni por qué, para acabar asumiendo que se quedaba con ella y que aceptaba de buen grado mi adiós. Eso sentía. Que Étienne había vuelto a sus brazos, como si entre los míos la vida diera tanto miedo que fuera insoportable y yo, en vez de llorar como una adolescente despechada porque un chico se ha aprovechado de sus sentimientos para después volver con otra, me sentía una anciana. Una chica joven que ya había vivido demasiado dentro de un corazón.

Pensaba en lo útil que sería tener tres corazones, como los pulpos, para poder reponerlo cuando uno se hiciera pedazos. Pero no. Solo tenía uno y le pertenecía a él.

Y es que... Étienne ni siquiera había luchado. Eso era lo que más me dolía.

Después de tanto aguantado. Después de tan poco compartido.

Cuando bajé del autobús tras quince horas de viaje, mi padre me estaba esperando en la estación. Solo con verlo, me derrumbé.

—Luna, ¿qué...? —Me eché a llorar y me abracé con fuerza a su cuerpo —. Vale, tranquila. Ya estás en casa. Ya estás en casa...

Sí, estaba en casa. Porque, al parecer, lo que yo había sentido en París no había sido más que el espejismo de un hogar que nunca llegó a serlo del todo.

Mi habitación seguía como siempre. Oía a años jóvenes, locos, a lo que

había sido en el pasado y un poco a lo que no había conseguido llegar a ser. El mapamundi con banderitas señalando los lugares que había visitado seguía sobre la cama. París brillaba como si fuera mucho más grande que lo que la rodeaba. Las guirnaldas de fotos. Mis peluches de niña.

—¿Puedo entrar?

Mi padre asomó la cabeza y sonreí. Llevaba una taza de chocolate en las manos.

—Sí.

Le hice hueco a mi lado. Me tendió la taza y le di un sorbo antes de darme la vuelta y apoyar los pies en la pared, como hacíamos cuando era pequeña. Él me imitó y compartimos unos cojines como almohada. Los pies de ambos señalaban algún punto del mundo aún no visitado. Bruno, en China. Yo, en Siria.

—Salió mal —susurró.

—No salió. Ni siquiera sé si mal, porque... fue perfecto.

—Hasta que dejó de serlo.

Volvía. Esa intensidad tan triste. Eso que tenía dentro y que saltaba con fuerza cada vez que sentía lo que lo echaba de menos. Las lágrimas mojaron mis mejillas y un poco la tela del cojín sobre el que ambos nos apoyábamos.

—Lo cuidé, papá.

—Eh, ya lo sé. No es culpa tuya.

Me levantó, pasó el brazo por debajo de mi cuerpo y me atrajo hacia él.

—Lo cuidé, pero... pero...

—A veces no es suficiente.

Tenía razón. A veces... no lo era.

—... pero él a mí no.

Salgo a buscar a Oliver después de desayunar como para sobrevivir una semana sin comida. Me lo encuentro arrodillado recogiendo los últimos calabacines de la temporada.

—¿La comida de hoy?

Se gira y sonríe. Tiene las manos llenas de tierra, al igual que la camisa vieja de lino que lo cubre. Y lleva un sombrero de paja. Sus ojos azules brillan. A veces todavía me sorprende lo que ha cambiado a lo largo de los años; o no ha cambiado, quizá este era él, solo que no lo sabía.

—Sí. ¿Quieres ayudarme?

Lo hago. Trabajamos en silencio. Hasta que él lo rompe con uno de esos

intentos de entenderme y ayudarme; de que vuelva a ser yo.

—Cuando llegué aquí, no fue fácil. Con Julia sí, pero... el cambio de vida...

—Siempre dijiste que era lo que querías.

—Y lo era. Pero querer algo no significa que sea sencillo tenerlo y acostumbrarte a ello.

Medito sus palabras. El sol pega fuerte para ser octubre y me seco el sudor de la frente con la mano. Pienso en Étienne y el nudo crece. ¿Puede que sucediera eso? ¿Que yo no fuese un cambio fácil para él?

—¿Quieres decir que me quería, pero que no supo hacerlo?

—No lo sé, Luna. Solo te digo que... que hasta el amor más bonito tiene golpes.

Pasé dos semanas en mi casa antes de coger la mochila y mudarme un tiempo con mis tíos. Las paredes se me caían encima. Las mañanas las pasaba en la tienda de Jimena, pero vender vestidos y complementos ya no me hacía tanta gracia como cuando era una adolescente que soñaba con ponérselos todos. Las tardes acompañaba a mi padre al estudio y trabajaba con él. Cuando cerrábamos, recogíamos a Jimena y cenábamos por ahí, tomábamos algo o paseábamos. Intentaban entretenerme y funcionaba. Me sentía calmada, de forma inexplicable para alguien como yo, por un par de horas.

Sin embargo, cuando me metía en la cama, todo regresaba. Cerraba los ojos y lo veía. Me giraba y sentía un espacio que Étienne nunca había ocupado, pero que mi cuerpo reservaba para el suyo. Lo anhelaba. Sacaba una de sus camisetas, que me había llevado por error, y la olía. Después la lanzaba contra la pared y me juraba tirarla a la basura al día siguiente, pero no lo hacía. Me aferraba a todo lo que me quedaba de él. Era incapaz de soltarlo.

Los días pasaban. La vida lo hacía. Y yo... yo sentía que permanecía atrapada en esos sentimientos, como si hubiesen echado raíces y crecido hasta formar un muro infranqueable.

Un día, mi padre me llevó a capturar instantes con su cámara. Fue ahí cuando me lo dijo, mirando el mar y sentados ambos en la arena.

Arena.

—Esto no funciona, Luna.

—¿A qué te refieres?

—Estás mal. No eres tú. Y no sé qué hacer.

Entonces me di cuenta de lo nervioso que estaba. De sus ojeras. De la

ausencia de sonrisa. De lo que estaba haciendo con todo lo que me rodeaba. Me sentía un virus de tristeza. ¿Eso existe? No lo sé, pero el resultado era el mismo en la gente que me quería.

—Me iré.

—No, ¿qué dices?

—Puedo volver a Formentera. O a cualquier otro lugar.

—No quiero que te vayas. Solo quiero descubrir qué puedo hacer.

—Ya lo sé, pero es que no puedes hacer nada. Pasará. Julien dice que nadie se muere de amor.

—Pero se enferma.

Torció los labios y yo me eché a reír; es increíble lo iguales que podemos llegar a ser.

—Iré a casa de Julia y Oliver. Me vendrá bien.

—¿Vas a probar los efectos de un tiempo en el retiro de Julia? Ten cuidado, a tu tío le cambió la vida.

—Eso espero.

Y aquí estoy.

Dorian me sigue cuando entro en la cocina y dejo sobre la isleta una cesta llena de hortalizas. Le doy un trozo del pan que Julia acaba de sacar del horno y salta emocionado. Ya no lo hace con tanta energía, los años pasan para todos, pero siempre parece sonreír. Dejo otro sobre el mueble de la entrada para cuando Wendy quiera salir de su escondite.

Me pongo una chaqueta, cojo la cámara y salgo a pasear.

Antes de internarme en el bosque, oigo unas risas y me giro. Me encuentro a Oliver abrazando a Julia por la espalda. Están frente a la cerca, dando de comer a los dos caballos que acogieron hace tiempo. Le susurra algo y ella se ríe y se mece contra su cuerpo. La mano de él acaricia su muslo desnudo. La de ella le roza la mejilla.

Saco una fotografía y me voy de allí en silencio, como el que guarda un secreto.

Lo echo tanto de menos que me duele.

Étienne

—Todo está bien —dice la doctora.

—¿Seguro?

—Seguro. Mirad, eso que se mueve son sus piernas. Aquí tenemos la cabeza. Y... vaya.

La sonrisa de Ángela se convierte en una expresión de miedo.

—¿Qué ocurre?

—¿Les gustaría saber el sexo?

Nos miramos. Nos preguntamos con los ojos. Sonreímos.

—Por favor.

—Es un niño.

Un niño. Voy a tener un niño. Voy a ser padre.

Ángela me agarra la mano con fuerza y un par de lágrimas se le escapan.

Dentro de mí algo tira y hace un agujero que expande mi pecho.

Luna

—Nora, no puedes moverte.

La sujeto por los hombros para que esté quieta. Separo el hielo de su oreja y la pellizco. No reacciona, así que supongo que es ahora o nunca. Cuando me ve coger la aguja esterilizada que he dejado sobre la mesa, se muerde el labio y cierra los ojos muerta de miedo.

—Mi madre va a matarte.

—Se supone que no tienes que hacer que me arrepienta en este momento.

—Tú clava. —Lo hago sin pensar; perforo su oreja como hice infinidad de veces en mi adolescencia con mis amigos—. *Auch*.

—¿Duele? Es un segundo. —Aprieto hasta que sustituyo la aguja por un pendiente y lo cierro—. Ya está.

Se mira al espejo impaciente y abre la boca sorprendida al ver el resultado.

—Dios... tengo la oreja como un pimiento.

—Bajará en un par de días. Lávatelo como te he dicho y déjate el pelo suelto para que tu madre no nos castigue a ambas hasta los cuarenta.

Sonríe y comienza a poner poses frente a su reflejo.

—Eres la mejor —susurra mirándome con admiración.

Desde que la conocí, muchos años atrás, siempre me ha observado así, como si fuera un modelo a seguir para ella. Vive con su madre a un par de kilómetros de la casa de Oliver y Julia, pero desde que yo me alojo aquí pasa más tiempo conmigo que en su propia casa.

Su nerviosismo me conmueve; hoy tiene una cita y está inquieta. Ha venido a pedirme ayuda con el peinado y el maquillaje, y he acabado haciéndole un nuevo agujero en su oreja. No creo que sea una buena influencia. No es que esta sea su primera cita, pero sí que es importante. Quiere estar guapa y sentirse segura. Puede que hoy suceda algo con lo que lleva tiempo fantaseando.

Recuerdo a la Luna de su edad y me doy cuenta de que no nos parecemos en nada. Yo, a sus dieciséis años, ya había experimentado más de lo que ella es capaz siquiera de imaginar. Porque Nora es tímida, responsable, cauta y un tanto infantil para su edad. Es feliz viviendo en este lugar apartado de la ciudad, rodeada de animales y en plena naturaleza. Yo solo espero que nadie se aproveche de su ingenuidad e inocencia.

—Me encanta tu vestido —le digo para aportarle confianza.

—¿Crees que le gustará?

—Le encantará. Pero porque eres tú. Y tú le gustas como sea.

El silencio repentino y la expresión apenada de su rostro me dicen antes de tiempo qué es lo que se muere por preguntarme. Es demasiado curiosa para su propio bien.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si esta noche doy un paso y después me arrepiento?

Pongo la mano en su hombro para que se siente y comienzo a peinar esa melena negra lisa y preciosa que tiene, mientras intento transmitirle serenidad y ese mensaje que he aprendido con los años.

—La vida consiste en equivocarse, Nora. Si no quieres, dilo alto y claro, pero si de verdad te apetece, hazlo. Sea un beso, una caricia o algo más. ¿Que luego te equivocas? Pues aprenderás de ello. Y vendrá otro. Hasta que un día aciertes y te olvidarás de todo lo que vino antes de él. Carecerá de importancia.

Me tenso. Me doy cuenta de que lo que le he dicho es cierto, pero también de lo que supone en mi caso. Porque, ¿qué sucede cuando el acierto tampoco es para ti? ¿Qué puede venir detrás del único que siempre has sabido que podía ocupar ese lugar privilegiado?

Me tiemblan las manos y se me cae la horquilla que pretendía ponerle.

—¿Qué pasó, Luna?

Pienso en Étienne, en cómo esa sensación de felicidad extrema se fue nublando por algo que no vimos hasta que fue demasiado tarde. Cómo la fantasía se esfumó antes de ser una realidad. Cómo ese piso pasó en semanas de ser para mí un rincón de paz a un lugar en el que me sentía atrapada por sus paredes. Y sola. Muy sola. Pese a dormir con él. Pese a tenerlo a mi lado a ratos.

No obstante, ahora sé que, aquellos últimos días, Étienne ya no estaba. No sabría decir adónde se había ido, solo sé que ya no éramos nosotros. Solo él y yo, con el fantasma de Ángela vagando por la casa como si fuera un poco suya.

Suspiro y le sonrío a medias.

—Supongo que yo no le gustaba tanto como decía.

—Eso no responde a mi pregunta. Ya no soy una niña. A mí puedes contármelo, Luna.

Es verdad. No es ninguna niña, aunque a ratos la sienta a años luz de la Luna que con su edad ya estaba preparando el camino que la llevó a coger

una mochila y recorrer mundo. Y está preciosa. Ya es una mujer preciosa por dentro y por fuera.

—Pasó que estaba casado. Que nos enamoramos. Que la dejó. Que era un buen hombre que la ayudó cuando lo necesitó.

—Pero... eso es bueno, ¿no?

Lo es, aunque no evita el enfado que noto creciendo en mí. Esa rabia. Esa decepción y todos los reproches que almaceno, porque nunca tuve la posibilidad de dejarlos salir. Me los tragué. Me contuve. Hice eso que nunca hacía y que le prometí no volver a hacer; me frené. Por él. Por cuidarlo e intentar comprenderlo. Y, al final, me explotaron por dentro y ahora solo siento eso, una ira triste que no se me va.

—Sí, pero, por el camino, se olvidó de mí. Le respeté todo, Nora, pero se olvidó de mí en un día que lo necesitaba a mi lado. Fue lo único que le pedí. Y lo hizo por ella. Cuando de verdad tuvo que escoger, la eligió a ella. ¿No te parece suficiente respuesta?

Sus ojos negros brillan furiosos y yo sonrío.

—Son unos gilipollas. Todos.

—Nora...

—Es verdad.

Sonrío, pero niego con la cabeza. Porque no es tan sencillo; ojalá lo fuera.

—No lo es. Solo que, a veces, el amor no es como creímos que sería.

Ojalá pudiera compartir con ella que siempre es perfecto, maravilloso y mágico, pero no voy a mentirle, porque, antes o después, lo descubrirá por sí misma y prefiero que esté preparada. En esa clase de persona me he convertido.

—Supongo que no, pero eso no quita que te mereciera la pena.

La miro. Sonríe con ternura a través del espejo y yo la correspondo.

—Tienes razón. Además, no deberías hacerme ni caso. Estoy amargada. Se me pasará.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Mereció la pena?

Me viene a la cabeza la sonrisa de Étienne entre las sábanas. Sus abrazos. El tacto de su mano recorriendo las calles de París. Su voz susurrándome *amour*. Las risas contagiosas que nos pillaban en cualquier lugar solo con compartir una mirada. Los cigarrillos a medias. Las noches sin dormir, pero soñando despiertos. Lo felices que fuimos.

Por supuesto que lo hizo.

Contengo las lágrimas y entonces la sonrisa que le dedico sí es sincera.

Pese a que esté triste, y enfadada, y decepcionada. No importa. Pensar en aquello siempre me hará sonreír.

—¿Que si mereció la pena? —Suspiro—. Cada segundo, Nora. Cada maldito segundo.

Una hora después, la observo subir a una moto en la que la espera un chico rubio que le sonrío con ganas al verla. Me dice adiós alzando la mano y yo cruzo los dedos por que a ella le salga bien.

Por la noche comparto manta y un té caliente con Oliver y Julia en el porche. Está a punto de comenzar oficialmente el invierno y hace un frío horrible, pero tienen por rutina salir cada noche y disfrutar de este lugar tan especial en el que han creado su hogar. Ellos hablan de todo un poco, mientras yo pienso en lo que me gustaría que Étienne estuviera a mi lado bajo esta manta observando el cielo estrellado, pese a todo. Pese al dolor, la decepción y la posibilidad de no ser suficiente para él como para luchar por nosotros.

Y la duda vuelve. Y la emoción cálida de la nostalgia crece en mi pecho.

¿Y él? ¿Pensará Étienne en mí alguna vez?

Étienne

—Empuja. Un poco más...

Ángela obedece. Está agotada. Gotas de sudor empapan su frente y sus mejillas están coloradas. Es angustioso. Verla así y no poder hacer nada. No ha dado tiempo a ponerle la epidural, así que el parto es completamente natural.

—No puedo...

Algunas lágrimas empiezan a mojar su rostro y yo lo acuno en mis manos y se las limpio. Ojalá pudiera hacer algo más por ella. Ojalá pudiera darme parte de ese dolor.

—Sí puedes. Claro que puedes. Solo un poco más. Mírame. Eh, mírame a mí, Ángela.

Lo hace. Clava sus ojos asustados en los míos y respira hondo, antes de volver a esforzarse cuando llega una nueva contracción y traer al mundo el mejor regalo que nadie podría haberme hecho jamás.

—Ya está aquí. Lo has hecho muy bien, Ángela —dice una enfermera en mi idioma natal.

Y entonces... el mejor sonido del mundo empapa mis oídos. Un llanto agudo que hace que no seamos capaces de oír nada más. Ni las palabras de la matrona. Ni de ningún miembro del personal médico que nos rodea. Ni las que se escapan de nuestros propios labios. Nada.

Se lo colocan en el pecho. Está arrugado, y colorado, y tiene una mata de pelo oscuro y sucio.

—Étienne...

Ella me mira. Lloro y se ríe a la vez, mientras lo sujeta y le deja besos en la cabeza.

Yo me arrodillo a su lado. Cojo su mano. Los observo. Rozo el rostro de él. Suave. Perfecto.

Lloro. Lo hago como no lo hacía desde niño, sin importarme nada más.

Supongo que eso es lo que sucede, que él llega y la vida gira. Se acaba todo lo demás. Desaparece. Lo olvido. Porque antes de esto no sé ni siquiera si tenía una vida. Siento que ahora acaba de empezar.

—Bienvenido al mundo, Elliot.

Su mano se agarra a mi dedo y sonrío.

El agujero de mi pecho se expande y lo barre todo.

Luna

—Sal conmigo.

—No.

—El viernes me viene de lujo.

—He dicho que no.

El cartero sonrío y se me queda mirando pensativo, antes de intentarlo de nuevo. Lleva así desde que he vuelto a Barcelona y ayudo en el estudio de mi padre por las mañanas.

—Podría hacerte un hueco el sábado, si insistes. —Me río.

Finalmente ocurre lo de cada día, niega con la cabeza y su mirada me dice que seguirá intentándolo la próxima vez que pase por aquí. Confieso que su insistencia me hace gracia, pero, aun así..., no me apetece salir con nadie. Ni siquiera que estemos en primavera me altera la sangre, como dice el refrán; me siento seca en cuanto a emociones que no sean provocadas por los recuerdos.

Busca entre las cartas y me ofrece un pequeño paquete.

—Ha llegado esto para ti.

Lo cojo y lo observo con dedos temblorosos. Es de Francia.

Ante mi silencio, dos cabezas, que supuestamente estaban trabajando dentro del estudio, aparecen de repente frente a mí y me pongo nerviosa. Es un presentimiento. Supongo que es inevitable teniendo en cuenta que hace ya nueve meses que me marché y que lo único que me ha unido a ese país es un par de llamadas de mis amigos y algún que otro mensaje de vez en cuando. Llamadas que dejé de contestar cuando me enteré por mi mejor amigo de que la vida de Étienne estaba a punto de dar un giro radical para siempre; giro que produjo a su vez un vuelco en la mía. Me sentía incapaz de controlar las ganas de preguntarle por él, así que dejé de hacerlo. Y los echo de menos, a Didier, a Julien, a Charlotte, a ese París en el que pasear y al que robarle fotos, pero... pero también a él, y esa nostalgia pesa mucho más que las demás.

—*Ángela está embarazada.*

—*¿Los has visto?*

—*Sí. Se acabó, Luna.*

Me lo imagino siendo ya padre y me cuesta. Es una imagen que se forma borrosa en mi cabeza.

Parpadeo al sentir la mano del mío en la espalda y regreso de esos

recuerdos que de vez en cuando vuelven a hacer daño.

—Ábrelo —me dice.

Al lado de Bruno, Gael no disimula la curiosidad que le produce toda mi historia. Desde que he vuelto me observa de un modo diferente, como si ya no fuera la niña que siempre correteaba a su alrededor, buscando su atención, y me hubiese convertido en algo que le cuesta comprender.

—Dale, Luna —susurra con nerviosismo.

Luego me sonrío de esa forma suya un tanto canalla y suspiro antes de hacerlo. Abro el sobre y saco una invitación. Es de color blanco con letras en un tono ocre. Está firmada por Didier.

—¿Qué es, cielo? Dímelo.

—Es para acudir a una fiesta. Dentro de dos semanas. Una revista lo ha premiado como el artista más influyente del año.

Sonrío y ambos se alegran de verdad por él.

—Vaya. Es genial.

Sí que lo es. Deseo en silencio que lo disfrute y que siga recogiendo éxitos por su talento. Y lo hago en silencio, porque no pienso decírselo a la cara. La guardo en el sobre y la tiro a la basura.

—¿Por qué haces eso?

—¿Tú qué crees? No pienso volver a París.

—Luna...

Mi padre me da la espalda, rumiando algo que no logro comprender mientras recoge unas facturas sobre el mostrador. Gael percibe que la situación se está volviendo incómoda entre nosotros, así que se dirige de nuevo a la zona interior del estudio para dejarnos solos, pero no sin antes agarrar mi brazo y susurrarme unas palabras que no sé si son una ofensa, un consejo o solo un reto.

—Te creía más valiente, pequeña.

Lo miro a los ojos y tuerzo la boca.

—Yo también.

Él se ríe por mi respuesta. Después me deja un beso en la mejilla y se marcha. Yo me encojo de hombros. Mi padre sigue maldiciendo en voz baja y peleándose con un montón de papeles que no tienen culpa de nada y que solo está descolocando.

Cuando no lo aguanto más, me giro y le pregunto a la defensiva:

—¿Qué?

Su rostro me recibe duro y decepcionado; lo sé. Y sé que esa decepción,

que nunca antes había visto en sus ojos, crece cada vez que le muestro la persona en la que me estoy convirtiendo por culpa del desamor.

—Se trata de Didier. No ensucies por un desengaño todo lo que has vivido allí. No culpes a personas que te han querido de que otros no lo hicieran como tú esperabas.

Duele. Es como si me hubiera dado una bofetada.

Cojo mis cosas y me dirijo a la puerta a toda prisa.

—Me marcho.

—¿Qué? Venga ya... No te enfades conmigo. ¿Por qué te pones así?

Suena exasperado y sé que él no tiene culpa de nada, pero necesito pensar, estar sola, meditar y adaptarme a esta Luna que comienza a no gustarme en absoluto antes de que explote del todo. Porque lo hará. Siempre acaba ocurriendo.

Abro la puerta y lo miro por última vez.

—Me enfado porque tienes razón.

No sé cómo ni por qué, pero acabo en la tienda de Jimena. Es un precioso local en el que comenzó vendiendo sombreros y accesorios para el pelo y en el que ha acabado vendiendo incluso sus propias colecciones de ropa.

Abro la puerta y ocurre lo de siempre, que me enamoro de la candidez que transmite, de la elegancia, de ese aire *vintage* que lo envuelve todo. Me maravilla que una persona que destila dureza y frialdad, si no la conoces bien, pueda transmitir todo lo contrario en lo que crea con sus manos.

—Luna, qué sorpresa. ¿Qué haces por aquí? ¿No trabajabas hoy con Bruno?

—Sí.

No le digo nada más. Solo la miro y de pronto sé por qué he venido hasta ella; porque siempre es sincera, aunque duela; porque no disfraza la realidad como hacemos mi padre y yo de romanticismo o ideales que rara vez se cumplen. Jimena es diferente; Jimena duele, pero también abraza y consuela.

Ella, al ver mi expresión agotada, sale del mostrador, cierra la puerta con llave y pone el cartel de *vuelvo enseguida*. Luego tira de mí y subimos las escaleras laterales que nos llevan al pequeño piso con balcón donde ella cose y monta sus encargos.

Saca un par de refrescos de la nevera roja que le regalamos unas Navidades y se sienta frente a mí con los brazos cruzados.

—¿Qué ha pasado?

Me encojo de hombros. Ni siquiera tiene sentido explicarle lo de la invitación de Didier, porque esa no es la causa de que yo esté así ni de que me encuentre tan perdida. Motivo solo hay uno enquistado dentro de mi pecho. Meses después sigue ahí. Incluso sabiendo que ha sido padre con ella, late sin cesar, y no lo soporto más.

—Lo echo de menos.

Jimena sonríe y da un trago a su lata.

—Qué novedad.

—No... no... no debería, pero lo echo de menos. Y no sé pararlo.

Arrugo la nariz y pellizco el borde de mi camiseta hasta hacer un pequeño agujero. Hasta cuando hago eso me acuerdo de él. Gestos que siento que son un poco suyos siendo míos.

—¿Por qué no deberías hacerlo? Echar en falta a alguien no tiene por qué tener una explicación, Luna. Acabó mal, pero no te culpes por echar de menos lo bueno que vivisteis.

—El problema es que yo echo de menos todo de él. Lo bueno, lo regular y lo malo. Los errores que cometimos, las veces que lo odié por no seguirme al bajar de aquel tren, las que lloré cuando luchaba sin parar por evitar lo inevitable, las sonrisas, vivir la ciudad juntos y todas y cada una de las despedidas. Porque tuvimos muchas. Echo de menos hasta cuando lo esperaba en casa y él ya estaba más con ella que conmigo... aunque yo siguiera confiando en que regresaría a mí. Lo echo de menos a él, como sea y cuando sea, y eso me está matando.

El desahogo me alivia de inmediato. Cuando termino, me doy cuenta de que he hecho el agujero mucho más grande. Así me siento, dentro de un gran agujero que he ido excavando poco a poco y del que ahora no consigo salir.

Jimena apoya su mano sobre la mía, parando ese gesto nervioso, y me sonríe como solo ella sabe hacer.

—Te pareces tanto a tu padre...

—A veces creo que eso no es algo halagador para ninguno de los dos.

—Te equivocas. No te imaginas lo fácil que resulta quererlos.

Las lágrimas vuelven; el torrente emocional en el que me convierto cuando no puedo controlarlo más.

—¿Y por qué...? ¿Por qué no lo hizo, Jime?

—Te quiso, Luna. No me creo que, en esa historia tan bonita que me has contado, él no te quisiera. Pero a veces... a veces hay motivos que pesan más.

¿Más que el amor? ¿Más que quererse de esta forma apenas sin

conocerse? Llevo toda mi vida soñando con una historia así y, cuando por fin la encuentro y me pertenece, todos los que me rodean me dicen que nunca es tan bonito como parece. Que el amor también tiene una parte fea, grietas y zonas grises. Oliver, mi padre y, ahora, Jimena.

—¿Puedo hacerte una pregunta? Aunque es posible que te enfades conmigo.

—Claro. Vas a hacerla igual.

Sonreímos y cojo aire para escuchar algo que sé de antemano que no me va a gustar.

—¿Por qué no le plantaste cara? ¿Por qué huiste?

—¿A qué te refieres?

—El día de la exposición. Quizá tuviera una razón de peso para no acudir.

Frunzo el ceño y me tenso. No me puedo creer que, después de todo lo que aguanté, crea que pudiera tener razón para dejarme sola en un momento tan importante.

—No se presentó. Fui paciente, generosa, respetuosa. Y me falló en lo único que le pedí, Jime. ¿Acaso lo justificas? ¿Me estás culpando de sus decisiones?

—No, pero te conozco. Yo hubiese salido corriendo, pero tú no. Tú eres de las que no se van, Luna. Eres de las que prefieren que les griten a la cara que se ha acabado, aunque duela, a dejar las cosas estar. —Ella hace una pausa y siento mi pulso acelerado; mis nervios frenéticos; el peso de todo cayéndome aún con más fuerza; la verdad que no quería tener que asumir, pero que existe—. Creo que te dio demasiado miedo.

—¿El qué?

—El que Étienne de verdad tuviera un motivo para no escogerte, después de todo. Siempre quisiste que lo hiciera, desde que lo viste en aquel tren. Y, pese a ello, nunca llegó a hacerlo del todo. Tienes miedo a aceptar que el amor no es esa trama de película romántica que te habías montado con él en la cabeza.

—Eso no es cierto.

Me río con ironía, con crudeza. Pero lo siento crecer en mi interior, todos esos sentimientos que he intentado encerrar, olvidar, destruir, y que ni la distancia ni el paso del tiempo lo han conseguido.

—Que no quieras escucharlo no significa que no lo sea, Luna.

—¿Y qué me propones? ¿Que acepte que el amor es una mierda?

—No, pero que asumas que, en ocasiones, no consiste en que te escojan

primero, sino en que te quieran. Solo que te quieran.

La miro y lo entiendo.

Han pasado muchos años, pero cuando ella y mi padre se conocieron, sucedió. Mi madre no pasaba por su mejor momento y puso a Bruno entre la espada y la pared. Él me eligió a mí. Y Jimena lo aceptó. Tuvieron que esperar cinco años para volver a encontrarse. Pero se querían. No habían dejado de hacerlo. Lo hacían tanto como lo hacen ahora. Y Bruno me escogió a mí, mientras ella se escogía a sí misma. Pero sí, se querían. Fue suficiente, ¿lo podría ser para mí? ¿Amar puede significar ceder a no cumplir un sueño a cambio de una realidad que no nos agrada tanto?

Y me trago sus palabras, y lo que provocan en mí, y todas esas dudas mezcladas con los sentimientos que siguen despertando cada vez que pienso en él.

Saco el teléfono y marco con los dedos temblorosos.

—¿Sí?

—¿Papá?

Cierro los ojos. Cojo aire. Me digo que eso es lo que haría la verdadera Luna. Y vuelvo a ser yo.

—Rescata la invitación de Didier. Me voy a París.

Étienne

—¿Estás lista?

—Sí. Coge la bolsa. Que no se te olvide el chupete. ¿Dónde he dejado las toallitas?

Ángela corretea de lado a lado de la casa. Está nerviosa. Y no solo porque el evento de hoy sea importante para ella, sino porque es el primero que organiza después de haber sido madre y, por lo tanto, la primera vez que se va a separar de Elliot. Hasta ahora era yo el que, si quería quedarme con ellos alguna noche, lo hacía en la habitación de invitados de mi antiguo hogar. No voy a decir que no ha sido raro dormir en el que un día fue nuestro piso y no hacerlo en nuestra cama. Sin embargo, ha resultado fácil acostumbrarnos. A estar juntos sin estarlo; a vivir la llegada de Elliot como adultos, casi como dos amigos que se acompañan y que comparten algo inmenso. En eso nos hemos convertido. Y, por primera vez desde que todo esto comenzó, me siento bien, cómodo, feliz.

—Ángela, tranquila. Con regarlo un par de veces al día vale, ¿no?

Me fulmina con la mirada por la broma, pero después suspira con paciencia y sonrío a medias. No solo está histérica, también asustada. Mi inquietud está mejor disimulada que la suya, pero existe igualmente, porque no puedo evitar pensar en la posibilidad remota que tengo de verla esta noche.

Elliot mueve las manitas sobre mi pecho.

—A las siete, Étienne.

—Allí estaremos.

—Hacéis acto de presencia para cumplir y os marcháis a tu casa. Tiene que tomar el biberón a su hora, si no, dormirá fatal. —Duda y abraza al niño antes de arrugar el rostro—. Es tan pequeño... debería llamar y decir que no...

—Vete. Estaremos bien. —Asiente con desgana y le da un beso antes de salir taconeando y subirse al taxi que la espera abajo.

Dos horas después, lo hacemos nosotros en mi coche, sin estar del todo preparados para lo que pueda acontecer esta noche.

Nueve meses. Nueve meses sin verla y, cuando arranco, con Elliot dormido en su silla, me tiemblan las manos.

He llegado a pensar que la vida es como esa vieja peonza de madera con

la que jugaba de pequeño. Le das vueltas, y gira, y gira, y gira, hasta que se para y cae. Luego la vuelves a girar y cae de un modo distinto. Así me siento. Como si con la aparición de Luna hubiera tenido que adaptarme a esas vueltas de campana. Y de nuevo tuve que hacerlo cuando Elliot nació.

Hasta que lo vi, nunca hubiese creído lo que deseaba ser padre. Eso ocurre a veces. Hay deseos o sueños que se presentan con claridad y, en cambio, existen otros que solo sabes que lo son una vez te los encuentras.

Lo que a ratos se nos olvida es que también hay un tercer tipo. Los sueños que siempre creíste tener, que llegas a tocar y que se rompen, porque no eran para ti. Un sueño que acaba de aparecer frente a mí, con un vestido negro, tacones y el pelo indomable de siempre. Nunca antes la había visto con unos zapatos de ese tipo. Aunque da igual lo que Luna se ponga, porque sigue siendo tan ella que lo demás sobra.

Se acerca. Segura. Directa. Inmensa.

—Felicidades.

—Gracias.

Mira a Elliot dormido en su sillita. Yo la miro a ella. Siendo honesto, no creí que fuera a venir. Por mucho que desease verla y por muy nervioso que la posibilidad me pusiera, en el fondo, esperaba que no lo hiciese. Y eso que la Luna que conocí lo hubiera hecho sin dudar, pero ya no sé si sigue siendo la misma.

Nueve meses, joder, y qué guapa está.

—Se parece a ti.

—Lo sé. Es increíble.

Lo miramos. Después lo hacemos nosotros. Ella, mis ojos, mi cuello, mis manos. Casi como si buscase indicios de que ya no soy el que vivió con ella en aquel piso. Yo observo sus curvas, sus labios, el lunar que tantas veces atrapé con los míos.

—No esperaba verte —me sincero.

—Yo sí.

Dos palabras... y todo vuelve.

—Luna...

—¿Podemos hablar?

Salimos al *hall* y nos perdemos en el primer pasillo que encontramos. Elliot duerme. Yo estoy tenso, pero casi más por lo inesperado de esto que por el rastro de su perfume cuando camina. Casi.

Nos paramos en un pequeño jardín interior acristalado y soy directo, porque no quiero alargarlo más de lo necesario.

—Tú dirás, Luna.

Coge aire y ahí está. Mi Luna. La del tren. La que correteaba por las calles de París, haciéndolas diferentes. La de aquel piso que hicimos nuestro. La que tiró la toalla, cuando necesitaba que nos sujetase hasta que mi vida recuperase un equilibrio sano. Tan bonita. Tan fuerte. Tan valiente y a la vez tan inmadura y soñadora como para hacerse daño continuamente.

—No he venido por ti. O eso me he dicho desde que le confirmé a Didier mi asistencia hasta que he entrado aquí. Entonces... te he visto. Y he decidido dejar de hacer lo que nunca debí de haber hecho. Lo que hice por ti, pese a que me pediste que no lo hiciera. Llevo meses frenándome de nuevo. No sé por qué. Creo que me acostumbré a pensar que, por amor, todo valía, hasta dejar un poco de ser una misma. Así que... Étienne, en realidad estoy aquí por ti. Sabía que Ángela organizaba el evento. No estaba segura de si te vería o no en él, pero estaba dispuesta a escaparme hasta tu piso y llamar a tu puerta. A hacer lo que fuera para verte y para decirte lo que no puedo soportar más tiempo.

—Luna, lo... —Levanta la mano hasta posarla en mi boca. Me calla. No quiere escuchar una disculpa, aunque sienta que se la debo.

Percibir su tacto en mis labios provoca una emoción inmediata en mí. Es dulzura. Y nostalgia. Y el deseo de atraerla hacia mi cuerpo y abrazarla. Pero sé que no es posible. Que tensamos tanto un momento cuando no era el nuestro que ahora ni siquiera sé quiénes somos cuando estamos juntos.

—No. Has tenido meses para disculparte, no te atrevas a hacerlo ahora. No digas nada y déjame estallar del todo. —Yo asiento y su expresión sincera y triste me desarma—. Te quiero, Étienne. No creo que nunca nadie pueda quererte como lo hago yo. Quizá lo hagan mejor, pero así... así no. Así nadie. Y no importa lo que pasó, porque lo sigo haciendo. No importa que la escogieses a ella, ni que hayáis formado una familia, porque yo te sigo queriendo. No se borra. No se va, por mucho que lo intente.

—¿Pero qué estás diciendo? Luna, yo no...

Quiero decirle que si elegí a alguien alguna vez, fue a ella, aunque no lo pareciese, pero no me deja.

—No me digas que no lo hiciste, porque lo hiciste, Étienne. Y... ¡tienes un hijo! Por el amor de Dios...

—No metas a Elliot en esto.

—No lo hago, solo digo que... te perdono.

Me tenso, y todo ese sentimiento que sus palabras volvían a despertar en mí se convierte en enfado, en una ira que por fin me atrevo a dejar libre.

—¿Qué?

—Que te perdono por escoger a tu mujer. Te perdono por no escogerme a mí. Y lo hago porque sé que me querías. Que nos queríamos. Me quedo con eso.

La ira sale. Lo nota. Percibe que su discurso no es tan bien recibido como ella creía, porque estoy cansado. Estoy agotado de intentar hacer lo mejor para ambas y perderme a mí mismo por el camino.

—¿Y ya está? ¿Te crees que así funciona?

—¿A qué te refieres?

—¿Te crees que puedes decirme que me quieres y volver a marcharte?

Su mirada se endurece. Y el tono de ambos. Ya no es una conversación con el objetivo de despedirse con alivio y una sonrisa, sino que está llena de reproches que escondimos.

—Te recuerdo que me fui porque tú me echaste poco a poco.

—Eso no es cierto. Yo solo... ni siquiera me diste la posibilidad de explicarme.

Se ríe con cinismo y su actitud se vuelve tan descarada como la de la Luna de la primera vez.

—Hazlo. Venga, Étienne, hazlo ahora. Mientras tu mujer espera a despedirse de vuestro hijo al otro lado del salón.

Miro hacia donde ella señala y veo que Ángela nos observa, antes de apartar la vista y desaparecer entre la gente. Y, por primera vez, no me importa que a mi exmujer le moleste verme cerca de Luna. Por primera vez, pienso en mí, en lo que deseo, en lo que necesito decir y hacer. Creo que, por primera vez, soy yo de verdad, sin todo este conflicto interno y la culpa sobre mis hombros.

Y la arena se convierte en dinamita.

—Yo te quería. Te quería como nunca pensé que se podía querer. Pero también quería a Ángela. —Su rostro se crispa—. Te guste o no, la quise muchísimo, pero no igual. No como, al conocerte, descubrí que se podía llegar a querer. Por eso la dejé. Te escogí una vez años atrás al bajar de un tren y volví a hacerlo una segunda con un matrimonio de por medio. Porque no había ni siquiera elección posible. Tú lo llenabas todo, Luna.

Sus ojos brillan. Ella entera lo hace. Me recuerda a la Luna que se

precipitaba cuando se trataba de sentimientos. Ahora me demuestra que es así para todo, también cuando no se trata de emociones bonitas. Y la admiro. Y la sigo queriendo. Pero... pero también asumo que, de vez en cuando, toca quererse un poco a uno mismo.

Carraspeo y confieso en alto eso que nunca me atreví a confesar, porque la culpa fue la que guio mi vida por un tiempo. Ya no. Y ahora podré ser egoísta, o desagradecido, o muchas cosas más, pero... seré yo.

—Pero se te olvidó una cosa, Luna. Se te olvidó que eso no evitaba que ocurriese en el puto peor momento en el que podía ocurrir. Se te olvidó que yo sufría cada día, porque, cuando te besaba, la veía llorar en mi cabeza. Cuando te tocaba, ella se rompía. Cuando te quería... yo me odiaba. Y de algo así... ¿crees de verdad que puede crecer algo bueno?

Luna niega con la cabeza y una lágrima moja su mejilla. Yo la seco. Y sonrió con tristeza, porque sé que, pese a todo lo que está sintiendo, en este instante me entiende. Siempre lo ha hecho.

Acaricio su mejilla y deslizo los dedos hasta su cuello. La noto temblar.

—Se te olvidó que la vida no es una fantasía romántica que sucede en un tren, sino que las personas sufren y se rompen por nuestras decisiones y que ni el amor justifica el joder a alguien bueno al que también quieres. Se te olvidó que necesitaba tiempo, que necesitaba caminar antes de correr, y tú... tú ibas a toda velocidad. Tú arrasas, Luna, y no te culpo por ello. Era... es fascinante. Lo fue por un tiempo.

—¿Y qué cambió?

—Tendrías que haberte quedado para saberlo.

Me aparto y decido marcharme, porque me duele que me lo pregunte ahora y no cuando tuve que vaciar lo poco que quedó de nosotros en aquel piso, mientras mi vida se llenaba de emociones que me costaba gestionar. Porque iba a ser padre. Con una mujer a la que ya no amaba. Y la que quería más que a nada había elegido huir en vez de enfrentarse conmigo a lo malo que arrastrábamos.

—¡Étienne! —Me agarra del brazo y me giro—. Dímelo. Por favor. Tenemos... tenemos que acabar con esto de una vez.

—¿De verdad quieres saberlo?

—*Estoy embarazada.*

La voz de Ángela me llegó clara, pese a estar asustada, dolida, rota. Me temblaban las manos. Las cerré en un puño y sentí eso que dicen que se

siente cuando vas a morir, quizá como una metáfora de lo que intuía que iba a perder cuando consiguiera encontrar a Luna. Algo similar. Vi pasar por delante una historia que comenzaba en una noche de Fin de Año. Una historia que me había regalado una chica de ojos azules, casi una niña que había ido creciendo hasta presentarme a una mujer con tanta vida que sentía que la mía apenas cabía en mi mano. La vi quererme, confiar en mí, darme todo lo que tenía, cuidarme, esperarme. La vi sola cumpliendo el sueño de exponer su trabajo en París, muerta de miedo cuando los nervios pudiesen con ella, leyendo un discurso para presentar las fotografías elegidas, y odiándome por no sujetarla en aquel momento.

—Estoy embarazada, Étienne.

Me giré. Los ojos de Ángela estaban humedecidos. Separó sus brazos de su regazo y la chaqueta que la cubría se abrió. Apenas era perceptible, pero era real; conocía demasiado bien su cuerpo.

Intenté recordar la última vez que habíamos hecho el amor y me pareció tan lejano como para que resultara irreal. No había pasado tanto tiempo, ¿diez? ¿Once semanas? Pero la conciencia de su paso es subjetiva para muchas de las cosas importantes de la vida.

Además, ya solo era capaz de sentir las manos de Luna, su sabor, su tacto, al pensar en otro cuerpo desnudo.

Pero era posible. Por supuesto que lo era. Ángela estaba embarazada de mí. Me lo dijo en el instante exacto en el que yo quería gritar que amaba a otra como nunca creí posible. A otra mujer con la que había vivido una historia tan corta como intensa.

Dos meses con Luna y parecía llevar toda la vida con ella.

—¿No vas a decir nada?

No podía. Porque iba a ser padre, pero aún no lo era. Ya habría tiempo para eso. Lo que sí que podía era correr hasta Luna y decirle que siempre sería la primera para mí, hasta que otra personita inesperada pasara a formar parte de la ecuación. Pero que nos las arreglaríamos. Que lo haríamos porque ella era valiente, y buena, y una persona que siempre daba lo mejor de sí. Que, hasta entonces, nunca volvería a dejar lo nuestro en un segundo plano, porque siempre lo ocuparía todo.

—Te llamaré, Ángela. Hablaré esta semana con mi abogado.

—¿Es tu última respuesta?

—Sí. Ahora necesitamos arreglar esto del todo más que nunca.

—¿Adónde vas?

—*¿De verdad quieres saberlo? —Asintió; ese fue nuestro adiós definitivo; una despedida que debía haber llegado hacía tiempo—. Con Luna, que es donde debería estar en este momento.*

Miro a Luna, mientras recuerdo lo que ocurrió y cómo me sentí al llegar a aquel piso y encontrármelo vacío.

Espera una respuesta que no tardo en darle.

—Lo que cambió fue que te escogí por tercera vez. Ángela me confesó que estaba embarazada y yo, en ese momento, pensé en ti y me largué. Te escogí por encima de cualquier cosa. Por encima de mi hijo; al menos lo hice en ese instante. Y tú ni siquiera me dejaste la posibilidad de explicarme.

Traga saliva y aparta su mirada de la mía, puede que incluso un poco avergonzada.

—Eso no cambia nada.

—No sé si lo hace o no, pero estoy agotado de culparme. Por lo que le hice. Por quererte. Por hacerlo mal. Por tener que elegir siempre entre opciones que me duelen. Yo te quería, Luna. Aún lo hago. Te miro y pienso que siempre serás mi gran historia por contar. Pero también sé que... no puedo ofrecerte eso que tú buscabas, porque yo soy yo y las circunstancias que me rodean. Y eso no puedo cambiarlo. Ni quiero.

—Te rindes. ¿Es eso? —pregunta desesperanzada.

—No. Solo te digo que tú tendrás motivos para odiarme, o para culparme por cómo terminó todo, pero yo también los tengo para estar enfadado.

—¿Conmigo?

—O conmigo. O con ella... no lo sé. —Sacudo la cabeza y confieso unas palabras que sé que nos harán daño a ambos, pero que son otra verdad más que aceptar—. Mira, Luna, fuiste lo más bonito que me ha pasado, pero también lo más triste.

—Pero... —Sus nervios regresan con fuerza. Su energía desmedida. Así es Luna, y así quiero recordarla—. Étienne, el *no* no me vale. Si tienes un sueño, tu deber es protegerlo. Y yo lo tengo. O lo tuve. Contigo.

Me acerco. Contiene la respiración al sentir que la toco. Una mano en la cadera. La otra en su rostro.

—Ese es el problema, que se te olvida que esto no es un sueño. Es la vida y, a veces, duele.

Le dejo un beso en la frente. Uno de esos nuestros que significan tanto. Lo hago con los ojos cerrados, recordando todos los que nos dimos y lo

bonitos que fueron. Y después... y después solo me marchó.

Siento que, por primera vez, soy yo el que me despido de ella.

Luna

Me enciendo un cigarro sentada en la puerta del hotel. Hace tanto frío que las manos me tiemblan y me cuesta fumar, pero lo hago igualmente, porque necesito soltar como sea la inquietud que sus palabras me han dejado.

Recuerdo su rostro y una lágrima se me escapa. Tan seguro. Tan guapo. Tan él como siempre. No, eso no es cierto, creo que es la primera vez en la que me parecía mucho más decidido que yo. Más adulto. Más todo.

Noto una presencia a mi izquierda y me tenso al verla. Está preciosa, como siempre, elegante con un vestido de encaje verde, tacones de vértigo y unos pendientes de piedras largas que brillan menos de lo que lo hace ella.

—Siento haber venido. Didier me invitó.

—Sabía que lo harías.

Ángela se coloca a mi lado y me levanto. Me siento pequeña. Soy un poco más alta que ella y me hace sentir diminuta, vulnerable, tan perdida y tan poca cosa que no entiendo cómo un día Étienne pudo ver algo en mí teniéndola a ella a su lado.

Me giro con los ojos acuosos y hablo sin pensar.

—Lo lamento, Ángela. Elliot es precioso. Me alegro de que ahora seas feliz. Y es verdad. Te lo juro. Nunca he deseado lo contrario. Aunque aún quiera a Étienne. No soy una mala persona, pese a lo que parezca.

No había vuelto a verla, pero me había puesto en su piel muchas veces y lo que seguro no esperaba es la media sonrisa que me está regalando. No es feliz, es más bien una sonrisa cansada; como si por fin hubiera asumido su situación.

—Nunca lo he pensado, Luna. No creo que seas una mala persona.

—Pues deberías.

—No ha sido fácil, pero he aceptado que no podemos obligar a nadie a que nos quiera.

—Él te quiere —le digo, porque necesito que de verdad sepa que Étienne la quiso, que lo suyo no fue mentira y que eso la ayude a asumir que se acabó de un modo menos dañino.

—No, él me quiso, en pasado, pero dejó de hacerlo en cuanto apareciste. Creo que te quiso tanto que no quedaba espacio para nadie más. Apostaría a que aún lo hace.

—Si lo hiciera... —Sacude la cabeza y noto que mi actitud le molesta.

—¿Puedo darte un consejo? —Asiento; es lo menos que puedo hacer

después de todo—. Yo también lo culpaba. Continuamente. Hasta que me di cuenta de que ninguna situación era fácil. Ni la mía, ni la tuya, pero mucho menos la suya. Y nos olvidamos de eso. Yo lo perdí, pero lo hice porque, en algún momento, dejó de quererme. Había un motivo, aunque no me agradase. Tú lo hiciste, incluso queriéndoos. Él nos perdió a las dos, incluso mientras nos tuvo.

—Eso es un poco retorcido.

—Puede, pero eso no evita que lo sufriera, Luna. Lo ha pasado muy mal.

El modo en que su voz se suaviza al pensar en él me demuestra que el amor es duro, y feo cuando no es correspondido o cuando aparece en mal momento, pero que también es leal. Ella lo es con él. Sigue preocupándose por la felicidad de Étienne. Porque lo quiere. Quizá lo haga mejor de lo que yo he sido capaz.

—Aún lo quieres.

—Siempre lo querré, aunque solo sea por lo que me ha dado. —Sonríe al pensar en su hijo. Luego me mira y sus palabras suenan a orden—. Deberías buscarlo.

—¿Qué?

—Ve, Luna. Si de verdad lo quieres, ve. Que por una vez no sea Étienne el que tenga la responsabilidad de elegir.

Suspiro. Medito sus palabras. Intento que encajen, pero me cuesta.

—¿Por qué haces esto?

Ella me mira con determinación, pero también con la clase de tristeza en el fondo de sus ojos que nunca desaparece.

—Prefiero pensar que mi matrimonio se rompió por algo de verdad a tener que vivir sabiendo que se hizo pedazos para nada.

Luego asiento con convicción y decido hacerlo. Por mí. Por los dos. Por los tres.

—Ni siquiera sé adónde ir.

Tardo veinte minutos en llegar. Es un edificio en una zona familiar, tranquila, cómoda. Supongo que es un buen sitio para criar a un hijo. No es un piso viejo con encanto para compartir con una chica, sino algo estable, apacible, seguro. Algo que siento que no tiene nada que ver conmigo.

Llamo al timbre y él no tarda en abrir la puerta. Cuando reacciona a mi visita inesperada, abre los ojos sorprendido y yo sonrío con una ternura imposible de esconder al verlo mecer entre sus brazos a Elliot. Tan pequeño.

Tan bonito.

Lo más curioso es que ni siquiera me choca verlo ejerciendo de padre. Como si conociera de forma instintiva cualquiera de las versiones de Étienne que pudieran existir.

—¿Qué haces tú aquí?

—Necesito hablar contigo.

—Creí que ya lo habíamos hablado todo, Luna. Estoy...

—Ocupado, ya veo. ¿Quieres que te eche una mano?

No le doy tiempo a contestar, ni a meditar sobre esto, ni a arrepentirse.

Entro en el piso y me sorprende su sencillez. No se parece en nada a la casa en la que vivía con Ángela ni tampoco a la que alquilamos nosotros. Es... es un piso que cuadra con Étienne. Me doy cuenta de eso, de que quizá ella tenía razón y él nunca pudo elegir nada. Étienne solo se movió de un extremo al otro intentando dañar lo menos posible y esforzándose por hacernos felices. Y es que... aquel piso que compartimos decía mucho de mí y de ese nosotros que fuimos formando, pero... ¿de él? ¿Decía algo sobre quién era Étienne cuando no estaba conmigo?

Veo libros encima de una mesa que ocupa el centro de lo que parece un despacho a mi derecha. Es una habitación pulcra y ordenada en tonos claros, y con pinturas en sus paredes. El escritorio es un caballete blanco y las cortinas ondean por la brisa que se cuele por la ventana abierta. Huele a tabaco y me lo imagino fumando apoyado en el alféizar, observando esta zona de la ciudad que apenas conozco.

—Es la única habitación de la casa donde se puede fumar.

Mira a Elliot, que duerme plácidamente en los brazos de su padre, y sonrío al entenderlo. Supongo que la vida de Étienne ha cambiado de un tiempo a esta parte, haya estado yo en ella o no.

Seguimos por el pasillo y llegamos a un salón. Hay una cuna de viaje en un lateral y una manta con pequeños ositos sobre el sofá. Me río.

—Hay que adaptarse.

Étienne deja al niño dentro de la cuna y entra en la cocina. En lo que regresa con dos cafés, me asomo a los dormitorios. Uno es grande, sencillo, en tonos grises y en el que huele tanto a él que el estómago me da un vuelco. La cama está hecha, pero en mi mente me imagino las sábanas deshechas y un abrazo compartido. La ropa perfectamente colocada en el armario medio abierto. El otro es un dormitorio de bebé en color verde menta, una imagen que me hace quitarme otra venda de los ojos y descubrir otra realidad que no

tiene nada que ver con lo vivido con él. Se me humedecen. Es una envidia repentina por no formar parte de esa parcela de su vida, por la alegría que siento ante la posibilidad de que haya sido feliz en mi ausencia gracias a Elliot y también por algo que no esperaba. Siento vergüenza; vergüenza por haber estado tan centrada todos estos meses en mi dolor, cuando él estaría preparándose para lo más importante de su vida. Y cuando también albergaría el suyo sin tener con quién compartirlo. Vergüenza porque Ángela tenía razón y, sin darme cuenta, yo también he sido con él una egoísta y una inmadura.

—Lo siento.

—Puedes curiosear lo que quieras. No escondo nada, Luna.

Me acerco a él, me quito los zapatos sin pensar y me dejo caer a su lado en el sofá. Niego con la cabeza, porque no... ese perdón no engloba mi curiosidad al asomarme a los dormitorios, sino todo lo que no supe ver. Ese perdón también se lo merece Étienne por haberme querido como nadie, incluso cuando para él significaba sufrir por dentro.

—No, lo siento. Lo siento mucho, Étienne.

—¿Por qué lo sientes?

—Por no haberme dado cuenta de que tampoco era nuestro momento. No así. No contigo aún queriéndola. No contigo sufriendo mientras me querías a mí.

Nos miramos de verdad, casi como cuando lo hicimos en un vagón hace lo que me parece una eternidad. Y veo en sus ojos un agradecimiento sincero, mientras se enredan con los míos.

—Gracias.

—Siento no haberme dado cuenta de que, aunque fue precioso, para ti nunca lo sería del todo. Siempre lo asociarías al dolor por Ángela. Siempre arrastraría el peso de a lo que estabas renunciando.

Sus hombros se relajan, su cuerpo. Es como si se hubiera quitado de repente un gran peso de encima. Es la culpa. La responsabilidad que siempre fue toda suya y que ahora yo he aligerado un poco. Y me siento bien. Aunque sepa que voy a marcharme de aquí y que esto es un adiós. Me siento hasta feliz, así que le sonrío. Él me sonrío de vuelta.

«¿Ves qué fácil?», parece que nos decimos el uno al otro.

Elliot succiona el chupete con fuerza a nuestra espalda y la sonrisa compartida se convierte en otra inesperada, cómplice, como si fuéramos dos amigos que hacía demasiado que no se veían. Casi como si fuéramos otros

distintos.

—¿Cómo fue? —Su carcajada espontánea me hace reír a mí.

—Fue difícil. Fue... inesperado. Ni siquiera estaba seguro de que quisiera ser padre. No fue buscado, pero tampoco evitado. Era... lo que nos tocaba. Nunca te hablé de ello; tampoco le di importancia, si te soy sincero. Otro error, supongo. Ángela había dejado de tomar la píldora después de la boda, porque... era el siguiente paso sensato, ¿no? Eso nos enseñan. Y yo lo acepté porque la hacía feliz, pero, en el fondo, no era algo ni que desease ni que no. Además, no había contado contigo en mi vida. No entrabas en mis planes.

—Hasta que lo supiste. Que ibas a ser padre.

Quiero tocar su sonrisa, pero ahora sí que sé que no me contengo por él, sino por mí. Porque acepto que es una sonrisa para Elliot y esa no me pertenece.

—Sí. Ahí todo cambió. Firmamos el divorcio, me compré este piso, lo anunciamos a nuestras familias y nos acostumbramos a la situación. No vivimos juntos, pero lo hemos compartido. Cada paso. Cada decisión. Y... cuando lo vi... se me olvidó todo, Luna. Siento decirte esto, pero me olvidé hasta de ti. Todo ese despecho acumulado, ese desprecio por mí mismo, todo lo que te echaba de menos... se esfumó, porque estaba él y mi vida ya tenía un sentido de nuevo.

—Eso es muy bonito.

—Deberías odiarme, pero con Elliot en mi vida...

—Tus prioridades cambiaron —lo interrumpo, porque prefiero decirlo yo a oírlo de su boca.

—Sí. Una vez me preguntaste si había pensado en vivir en otro lugar que no fuera París y te dije que no había encontrado motivos. Ahora él es mi motivo para quedarme.

Recuerdo aquella conversación. Yo le dije que no los había tenido para asentarme en ningún lugar, aunque con los ojos también confesé que quizá lo tenía delante y solo era cuestión de que me lo pidiera. Ahora todo ha cambiado. Étienne ha escogido a ese niño que duerme profundamente y que tanto se me parece a él, y yo siento una calma extraña. Un alivio. Una felicidad inesperada.

—Tengo que irme.

—¿Cuánto te quedas?

—Vuelvo en tres días a Barcelona.

Asiente, yo me levanto y de repente la vida parece fluir mejor. Es una

conversación que parece que hemos tenido mil veces, otra despedida más, pero, esta vez, es distinta, porque no hay despecho, ni contención, ni nada que nos frene. Somos nosotros hablando de la vida, de lo que fuimos y de eso en lo que nos hemos convertido. Y... casi hasta respiro de un modo nuevo.

Ya en la puerta, nos sonreímos y lo hacemos sin medir el tiempo y sin disimular.

—Gracias por venir. Gracias por entenderlo.

—Gracias a ti por ser aún mejor de lo que creía.

Étienne

Se va y, una hora más tarde, aún la noto en el ambiente. En la casa. Como si una parte de ella se me hubiera pegado y no me soltara. Eso que siempre me ha provocado ha vuelto con fuerza.

No la esperaba. Menos aún después de cómo había surgido nuestro encuentro en el hotel tras tantos meses de silencio. Pero así es Luna; se me había olvidado.

Coloco el *vigilabebés* junto a Elliot y me fumo un cigarro en la ventana del despacho.

Estaba guapa. Qué digo guapa, estaba preciosa. Más todavía cuando se ha quitado los tacones al sentarse en mi sofá, con esa naturalidad, con esa presencia apabullante.

Me restriego la cara para quitarme la visión de ella sonriéndome, perdonándome, entendiéndome y asumiendo que no era nuestro momento cuando nos encontramos.

No obstante, no lo consigo. Se viene conmigo. Nunca ha dejado de hacerlo. Ni siquiera durante estos meses. Ni siquiera cuando acepté que me equivoqué, porque no estaba preparado para algo tan intenso en aquel momento. Ni siquiera cuando estaba enfadado, y dolido, y me sentía solo. Siempre estuvo ahí.

Vuelvo al salón y me siento justo donde ella ha estado un rato antes. No quiero hacerlo, pero sucede. Resulta fácil. La imagino sobre mi regazo, igual que hacía cuando llegaba a las tantas agotado de casa de Ángela y ella me abrazaba en silencio. La veo contonearse al ritmo de música española que no conozco, mientras hace como que sabe cocinar, aunque solo experimente para intentar sorprenderme. Noto sus brazos alrededor de mí dentro de la bañera, sus piernas enredadas en mis caderas sobre la encimera de esta cocina. Todo es nuevo. He comprado este piso para poder criar aquí a mi hijo cuando me corresponda y estar cerca de su madre y, en cambio, lo ha hecho suyo con una sola visita.

Ahora solo la veo a ella.

¿Dejaré de hacerlo algún día? ¿Habrá algún momento en que, por fin, pueda ser para nosotros? ¿Y si solo consiste en empezar de cero? ¿Y si este es el principio de una historia y no un final? ¿Quién marca lo que tenemos que ser? ¿Un pasado que no sucedió como pretendíamos? ¿Un presente al que aún nos estamos adaptando? No. Las cosas no deberían ser así. Y, de

repente, pienso que quizá el pasado no pudo ser y el presente se nos escurre entre los dedos, pero que, quizá, el futuro sí puede ser nuestro.

Me tiemblan las manos cuando cojo el teléfono y busco un contacto que nunca pensé que volvería a marcar.

—Julien.

—¿Quién eres?

Sonrío. Incluso ha borrado mi número.

—Soy Étienne. —Un silencio; uno inmenso en el que caben todas las dudas del mundo, pero que al final él acepta—. Necesito pedirte un favor.

—Va a marcharse.

—Ya lo sé. Por eso te necesito.

Luna

Me despido de Annette y voy hacia la estación. No voy a mentir, lo hago maldiciendo a Julien por tener que pasar mi último día en Francia en casa de su madre atiborrándome de comida y de cotilleos sobre personas que no conozco. Y todo porque tenía que coger una carpeta que estaba en su dormitorio y que él se olvidó en su última visita.

—Es superimportante, Luna. Me dejé unas facturas del gestor y tengo que enviárselas hoy mismo. Y tengo citas que no puedo anular.

Acepté, claro. Le debo tanto que no hacerlo hubiera sido la muestra de que puedo ser una amiga pésima. No obstante, eso no evita que lo odie un poquito en silencio; lo hago mientras espero el tren que me llevará de Lyon a París y me abrazo a mí misma, porque el día está revuelto y el aire es algo frío. Podría resguardarme en la estación, pero prefiero sentir el viento cortante en la cara que recordar ciertos momentos que vuelven con fuerza al verme realizando este trayecto.

Y eso que pensar en Étienne desde que nos despedimos en su casa ya no duele. Sí siento el peso de la nostalgia, pero es dulce, no amarga. Es como si al soltar todo lo que ambos guardábamos y aceptar que no era nuestro momento, por muy bonito que fuera lo que vivimos, hubiera llegado el alivio. Eso siento, alivio.

Creo que siempre lo querré. No solo lo creo, sino que lo sé. Pese a que nos quedase tanto por conocer al uno del otro. Pese a que compartimos al final muy poco espacio y nos echamos de menos demasiado el resto del tiempo. Pese a todas las carencias y los errores... lo quiero de un modo tan natural que sé que siempre me lo llevaré conmigo.

Siento el nudo que suele anticipar las lágrimas, pero me lo trago y no me cuesta. No voy a volver a llorar por esta historia. Quiero que, cuando la recuerde, me provoque una sonrisa. Porque eso es lo que nos merecemos. Ambos nos merecemos ser un recuerdo para el otro de los que hacen sonreír.

El tren llega puntual. No hay tanta gente como para que me agobie, así que subo tranquila y busco entre los asientos el que me pertenece. Me quito la chaqueta y la dejo sobre la mochila, a mis pies. Miro a través de la ventanilla y observo que apenas hay nubes en el cielo.

A mi lado, una chica se sienta. Frente a ella, una anciana que frunce el ceño mire donde mire.

Me encuentro serena.

Mañana volveré a casa, a mi casa de verdad, esa que es inamovible y que siempre estará para mí, aunque busque en otros lugares una que me pertenezca un poco más. Pienso en la posibilidad de quedarme un tiempo en Barcelona, de vaciar del todo las maletas y convertirme por fin, a mis veintiséis años, en la persona adulta que todos esperan. O quizá no. Quizá coja un nuevo avión y siga buscando; pero ya no esa historia de amor que siempre buscaba antes de que nuestras vidas se cruzaran, sino nuevas versiones de mí misma.

Entonces... ocurre. Lo percibo como en una sucesión de diapositivas mostradas de forma muy lenta. Perezosa. Casi somnolienta. Pide permiso para pasar sin molestar. La chica le sonrío y se sonroja. Lo entiendo, es muy guapo. La anciana murmulla algo incomprensible acorde con su permanente enfado con el mundo. Él se quita el jersey y lo deja en un lateral de su asiento antes de ponerse cómodo; antes de clavar sus ojos en los míos asustados, sorprendidos, acobardados, ilusionados, un poco suyos; antes de poner mi mundo del revés, que va a ser verdad que es como más me gusta vivirlo.

—Hola.

Me habla en francés, como si no supiera quién soy, pero se muriese de ganas de descubrirlo. Su sonrisa es preciosa, sincera, única. No lo entiendo. No lo comprendo y a la vez lo hago de un modo tan claro que me asusta un poco. Porque vuelvo al pasado; rebobino nuestra vida en común hasta pararnos en un punto; en el comienzo de un viaje que lo cambió todo. Incluso a nosotros mismos.

—Pero ¿qué...?

—Soy Étienne.

Me tiende la mano y yo me río. Lo hago nerviosa y ligeramente incómoda. Descolocada pero divertida. No sé qué hacer, así que me río. Lo hago fuerte, sin importarme que las personas que nos rodean me observen como si estuviera loca.

Él contiene la suya y alza una ceja en dirección a su mano, que sigue extendida esperando coger la mía.

Y, en ese preciso instante, con su sonrisa y mi risa, me doy cuenta de que es mentira. No hemos vuelto atrás siendo nosotros. No es el pasado. Ese ya pasó; ya lo vivimos; ya lo estropeamos. Esto es el presente; un presente que nos enseña cómo podría ser el futuro, si nos atrevemos. Así que cojo su mano entre la mía con la certeza de que estoy ante algo nuevo. Inesperado. Loco. Nuestro.

—Yo soy Luna.

La estrechamos con fuerza y durante más tiempo del que se consideraría normal en una situación similar, pero es que hace mucho que acepté que entre Étienne y yo la normalidad no tiene cabida.

—¿Española?

—De donde me sienta en casa.

Cambiamos de idioma para que la conversación pase a ser solo nuestra. Él sonríe con complicidad y yo me muerdo el labio para contener las ganas de no robarle la sonrisa con mi boca. Así de rápido. Así de fácil. Tanto como subirse conmigo a otro tren y regalarme una nueva oportunidad de cambiar las cosas. De hacerlas otra vez desde el principio. De conocernos de cero y como merecemos, siendo solo él y yo; nada más. Una ecuación única.

—Suenan interesantes.

—Dicen que lo soy. ¿Y tú?

—París. ¿Lo conoces?

—Sí, aunque siempre se puede encontrar un nuevo modo de conocerlo.

Me encantaría parar el juego y preguntarle qué está haciendo aquí, cómo lo ha hecho para acabar sentado frente a mí y por qué ha dado este paso, pero... pero me gusta mucho más sonreírnos de este modo. Como dos idiotas. Eso parecemos, pero no me importa, porque empiezo a pensar que es al contrario y solo un idiota no podría ver que esto no se trata de dos personas conociéndose, sino que se trata de amor.

—¿Puedo contarte una historia?

—Me encantan las historias.

—Pues esta va sobre una chica que tenía el mundo a sus pies y de un chico que vivía en uno pequeño y cómodo. Se encontraron en un tren.

—¿Como nosotros?

—De hecho, fue exactamente así. —Me río y Étienne se humedece los labios antes de continuar susurrándome esa historia que ya conozco, aunque quizá no del modo en que él intenta exponerla—. Él la ve y se queda eclipsado. No solo porque sea preciosa, sino porque tiene algo que no ha visto en nadie más. Una fuerza especial con la que nunca antes se había encontrado. Es... intensa, y grande haga lo que haga, y provoca que las cosas exploten a su paso. Eso hace y él... no sabe si le desagrada o si, de repente, está enamorado. Es un sentimiento extraño y demasiado inmenso para sobrellevarlo, acostumbrado a su mundo tranquilo.

—Sigue —lo apremio, mientras me tiemblan las manos y el corazón.

—Se miran, se desafían, se atraen, se inquietan. No obstante, no termina de funcionar, porque encajan, pero no lo hacen del modo correcto. Intenta meter la última pieza de un puzle en el hueco que queda vacío, pero hazlo al revés. Da igual que sea su sitio, así... así nunca podrá ser. Así que se dicen adiós.

—No me gustan las historias tristes.

Tuerce el gesto antes de continuar, con su mirada fija en la mía y sintiendo que estamos solos.

—Lamento ser yo el que te cuente que todas, un poco, lo son. El amor necesita tener una parte un poco más gris para que seas consciente de cuánto brilla todo lo demás.

—Así que es una historia de amor.

—Por supuesto.

Asiento. *Amor*. Qué palabra más pequeña para algo tan grande.

—Y... ¿cómo acaba tu historia?

—Después de un viaje un poco ajetreado, llegan al comienzo. Como si hubieran dado la vuelta al mundo para llegar al mismo sitio. Supongo que la vida, en ocasiones, es benévola y nos permite volver a intentarlo... volver a coger otro tren.

Trago saliva. Los nervios se van convirtiendo en certezas. Cada latido frenético, en ganas desmedidas. Los resquicios de lo malo quedan cubiertos por la sombra de esto tan bonito que me está regalando.

—¿Y lo han conseguido?

—Aún no lo saben. Ahora les toca vivirlo. Si quieren.

Sonríe. Aparto la mirada y la clavo en el paisaje que vamos dejando atrás y que nos acerca a París. Hoy no hay nieve, ni parón en las vías, ni tiempo de más. Hoy toca ser valiente y sincera. Hoy toca precipitarme, como siempre quise y él no me dejó. Hoy toca elegirnos.

—¿Adónde me llevarías? Para conocer París contigo.

Étienne sonríe y sé que ambos recordamos aquella noche que compartimos para cumplir una promesa.

—¿De día o de noche?

No le contesto. Creo que no hace falta. Y él, para mi sorpresa, no me relata lo que sucedió aquella madrugada en la que nos dejamos llevar después de dejar a Gabriel en un taxi y a su mujer durmiendo en su cama. Étienne me ofrece algo distinto. Algo que no está manchado por esos recuerdos. Me habla de un bar clandestino escondido en una callejuela en el que beber vino

y besarse entre las sombras. De un parque al que iba de pequeño con su hermana a dar de comer a los patos. De unas escaleras en lo alto de Montmartre desde donde ver toda la ciudad iluminada y callada, y abrazarme desde atrás. De un paseo de la mano hasta su casa, un pequeño piso que comparte con su hijo y que cree que me gustará. Como si no hubiera estado ya. Como si fuese una chica a la que acaba de conocer en un tren y a la que, como un loco, le dice que la quiere en una noche. Eso me cuenta. Que me besaría nada más cerrar la puerta. Que me desnudaría en el pasillo y me haría el amor sobre el suelo. Que veríamos amanecer entre las sábanas de su dormitorio. Que me susurraría *te quiero* antes de que saliera del todo el sol.

Cuando termina, tengo que buscarme la voz.

—Suenan muy bien.

—Imagínate vivirlo, *amour*.

Se le escapa. Esa palabra que para mí llegó a significar tanto. Y me lo imagino. Vivirlo. Con él. Solo con él podría hacerlo.

Cojo aire y lo dejo salir después con sus ojos clavados en mis labios. Y lo siento. Todo. De ese modo en el que he sentido toda mi vida, sin límites, sin frenar. Siento que dan igual las veces que podamos equivocarnos, porque nunca me cansaría de volver a buscar esto que tenemos hoy.

Comenzamos a ver las luces de París en un silencio cómodo, aunque por dentro ardo.

Sin embargo, por una vez en mi vida, siento que es una inquietud buena, sana, casi necesaria.

Bajamos del tren sin hablar. Lo hacemos juntos, uno al lado del otro. Igual que lo hicimos entonces, pero tan diferente que siento que es la primera vez.

Cuando salimos de la estación, noto el viento frío en la cara y colándose bajo mi ropa. Étienne, a mi lado, debería tenerlo también, pero, al mirarme cerrar mi chaqueta, casi parece desprender calor.

Y en este instante pienso que es verdad que lo hicimos mal, que él estaba casado, que era mayor que yo y que no nos parecíamos en nada, pero también sé que es la única persona que, cuando tengo frío, se convierte en calor.

Sonrío con ganas y sus ojos brillan.

En eso debería consistir la vida.

En eso debería resumirse el amor.

Étienne

Quiero abrazarla. Quiero sentirla. Quiero que no tenga frío, ni miedo, ni dudas. Quiero que sepa que nunca había sido tan sincero en toda mi vida. Y que estoy harto de esperar a que llegue nuestro momento. Que elijo este, con ella. Hoy, porque mañana ya me parece tarde y estoy cansado de echarla de menos.

Da un paso hacia adelante. Igual que hizo aquella primera vez, cuando yo no me atrevía. Después se queda quieta y mira al cielo. No hay nieve. No hay un cielo encapotado. Sí hay una luna inmensa que brilla y a la que Luna sonríe.

Aquella noche fue ella la que me vio marchar. Hoy soy yo el que ve cómo da dos pasos más, suspira y contiene el aliento antes de que yo alargue el brazo y entrelace sus dedos entre los míos.

Tiro de ella. Aprieto su mano con fuerza.

Luna deja de respirar.

—Quédate.

Es un susurro, pero también una nueva oportunidad. La que perdimos hace años. Y todas las promesas que quiera por cumplir.

—Necesito un motivo para hacerlo.

—Quédate —repito.

Cierro los ojos y siento que es lo único que puedo decirle, porque es lo único que deseo.

La giro conmigo y me encuentro con su rostro, emocionado, tan expresivo que me grita que sí antes de hacerlo ella.

Apoyo la frente en la suya y susurro de nuevo contra sus labios.

—Quédate.

No sé si tendrá motivos suficientes para intentarlo otra vez, lo único que sé es que yo sí tengo uno muy importante para quedarme en París. Si no fuera por Elliot, ahora mismo lo haría. Haría lo que debí haber hecho en aquel otro tren tantos años atrás. Me iría con ella. Sin pensar. Cogería otro tren, un avión o una habitación de hotel de la que nunca salir. Pero no puedo. Esa es la diferencia. No puedo elegirla a ella, pero la quiero.

Dios... cómo la quiero.

Así que le pido con todo mi cuerpo que sea ella la que me escoja a mí.

—Si lo hago, ¿cumplirás hoy esa promesa? ¿Me regalarás esa noche en París?

Pienso en lo que le he contado durante el trayecto, esa nueva noche que me he imaginado viviendo con ella, siendo solo un chico y una chica que estallan dentro de un tren.

Sonrío. Ella también.

Su aliento se mezcla con el mío y volvemos a ese casi beso que nunca fue, pero que hoy sí puede suceder. Este sí es su momento.

—Si te quedas, te daré todas mis noches, Luna.

Sus brazos rodean mi cuello y nuestros labios se rozan. Las sonrisas no desaparecen ni cuando las bocas se juntan. Sí lo hace todo lo demás. El tren, el frío, la luna, París, lo que fuimos antes y todo lo que no seamos nosotros en este instante y un beso que marca un comienzo.

—¿Te han dicho alguna vez que eres como dinamita? —le digo, porque sigue provocando que todo tiemble.

Se ríe en mi oído y me abraza con fuerza. Después coge mi mano y tira de mí.

Ante nosotros, solo ella, yo y un París en el que perderse.

No sé si funcionará. No sé si saldrá bien o no. Solo sé que algo tan bonito no puede estar mal... esta vez no. Esta vez siento que el mundo es todo nuestro. Esta vez siento que París nos dice que sí.

Un amanecer en Formentera, unos cuantos inviernos después

No todas las historias de amor se cuentan de igual forma. Algunas empiezan por el principio y otras por el final. También podemos comenzar por un momento intenso e importante o todo lo contrario, y centrarnos en los pequeños detalles.

La mía con Étienne no fue especial en ese sentido. Empezó por el principio, por un *chico conoce a chica* de manual. Por una mirada, una sonrisa, una conversación y un choque entre dos personas que, en apariencia, eran polos opuestos.

No obstante, sí que hubo algo que marcó nuestra historia. Y es que... no fue un inicio normal, sino más bien un prólogo eterno. Uno en el que nunca llegamos a ser dos, sino que éramos nosotros más unas circunstancias inabarcables. Éramos nosotros y ella, y sentimientos bonitos entremezclados con otros que no lo eran tanto.

Hasta que no nos montamos en aquel segundo tren, el cuento no comenzó de verdad. Un cuento real, sin la magia que acompaña a las historias de fantasía, pero sí de la que se encuentra en las pequeñas cosas. Una vida en la que nos zambullimos sin pensar, dejándonos llevar sin más por lo que sentíamos, sin saber si saldría bien o mal, pero con la certeza de querer averiguarlo entre los brazos del otro.

Si echo la vista atrás, puede parecer que ya lo he contado todo, pero no. En realidad... me falta la mejor parte. Esa en la que Étienne y yo echamos a andar por las calles de París sin ninguna dirección en mente. Esa en la que nos besamos de nuevo tras dar dos pasos y en la que por fin supimos que el mundo era nuestro si lo cogíamos con las dos manos. El comienzo de algo que tardó demasiado en llegar, pero que nos mereció la pena.

Salgo al balcón y me siento en una de esas viejas sillas pintadas de azul. Hace un poco de frío como para que la camisa que llevo encima se me pegue a la piel y que la carne se me ponga de gallina, pero no es incómodo. Mucho menos lo es cuando esa brisa que me da en la cara me trae el olor del mar junto al que se desprende de la tela y que le pertenece a él.

—¿Ya estás despierta? —Me abraza por detrás y esconde el rostro en mi cuello. Me estremezco sin poder evitarlo y Étienne me abraza, abrigándome, y me deja un beso.

—Sí. Estabas tan a gusto que no he querido despertarte.

Se sienta a mi lado y es automático, mi cuerpo se levanta y me dejó caer en su regazo. Supongo que hay costumbres que nunca se pierden y esta es una de ellas. Otras sí, otras las hemos olvidado y también hemos creado nuevas.

Dos años y medio dan para mucho.

Dos años y medio desde que cogimos aquel segundo tren. A veces me da la sensación de que han pasado veinte y otras apenas un suspiro. Tres años desde que nos besamos por primera vez y alquilamos aquel viejo piso juntos. Cuatro desde que nos encontramos en una boda en esta misma isla y nuestras vidas se trenzaron sin poder evitarlo...

No obstante, si tuviera que elegir, me quedaría con los dos últimos, en los que hemos compartido experiencias, nos hemos vuelto a conocer, hemos visto crecer a su hijo y hemos tenido que tomar decisiones para que nuestros mundos encajaran sin perdernos el uno al otro por el camino.

Recuerdo aquella primera noche y sonrío. Salimos de la estación y todo fue diferente. Desde aquel beso. Nos habíamos dado mil, pero... pero ese tenía el mismo sabor que albergan los primeros. A ganas. A ilusionarse. A sorpresas. No hubo nada de eso que Étienne se imaginó que me daría; teníamos muchas noches por delante para cumplir esa promesa. Solo hubo un camino entre besos húmedos y abrazos sinceros hasta llegar a su piso. Hubo canciones en forma del ruido que hacía la ropa al caer según nos desnudábamos. Hubo saliva, y caricias, y orgasmos, y risas. Muchas risas. Y promesas nuevas. Y palabras que no eran vacías, sino que llenábamos con suspiros, con miradas, con ese deseo de que saliera bien, con nuestros cuerpos desnudos y vulnerables.

Decidimos no irnos a vivir juntos. Étienne pensaba que no debíamos cometer errores y, por lo tanto, sí dar pasos distintos a los que nos habían llevado hasta allí. Fue nuestra primera discusión. La primera que no tenía nada que ver con terceras personas, ni con nada que no fuera mi terquedad y su cabezonería.

—Ya hemos compartido piso. Es una tontería no hacerlo ahora. ¿Acaso tienes miedo?

—No, pero mi vida ha cambiado, Luna. Te quiero en ella, pero quiero dar los pasos cuando me apetezcan, no que me arrolles otra vez y que eso haga que perdamos una parte del camino.

Me enfadé. Lo hice como una niña enrabiada. Me marché a pasear un par de horas, hasta que me di cuenta, tirando piedras en aquel puente en el

que un día Étienne me pidió perdón, de que tenía razón.

Volví, llamé a su puerta y, cuando abrió, lo abracé.

—Perdona.

—No pasa nada. Ya te había perdonado.

—Perdóname, por favor.

Sentí su sonrisa apoyada en mi frente.

—Deja de disculparte. Me gustas así, Luna. Tan capaz de irte enfadada dando un portazo como de volver y pedir perdón sin apartar la mirada.

Asentí, nos besamos y después decidimos que Elliot era demasiado pequeño aún como para compartir a su padre con una desconocida que ya había trastocado bastante la vida de las personas que más lo querían.

Después de un infierno de trámites y papeleos, me mudé a un pequeño piso con la ayuda de Étienne. Lo compartía con una pareja de alemanes con los que apenas me cruzaba, pero me gustó descubrir una nueva independencia, una nueva versión de París desde aquel cuarto de cortinas amarillas que olía levemente a curry. También una nueva versión de mí misma. Y es que, por primera vez, vivía realmente sola en aquella ciudad, sin su protección, ni la de Didier, Charlotte o Julien. Un contrato a mi nombre, un lugar que me pertenecía al que regresar cada noche, un refugio propio.

Étienne compartía la custodia de Elliot con Ángela, así que aprendí a adaptarme a sus horarios, a sus necesidades y a ceder espacio para la que siempre será su familia, incluso si un día formamos una propia.

Comencé a disfrutar de otras situaciones que eran nuevas entre Étienne y yo. Como a esperarlo en mi casa impaciente, antes de salir con un vestido con el que me sentía guapa y unos nervios distintos que eran agradables. Tuvimos citas. Nos dimos cuenta de que nunca habíamos tenido como tal, sino que habían sido otra cosa. En aquellas semanas que pasamos juntos, saltamos de vernos a escondidas, en momentos que robábamos a su vida, a compartirlo todo, primero en una habitación de hotel y después en aquel piso precioso en el que nos enamoramos aún más, pero al que tampoco echaba de menos. Salimos a cenar, a pasear, a robarnos besos. Nos regalamos detalles en fechas que considerábamos importantes. Celebramos los primeros cumpleaños como una pareja y también las Navidades. Creamos rutinas comunes. Nos enfadamos mil veces y nos reconciamos otras mil como hacen las personas que se quieren: a lo grande.

Un día, le presenté a mi familia. Tardé meses en hacerlo, pese a las constantes amenazas de mi padre, pero decidí seguir el consejo de Étienne de

darnos tiempo, de no correr antes de andar, y eso fue también parte del proceso.

Llegamos a Barcelona una tarde en la que llovía a mares. Étienne reía y me decía entre dientes, según bajábamos del taxi, que era una señal de lo mal que iba a salir aquello. Supongo que, cuando mi padre abrió la puerta, comprobamos que no estaba equivocado del todo.

—Debería partirte la cara.

Esas fueron las primeras palabras que mi padre le dirigió a Étienne.

—¡Bruno!

—¡Papá!

Jimena y yo lo reprendimos, pero dio exactamente igual; la tensión era más que evidente. Supongo que llevaba demasiado tiempo escondiendo lo mal que lo había pasado cuando volví a casa, todo lo que sufrió al verme sufrir a mí, y había llegado el momento de poder soltarlo.

Jimena me miraba con la mano sobre la espalda de Bruno. Ni pestañeaba. Creo que no se atrevía a decir nada, porque ¿qué podía decir? En realidad ella pensaba que Bruno tenía razón, que Étienne se merecía que mi padre, solo por el hecho de serlo, le partiese su cara bonita. Yo miraba a Étienne. Sus ojos azules oscuros estaban clavados con determinación en los verdosos de Bruno. Estaba serio, pero no tenso, ni enfadado, ni avergonzado, solo... solo aceptaba la situación con dignidad. Y con respeto. En aquel instante me di cuenta una vez más de que no me había equivocado y de lo jodidamente enamorada que estaba de él. Porque Étienne podía cometer infinidad de errores, pero los asumía como propios con la cabeza alta.

No hizo falta que me adelantara con la intención de romper el silencio e intentar suavizar el momento. Fue Étienne el que extendió su mano y habló primero:

—Puedes hacerlo, desde que soy padre entiendo que me lo merezco. Aunque yo preferiría estrechar la mano contigo y prometerte que, mientras Luna siga a mi lado, mis únicos esfuerzos serán para intentar hacerla feliz.

Sonreí todo lo que la boca me lo permitía, agarré a Étienne por el brazo y le dejé un beso sonoro en la mejilla sin poder contenerme. Me lo hubiera comido allí mismo. Después miré a mi padre. Sus ojos brillaban; conocía ese brillo, porque lo había visto en ellos a lo largo de toda mi vida cuando se trataba de mí. Desvió la mirada un instante hacia los míos y se desinfló. Suspiró, se presionó los ojos con las yemas de los dedos y agarró la mano de Étienne entre la suya, rindiéndose a lo inevitable.

—Bienvenido a la familia.

Y, a partir de ahí, de esa aceptación que abarcaba tantas cosas, todo fue fácil. Mi padre fue más Bruno que nunca. Tanto que hasta Étienne comenzó a dudar de que ese primer encuentro frío y tenso hubiera ocurrido alguna vez. Y es que Bruno siempre ha sido demasiado blando. Es de esas personas que, si te aceptan en su mundo, ya te quieren. Es así. No se complica, no toma decisiones con condicionantes. Se entrega por enteros.

—Te pareces a él. Es... es increíble —me dijo Étienne aquella primera noche en la cama de mi dormitorio adolescente, después de una cena, unas cervezas y conversaciones con los míos que se alargaron hasta la madrugada.

—Es el mejor.

Sentí sus dudas con la cabeza apoyada sobre su pecho. La cama no era muy grande para los dos, pero me encanta dormir enredada a él, así que a mí me parecía perfecta.

—¿Crees que algún día Elliot pensará igual sobre mí?

Levanté la cabeza y lo observé. Me gustaba ese Étienne. Y lo hacía sobre todo porque el Étienne padre, el novio, el que había llegado a mi familia para formar parte de ella, era otro distinto al que conocí en aquel tren años atrás, y también otro diferente al que se casó delante de mis ojos con otra mujer, y al que renegó de mí durante mucho tiempo.

—Ya lo piensa.

—No sabe ni hablar, Luna. —Me reí.

—Eso no importa. Ya eres el centro de su mundo. ¿No te das cuenta?

Me besó y, allí, bajo el mapamundi cubierto de banderitas, me sentí yo también el centro del suyo.

Hablando de banderitas... pusimos la primera juntos apenas unos meses después de empezar de nuevo. El destino elegido fue Escocia. Comenzamos el año uno al lado del otro y solos, abrigados hasta las cejas, y brindando con cerveza entre los desfiles de antorchas y vikingos del Hogmanay, la fiesta de tres días consecutivos que se celebra en Edimburgo para recibir un nuevo año. Ese fue el inicio de una tradición que espero que cumplamos siempre que podamos, y que inauguramos bañándonos en aguas heladas junto a un montón de desconocidos.

Aquella primera noche entre las sábanas de mi dormitorio, mientras compartía con él recuerdos de algunos de los destinos marcados en el mapamundi, Étienne tomó una decisión por los dos.

—¿Hace cuánto que no viajas, Luna?

Me pasé la lengua por los labios, recordando lo que lo echaba de menos y dándome cuenta de que, desde que él había regresado a mi vida el día de su boda, yo no había vuelto a clavar ninguna bandera.

—Supongo que ya he dado muchos botes por el mundo, Étienne. Necesitaba esto. Asentarme. Estabilidad. Sentirme en casa en algún lugar.

Rodeé sus brazos, diciéndole así a qué me refería con esa sensación.

—Hagámoslo.

—¿El qué?

—Elige un lugar y lo haremos.

—Pero... tenemos responsabilidades. Elliot...

—Una vez al año, *amour*. Tú y yo. Hagamos el mundo nuestro. De verdad. Enséñamelo. Después vendremos aquí y colocaremos una nueva bandera en tu mapa.

Sonreí y lo convertimos en una realidad.

Escocia. Brasil. ¿Cuál sería la siguiente? Aún no lo sé, porque Étienne ha escogido empezar este año en esta pequeña isla en la que viví un tiempo y que fue la que cruzó nuestros destinos de nuevo. Ambos la conocíamos de sobra, pero dice que quería descubrirla conmigo, porque también forma parte de nuestra historia.

—¿No te das cuenta de que lo nuestro ha estado guiado por distintos puntos de tu mapa?

Eso me dijo, y lo entendí. Porque tanto Formentera como París fueron testigos mudos de lo que vivimos. ¿Puede una ciudad en sí misma ser un personaje de una historia? Yo sí lo creo.

Étienne suspira contra mi cuello y me tapa las piernas con un viejo pareo que dejé en el suelo la tarde anterior.

—¿Te gusta esto? —pregunta.

Yo observo el amanecer que nos rodea. El mar calmado. La arena blanca. El verde de la vegetación. El gato que duerme sobre la alfombra de la entrada a la terraza. No es el mismo que compartió esta casa conmigo hace años, pero ha decidido que es un buen lugar para convertirlo en hogar. No lo culpo.

—Me encanta. Es perfecto. ¿Sabes? Aparte de París, este fue en el único lugar en el que deseé quedarme un tiempo. No sé por qué. Solo sé que... aquí me sentía tranquila. Aunque pasara mucho tiempo sola.

—Ahora no lo estás.

—No. Puede que me gustara porque, sin saberlo, era donde íbamos a encontrarnos.

Sonrió y aprieto sus brazos por encima de mi cintura.

—¿Y si te dijera que no he elegido este lugar solo porque quisiera venir aquí contigo de vacaciones?

Me giro y me encuentro con su rostro. Tan cerca que el aliento se mezcla al instante y que sus ojos brillan más solo por encontrarse con los míos. Quizá debería sentir inquietud, pero con él hace tiempo que todo es calma.

—Con esto basta, Étienne. No necesito más.

Apoya la frente en la mía. Lo quiero. Tanto que a ratos siento que no me entra nada más que él y todo lo que sea esta vida que hemos creado volando de aquí para allá, cuando no aterrizamos para ver crecer a Elliot.

—Ya lo sé. Eso es lo bonito. Que no necesitamos más que esto.

Sonrió y lo beso en la comisura de los labios. Él alza la cabeza y deja uno en mi frente. Me encanta que haga eso. Ahora sé todo lo que significaron besos parecidos en su momento.

Entonces Étienne clava sus ojos en los míos. Veo en ellos una historia. Palabras. Viajes. Amor. Sonrisas. Promesas. Una vida entera a su lado.

Coge aire antes de lanzarse, pero yo no lo necesito. Ya se lo he dicho. Entre nosotros, con esta sensación que nos envuelve, basta. La que nos acompaña desde que la nieve cubrió un trayecto entre Lyon y París.

Tapo sus labios con los dedos y me precipito.

Le digo que sí.

En un aeropuerto, un año más tarde

—Bruno, estate quieto.

Es Jimena la que habla, perdiendo la poca paciencia que tiene.

—No puedo. ¿Dónde demonios están?

Oliver pone los ojos en blanco.

—Están al caer, no te preocupes. Solo se ha retrasado un poco el avión — dice la dulce Julia, intentando tranquilizarlo.

Pero no lo consigue. Supongo que es normal que esté histérico; no todos los días se le casa la hija a uno en la otra punta del mundo y en secreto.

—Voy a matarla.

—No vas a hacerlo. ¿Debo recordarte que tú y yo hicimos algo parecido?

Bruno sonríe al recordar un viaje al Caribe en el que Jimena y él se casaron, aunque solo fuera de palabra, porque nunca han llegado a firmar un papel. Ellos son así. No necesitan un documento que certifique que las promesas que se han hecho deban cumplirse.

—Pero nos la llevamos. Nos la llevamos con nosotros. Ella me ha dejado fuera.

—¿Cuándo has vuelto a los quince años? —bromea Oliver ante su enfado infantil.

Julia le da un codazo para que se calle.

Son una estampa curiosa. Ambas parejas pasan de largo los cuarenta. Y, pese a que derrochan vitalidad y juventud, hay pequeños detalles que te indican que los años se notan. Las arrugas alrededor de sus ojos, alguna cana escondida entre el pelo, las ojeras por el cansancio de cada día.

No obstante, ahí está Bruno, con su pelo alborotado por los hombros recogido en un moño, un peto que tiene pinta de tener más años que su hija y un jersey de lana. Y Jimena, con gesto serio, pantalón oscuro, camisa y uno de sus sombreros de color granate. Y Oliver, con vaqueros, un polo azul bajo la cazadora de ante y un comienzo de barba al que ha llegado a acostumbrarse. Y, por último, Julia. Ya no tiene aquellas rastas que la hacían tan diferente. Su pelo está cortado en una media melena rubia, pero sus tatuajes siguen brillando en su piel bajo un vestido de flores.

Supongo que podrían parecer polos opuestos unos de otros, pero, si te fijas un poco, ves los detalles. La mano de Jimena buscando la de Bruno y agarrándola con firmeza para que se calme. Los ojos de él agradeciéndoselo con un guiño travieso. El brazo de Oliver sobre los hombros de Julia y el

rostro de ella apoyado sobre el pecho de él.

Qué estúpido y loco es a veces el amor, ¿verdad?, puedes pasarte la vida buscando a alguien que encaje contigo, con el que tener aficiones en común, principios u objetivos. Sin embargo, un día, la vida te pone delante a una persona que no se parece en nada a eso que habías formado en tu cabeza. Y, pese a ello, tampoco eres capaz de sacarla de ella. Lo llega a ocupar todo.

Comienza a salir gente y los cuatro se inquietan.

Cuesta ubicarlos entre el tumulto, pero, al fin, Oliver lo hace. Su carcajada es lo que les dice a los demás que los ha encontrado.

Luna sonríe; es una de esas sonrisas que no puedes dejar de mirar, porque es tan genuina que sientes que existen pocas como ella. Lleva sus botas de siempre, una falda negra y un jersey grueso con estrellas estampadas. También un velo sujeto en su pelo con un pasador. Un velo blanco de novia.

—Sería posible... —Jimena se lleva las manos al rostro, pero puede que sea para reprimir una carcajada como las que Oliver y Julia no han podido controlar.

Étienne agarra a la peculiar novia de la mano y alza ambas entrelazadas a un par de metros de donde los espera su familia estupefacta. Un pequeño ramo de flores de plástico cuelga del bolso de Luna. Lucen dos anillos de oro blanco en sus dedos; es el único indicio de que no se trata de una broma.

— est is borrachos? —pregunta Oliver, muerto de risa. Quizá sea la mejor explicación para lo que ven sus ojos.

—No.

Luna se suelta de su reciente marido y abraza a su padre con ganas.

—Ojalá lo estuvieran —dice Jimena, muerta de vergüenza cuando un grupo de jóvenes grita « vivan los novios!» y Luna da saltitos en brazos de su padre, feliz de ser el centro de atención por ese motivo.

Étienne la mira y sonríe. Le brillan los ojos y no siente pudor ni nada que no sea orgullo por haberse casado en Las Vegas, y nada menos que en Fin de Año, con esa chica un poco loca que puso su vida del revés un día. La misma con la que ahora coge aviones de vez en cuando para hacer el mundo un poco más suyo. La misma que le dijo que sí un año atrás mirando un amanecer en Formentera, pero que quiso esperar a hacerlo en un día tan especial para los dos y colocando una nueva bandera.

Después de saludarse y de conseguir Luna el perdón de su padre, los seis salen camino de los coches. Luna parlotea sin cesar, contando todas las

anécdotas que han recopilado en su escapada. Bruno sigue refunfuñando, un poco enfadado por habérselo perdido, pero sin poder ocultar la sonrisa. Jimena intenta quitarle el velo de la cabeza para que dejen de hacer el ridículo, porque los está mirando todo el aeropuerto, mientras Oliver y Julia cuchichean al final del grupo.

—¿Qué te parece si...?

Ella lo mira con una ceja alzada.

—¿Estás insinuando lo que creo?

—¿Por qué no? Si no quieres casarte como todo el mundo, podríamos escaparnos unos días tú y yo solos y matar a Bruno de un disgusto del todo.

Se ríen. Él le besa el cuello y ella lo abraza. No dice que sí, como a Oliver le gustaría y lleva años intentando, pero, esta vez, tampoco dice que no. Solo lo deja en el aire y siguen caminando.

Al fin y al cabo, ¿qué más da?

Algunos lo hacen a su modo, en una playa y sin papeles de por medio, como Bruno y Jimena lo hicieron en su día.

Otros no lo necesitan, como Julia, pese a que Oliver a veces sueña con que ella accede y se casan rodeados de los suyos en una formidable fiesta.

Otros lo hacen borrachos en una capilla ficticia en Las Vegas y se tatúan palabras en francés que solo ellos comprenden. Como Étienne y Luna. Cuando se despiertan a la mañana siguiente, no dejan tiempo al arrepentimiento entre nuevos besos y carcajadas. Él se siente más vivo y joven que nunca. Ella, más feliz que en toda su vida.

Se suben en dos coches y se marchan.

Unos, a un pequeño piso de Barcelona donde seguir llenando un álbum de fotografías con momentos que merecen la pena ser recordados.

Otros, a un jardín perdido entre montañas que regar cada día un poquito más para fortalecer esas raíces.

A través de los ventanales, se pueden observar los aviones que aterrizan y despegan sin descanso. Aviones que cogerán dentro de poco los más jóvenes para seguir descubriendo el mundo juntos y a su manera. Para hacerlo cada día más suyo.

También se ve caer, lento y delicado, un pequeño copo de nieve.

Fin

Agradecimientos

Termino esta etapa con un nudo en la garganta. Decir adiós siempre es complicado, pero cuando supone casi dos años cuesta un mundo. Dos años en los que me han acompañado entremedias muchos otros, pero en los que ellos siempre estaban ahí, aguardando su momento.

Ahora solo espero que dejen espacio para todos esos mundos que aún me quedan por descubrir.

Gracias a todas las lectoras que hacéis que cada día este sueño sea más realidad. Os lo dije con Jimena y os lo repito al terminar Luna, esta serie es para vosotras. Por vuestro apoyo, cariño y confianza. Por estar siempre al otro lado y hacer que cada nuevo reto sea aún más bonito que el anterior.

En especial, a las que os enamorasteis de Luna desde el primer instante y me suplicasteis que contara su historia.

Gracias a las de siempre, a las lectoras cero y a las que, aunque no lo sean, me aguantan cada día. Sé que no siempre es fácil.

A Alice Kellen, por ser mi diseñadora gráfica personal y ocuparse de las portadas de esta serie. A Alejandra Beneyto, por descubrirme París y acompañar a Luna y Étienne por sus calles. A Abril Camino, por su gran ayuda con las correcciones y los aspectos más técnicos. A Cherry Chic, por leerme incluso cuando la historia pesa un poco por dentro. A Saray García, por unir el universo *Cicatrices* con este y crear algo precioso en el que pasearnos de vez en cuando y soñar alto.

Y a ti, que estás leyendo esto, gracias por darme alas.

Sobre la autora

Me llamo Andrea Longarela, pero escribo y me muevo por las redes bajo el seudónimo de Neïra. Es la imagen tras la que me escondo y dejo salir a mi parte más lunática, caótica y emocional, aunque detrás de ese disfraz no soy más que una chica normal con un exceso de imaginación que tiendo a tener ataques de verborrea incontenible en mi zona de confort y que me pongo del color de los tomates maduros y titubeo cuando me sacan de ella.

Disfruté de la vida universitaria de Salamanca mientras estudiaba psicología, y actualmente resido en Valladolid, ciudad donde nací, con mi pareja H y mis perros Neo y Lola. Somos una manada la mar de feliz.

Llevo toda la vida escribiendo palabras sin sentido en cualquier superficie apta para ello, desde servilletas hasta en puertas de lavabos públicos, pero a finales del 2014 terminé una novela y, gracias a la confianza de los míos, decidí aventurarme en la selva de la autopublicación.

Me estrené con *La lista de Oliva* en abril del 2015 y le siguieron *La lista de Mario*, *Fuimos un invierno*, *Fuiste mi verano*, *Valiente Vera*, *pequeña Sara*, *Caótica Jimena*, *Amor se escribe con H* y otras maneras de decirte que te quiero, *Carlota* y *el cactus de color rojo* y *Flores para Julia*.

Años después, sigo viva y con más ganas que nunca de crear nuevas historias.

Además de pintarrapear letras por el mundo, me apasiona el cine, poner banda sonora a los momentos, el chocolate y, por supuesto, leer. Soy vegetariana, adicta a los tatuajes y a las cañas con los amigos. No obstante, mi mayor pasión es perder el tiempo imaginando que vivo otras vidas, historias a las que ahora les doy forma y voz.

Puedes contactar conmigo en:

neira.alg@gmail.com

www.neiracondieresis.blogspot.com.es

O búscame en Facebook, Twitter, Instagram o Pinterest como Neïra.